

Nueva Literatura Latinoamericana siglo XXI







El pájaro azul



Germán Camacho López

EL PÁJARO AZUL

Germán
Camacho López

NUEVA LITERATURA LATINOAMÉRICANA SIGLO XXI

Título original:

El pájaro azul

País de origen: Colombia
Idioma original: Español

1ª edición: Agosto de 2012
Bogotá, Colombia

EL PAJARO AZUL

Germán Camacho López

NUEVA LITERATURA LATINOAMÉRICANA SIGLO XXI

Por la verde pradera
cruzó raudo un vaquero,
con su alazán y su brida
que no conocen el miedo.

Cansado se detuvo
A la sombra de un arrayan
y de pronto se encontró un ángel
venido del mismo cielo.

Vaya suerte la del llanero,
que al verla se enamoró
y cautivada por su cantar
el ángel le siguió el juego.

Allí hasta el amanecer
le cantó su cantar cerrero
y el ángel enamorado,
lo llevó hasta el cielo.
su corcel se hizo Pegaso
y su amor se volvió eterno.

Nuestras decisiones definen no solo el destino propio, sino también el de aquellos a quienes más amamos; la vida en su libre ir y venir en ocasiones da giros inesperados y el bienestar que se ha logrado a través de los años puede derrumbarse en un instante.

La fatalidad espera solamente un impulso adicional para entrar en acción, y cuando olvidamos que nuestros actos tienen un extraño poder en ocasiones no controlable por nosotros mismos; podemos vernos sorprendidos por terribles resultados.

El sino del destino simplemente permanece ahí latente, aguardando el momento de emerger; sorpresivo, inusitado. Las decisiones y nuestra propia libertad de elección en cierto sentido, nos torna vulnerables, determinados a proyectar una larga sobra que acosa nuestros pasos.

Al final la vida se rige por contrasentidos, el tiempo y la lluvia jamás se detiene, el pasto sigue creciendo, y el sol se balancea en una danza rutinaria e inmutable.

La evocación de primaveras de antaño, se besa contra el frio del invierno, las risas de los niños nunca se detienen, y el abrigo de una caricia es anhelado por los solitarios de la umbría calle del olvido.

Es vida.

GERMÁN CAMACHO LÓPEZ
El pájaro azul
INDICE

PRÓLOGO

Los llanos orientales son una región ubicada al norte de Suramérica, compartida por los países de Colombia y Venezuela, enclavada en el millón de kilómetros cuadrados que forma la cuenca del Orinoco, atravesada por el imponente rio del mismo nombre, considerado el más caudaloso del mundo. En ella se sintetizan tres formas identificables del relieve natural: antiguos macizos, cordilleras geológicamente recientes, y extensas llanuras.

En esta mágica y ciclópea región catalogada como uno de los ecosistemas más formidables del mundo, con un clima húmedo y caluroso; donde sequia y lluvia se abrazan a lo largo del año. Y embelesado por verdes pastos, con la ganadería como principal actividad económica del llanero, mestizo proveniente de la mezcla entre españoles e indígenas; quien acompañado siempre por su caballo, silla de montar y soga para enlazar, se erige como el vaquero de la región, en sus hatos ganaderos.

Solemne paisaje ubicado a poca distancia de la moderna capital, pero absolutamente disímil; extraído de una historia de fabula, adornado por escenarios de ensueño donde contrastan el verde de los pastizales con el ocre de la llanura. Bajo el sol que da vida y bajo su seno cobija miles de historias, como mudo y poderoso testigo de los actos de los hombres. Sol, astro radiante, luminoso, poderoso y vital; del cual los indígenas acertadamente pensaban, era una entidad superior la cual definía la vida o la

muerte. Así parece ser aun hoy, sobre las bastas llanuras que bañadas por caudalosos ríos, forman el imponente llano.

Y aun pese al veloz avance del mundo, sobreviven antiguas tradiciones en medio de un paisaje de extremos y contrastes provisto de una belleza tácitamente surrealista. Una tierra de hombres valerosos y a la vez hospitalarios; domadores de inmensos caballos salvajes, quienes disfrutan de cada suceso confiriéndole tornasoles de fiesta; una celebración de vida coronada por el sonido de arpas, cuatros y bandolas, en el ideario del que forman parte música, tierra, animales y leyenda. Disfrutando sin apuros de aquella existencia deseable y benefactora; aprovechando cada excusa para reunirse y compartir su amistad, creencias y forma de ver el mundo.

Es aquí donde se desarrolla la historia de Margarita y Mateo.

CAPÍTULO PRIMERO

En medio de este espectáculo natural, luminoso y vivaz; se erigía apacible la humilde vivienda, en medio de arboles encorvados por el peso de los años, y la cenagosa tierra pareada de heno, para brindar estabilidad al terreno. Resguardada con techado de palma y muros instituidos en tronco de esterilla, no era por supuesto, una construcción ostentosa como las que se elevan en las grandes capitales; por el contrario se trataba de un sencillo soropo[1], con improvisadas puertas forradas en cuero de res, que les concedía un enfoque policromo.

La puerta entreabierta dejaba escapar las formas de una vieja hamaca, amparada por un mosquitero[2]; antecedidos estos por tres taburetes de madera en torno a una mesita colorada de pino romerón, sobre la cual podían verse unas vasijas de totumo[3], formando estos, la pequeña sala desafiada sobre el suelo terroso de la casa materna. Al fondo sobre una de las paredes se elevaba una cornamenta de buey que servía de soporte a varios collares artesanales. Y más próximo, en la entrada principal una amarillenta quijada de tapir cumplía funciones de cayado[4] para trancar la puerta.

---

[1] Vivienda con techo de hojas de palma y paredes de esterilla.

[2] Malla para proteger contra los insectos.

[3] Vasija hecha del árbol del mismo nombre.

[4] Bastón encorvado usado por campesinos.

La casa se distanciaba pocos metros de algunas otras viviendas, símiles a la vista; instituidas sobre el amplio pastizal verdoso, tocado por el marrón de la tierra. Apacible como una iconografía surrealista, cuya imagen se completaba, con la tonalidad multicolor del vestido de las reses; y el silencio se quebraba entre mugidos, que dejaban filtrar la risa juguetona de los más pequeños, corriendo tras las terneras estremecidas por la algarabía de su solaz.

Los prodigios naturales, la conmovedora obra de Dios, podía palparse apenas entrando en aquellos confines, donde se apreciaba la vida en toda su simpleza; el olor a selva, a tierra húmeda y estiércol. Un universo alterno, una utopía enmarcada entre atardeceres vestidos de fuego, de almíbar, de colores y música, de sonido de arpa, de la fuerza inagotable de sus gentes.

Un rincón del mundo donde el desarrollo no había llegado con su ímpetu arrasador, cobijando todo a su paso; donde vivían terratenientes y campesinos en armonía. Armonía y paz que termina cuando sobrevienen tragedias que nadie espera y conmueven las fibras más sensibles de la conciencia.

Contaba Mateo diez años, de los cuales la mitad los había vivido bajo el cobijo de aquel sencillo techado, y de seguro no requería de lujos y ostentaciones, mientras tuviera a su lado el tesoro más apreciado, el afecto de su progenitora, que bastaba para inundar de luz y frescor, aquel espacio húmedo y balsámico a madera.

Era un veintidós de enero cuando iniciaron las clases de quinto año. Ese mismo día se conocerían Mateo y Margarita, en la escuela amplia y luminosa, que coronaba uno de los escasos montículos que podían verse en aquellos alrededores; y a la cual se accedía cruzando por un amplio portal, luego de atravesar la

llanura solitaria; algunos a lomo de mula, otros en los automóviles de sus padres y los menos privilegiados, entre ellos Mateo, desgarrando el viento y devorando hectáreas de pastizales y suelos terrosos.

Una vez frente al portón era menester quitar el polvo que se adhería a los zapatos, puesto que los maestros eran estrictos en lo concerniente a la presentación personal y por supuesto, la sencillez jamás debe igualarse a la falta de pulcritud; para esta labor la tela hilada en la parte trasera del pantalón, presionada contra la pantorrilla como soporte era la mejor herramienta. Y podía verse a los pequeños en la entrada del colegio, cumpliendo este gracioso ritual, como si se tratara de algún nuevo paso ideado de joropo.

Al llegar les acogían los maestros para la previa formación y entonación del himno nacional, en un anchuroso vestíbulo adoquinado en cruz color terracota; luego, finiquitado el protocolo accedían en rigurosa fila a sus respectivos salones.

¡Oh…maravillosa niñez! Que nos permite entender nuestra propia grandeza, admitiéndonos ser el centro mismo de nuestro mundo, más que olvidamos muy pronto, para descabellarnos en la insulsa búsqueda de conferir sudor y sangre a cambio de exiguas recompensas.

Mateo, ingresó al salón sin sospecha alguna, de que el destino siempre acecha en las esquinas, alerta a la caída de cualquier incauto; orden y caos, almas que navegan en ríos de sucesos imprevistos. Y esa mañana el albur del destino se regocijo sobre la inocencia; como si un rayo le atravesara el pecho. Vulnerando su corazón de llanero bravío, hinchiendo de una inédita agitación sus emociones, germinando en su ser aquello que desconocía. Bastó acertar aquel rostro angelical, adornado por

largos cabellos azabache y expresiva mirada; para sentir que algo dentro de las entrañas se le removía, haciéndole estremecer. Delineando en su mente una imagen que desde entonces se tornaría imborrable, entrando en su mundo sin previo aviso, sin consultas ni antesalas.

Con el arribo de la maestra, el fárrago infantil mutó en disciplina; los treinta y cuatro alumnos que integraban el aula se dispusieron en sus pupitres y durante cuatro horas seguidas se habló de historia, formando y reformando el pasado de culturas antiguas y ajenas para los pequeños. Finalmente, el ruidoso timbre dejó escapar su bramido metálico, anunciando el final de la jornada y el barullo se apoderó del salón de clases en una estampida de zapateos. Los estudiantes liberados del estricto rigor académico, se adentraron de nuevo en los confines de natura, olvidando que los zapatos deben lucir lustrosos, la camisa por dentro del pantalón, y el maletín bien terciao. El llano rebosaba de vida, de formas infantiles llamadas a prevalecerse en sus arraigadas tradiciones.

Ese mediodía Mateo, regresó a casa con un montón de tareas y nuevos sueños a cuestas; una remozada sonrisa le adornaba el rostro y a paso atropellao[5] se adentró en el primitivo soropo. Batiendo su propia marca, obviando cualquier distracción en el trayecto de regreso; sin ocuparse de los vecinos que lo miraban extrañado, al pasar sin saludar. El pequeño muy popular y querido en la zona, solía frenarse cada tanto para echar un par de frases con algún vecino; su mamá, Rocío, ya le había reclamado tantas veces sus tardanzas que había terminado dándose por vencida, dejándole ganar aquella batalla. Pero ese día su andar estaba guiado por un hálito distinto, por un vigor revitalizado; no existía brida capaz

[5] Muy afanado

de aquietar sus pasos, tan solo anhelaba llegar temprano a casa y tenderse sobre el chinchorro[6], para contemplar el azul sibilino del cielo y soñar. Por eso Rocío, al verlo de pie sobre el quicio de la puerta, extrañada exclamó:

—¡Epa hijo!—¿Salió más temprano hoy?

El niño la miró con la comisura de los labios arqueada, adentrándose en la vivienda para acertarse en un estrujón, la mujer lo envolvió afectuosamente con sus brazos y el pequeño elevando la mirada observó:

—No Ma… vine rápido porque quería verla.

Ella conmovida ante la ternura que le prodigaba su retoño, con una suave nalgada le pidió que se sacara el uniforme; enseñándole ropa limpia que reposaba sobre una silla.

Apenas se calzó el ropaje fresco y perfumado, lo cobijó una sensación de frescor, de plenitud; el aire del soropo se imbuía del aroma de un delicioso sancocho de cachicamo que la mamá había preparado para el almuerzo: como ella sabía hacerlo, con un toque mágico que aplicaba a cada comida.

Rocío, corrió ligeramente el asiento del comedor, para dejar espacio donde sentarse su hijo, y se percató en ese instante que Mateo, luego de cambiarse, se había apurado en descargar el uniforme transpirado junto a la ropa limpia; entonces con una sonrisa se acercó a la silla y lo retiró para juntarlo en la petaca de las prendas para lavar.

---

[6] Hamaca.

Sin reparar nada más dispuso la mesa y sirvió la humeante comida, que Mateo, presto se adelantó para ayudar a trasladar a su sitio, tomando la vasija de totumo y el vaso con jugo de carambolo.

—¡Gracias Ma..! Siéntese conmigo y coma algo, no sea le duela el buche.

Cada cucharada que se elevaba del plato hacia la boca era el preludio al mundo del ensueño, gracias al intenso calor de aquella tarde; y concluido el almuerzo, el joven llanero cayó vencido por el letargo, en la grácil penumbra de su cuarto. Y en el umbral de la fantasía, su mente se infundió del recuerdo de la pequeña con cabellos de abenuz y rostro juguetón. Asi, Mateo, en el portal de la ilusión recorrió parajes fantásticos, hasta ser despertado con sobresalto por la reminiscencia de un trabajo escolar pendiente y de ahí en más, la tarde la dividió entre sus deberes académicos y la solícita ayuda que ofrecía a su progenitora, cuando el llenar renglones en el cuaderno le cansaba la mano, para minutos después retomar la tarea.

Horas más tarde la sombra de un arrayan que engalanaba la llanura, anunció el tránsito hacia la parsimoniosa oscuridad del atardecer y una interminable traza de matices se extendió en el horizonte.

Los minutos dieron pasó a la noche y emergió esta, tranquila y apacible. Entonces madre e hijo, se dejaron seducir por el noble abrazo del crepúsculo, que no bastaba para poner freno al sofoco. Y dejando caer sus parpados, se vencieron sobre el chinchorro, amparados por mosquitero, sabana y guindaderos. Para dormir profundamente, sin dolores, ni miedos; en la dignidad de un hogar humilde, pero tácitamente acogedor.

La mañana con su cálido beso matutino, como una blanca y perfecta sonrisa, despertó al muchacho cruzado de piernas y brazos, queriendo ganar algunos minutos para Morfeo. Pero el placer del descanso había concluido y el inicio de labores se confirmaba con el mugido de las reses, y el ladrido de los perros. Las gotas de sudor resbalaban por la frente de Mateo, y también por la espalda y el vientre; aquel calor de Octubre, había sido uno de los más intensos en los recientes años. Y con esfuerzo se descolgó de la hamaca.

—Rápido mi niño, a rascarse que llegó la picazón—espetó la madre.

Después del disfrute de un buen baño, le aguardaba una deliciosa tortilla de huevos y cachapas[7] de maíz tierno que le encantaba paladear, pero antes de sentarse se acercó a la mujer y le prodigó un entrañable abrazo. Luego se acomodó junto a ella y descargó un par de mordiscos sobre la panqueca. Pero no hubo de deglutir aquel manjar, cuando de pronto sintió una sensación de sinsabor y nostalgia, como un viento frio que le calaba hasta el alma; mientras daba vueltas a la pericada[8] con el rostro ensimismado, y su sospecha apuntó en dirección de la hermosa niña de ojos expresivos, tal vez, era esa la razón de su estremecimiento conjeturó.

—¿Por qué tan elevado mijo?—inquirió entonces su antecesora.

—Nada Ma…cosas de la escuela—indicó él.

Cuanto le habría satisfecho quedarse esa mañana en casa, sentarse junto a su madre, y perderse entre los mimos de sus fuertes

[7] Arepas hechas de maíz.

[8] Huevos revueltos.

brazos; para gozar después de la niñez, brincando entre animales. Sin temor ni afán por la vida, y luego yacer en la plenitud de la mañana sobre el colorido chinchorro. Mas ese amanecer una sospecha inédita, rondaba sus emociones sin acertar la causa; no se trataba Margarita, estuvo seguro al reflexionarlo de nuevo, a ella la pensaba con la alegría de ver su sonrisa de nuevo. Era un albur lo que le crispaba, una sensación umbría que no lograba discernir. Incluso el cielo que inesperadamente, emprendía a gemir con un lejano lamento; coincidía con su zozobra.

—Apúrese hijo que viene una tormenta, no sea y lo agarre el agua a medio camino—observó Rocío.

Y es que en los llanos orientales el cielo cuando está triste no se avergüenza en liberar las lágrimas de su lamento, el niño bien lo recordaba, pero no era temporada de lluvia, lo sabía, y así lo expuso para tranquilizar a la madre.

—Ma…usted sabe que no es temporada de lluvia, no se me asuste.

Empero, en su cabeza se esbozaban los recuerdos de aquellas tormentas, que inundaban todo a su paso; dejando anegados cultivos y filtrando las gotas de agua al interior del soropo. Esta reminiscencia le venía acompañada de nostalgias, mas no eran de tristeza; sino de alegría por tener a tan amorosa madre a su lado y sentir que ella siempre estaría ahí para protegerlo.

Mateo, tomó su mochila, aún con la incómoda sensación a cuestas, que se fundía en un sentimiento contrito. Y mientras se deslizaba hacia su madre la cual de pie en la cocina, enjugaba los trastos del desayuno; advirtió en el rostro de aquella esbozarse una mueca de dolor, como si un ramalazo le oprimiera el pecho. De

inmediato se sintió alarmado y con la inquietud de hijo preocupado se allegó a la mujer; luego asiéndola por el brazo la invitó a reposar.

—Ma… vamos siéntese aquí, descanse un rato—dijo aproximándole una silla; con la intuición que algo malo le ocurría.

—Ma…le duele algo ¿quiere que me quede pa´acomparla?

—No, Mateito, vaya que el nubarrón ya se acerca.

Con duda avanzó el pequeño después de besar la mejilla de su progenitora, por el camino que llevaba a la salida. Rocío, continuaba sentada en la silla del comedor; y en la cabeza de Mateo, rondaba la preocupación de que pudiera caer enferma, lo intuía, pues se trataba de una mujer recia y por primera vez le advertía un padecimiento.

Dejarla sola le apolillaba el corazón en un enajenarse impreciso, no obstante, terminó por despedirse acatando el mandato de su madre; y en el umbral de la puerta elevó la mano para reiterar su partida, señal a la cual ella respondió, mientras presionaba con la otra mano en medio del pecho, con evidente molestia.

—Má…pero usted…

—Nada de peros mijo—espetó ella—y apúrese que le coge la tarde.

Sabía que Rocío, era cavilosa; y aun con hálito malcontento tendría que aceptar su disposición, de modo que sin más exhortación se adentró en la llanura, para dirigirse a la escuela.

Sin alientos de incorporarse, con la mirada siguió la mujer el andar de su pequeño, su razón de vivir y de dignificarse en la lucha

con la vida. Afuera la órbita del sol, se aturdía en medio de un cielo fuliginoso; y las primeras gotas de lluvia daban nacimiento, a un arcoíris nacarado de múltiples colores. Mientras Mateo, apuraba el paso eludiendo los anuncios de borrasca.

Insatisfecho, desazonado; empero, tarareando melodías de joropo que ahuyentaran la tormenta de su alma, a veces avanzaba con la nostalgia, que le evocaba alguna gota de lluvia bañándole la frente; otros pasos los guiaba la preocupación y el titubeo. Incluso en algún un momento pensó en retornar a casa, mas entreviendo el disgusto que esto generaría en su madre, optó distraerse con el canto de las chicharras y los cascabelitos[9] de colores que se escondían ante su presencia. Y aunque todavía sobrecogido por lo salud de Rocío, el pequeño consiguió imbuirse de aquel paisaje, que soñaba recorrer a lomo de caballo cuando la fortuna lo consintiera; cuando todo saliera mejor para él y su progenitora. Entonces optó correr por la llanura, ahora le resultaba necesario, sabiendo que iba retrasado para la escuela; y a toda velocidad cruzó el paisaje entre altozanos, lagos, garzas, prados, lirios blancos y toda suerte de maravillas que emergían a su paso, como el más original de los espectáculos naturales.

Cuando regresara a su soropo, su mamá le estaría esperando; así que por ahora debía ocuparse de alcanzar cuanto antes, el portón de la escuela. Encontrarse con la maestra, los compañeros de estudio y tener la oportunidad de descubrir una vez más en el salón, la maravillosa creación de Dios, llamada Margarita. Alelarse en la pureza de su mirada ensoñadora, y en el prodigio de sus oscuros y largos cabellos. Era simple, era la vida en aquellos campos; y apenas consiguió cruzar la línea que lo adentraba, a los

---

[9] Loro pequeño.

confines de la institución educativa, se sintió una vez más un pez en el agua o mejor aún, una garza volando libre en el viento.

Una picazón lo obligó a revisar en sus tobillos; para toparse con un misterio habitual, familiar y conocido. Su pantalón y medias estaban repletos de cadillos[10] y debió apurarse a retirarlos para ingresar al salón. Y entonces, justo ahí al levantar la mirada, se encontró con la sorpresiva sonrisa, de quien aguardaba apoyada sobre el quicio de la puerta.

—Hola ¿Cómo estás?—saludó Margarita.

—Hola—dijo él, revelando una sonrisita nerviosa, vacilante; e inclinó la cabeza como hacen los pelicanos durante el cortejo.

Una descarga de emociones le aceleró el pecho, ahí continuaba la hermosa niña, mirándolo; como si aguardara que de sus labios emergiera alguna frase, que su cabeza, llena de reflexiones era incapaz de articular.

Esa molesta timidez que su corazón jamás había sentido, la tormenta de sangre que pulsaba en su pecho, confundiendo sus ideas; lo hizo sentir más sudao´ que veguero jugando gallos[11].

El amor jamás pone cita, ni dice pá donde lleva y esa mañana Mateo, estaba descubriendo un sentimiento novedoso.

CAPÍTULO SEGUNDO

[10] Semilla que se pega a la ropa.

[11] Inexperto en algún tema.

Hace ya cinco años que Rocío, había traído a su niño a los llanos orientales, lugar del cual era oriunda; aunque de disímil paraje del que ahora habitaban. Anteriormente su heredad la comprendían las calles agitadas de la capital, la gran urbe con sus accidentes sociales, aquella donde la humanidad de todo ser, desaparecía para tornarse en agitación y frio en el alma; razón de más para cerrar las puertas de aquella metrópoli tras de ellos y escapar hacia un nuevo orbe, donde respirar aire puro. De modo que con espíritu renovado y mas sueños que realidades, se habían asentado en esas tierras; pero al evocar aquel reencuentro con los pastizales, caballos, reses, arpas y bandolas, era inevitable sentir que también allí, el destino los había olvidado. Si bien, la carga de buenas intenciones había guiado sus pasos, envueltos tan solo en las prendas que portaban; con su nombre como única herencia, y las lagrimas como aderezo, hasta mitigar el viaje en el viejo soropo.

Empero, no cabía remordimiento en el corazón de esta madre, al recordar que cada pesar y toda congoja, tan solo propendía el bienestar de Mateito; y verlo correr libre y feliz por aquella llanura era premio suficiente para aliviar sus dolores. Un propósito, estaba segura tenía Dios, para él y el anhelo de verlo crecer, hacerse hombre, regresar digno a casa cada tarde; y poder ella misma algún día morir apacible en su regazo, era un empeño que le encumbraba el brío, para tolerar infatigable los embates de la vida.

Aquella era notablemente una mañana inusual para el pequeño Mateo, entre las clases de religión, lenguaje y matemáticas, y las miradas furtivas que dejaba escapar hacia el pupitre de su linda llanerita, que le estaba madurando el corazón a fuerza de suspiros ¿podría hablarle cuando las clases finalizaran?

Se preguntaba en la distracción de sus ansiedades infantiles ¡hay destino indomable el que enfrentan los enamorados!

La chillona campaña inundó con sus quejidos el aula de clase y la tormenta de infantes abandonó presurosa el recinto en busca de mayores libertades, mientras el joven llanero hurgaba con la mirada la cabellera mineral, entre el tumulto de cabezas, hasta advertirla varios pasos delante de los suyos, inútil resultaría abrirse paso en esa amalgama de cuerpos, conjeturó como un reproche a su falta de iniciativa, pero la sensación de ineficacia desapareció al cruzar la puerta y acertar la silueta pretendida justo del otro extremo del pasillo, junto a una viga de madera que sostenía un extintor de color rojo.

¡Vaya sorpresa! Grata e inesperada.

Máxime aún, cuando la niña pareció estar de plantón, acuciosa por verlo emerger desde el rectángulo que formaba el salón.

Aquél parecía ser para Mateo, uno de esos días en los que la suerte traviesa juega a favor de nosotros; a pesar de la preocupación que le embargaba, por la desconocida dolencia que aquejaba a su madre. Mas en compensación la ruleta del destino, lo ubicaba frente a la niña más hermosa del salón, a él; el más humilde de los mortales.

—Hola Mateo—le saludó de nuevo.

—Hola Margarita—respondió él, exactamente como en la ocasión anterior, pero esta vez sin agachar la cabeza; infundiéndose de la seguridad necesaria para desafiar sus vacilaciones.

—Mateo ehh…prosiguió ella—Es que la maestra formó los grupos para el taller de matemáticas y nos toca desarrollarlo a nosotros, también con Martha y Esteban.

Una viento frio le subió desde el estomago hasta llegar a la garganta, no era otra cosa que pura contentura de perro capón[12] y la única razón de su charla con Margarita, era un trabajo en grupo que él había olvidado; entonces lo inundó un amargo sinsabor, quizá por la ilusión vencida. Y quedó ahí de pie, estéril, sin palabras; hasta que lánguidamente asentó:

—Claro, ¿cuándo nos reunimos?

—Yo hablé con ellos para reunirnos el viernes, puede ser en mi casa.

—Humm—farfulló Mateó.

Pero aunque estaba más aburrido, que un burro en la pata de un corozo[13]; una propuesta inusitada cambiaria su semblante.

—¿Y tu donde vives?—indagó la niña, y prosiguió de inmediato— le puedo pedir al trabajador de mi papá que te lleve.

—Ehhh…—fue tomado por sorpresa Mateo, quien se vio en apuros; cautivo de un lenguaje monosílabo que no lograba domar, hasta que finalmente, logró articular una frase completa. Aunque la más contradictoria que él mismo habría esperado y que sin saber cómo brotó de sus labios.

—No tranquila, estoy cerca, puedo caminar.

—¡Vamos, no hay problema!—instó la pequeña, mientras descendían la gradería que daba salida a la calle.

Aunque dudoso concluyó que la invitación le venía de perlas, para llegar temprano a casa y confirmar como se encontraba Rocío; si sus dolencias se habían atenuado y encontrarla como siempre, aguardando su llegada. De tal modo que sumiso avanzó

[12] Felicidad pasajera.

[13] Pensativo y triste.

tras la exuberante cabellera azabache, sacudida por el viento. La luz del sol iluminaba la pradera y el anuncio de tormenta se había aplacado. Era momento de aceptar la invitación.

Y mientras aguardaban el arribo del peón, Mateo, ingresó tambaleando al mundo de Margarita; acogido por el brillo de sus blancos dientes, cuya luz se liberaba en cada sonrisa. Y hablaron de sus vidas, de la exuberancia que rodeaba a la niña y la sencillez que albergaba la suya, pero que en el interior de sus almas infantiles era irrelevante; pues desde aquel momento un vínculo indisoluble los uniría. Frente a la escuela permanecieron pacientes durante algunos minutos, sentados al filo de las escalinatas; vigilados por el fulgor del sol, que ese mediodía había ganado la batalla a la lluvia y como un grabado se incrustaba en el pizarrón azul del cielo.

Podía quedarse así el resto de la tarde sentía Mateo, sin ocuparse del intenso calor, tan solo mirando aquellos expresivos ojos café; pero en el interior de su ser, la inquietud que traía consigo la imagen de su madre, llegaba cargada de una secreta melancolía.

De pronto escucharon el ruido secó del frenazo, próximo a ellos, y Margarita, se apuró en tomar su talega; indicándole con una mirada, que aquella reluciente camioneta roja, era el delirante carruaje que los llevaría a casa; y con brío se incorporó de su descansada postura, invitando a Mateo, a seguirla.

—¡Ven, apúrate! —

El niño no daba crédito, y los ojos se le colmaban con semejante pompa; tanto que sintió duda de abordar el vehículo, cuyos vidrios ahumados, apenas si permitían distinguir al conductor adentro; cuya fisonomía fue revelada cuando las puertas se abrieron y este descendió para saludarlos.

—¡Hola! Buitrago—exclamó ella.

—¡Hola! niña Margarita, disculpe la tardanza, pero usted sabe que el camino está como corral de viuda[14].

—¡Hola niño!—dijo luego, mirando al pequeño.

—¡Buenas tardes!—se apuró este en presentarse—Yo soy Mateo.

—Buitrago, ¿te puedo pedir un favor?—pidió la niña.

—Claro, ¿qué sería? ¡Diga no más!

—Es que… podemos acercar a Mateo, a su casa… no es lejos de aquí.

—Pues niña, siempre que no sea lejos—espetó el trabajador, mientras regresaba a su puesto frente al volante—usted conoce a su papá y yo no quiero líos con el patrón.

Entonces la puerta de la camioneta roja se abrió para ellos y con andar seguro avanzó Margarita, al interior de esta; escoltada por el pequeño llanero a quien un martilleo en las sienes, le avisaba que nada tenía en común con su compañera. Empero, prosiguió con pasos dubitativos, que concluyeron cuando de un salto trepó al vehículo.

El potente motor rugió como una bestia salvaje y el muchacho indicó la ruta que debían seguir, entre pastizales, hatos ganaderos y pintorescos caminos colmados de historias y mitos.

El camino se distinguía disímil, a bordo de aquel suntuoso armatoste mecánico; era como si los ennegrecidos miradores robaran un poco de magia al paisaje llanero. La charla se detuvo un instante y Mateo, advirtió que sus sueños iban más allá de sus posibilidades; pero ya no recordaba en que instante aquella linda

[14] Deteriorado, descuidado.

niña, de hermosa sonrisa y cabellos negros, se le había enclavado en el pecho. Y las palpitaciones de su corazón, blandían como espada contra sus razonamientos.

—¿Por qué tan elevado?—curioseó ella, tomándole la mano.

—No es nada—disimuló él, sintiendo que el roce de aquellos frágiles deditos, contra los suyos, formaba una conexión especial; algo de lo cual aun cuando no discerniera su origen, lo acercaba a la niña como si la conociera de siempre.

En tal cavilar se infundía, cuando se adentraron en una rada pastosa, previa al sitial de los humildes soropos; solo entonces comprendió, que aún faltaba camino por recorrer y esto podría causar inconvenientes a su compañera, de modo que súbitamente exclamó:

—¡Aquí me pueden dejar! el camino que sigue todavía está cenagoso, por las lluvias del mes pasado y de pronto se retrasan más de la cuenta.

—Además de aquí pa´rriba, cortan camino pa´ las haciendas —continuó, señalando en dirección al poniente.

—Dígame niña ¿qué hacemos?—inquirió el conductor.

—¿Seguro queda cerca tu casa?—indagó la niña dirigiéndose a Mateo.

—Sí, Margarita, tranquila; además hay que guardan el pan para cuando haya leche y no quiero que por mi culpa la regañen—dijo sonriendo.

—Bueno, en ese caso mañana nos vemos—observó ella, mientras abría la puerta de la camioneta para que este descendiera.

Mateo, agradeció a los dos por su cortesía y la silueta roja del vehículo se adentró en la llanura, hasta perderse en el horizonte.

Los muchachos como Mateo, parecían asimilar mejor los golpes de la vida. Sobre todo él, alguien sin parientes; tíos o primos de los que tuviera noticia. Su mundo distaba de ser ideal, no obstante, lo asumía con madurez y se regocijaba en la visión paradisiaca que los llanos orientales le ofrecían; era esa su fortuna. En contraposición el cosmos que habitaba Margarita, estaba colmado de cosas que el carecía, y su nívea sonrisa, se activaba en aquel ensueño sin privaciones; protegida por un padre que lo tenía todo: riqueza, caballos, cabezas de ganado, haciendas, peones. Y en cada frase inocente que provenía de los labios de la hermosa chiquilla, se patentizaba aquella frágil burbuja al interior de la cual habitaba. Mas ¿Qué importaba tener el mejor hato o las mejores reses? Concluía el pequeño llanero, si lo que vale son las buenas acciones y los nobles sentimientos, y al contrario de lo que podía pensarse, por su situación acomodada, en el corazón de Margarita, moraban estas emociones.

El pequeño conquistó penosamente el trayecto que lo distanciaba de su hogar, sumido en su romántico cavilar; saludando los pocos campesinos que cruzaban su andar. Con la fluencia esplendorosa del sol señalando el camino, sin intuir que oscuros nubarrones se cernían herméticos sobre su cabeza; velos umbríos que mudarían los aires de su humilde existencia.

Ese mediodía, salvó el umbral y se adentró en el sombreado soropo, sin sospecha que las sombras oscuras que se agitaban en su interior, enlutarían con hiel su alegría.

—Ma…ya llegué—espetó.

Pero solo el eco de su propio llamado retumbó en el recinto, así que insistió.

—Ma…¿dónde está? Ya llegué.

Se adentró en la vivienda con la extrañeza de no hallar a Rocío, quien siempre a pesar de sus obligaciones y arduas tareas para garantizarse el sustento; le esperaba al mediodía con agrado y una cándida sonrisa, avivada en disponer sobre la mesa, un buen hervido de gumarra; un picadillo criollo o un sancocho de cachicamo[15].

Pero inusualmente ese día parecía no aguardar su llegada, Mateo, empezó a sentirse intranquilo, evocando al instante las dolencias de su madre esa mañana ¿habría tenido que ir al hospital? Pero de esta conjetura dudaba, pues Rocío, además de ser una mujer fuerte; rehuía cualquier asunto que tuviera que ver con médicos, en la convicción que la misma naturaleza es remedio para todos los males. Pero ¿entonces donde estaba? ¿Quizá en el mercado y se le había hecho tarde? Se preguntaba mientras hurgaba con la mirada cada rincón de la heredad.

Siguió avanzando instintivamente, adentrándose cada vez más en el soropo; reducido por un mal presentimiento, colmado de vaticinios. Como una cigarra a punto de exclamar su final chillido y al llegar a una arista de la sala, quedó pasmado al principio; luego aterrado por lo que sus ojos develaron. El aire se colmó de angustia, y el pequeño se abalanzó sobre el cuerpo de su madre tendido en el suelo, junto a la mesita de centro; se inclinó junto a ella completamente pasmado, sintiendo en sus ojos, la sensación de múltiples luminiscencias que le nublaban la mirada, y como si un nido de hormigas le recorriera las entrañas.

—¡Mamá…mamita respóndame!—gritó desesperado en procura de una respuesta.

---

[15] Armadillo.

Gimoteando le oprimió en medio del pecho con sus dos manos, observándola con las orbitas de los ojos desorbitadas, intentando hallar sus pulsaciones; mas frente a él un fatídico juego empezaba a revelarse. Sin duda eran esos malditos dolores, no debía haberla dejado sola conjeturaba en medio de su tormento, mientras sacudía el cuerpo en espera de una respuesta; no podría soportarlo tenía que estar viva, berreaba estremecido repitiendo:

—¡Mamita..ma´…levántese, vamos al hospital!

Pero como el peor de los ardides solo el silencio inundaba el aire, y la misma tierra sobre la cual yacía el cuerpo de Rocío, le daba un semblante aún mas nacarado a su frio cuerpo; parecía un fantasma, tal vez porque ya lo era. Y la mente absorta del pequeño llanero, no atinaba acertar semejante tragedia y en su obligación de hijo, se esforzaba por incorporarla de su tendido; por retornar la vitalidad de aquel cuerpo. De pronto se dio cuenta que su mayor temor se precisaba, todo su ser se estremeció ante la irrevocable certeza: frente a él reposaba infértil la única fortuna que el azar le había prodigado, la mejor madre del mundo.

—¡Dios, nooo…no me la quites!—gritó entre sollozos, herido en el alma; perdido en el amargo gesto, con las lágrimas corriéndole como cascadas, el rostro descompuesto. La garganta hecha un nudo, el cerebro queriendo salírsele por las sienes y el corazón arrugado dentro del pecho. Vencido por el sonido indiferente de la desventura, se aferró al cuello de su madre mientras repetía:

—Yo no quiero vivir ma´…sin usted no quiero vivir.

Mientras, con la existencia reducida a nada y los sueños borrados de golpe; se asía a una final esperanza, de acertar un halito de vida en el cuerpo desmadejado de Rocío. Con la oreja

pegada a la nariz de ella, suplicando que dejara escapar un chorrito de aire, que le indicara que seguía formando parte de este mundo, y quizá solo por unos segundos, pretendió que la vitalidad batallaba por retornar a la difunta; entonces de un brinco traspuso la distancia hacia la salida del soropo y corrió donde doña Carmela, su vecina de al lado. Una anciana afectuosa, siempre atenta y pendiente de ellos, a quien llamaba tía, aun cuando no existía parentesco. Tocó en su puerta desesperadamente, con golpes secos y prolongados; al instante la mujer salió y lo encontró allí de pie, pálido, sollozante. Lo conocía muy bien, no tuvo que articular palabra para que la señora, entendiera que algo terrible había sucedido; pero finalmente, la revelación del niño retumbó en sus oídos.

—¡Tía Carmela! Ma...Esta tendida en el suelo y no se mueve.

—¡Por Dios!—dio un alarido la señora, tomando de la mano al niño y adentrándose de inmediato en la vivienda; donde corroboró lo notificado. La octogenaria se aproximó al cuerpo, acarició el cabello de Rocío, levantó los parpados y tanteo las pulsaciones como un experto perito; entretanto Mateo, observaba exhortando un milagro que no llegaría. La oscuridad inundó el soropo; la madre había cruzado su tránsito al otro mundo, no se requería ser un experto para saberlo. El sombrío escenario conmovió a doña Carmela, como un golpe sordo en el tórax; quien incorporándose se acercó al niño y lo estrechó entre sus brazos.

CAPÍTULO TERCERO

Días atrás la sonrisa de Rocío, iluminaba el sencillo hogar; ahora la tristeza transponía el umbral, su cuerpo se vestía de madera, y la llanura de tinieblas. El amor maternal se desvanecía, dejando tan solo un corazón oprimido y el dictamen médico, escuetamente concluía como causa natural, el origen del deceso. ¡Cuánta tristeza atravesaba el pecho del pequeño Mateo!

Causa natural, tragedia o burla del destino que contravenía la suposición de un vida plena y familiar; la madre ya no estaría a su lado, ahora la existencia se antojaba disímil, y una empinada escalera de dificultades, de la cual tendría que escalar cada peldaño, se develaba ante él.

El golpe había sido contundente, y de ahí en más labraría su propio camino, quizá entre hatos y exiguos jornales, ¿Cómo había ocurrido tal tragedia? Pero aun cuando las venturas de la vida adulta se anticiparan para el pequeño llanero, tendría que guiarse a sí mismo, y por supuesto, lo haría con dignidad y fortaleza; con el debido respeto a la memoria de su amada madre. Había sido bueno tenerla consigo, cuando menos conocerla, y disfrutar algunos años de su incondicional afecto, contrario a lo ocurrido con su padre.

La mañana siguiente estuvo dispuesto el velatorio, gracias a la solidaria contribución de los humildes vecinos. El cajón mortuorio dejaba escapar la esencia del pino, que inundaba el inundaba el ambiente del soropo, adecuado como sala de velación; la tristeza reasentaba la mirada de todos, y esta a su vez se chocaba con el triste cuadro que dibujaba la estampa del niño. Ataviado con un sombrero de fieltro, camisa blanca manga larga y pantalón de tela; rematando con alpargatas y sobre el pecho una medalla de la virgen, junto a un pequeño dije de topacio azul, con la figura de un ave; el cual Rocío, le había regalado cuando él tenía unos cinco

años; toda esta, una solemnidad que le proveía el aspecto de un pequeño adulto.

En el estrecho y semioscuro recinto, decenas de afligidos se agolpaban para la final despedida; recordando con afecto a la fallecida, con la solemnidad que el acaecimiento demandaba. Contrariados en la desolación del pequeño, sin acertar sutileza que lo liberara de su pena.

Mateo, embargado de soledad, acariciaba el rostro de la mujer que un día lo llevara en el vientre, y permanecía inmutable junto a ella; rememorando cada tarde, cada sonrisa, su figura en la cocina, el beso de buenas noches. Esas reminiscencias se le anudaban en la garganta, asestándole una estocada letal, no ensayaba concebir todo el asunto, como si se tratara del peor espejismo; del cual retornaría para encontrar a su mamá de nuevo, esperándolo sonriente cada día.

Más entendía que aquel hilo materno se rompía por siempre, dejándolo como un cabo suelto, ¿por qué esto? ¿Qué haría? Pensaba sustraído en sus sentimientos; negándose a consentir la cruda omnisciencia: "todos un día tendremos que morir"

Bien entrado el amanecer siguiente, y dispuesto los detalles del entierro; los vecinos asieron el féretro para conducirlo al camposanto. Era un Domingo, el más repulsivo de todos para Mateo. Cuatro hombres se dispusieron en cada extremo del féretro conduciéndolo con fervorosa piedad; mientras avanzaba el cortejo fúnebre, podía oírse la música de arpa como fondo de aquella triste despedida. Entretanto, doña Carmela, intentaba dar esperanza al niño; aseverando que todo estaría bien, aunque en el fondo sabía

que desde ese día el valiente Mateo, estaría "brincando más que un mono en bachaquero"[16]

—¿Cómo se siente Mateito?—Preguntó la señora.

—Tía, usted sabe que Ma… era todo para mí—Contesto él con voz entrecortada, sin poder ocultar las lagrimas que brotaban de sus ojos.

El camino hasta el cementerio fue dilatado y tortuoso; ese día el llano perdía su magia, carecía de colores. Los sueños y anhelos se esfumaban, y se aprendían nuevos verbos en el diccionario de la tristeza; la mayoría de vecinos avanzaba en estricto silencio e irregularmente, algún murmullo rasgaba la elipsis. Sin embargo, Mateo, proseguía con estoico heroísmo por el sendero que Dios, ahora le señalaba. Las oraciones se avivaron de repente y la difunta fue consagrada a la virgen y los santos de la región, para que estos guiaran su camino a las alturas.

¡Mas nunca imaginó el pequeño llanero!, el torbellino de emociones que probaría desarraigarle el alma; en aquel breve instante cuando el cajón descendió a su final morada. Por primera vez en años se sintió inseguro, desprotegido…solo; y en un arranque se aferró al sarcófago, sintiéndose vencido, implorando a su madre retornar de aquel cosmos desconocido, ¿Por qué el mundo carecía de justicia? ¿Por qué la maldad y la vileza parecían ser recompensadas?, y al contrario la bondad pisoteada sin clemencia, ¿Cómo era posible que su madre muriera y que su vida hubiese estado rodeada tan solo de privaciones y tristezas? Aun en su inocente niñez, Mateo, exigía una explicación de Dios, una que reivindicase sus quejas.

---

[16] Pasando dificultades.

Entretanto doña Carmela, junto a él, enmudecía su aliento, y los demás vecinos; solo atinaba dictar sus mejores rezos, provistos de fe, de la esperanza que alguien sin pecado, se eleva en procura de mejores ministerios. Pero Mateo, solo podía experimentar su enojo, y el anhelo de algo perdido; y la vehemencia, sabia, era insuficiente para lograr el éxito en tal tarea de recuperarlo. Debía sufrir y lo haría sin miramientos, se sentía infeliz, era ese su derecho; y mientras reflexionaba sobre estos argumentos, castigaba la tierra con sus manos.

Y el fondo de su tristeza, se ataviaba del lamento de los presentes, quienes ante tal escena se compadecían al prorrumpir:

—Pobre niño, pobre Mateito…¡Cuánto lo amó Rocío, cuanto la amaba él!

Desde entonces jamás pudo acertar en su memoria, el final de aquella amarga despedida; como si un fragmento del tiempo hubiese desaparecido. En algún momento se halló de regreso a casa, reconociendo con la mirada nubosa la pradera, las reses, y los alcaravanes[17] que parecían guardar la compostura; como también algunos pocos que no habían asistido al entierro, y le daban su voz de aliento al verlo pasar acompañado por la tía Carmela. Poco a poco se esfumaba el embotamiento mental, el vaivén de emociones se pausaba, empero, la nueva realidad silbaba como un saltamontes metido dentro de la cabeza; cuyo trinar ensayaba romper las paredes de las sienes, para escapar de allí. Seguramente, como se siente la ebriedad después de varios días de fiesta. Al llegar reconoció el viejo soropo y desestimó la invitación de la anciana de pasar primero por su casa; abriéndose paso entre los recuerdos, y nuevamente sus ojos iniciaron a lagrimear desgarrados

[17] Aves de patas blancas y color amarillo pálido.

por la fatal pérdida. Traspasando el umbral halló tan solo oscuridad, y su mente se atiborró de recuerdos; ahí estaba Rocío, con su vestido de flores, primero trayéndole afectuosamente un plato con cachapas y una taza de café, pero al instante llevando su mano al pecho, con un dolor punzante que la vencía, y luego tendida junto a la mesita. Sobrevenía esto como la escena repitiéndose una vez más, de repente se sintió profundamente culpable; aun cuando no era su culpa. Sus rodillas se doblaron y cayó rendido sobre el piso terroso, todo su cuerpo se estremecía y afuera los arrayanes se vestían de luto. Apoyándose en sus manos se incorporó como pudo, y avanzó hacia la sala que sirviera como final refugio a la vida de su madre y en un impulso furioso, tomó la mesa de pino romeron y con frenesí la lanzó a la calle, luego se sentó de nuevo en el suelo y la mirada se le perdió entre los verdes pastizales.

Al instante vino doña Carmela, corriendo apurada y lo encontró allí sentado como un zombi, en medio de la nada; no podía sentirse más frustrada, carente de ideas que solucionaran tal encrucijada del destino. De todos modos se aproximó al pequeño y se dispuso a su lado, pero por un prolongado instante no le dijo nada.

El también pareció ignorar su presencia, con la mirada evadida enclavada en la llanura, así permaneció lacónico y lloroso.

Hasta que al cabo de un rato, la anciana comprendió que de ella dependía hallar una solución y expresó la única que podría tener cabida.

—Mateito…vengase para mi casa; allí se puede instalar, hay espacio suficiente.

—Tía yo le agradezco—dijo girando para observarla y fríamente espetó—pero bajo el techo de este soropo, están todos los recuerdos de mamá. Yo prefiero quedarme aquí.

La mujer comprendió de inmediato los sentimientos del muchacho, y antes de marcharse indicó:

—Sé que quiere estar solo mijo, pero cuando lo decida puede tomar mi propuesta; de todos modos yo voy a estar muy pendiente de usted—y diciendo esto último le prodigó un abrazo y regresó a su casa.

Los posteriores días Mateo, no asistió a la escuela; se sentía demasiado alterable y vacio por la perdida. No pensaba en Margarita, ni en nadie más, no tenía razones para reír y el llanto de los ojos se le había secado; los sentimientos se le acumulaban en el alma y necesitaba darse razones para poder seguir. Frente a él se desnudaba ahora, un mundo en el cual tendría que demostrar su valentía para sobrevivir; para sentir que encajaba en este, y la única razón que lo motivaba era el recuerdo de su madre. A pesar de la inapetencia que sentía por todo, procuró durante esos días, que la vivienda se mantuviera ordenada; digna como le gustaba a Rocío. La mesita de centro regresó a su sitio, y el dolor desembocó en la bravura, que requería enfrentarse solo a la vida. Probablemente, dejó de ver el mundo con ojos de niño, y entendió que necesitaba coraje para ganarse el sustento. Aunque doña Carmela, don Eli y su hija, también vecinos cercanos; estuvieron siempre pendientes de él, convidándole un plato de palmiche[18] o capón[19], para que no pasara hambre y cruzando con él algunas palabras, que obraran de distracción a sus reminiscencias.

[18] Trozos de palma, cocidos en agua.

[19] Cerdo.

Finalmente, terminó por aceptar que ahí estaba, en su casa y que gracias a Dios, había tenido la fortuna de emerger del vientre de una santa mujer como Rocío; cuya lucha diaria la había librado, en la conciencia de dar lo mejor a su hijo. Empezó a sentir que la humilde vivienda rebosaba de su presencia, aun cuando no fuera física; entonces la paz y la claridad encontraron su ánimo agitado y este alivio coincidió con una visita inesperada; un mediodía que tocaron a la puerta, y al abrir se encontró con el fresco y juvenil rostro de Margarita. Mateo le examinó con sorpresa, y sus oscuros adornados por delineadas cejas permanecieron expectantes; hasta que ella empezó a hablar.

—Hola Mateo, de veras lo siento mucho—dijo y continuó con cierto titubeo en la voz—apenas nos enteramos, en la escuela nadie sabía…por eso no vinimos antes.

Pero para el niño, hasta lo más simple mutaba en una abstracta complejidad, la muerte de su madre era un tema que no quería tratar con nadie, solo recordarla le comprimía el corazón, no obstante, ahí estaban sus compañeros de colegio, visitándolo en un natural gesto solidario. De modo que con voz ronca los invitó a seguir. Habían pasado pocos días, pero su aspecto se desemparejaba en relación con los otros niños, era como si la vida le hubiera descargado un enorme peso sobre los hombros, y aun se notaba bastante afligido.

La tropa estudiantil se adentró en el cuadrado que formaba la pequeña casa, estando al interior de esta podía sentirse un profundo silencio. El sonido de las reses, las gaviotas, y los pequeños pajaritos; incluso del propio viento, parecía rehusarse a invadir aquel espacio privado. Mateo, dispuso las sillas del comedor para que sus compañeros, que eran cuatro incluida Margarita, tomaran asiento, y en su mutismo los observaba como si se tratara de

forasteros que llegaban a su encuentro; luego su mirada distraída tropezó con la de la niña y se observaron. Eran dos mundos cada vez más disímiles que se unían bajo el sino de tal tragedia, entonces Margarita, se aproximó a él y le dedicó un cálido abrazo, que por un segundo lo disipó de su tristeza; al instante aproximando su silla lo tomó de las manos y con mirada franca expresó:

—Mateo, eres una gran persona— y continuó diciendo como si le conociera de toda la vida— siempre has sido un luchador, tienes derecho a ser feliz, estoy segura que era el sueño tu mamá, y sé que mis palabras no aliviaran el dolor que sientes, pero solo quiero decirte que cuentes conmigo para lo que necesites.

—Con nosotros—dijo enseguida, señalando a sus compañeros.

Él simplemente la escuchó con breve interés y asintió con la cabeza.

— y Sabes —continuó ella—luego..., cuando, toda esta amargura que te agobia se empiece a desvanecer, recordaras a la gran mujer que estuvo a tu lado, con alegría, con la satisfacción de saber cuánto la amaste, y como se lo demostraste cada día, y entenderás que no es el tiempo que tengamos junto a las personas que queremos, sino la calidad que hay en esos momentos, la sinceridad y el afecto desinteresado.

En ese momento la niña se interrumpió, salivando su garganta y luego sonrió, como una acreditación a lo que expresaba en sus palabras, mientras acariciaba las manos del llanero.

Esas palabras que solo se pueden expresar desde palpables sentimientos, emergían de los labios de aquella pequeña, con admirable sabiduría, y Mateo, sintió una extraña impresión como si

una brisa fresca lo abrazara, como si el entorno entero mutara hacia otro plano y solo estuvieran ellos dos, su indiferencia varió de inmediato, ¡esas palabras eran tan ciertas, que parecían ser un mensaje enviado por Dios! Como una voz de aliento para él. El fervor y la compasión que emanaba de aquella niña, lo hizo evocar de nuevo el regazo de su madre, donde se sentía protegido y una inusitada paz, conmovió su soledad y vacio. Y por primera desde el fallecimiento de Rocío, logró atravesar aquel laberinto emocional en el que se sumergía, y tomar una bocanada de aire, respirar el céfiro de vida que aún conservaba, escalar la montaña de sus lamentos y dar la cara al irrevocable destino.

A partir de ese día como un ángel salvador, se inscribió definitivamente Margarita, en el mundo de Mateo. Y compartieron juntos los amaneceres del llano en el patio del colegio, y otras veces en la casa del muchacho; sentados sobre un chinchorro o simplemente, en la frescura natural de la pradera que se extendía ante sus ojos. Hablando de mundos opuestos, de caballos y peones, de los sueños de la gente sin patria y sin contrato social; amparados por la sombra de los arrayanes y el canto del alcaraván, evocando mundos fantásticos que despuntaban en sus almas juveniles.

Por otra parte, aun después de tres años que habían transcurrido desde la muerte de Rocío, el joven llanero seguía sintiendo su presencia en cada rincón de la vivienda; en la cocina, en la habitación, en la pequeña sala, en el umbral de la puerta. Era como si cada mañana antes de partir al colegio, le prodigara un beso en la frente y las consabidas bendiciones; aunque ahora su infancia lucía lejana, y el idealismo de antaño, se difuminaba entre los jornales que recibía como peón de medio tiempo, en las fincas aledañas. Pero su propia valía era sostenida por un recio carácter y las manifestaciones de cariño de su amiga Margarita, permitiéndole

sobrellevar con entereza las pruebas de la vida, ante las cuales otros habrían desfallecido.

Para esa época el rumor de sus sentimientos infantiles se había fortalecido, a sabiendas de la ingente distancia que lo separaba de su amada; y la sombra protectora que se elevaba como una fortaleza sobre ella, puesto que rumores sobre su padre se extendían a lo largo de la llanura; algunos de los cuales bastaban para estremecer las fibras sensibles de la conciencia. Efrain Cajales, padre de Margarita, no era precisamente un hacendado ejemplar, cuando menos eso rumoreaba la gente del pueblo; quienes lo describían como un hombre temperamental, ambicioso, y obsesivo con su familia y la perspicacia discurría también sobre el origen de sus negocios. Pero claro, Mateo, prefería adjudicar este carácter a simples habladurías, que son habituales en una región donde cualquier anécdota se vuelve mito; y se inclinaba a concebir que la nobleza que albergaba el corazón de la niña, no podía debía haber estado expuesta a una influencia semejante, resultaría por demás paradójico, al menos eso creía.

En el corazón de Mateo, germinaban melodías de amor hacia la hermosa llanera; ya no podía verla con ojos de niño, ya no lo era. Estando a su lado, sea en el colegio o en los atardeceres que compartían juntos, todos esos sentimientos le afloraban, y una contradicción inquietaba su razonar ¿acaso la joven sentía lo mismo? O era simplemente amistad lo que habitaba en ella. De tal suerte que esta duda, le reprimía de acertar las palabras adecuadas para expresar sus emociones, causándole frustración y un constante dilema.

Una tarde mientras descendían la escalerilla que daba acceso a los salones de clase, Mateo, se detuvo por un instante acometido por sus sentimientos; sintiendo una sensación de vacío en las

entrañas y un calor que se le trepaba desde las manos hasta la cabeza.

—Margarita, espere—dijo—

—¿Qué ocurre?

—Es que…quiero regalarle algo—observó tomándole de las mano, las suyas estaban frías podía sentirlo y la garganta se le sofocaba como si le faltara el aire. Luego liberó de su cuello una delgada cadena de plata con un dije engastado en ella, se trataba de la figura hábilmente labrada de un pájaro azul.

—¿Es para mí?—indagó la muchacha con un dejo de sorpresa, mientras observaba el bonito obsequio.

—Claro, quiero que lo tenga; significa mucho para mí, porque me lo dio mamá—

—Pero, ¿estás seguro?

—Por supuesto—indicó, observándola a los ojos, queriendo revelar todo lo que guardaba dentro de su ser; pero seguía sin lograr sacarse de encima aquella sensación de desagradable encogimiento, que sentía estando ante ella.

En ese momento Margarita, se le acercó liberando el celestial aroma que dejaba escapar su colonia y besó su mejilla, tan cerca de la comisura de sus labios que estos alcanzaron a rozarse. El joven sintió que ascendía por una escalinata hacia el mismo cielo, y quedó inmóvil, cohibido; percibiendo la frecuencia de sus pulsaciones aceleradas y solo se renovó de aquel helamiento, cuando la voz de la joven lo regresó de nuevo al mundo de los mortales.

—Gracias, Mateo, está muy lindo —

De ese modo se adentró el joven llanero con renovada ilusión en el mundo de los sentimientos adultos, a la vez con alivio por la reacción la bella llanerita; y atenuando su exaltación se dirigieron a la cafetería, avanzando con pasos lentos. Atrás quedaba la incertidumbre y Mateo, concibió que las palabras sobraran, porque a veces el silencio es la más honesta declaración.

CAPÍTULO CUARTO

Se deslizaron a partir de entonces los jóvenes, por un mundo de inocentes miradas, suspiros y palpitares; pero el muchacho no era más que otro intruso, pretendiendo adentrarse en los terrenos prohibidos del hacendado Cajales, furtivamente, paso a paso, sin prever los corolarios de prendarse del más preciado objeto en aquel oscuro reino de poder.

Efraín, era factiblemente el hombre más adinerado de la región, mas sobre su fortuna se filtraban múltiples entredichos, invasiones, desplazamientos, y si bien, provenía de un linaje tradicional en la región, el vasto incremento de su fortuna, recordaba las prácticas corruptas tan habituales en el país. Se trataba de un hombre vehemente en sus negocios, era el mayor criador de ganado de los alrededores, y su hacienda era una de las pocas que contaba con tecnificados procesos y modernos equipos de mejoramiento genético, lo cual en poco tiempo lo había convertido en uno de los principales distribuidores de carne hacia la capital. Amigo de políticos y banqueros que habitualmente lo visitaban, vivía una pomposidad inhabitual para los vecinos de esta bella llanura, aislado de esta realidad, para Mateo, se avecinaba la

colisión contra este mundo, al que Margarita, pertenecía y dentro del cual habitaba con el candor de quien da por sentado su propio entorno, sin hallar anomalía en el.

Empero, para algunos algo prohibido y nefasto manaba de aquel territorio, como una suerte de hechizo, que las leyendas llaneras, adjudicaban a un pacto entre Cajales y el mismo demonio. De ahí que este pudiera retar el peligro a su antojo, como si para él existiera la garantía de que la misma muerte siempre llegaría tarde.

La refulgencia de la fortuna económica siempre le sonreía, desde muy joven, cuando había quedado a cargo de las tierras y negocios de su padre, luego del fallecimiento de este, unos pocos próximos a él, adjudicaban justamente su carácter a las responsabilidades adquiridas desde sus años lozanos, y restaban merito a las habladurías de los mas supersticiosos, quienes afirmaban que era el mismo diablo quien le había moldeado el brío.

Los llanos orientales se caracterizan por ser una región principalmente ganadera, y recientemente petrolera, donde también pueden hallarse algunos yacimientos mineros de plata, bronce y cobre, justamente este último en el cual la ambición de Cajales, se había depositado, acertando una gran posibilidad de acervo y gracias a sus contactos en la capital, logrando pegar primero, si bien, respecto de la reglamentación y licencias recaían ciertas dudas.

Y la paradoja del destino se aferraba con su dichoso capricho, ubicando a Mateo, en este escenario, donde obtenía su primer trabajo formal, si así puede llamársele, puesto que contaba tan solo catorce años de edad.

Una mañana ligeramente fría del mes de Mayo, cruzó la llanura sobre la cual resplandecía un tímido sol; redimido de sus

añejas tristezas, con el arrebato de la juventud a cuestas y los sueños de progreso transpirándole por los poros. Su alma ya no estaba desgarrada, en ella habitaba Rocío, como un bello recuerdo; y las ideas en su cabeza rondaban el rostro de su linda Margarita. Vivir…vivir, era esa la premisa y para alcanzar el éxito, sabía que tendría que convenir algunos sacrificios; empero, consideraba una buena oportunidad la vacante en la mina de cobre y el jornal ofrecido superaba sin duda, el obtenido en los hatos llaneros. No tenía sentido seguir rasgándose las manos, sin lograr sustanciales dividendos. Entonces, el peculio logrado le alcanzaría para forjarse un mejor futuro, aun entre golpes y dolores de una labor que le resultaba desconocida; pero que se compensaba con la idea de poder brindar a su amada, la dicha de verlo mejorar como persona, de hacerse digno de ella, liberarse de la escasez y atravesar ese estrecho camino hacia iluminados horizontes. Una sempiterna ilusión albergaban sus pensamientos, al cruzar el sendero que se dibujaba en la verde llanura; franqueando el umbral selvático que se erigía, protegiendo el caudaloso hilo de plata que guardaba del otro extremo, un mundo nuevo de tierras rojizas; al cual accedió atarantao[20], sin aprensión de los rumores que el viento silbaba en aquel desconocido paisaje.

Cuando el sol inició a clarear y la gravosa bruma descotó el añil celeste, se encontró del otro extremo del rio; donde el reflejo luminiscente acentuaba sobre el suelo, las huellas de las pisadas y las heridas en la tierra, causadas por el peso de la maquinaria. Era sin duda, como estar en otro mundo; atrás quedaba el verdor de la llanura, mientras el joven llanero atisbaba con ojos expectantes, la fila de obreros; algunos de ellos colmados de mocedad como él,

[20] Asustado, balbuceante

otros sexagenarios, pero todos ellos avanzando con mirada inexpresiva, perfilando su huella en el fracturado suelo.

Una vez llegado, su ánimo se extravió al segundo; su mente se silenció, las venturas de la llanura eran una batalla ganada. Pero en aquel territorio era un extranjero, en medio de un dominio muerto; donde las personas emergían como raíces secas, no obstante, con el ánimo empuñado continuó avanzando.

Acertó que se avecinaba en la nulidad del estado, en su inoperancia; en tierras estériles de justicia. Sobre aquel terreno manaba lo prohibido, lo ilegítimo; respecto de eso rumiaban sus conjeturas. Habría preferido escapar, atravesar el rió y retornar a la verde llanura; sin embargo, sabía que no lo haría, no podía huir, necesitaba el trabajo, y aun cuando su conciencia le retumbara en la sienes, era demasiado tarde para elegir otro camino.

Un capataz se allegó a él, anunciado su presencia con un leve tosido, y ante la cara de acontecido y el mutismo del muchacho espetó:

—Póngase este casco joven y vaya donde el ingeniero— mientras le señalaba con el dedo índice, en dirección de una improvisada oficina erigida de tablas y laminillas, apostada a orillas de la también repentizada carretera.

Mientras avanzaba Mateo, se quedó mirando los rostros de los mineros protegidos pos sus cascos amarillos, que reflejaban la luminiscencia del sol, y en el semblante tostado por su centelleo, se dibujaba una mirada cargada de relámpagos de ausencia. Cansados y disonantes cruzaban junto a él con la aspereza de la tierra y el calor divulgada en la piel. Sofocados, desinflados, sin el ánimo embriagador de quien disfruta su labor; con todo, prosiguió con el

ánimo palpitante y una ola de pensamientos revolviéndosele en la cabeza. Le resultaría imposible permanecer allí, pensó por un instante, pero aceleró el paso y se vistió de entereza, mientras sacudía el polvo de sus zapatos, para ingresar a la oficina en frente de cuya puerta se encontraba. Parecía un mal sueño, pero no lo era; observó la puerta de la cual colgaba un aviso oxidado de precaución, empujó la lámina que la formaba y se adentró para encontrarse con una joven mujer, sentada en un pequeño escritorio de madera; avanzó un par de pasos y saludó.

La mujer detuvo lo que hacía mirándole de soslayo, empero, no dijo nada. Entonces Mateo, se allegó a ella y farfulló de nuevo un escueto <buen día>, luego se apuró en revelar la razón de su presencia ahí:

—Señorita es que…yo vengo por lo del puesto de minero—

—Siéntese—invitó ella levantando sus manos y uniéndolas en la barbilla, para mirarlo fijamente.

La mujer después de examinarlo por unos segundos, indagó:

—Veamos, tengo la certeza de que usted no alcanza la mayoría de edad, pero… ¿tiene autorización de sus padres para trabajar?

Al joven llanero le pareció impropia la pregunta, máxime ante la evidencia que otros tan jóvenes como él, ya habían sido contratados, sin embargo, respondió la cuestión.

—Señorita, mi mamá murió hace cuatro años y a mi papá no lo conocí.

—Bueno, imagino que no tendrá experiencia—prosiguió ella.

Le digo la verda´, he trabajado como jornalero en los hatos de la región; pero de las minas no conozco nada, pero eso sí, aprendo rápido y a toro bravo lo agarro por los cachos.

Ella le miró con titubeo; luego revolvió el escritorio en busca de un documento, nuevamente elevó la mirada y extendió la forma hacia él.

—¿Sabe leer y escribir?—indagó.

—Si señorita…si sé.

—Bien, llene este documento con su información personal— y continuó—por lo pronto será vinculado a prueba durante un mes, y dependiendo de su desempeño, lo dejamos fijo.

—Gracias, muchísimas gracias, señorita—

El joven rellenó la información solicitada, tomó el papel y lo devolvió a la mujer, quien lo guardó en un cajón.

—Ahora diríjase donde el capataz—agregó—él le indicará sus funciones.

—Gracias—dijo Mateo, levantándose de la silla.

Era tarde para tomar a mal su decisión, y tampoco era el primero ni el ultimo; ya se acostumbraría, concluyó mientras abandonaba la improvisada oficina.

Luego acariciado por el intenso calor que florecía, se detuvo frente al capataz; el cual sin artificios le reveló las políticas del lugar. Múltiples recomendaciones sin subterfugio, que le hicieron entender que sobre esas tierras, gobernaba una ley del silencio; mas excepcional aún se revelaba, en una actividad peligrosa como esa, que su falta de experiencia venia irrelevante. Ejecutaría las órdenes impartidas y tendría que aprender en el proceso.

El joven permaneció atento a las indicaciones, mientras su indecisión meditaba pro y contras de aquella decisión y advertía a poca distancia la incivil mirada de los hombres de seguridad, fuertemente armados; quienes prestos salvaguardaban la propiedad de Cajales, y no dudarían en imponer su ley, bien se tratara de un maleante o un minero queriendo pasar por listo.

Al margen de un tablado, donde se llevaba a cabo la conversación; el capataz extrajo de una cajetilla en su bolsillo, un cigarro y lo encendió sin el menor miramiento, de que el humo transitara por el viento directamente hacia al rostro del muchacho y apoyándole una mano sobre el hombro, con la otra señaló en dirección al poniente y dictaminó:

—Ese que esta allá, es Dumar, el lleva poco tiempo en la mina; pero ya conoce el oficio. Dígale que yo lo mandé pa´que le explique las tareas y esté muy atento a lo que él hace.

Desde entonces con empeño y paciencia, soportó Mateo, humillaciones y riesgos; en una labor que además de aventurada, en aquel yacimiento se aplicaba evidentemente, sin la experticia adecuada.

Los trabajos parecían ejercidos por carpinteros, ejerciendo de médicos; los más jóvenes como Mateo, se maduraban a fuerza de golpes, mientras se abrían paso entre las pequeñas grietas de la roca o escudriñaban el metal en el suelo de las minas a tajo abierto. A veces la piedra se les clavaba en el lomo, la clavícula, la cabeza o en los brazos; el metal rasgaba la piel y resultaban cotidianos los pequeños accidentes y en el peor de los casos alguna fractura.

El tapón de la realidad se disparaba con potencia, liberando el contenido de una realidad abrumadora, pero ineludible; el jornal apenas si sustentaba los gastos alimenticios. Mas las opciones

laborares, incluso en los hatos y dada la crisis que afectaba cada rincón del país, apenas si existían. De tal suerte, que con el dolor en las costillas, y la ansiedad cabalgando a lomo de burro; el joven llanero y sus compañeros consentían resignados, la carga que conlleva el progreso enarbolado en la codicia de terratenientes y empresarios.

Y aquel sueño sensitivo que despertaba la verde llanura, se aislaba partido por el cauce del rio, como una puerta que se abría para luego cerrarse, a las espaldas de quienes pisaban aquella tierra rojiza; ataviada sin más, por gigantescas maquinas de extracción, guardas armados y obreros sudorosos y agotados. Era claro para algunos, que se trataba de dos mundos inversos.

Empero, Mateo, se resistía a desfallecer con todo y la antipatía que generaba su labor. Llegaba con el ánimo hecho migajas, cada noche a su soropo y se desplomaba sobre el chinchorro. Y en la noche su cabeza se inundaba de llamativas quimeras, como una máscara adornando sus certezas; y dentro de ellas siempre se incluía Margarita, emergida como un albor que iluminaba su sendero y su lucha. Tan solo estos placidos sueños y las exiguas horas que conseguía compartir con ella, le sostenían el aliento; generándole un efecto de alivio, que lo reprimía de abandonar la labor del socavón; para marcharse en procura de otros sueños. Por eso confiaba en la mano de Dios, como su guía; sin detenerse a pensar en lo que podría ser. Dando un vistazo a la bienaventuranza que implicaba, el hecho de que una mujer como Margarita, se hubiera fijado en él y en esto adivinaba una señal de divina fortuna.

Sobrevenía como bálsamo renovador, cada instante que pasaba junto a ella, jugueteando inocentemente como dos chiquillos; arrebatando una sonrisa a la escrupulosidad de los

adultos. Así se abrían paso entre los pastizales lejos de las suspicacias de Efrain Cajales. Minutos en los cuales la niña se glorificaba de su naturaleza llanera, dejando de lado los lujos, las joyas olvidadas en el fondo de un cajón; renunciando a ser la flor del llano, de aquel hombre egoísta cuyo único afán era proteger su enorme imperio; su reino de abusos. Vistazo que apenas iniciaba a develarse para la jovencita. Y la vida más allá de la custodiada hacienda, se revelaba como un paraíso simple y natural en el cual habitaba el hombre por quien su corazón palpitaba, su anhelado Mateo.

Pero en la mina la vida era otro asunto, una labor que a veces parecía en balde. El joven llanero era solo un mozuelo jugando a ser minero, abriéndose paso entre las agostas aberturas de la tierra, para acertar en la roca la tonalidad carmín que delatara el preciado metal; para así lograr un poco de aire en la superficie, llevando consigo dos o tres piedras para el proceso de chancado[21].

De todos modos el tiempo fue esfumando tanto el miedo como la sensación de aventura; la labor se hacía cotidiana y un ruidoso timbre rememoraba las épocas ahora lejanas del colegio, cuando llegaba la hora del almuerzo y justamente uno de esos mediodías; había florecido su amistad con Dumar, otro joven obrero unos pocos meses mayor que él. Arreglo de estima mutua, que estuvo a punto de verse truncado, la primera vez que se vieron y aquel en tono burlón le expresara:

—¡Upa joven! Usted está muy garrancho[22] para trabajar en la mina, vaya donde su amá a que le prepare un caldito de cachama.

---

[21] Reducir rocas de gran tamaño, hasta casi su pulverización.

[22] Flaco, delgado.

Y ante la respuesta de Mateo, a quien el comentario le había sacado de casillas, y liberándose de cualquier cortesía había azuzado a su compañero, para que jamás volviera a mencionar el nombre de su santa madre fallecida; a partir de entonces Dumar, ahora su amigo, le recordaba siempre aquella anécdota y al evocarla ambos reían, en la liberación que la amistad y el recuerdo generan; por supuesto, también sobre el respeto a la memoria de aquella buena mujer.

Una tarde en que las manos emergían vacías de la mina, la sorpresa cerró de golpe el pavor sobre los jóvenes amigos, cuando Dumar, persistente en su búsqueda de las piedras cobrizas, firmara un acuerdo con la adversidad; en la cual estuvo a punto de quedar atrapado, al perder el control y no bastarle la destreza, para terminar atrapado en uno de los tajos. Un par de días antes había llovido profusamente y la tierra continuaba resbalosa y pegadiza, por lo cual adentrarse en los profundo de aquellos socavones, resultaba imprudente. Empero, Dumar, había obviado dicho juicio y bastó descargar su peso contra la hendidura en la roca, para que esta liberara grandes pedruscos que le dejaron apisonadas sus extremidades; de inmediato Mateo, y otros compañeros que presenciaron el incidente corrieron a socorrerle, pero su falta de destreza en estas actividades de socorro, dificultaba sobremanera la labor; además por el estado glutinoso de la tierra, los rescatistas resbalaban. No obstante, apoyándose unos a otros y tras varias horas de contener la respiración y doblarse sobre la sajadura del suelo, casi que a labor de mano limpia, lograron liberar al magullado minero; quien con agotamiento y para su fortuna, solo con heridas superficiales se desplomó sobre el suelo, casi sin aire; con el semblante irreconocible engomado de tierra, entonces le dejaron tomar una bocanada de aire durante algunos minutos.

Luego Mateo, se aproximó a él llamándole por su apodo, al cual se había hecho merecedor por su contextura, y verificó su estado.

—Padrote[23], hermano ¿Qué paso? Como se va a arriesgar de esa manera.

Y este con su habitual humor y evidenciando que el asunto, no trascendía de un tremendo susto respondió, con un dejo de dolor y una sonrisa:

—Nada, que me distraje viendo las garzas.

CAPÍTULO QUINTO

Habían tropezado en el tiempo que llevaban jornaleando para don Efraín, múltiples vicisitudes; como la de aquel día del incidente de Dumar. Ya que Cajales, no gustaba de personas ajenas a capataces y mineros, en los alrededores de la mina, por lo cual, aun sin el adiestramiento adecuado; ellos mismos debían ingeniárselas para salvar estos obstáculos. Incluso circulaba el rumor, entre los obreros más antiguos, sobre la muerte un par de años antes, de uno de sus compañeros; a quien un acuerdo de silencio había dado por desaparecido. Aunque en el tiempo que llevaba Mateo, en dicha labor, solo había presenciado eventos menores. Lo que si le mortificaba era, que a medida que el tiempo transcurría, y otros jóvenes como él engrosaban las filas de aquella ilegítima labor; no se revelaba una mejoría de sus condiciones económicas. De hecho a pesar del ingente esfuerzo, sus manos

[23] Caballo adulto de excelente estampa.

permanecían vacías, había perdido peso, y la mitad de su tiempo lo dedicaba a estar en esos terrenos cetrinos.

La campana que anunciaba la hora del almuerzo repiqueteaba y como zombis, avanzaban en procura de una ubicación para tomar el tentempié; que apenas si alcanzaban a deglutir con la garganta inflamada por la inhalación de serrín, la tos y los malestares que constantemente aquejaban a los más novicios. Con todo, se las arreglaban para elevar una plegaria al cielo y agradecer por estar ocupados, a diferencia de otros jóvenes de la región a quienes les tocaba parir morocho[24]; pues en los hatos ganaderos, la tecnificación hacia cada vez mas innecesaria la mano de obra de los jornaleros.

Pasado el mediodía se retomaba el esfuerzo, despuntaban algunas explosiones, el paisaje se matizaba de aridez, zanjas, caminos; pesados vehículos, arroyos y quebradas desviadas de su cauce; y se ocultaba la sonrisa antes de adentrarse nuevamente en el socavón. No había días buenos ni sosegados, la hermosura de la llanura, los anhelos, las historias de amor, y de valientes llaneros a lomo de caballo; se imprecisaban entre el tosco e imperfecto tajo que lastimaba la tierra y los sueños. Entretanto, Mateo, evocaba los días de colegio dejados atrás; y en el aula de clases Margarita, ansiaba reencontrarse con su amado llanero. Entonces, la ansiedad se les atragantaba en el temor y la angustia de no poder estar juntos, ni objetar el destino que para ellos delineaba, aquel demonio llamado Efrain Cajales; cuya copa de poder se desbordaba por el canto, coronando de fiesta sus acciones horrendas, su abuso contra todos, la terquedad de su infausto poder; el amancebamiento con los corruptos de la región. Bastaba una orden emitida de sus labios, para que el temor desplazara campesinos trabajadores de sus

[24] Ponerse las cosas difíciles.

tierras, y el pudiera hundir sus garras sobre ellas; y de sus confusas fantasías de poder provenía el ultraje, la sentencia decisiva, la visión de un llano a su merced. Los delitos pos supuesto, le eran condescendidos por las autoridades locales, el alcalde, el jefe de policía; y al final el horroroso designio recaía sobre la comunidad.

Pero quizá sus obsesiones terminarían por liquidarle algún día, sin embargo, mientras eso ocurría; el fuego de sus celos paternos se encendía como una llamarada, a medida que su flor del llano, como llamaba a su hija, se hacía mujer. Y este fervor podía sentirse más allá del suelo de sus heredades.

Arraigado en sus convicciones de padre protector, ahora viajaba muy poco a la capital, como era su hábito. Gracias a eso, podía vérsele con mayor frecuencia inspeccionando sus negocios entre ellos la mina de cobre. A la cual arribó una mañana para reunirse con el ingeniero encargado, quien era uno de sus hombres de confianza; un sujeto desarraigado de toda moral, a quien seguramente el crimen y el abuso no le quitaban el sueño y quien dirigía con mano de hierro aquellos socavones.

Ver a Cajales, resultaba intimidante para los obreros; su colosal aspecto, sus manos enormes, su sombra extendiéndose sobre la tierra pintada de fuego; los rumores de crímenes que se cernían sobre su imagen, que mutaba en leyenda. Sus maneras eran las un hombre prepotente, arraigado en su convicción de ser el verdadero poder en la llanura; conducía su propio coche, una enorme camioneta negra, y vestía siempre sombrero, gruesas cadenas, botas y camisa de manga larga e iba precedido a todo lugar por sus escoltas. Este hombre obligaba a su paso la inevitable mirada de los curiosos; y los rumores de pactos malignos, de perversos ardides para alcanzar sus objetivos. ¿Pero de qué hombre audaz en los negocios no se elevan fumarolas de recelos? Y claro

estaba que Cajales, no era ningún aprendiz en los negocios; la experiencia le venía de su padre, y si que le había valido para formar un carácter.

Margarita, por su parte, a medida que reconocía en Efraín, el verdadero perfil y disentía de este; insistía a Mateo, tomar distancia de aquellos oficios, por demás riesgosos, y de los dictámenes perversos que implicaban. Entendiendo que aquel noble muchacho, nada tenía en común con las actividades de Cajales, y que no era más que un humilde pero digno llanero, que formaba parte de aquel enjambre de inocentes que Efraín, iba arrastrando a su paso, sin el menor miramiento.

Aun así, con el amedrentamiento de la necesidad, Mateo, ensayaba elucidar las razones que le empujaban a tal decisión, y si, aunque fuesen perversas decisiones de un destino inexpugnable; el no sentía aprehensión ni temor, ni se refugiaba en excusas como muchos otros, ¿Para qué? ¿Por qué que hacerlo? ¿Por qué mentirse a sí mismo?, tal vez, en otro tiempo las cosas estarían mejor. Pero por ahora, sin oportunidades reales en los hatos ganaderos, y mucho menos en las petroleras; la única luz que se revelaba, era la propia oscuridad de la sombra de Cajales, el padre de su amada llanerita.

Esta convicción le valió a Mateo, entre gritos y sustos, acompañados por heridas y cansancio; dejar notar la grafía de su talento, cultivándose audazmente en los procesos de extracción del metal, y más tarde en la conducción de las gigantescas maquinas, que como colosales palas ayudaban a desencajar la roca de su vientre natural. Inclinado claramente hacia esta labor, y con una intrepidez innata para el manejo de bestias, pasó de ser aquel muchacho garrancho y tímido; a uno de los peones más

sobresalientes, a quien se le encomendaba todo tipo de complejas labores, disimiles a las que tenían sus compañeros.

Mateo, empezó a advertir que su destino se enderezaba, su valía fue reconocida y su peculio mejoró en la misma medida; se sentía orgulloso de lo que había logrado y advertía cercana la posibilidad de ser merecedor de su linda Margarita.

La vida parecía sonreírle, y contemplaba con silencioso aprecio, el momento adecuado para presentarse ante Cajales, y revelarle las intenciones que tenia con su hija. Ya no era un desarraigado, ahora consideraba él, tenía una posición superior en los procesos de la mina, y cuando se presentara ante el gran terrateniente, este seguramente, reconocería la intención suprema de sus buenas intenciones ¡que ingenuo estaba siendo nuestro valiente llanero!

Quien advirtió el verdadero talante de quien pretendía su suegro, una tarde de Domingo, en el bar llamado la Palma, donde departía con su amigo Dumar. Y al cual ingresó como siempre altivo y orgulloso, acompañado por sus hombres, Efraín Cajales; al reconocerlo extrañamente algunos de los presentes enmudecieron, Cajales mantuvo la cabeza erguida inspeccionando el lugar, y su mirada denotaba un dejo de desprecio hacia los demás; como si de un miembro de la realeza se tratara, pero tampoco un llanero por humilde que sea su origen, se doblega ante nadie, incluso si ese alguien exhibe su poder y sus armas. Por eso quienes estaban en el bar luego de mirar de soslayo a los recién llegados, continuó cada quien sus asuntos. Una vez que Efraín, y sus custodios estuvieron acomodados en sus butacas; uno de estos llamó con un gesto de la mano a doña Plenia, la propietaria del establecimiento, quien se encontraba de manos ocupadas entregando las vueltas a un cliente que se marchaba y que una vez estuvo libre, se aproximó a Cajales,

el cual rodeado como discutible arcángel, por su coro de querubines, murmuró algún asunto a su oído.

De inmediato la señora giró, repasando con la mirada las pocas mesas ocupadas; incluida la de Dumar y Mateo, evidenciando una risita nerviosa y de a poco se fue congregando en cada una de estas; ensayando una disculpa que sorteara la molestia, de tener que invitar a sus comensales a dejar la cantina, por una expresa solicitud que se satirizaba en la vanagloria y silencioso desprecio de Efraín. Por supuesto, una cosa era no prestar mayor atención, al ver aquel poderoso terrateniente y otra bastante opuesta hacerle frente. ¡Que mas daba, un aguardiente menos! ¡Que se condenara solo Cajales! Pues, por ahora no tenía jueces en aquel pueblo, aunque a muchos la sangre les ardiera de acíbar.

Doblegados los presentes resintieron dejar el establecimiento, y solo una mesa a la cual doña Plenia, no se había aproximado, permaneció ocupada; era la de Duber, un joven con ínfulas de yuppie, hijo de otro terrateniente de la región; eventual aliado comercial de Efraín. Joven del cual Mateo, por propia boca de Margarita, se había enterado le pretendía amorosamente de una época a la fecha.

El joven llanero y su amigo, al igual que otros curiosos; permanecieron frente al bar la Palma, fisgoneando la inusitada escena. Oteando entre el espacio que separaba las vigas de madera, que formaban las paredes del establecimiento.

A menudo los hombres como Cajales, disfrutaban de su encumbrado estatus, disfrutando de bares y cantinas para ellos solos y quienes custodiaban su integridad; como si fueran aguas benditas, que no pueden ser tocadas por aquellas que corren libres por los riachuelos. Pero al instante cuando la bebida surtía su efecto, y la música de arpas y cuatros retumbaba de nuevo; la

oscura estratagema perdía su razón y regresaba la concurrencia, con la sombra de los usurpadores a sus espaldas, quienes dimitían del tono jaranero del llanero, para retornar a sus propios espacios: sus heredades lujosas y sus botellas de whisky.

Pero esa tarde de Domingo, algo diferente revoloteaba en el aire, de pronto, casi sin darse cuenta uno de los escoltas estuvo parado frente al umbral de la mesa de Duber; quien levantó la mirada para observar al visitante, con el efecto del aguardiente llanero embromándole los sentidos. Entretanto, Cajales y los demás permanecían en sus puestos, y el interior de la cantina arrastraba hasta los mirones la escena que se sucedía adentro.

El algún momento el esbirro de Efraín, tomó por el brazo al joven convidándolo a incorporarse:

—¡Camine que el patrón quiere hablarle!

Y Este en medio de la trabazón de ideas que le generaba la bebida, accedió de buena gana avanzar tras de aquel, hacia una silla dispuesta junto a Cajales.

Bueno, ahí estaba Mateo, como testigo primigenio de la relación entre su conjeturado suegro y aquel joven. Claro, que sobre Margarita, no encerraba duda respecto de sus sentimientos hacia él ¡Gracias a Dios! Y estaba seguro de ello, a pesar de la inocencia de las caricias; fundado en las emociones que dejaban entrever un sentimiento duradero. Empero, lo único de lo que tenía conciencia en aquel instante, era que allí, en la forma como se relacionaran aquellos dos hombres; podría encontrar un obstáculo para el refugio de paz y amor que había construido junto a su bella llanerita y un suspiro se le enclavaba en el pecho, evocando el bello rostro de su amada.

La atmosfera tensa que se estaba generando, tras las empinadas vigas de madera que sostenían el techo, empujaban a Mateo, hacia un mundo de especulaciones, sobre el carácter de aquel guardián suspicaz; que erigía sobre su flor del llano, un muro más alto de aquel que edificaban aquellos listones que su mirada tentaba. Anécdotas que se dilataban en la atmosfera calurosa de la tarde, cuentos que hablaban sobre jóvenes admiradores de la niña, espantados a tiros; tan solo por preguntar por ella, e intentar contravenir la severidad de un padre todopoderoso. Es fácil extraviarse en las emociones, pero a veces equivale a ponerle la mano en la boca a una babilla. La compasión no era una cualidad de aquel padre, no se trataba de entregar su niña a los mejores postores; no cabía riqueza, ni buenas intenciones, ni ideales o sueños para quien quisiera desafiarlo, no le dejaría su flor del llano a nadie.

Ese día lo entendió Mateó, por primera vez, cuando aquello que creyó un gesto de aprobación de su jefe, hacia el hijo de un aliado; terminó con el muchacho atravesando la extensión del bar hacia la calle, conducido a empellones por los hombres de Cajales, y los presentes llegaron a temer por la vida de Duber; quien penosamente cayó al suelo, víctima de los estrujones y el éter alcohólico que invadía su cuerpo. Una de sus manos sangraba, y el pantalón estaba un tanto arruinado; al tiempo que parecía agobiarlo un dolor en la rodilla, tal vez producto de la caída, además de un leve moretón en el ojo izquierdo. Seguramente, no tenía miedo, estaba semiinconsciente; apenas si lograba ganar aliento para intentar incorporarse, y las palabras de Efraín, quien había salido para confrontarle, eran realmente ásperas. Se blandieron incluso algunas armas de fuego, pero ese día no moriría nadie; era solo una

reprimenda, un mensaje a los demás jóvenes del pueblo, incluido Mateo.

En algún momento igual que inició terminó todo aquello, y el joven llanero quedó pensativo junto a su amigo; reconociendo la muda cerrazón que se cernía sobre sus sentimientos, y advirtió que aquello que pensaba, distaba significativamente de la realidad que se dilataba ante sus ojos. El escenario de la realidad descolgó su telón ¿Cuáles eran sus posibilidades? ¿Qué pasaría si su jefe se enteraba de sus pretensiones? Allí no había jardines de rosas para los jóvenes enamorados, aun su tenue ebriedad lo declaraba.

Pero el inocente persistía en atravesar el puente de sus emociones, hacia la dirección opuesta; hallando una tenue luz de esperanza, que enunciaba que el amor obra milagros.

Superado el incidente de aquel día, sobrevinieron para el joven llanero días mejores; en los que ondearon nuevas oportunidades laborales para él, dada su incuestionable habilidad con las bestias. De modo que no tardó en alternar las labores de la mina, con algunas actividades conexas al arreo y domesticación de alazanes en los hatos; actividad que le inundaba el alma de regocijo, restituyéndolo a su estado natural, a las verdes praderas bañadas por el sol, los alcaravanes y las gaviotas revoloteando libres en el horizonte; tan libres como anhelaba serian un día Margarita y él. No andaría veraneando[25], se repetía a sí mismo; si quería lograr sus metas y derrocar la sensación amenazadora de Cajales, sobre sus sentimientos. Sin embargo, prefería evitar por ahora una confrontación con este, en la convicción de no precisar a su llanerita, el tener que atravesar un camino de aflicciones y remordimientos. Algún día la haría feliz, pero aquel mundo

[25] Sin trabajo.

esplendido que imaginaba, debía construirlo sobre el respeto, por los valores familiares de aquel ángel que amaba. Con estos pensamientos huía de sus inexorables reparos, mientras recorría a lomo de caballo, con los sentimientos creciendo como espuma de rio embravecido, la imponente llanura; donde muy alto se elevaba el sol vigoroso, cruzando quebradas y pastos, en busca de su soropo. Entonces, las almas de los jóvenes podrían entrelazarse de nuevo y reunirse como la semana pasada, bajo el cobijo de los arrayanes, y tomados de la mano celebrar las pascuas del amor; allí mismo donde años antes se erigiera un castillo de emociones puras y simples. Donde la evocación traía consigo, las huellas de un pasado adornado por la mirada tierna y afectuosa de su madre; y ahora como un reflejo en el agua, la ternura de su linda Margarita. Quien tenía la capacidad de cristianizarlo, en un hombre capaz de lograrlo todo; un valiente llanero dispuesto a desafiar la autoridad de Efrain Cajales, para decirle de frente que amaba a su hija, y todo… absolutamente todo, lucia diferente estando con ella.

Para la jovencita tampoco resultaba arduo, dejarse llevar por sus sentimientos; escapar de la custodia de la madre, y olvidarse del miedo que le generaba la dominación de Cajales. Desde que había visto a Mateo, ese primer día en la escuela, algo en ella había cambiado; y el rio, la llanura, las aves y el cielo resplandecían con un matiz diferente. La felicidad se acertaba en aquel espacio simple, nada volvería a ser como antes. El escape de la hacienda, claro, no era espinoso cuando Efrain, estaba inmerso en sus ocupaciones y la jovencita quedaba a cargo de doña Pura, su madre; quien obraba las veces de un adorno más de la casa, sin autoridad alguna, sometida bajo el violento carácter de su esposo; alejada hace mucho del sendero de la vitalidad. Una mujer que vivía entre el revuelo de enfermedades probablemente imaginarias,

dispersa en sus angustias, tomando agua de limonaria[26], para una afección del corazón nunca diagnosticada; pero la cual podía tener aserto, porque la falta de amor también enferma. Y el sendero de su vida junto a Cajales, había sido una camino demasiado empinado, sin opciones de mejoría; por eso la enfermedad le venía como alivio, para evitar quitarse la vida, y sustentarse en el designio de asistir una hija, a la que no sabía cómo cuidar y a quien esperaba cada tarde, sentada en una silla mecedora; tan solo para evitar cruzar palabras con ella y aliviarse el alma, sabiendo que regresaba.

Esta disfuncional relación y el precario afecto que recibía de su padre; quien consideraba que lujos y poder eran suficiente razones de devoción. Hacían sentir a Margarita, dejada de lado y la impulsaban en dirección de aquel viejo soropo, que mutaba en su palacio de princesa donde pasear feliz, entre pastizales y arbustos, entusiasmada en las aguas del verdadero amor.

¡Pobre niña rodeada de inútiles riquezas! Cuantas cosas habría dejado de lado, por encontrar cada día el rostro sonriente de un padre bondadoso.

Así pues, retornaba con ánimo apremiantemente Margarita, salvando la gradilla del colegio, y cruzando la llanura en procura de la cita con su dilecto enamorado; en su corazón jamás anochecía, a pesar de los obstáculos, del calor que ardía en la explanada, o de la distancia que los separaba; el alma le susurraba su nombre y solo el mimarse entre sus abrazo aplacaba su fatiga. Esa era Margarita, la flor del llano, una joven que corría en procura de un amor prohibido, aun sabiendo que nada podría ser peor que desobedecer a su padre, que jugarle una perfidia a sus espaldas. Por eso calculaba con diligencia su escape semanal, tan solo cuando tenía

[26] Infusión para enfermos del corazón.

la certeza de que Cajales, no estaría; para luego regresar a casa, excedida en un par de horas de colegio, con la certeza que nadie preguntaría donde andaba y si por alguna portentosa razón doña Pura, saliera de su ensimismamiento; bastaría con una simple evasiva. De ese modo logró mantener su relación en reserva, mas el abreviado cerrojo de su secreto se rompió una tarde…

Como era habitual la joven dejó el colegio y precisó sus sentidos en la cita de ese día, al llegar y luego de saludarse; Mateo y ella se sentaron sobre la fresca hierba, bajo el cobijo del enorme arrayan que hicieran suyo. El joven estaba exhausto por sus exigentes deberes en la mina y los hatos, y ella instintivamente lo abrigó sobre su regazo; mientras jugueteaban entrelazando sus dedos y comentando los pormenores de su día, y el joven se deleitaba en las formas de aquel bello rostro, de sus ojos y sus labios, entonces recordó un verso que aquel amor le inspirara y lo recitó para ella:

Pastizales, ríos y coplas
entrelazan mi pensamiento,
mientras yo recorro el llano,
a caballo y sin armadura.

Como no sé escribir cantares,
mi verso y mi poesía
son sus dos ojos bellos,
que engalanan la llanura.

En el llano no me pierdo
lo conozco como mi vida,
pero sus labios mi niña

son un universo nuevo;
en el que puedo perderme.

Sin temor de entregarle
lo que guardo aquí en el pecho,
un corazón que cuando la ve
Ahí mismito me suspira.

—Gracias, ¡que buen trovador! —sonrió ella halagada, con su rostro ruborizado, y al instante indago:

—Mateo, ¿no tienes miedo de lo que pueda ocurrir? ¿De lo que pase si papá se entera?

—A veces sí, mi niña —respondió él—pero ese temor siempre se me quita cuando la veo, y entonces la vida parece mejor, más agradable. Y sea lo que sea que tenga que pasar, pues bienvenido, porque al amor cuando es verdadero, no se le debe dejar huérfano.

—Es curioso—observó ella—todavía recuerdo cuando nos conocimos en la escuela, y míranos ahora aquí ¿lo habrías creído en ese momento?

—Créame que en muchas ocasiones lo dudé mi niña, y creí que no había lugar en su corazón para mi, y que tendría que verla como una mujer prohibida.

— ¿Sabes algo? En el fondo siento que somos muy parecidos —dijo ella—como si toda esta belleza que nos rodea, nos conectara de algún modo y realmente, disfruto de los momentos que paso a tu lado y de cómo somos cuando estamos juntos.

En ese momento el sol dejó escapar un hilo de luz, que los alumbró como una celebración del astro rey por la virtud del amor;

un fulgor tan exclusivo que incluso los sorprendió. El joven levantó su cabeza y observó hacia el cielo, para luego girar y mirarla a ella; Margarita, sonrió, y Mateó, la tomó en sus brazos, para fundirse luego en un abrazo silencioso; sin reflexiones, ni contingencias. Sus rostros se acercaron lentamente y la vida se iluminó en un inesperado beso, el primero de estos jóvenes amantes, y todo su ser se conmovió con aquella sensación novedosa.

Pero empezaba a hacerse tarde y era hora de que Margarita, regresara a su heredad; sin sospechar que océanos de dolor le esperaban en la hacienda Cajales, y que la ávida pizca de regocijo que le indemnizaba sus soledades, se perdería entre las melancolías de una realidad nada admirable.

Guindada al cuello de su valiente llanero, se embriagó de emociones en un beso de despedida, descargando suavemente los labios sobre los suyos, entre las añoranzas del próximo reencuentro.

Sin embargo, a poca distancia un oteador inesperado reconoció su silueta, y se enderezó desde su posición para corroborar lo que sus ojos sorprendidos revelaban; y es que el azar había ubicado a uno de los hombres de Efraín, justo en el camino de los muchachos, y mientras ella retornaba a su obligado refugio; no cruzaba por su mente sospecha de que alguien, observaba sus finas formas cruzando la llanura. Ningún temor embargaba sus pensamientos, o la dulce reminiscencia de su primer beso, solo la afligía alejarse de su amado.

Entretanto, el peón de Cajales, permaneció sentado en la camioneta, con la cabeza apoyada contra la ventana; amparado por unos matorrales. Atisbando con la mirada, la figura inocente de cabellos al viento, que avanzaba sin aprehensión ninguna, en la

soledad de la tarde; acariciada por la suave brizna, y guiada por el vuelo de las corocoras.

Regresó la joven al interior del colegio, trasponiendo el amplio portal; fingiendo como siempre alguna distracción en los deberes académicos, sin sospecha de su caída. La frescura de la plazoleta la acogió por un instante y hasta ese momento calculaba que la fortuna, había entrado de la mano con ella; puesto que la camioneta y el conductor de la hacienda que cada mediodía le esperaba, parecían no estar cerca. Dispuesta para aquel nuevo triunfo avanzó en silencio, pero con una sonrisa iluminándole el rostro; atravesó luego el bulloso pasillo pleno de estudiantes, que antecedía la salida, descendió la breve escalinata que daba paso al oasis adoquinado del vergel y finalmente franqueó el amplio portón hacia el exterior; para aguardar el arribo del peón de su padre, quien probablemente sin ella saberlo era su impensado alcahuete, pues ¿Quién le esperaría aproximadas dos horas? sin cuestionar siquiera su tardanza y en efecto al salir allí aguardaba la camioneta roja de vidrios ahumados; el conductor descendió para saludar y abrir la puerta del vehículo, la niña transitó el camino y coronó el empinado escalón para instalarse en su asiento. ¡Cuántas veces había repetido el mismo engaño, pensó riendo!

CAPÍTULO SEXTO

Ya en casa y luego de saludar a doña Pura, se dirigió campante y serena a su habitación, para descargar su morral y mimarse con una fría ducha. Al instante la criada se acercó a su

puerta, para anunciar que el almuerzo estaba servido, y hasta ese momento nada dejaba entrever lo que a continuación sobrevendría.

Estaba sentada en su cama, cuando escuchó el golpetear enérgico de pasos que se aproximaban; y allí justo bajo el quicio de la puerta apareció la figura de su padre.

—Buena tarde Margarita—saludó secamente.

Lo conocía bastante bien y la expresión descompuesta de su rostro, la hizo levantar de un solo golpe; le temía y el fuego que desprendía su mirada no era un buen augurio. Algo había pasado, pero hasta entonces no lo sabía. Entretanto, él se aproximó hacia ella con su recio caminar y el ceño plegado.

La joven sintió el pecho oprimido ¿Qué era lo que había hecho?

Cajales, extendió su brazo, tomándola con fuerza de la muñeca y clavándole la mirada inquirió:

—Margarita, ¿Dónde estaba usted hoy al mediodía?

De inmediato presintió la razón de aquella cólera, y sintió que desfallecería mientras miraba a su padre, sin pronunciar palabra; entendiendo que estaba realmente molesto.

El avanzar de unos pasos subiendo la escalera, fue una resonancia aliviadora; una esperanza de liberación, quienquiera fuera el que se allegaba. El corazón se le arrugaba de miedo y de sus labios aún no se liberaba una respuesta.

Un minuto después asomó doña Pura.

—¿Qué es lo que pasa Efraín?

—No pasa nada Pura—respondió evasivamente Cajales, todavía aferrado al brazo de su hija.

Pero la mujer se mantuvo firme en su intención, de echar de ver los antecedentes del evidente forcejeo.

—¿Hay algún problema Efraín? ¿Pasa algo con la niña?

Y esta última indagación pareció no caerle nada bien, puesto que con un grito refutó la averiguación:

—¡Déjeme en paz Pura, déjese ya de preguntas!— dijo exasperado— usted ni siquiera sabe a qué hora llega su hija a casa o que cosas hace al salir del colegio.

—Pero, papá…yo no he hecho nada malo—se atrevió a prorrumpir la joven en su defensa.

—¿Ahh, no? —bramó él—¡me crees estúpido! Puede que no sea tu vigilante, pero si no lo sabes, tengo ojos en toda la llanura ¿Ahora dime, donde demonios estabas al mediodía!

Doña Pura, hizo su apuesta de mutismo y permaneció allí de pie, como si nada, sin pronunciar palabra; al tiempo que Efrain, levantaba la mano y la descargaba sobre el rostro de su hija. Margarita, gritó ante el impacto y sus ojos se enjugaron de lágrimas mientras Cajales, la asía con fuerza y proseguía con el implacable castigo sin detenerse.

Al poco rato aparecieron dos criadas, alarmadas por los gritos de la niña y se detuvieron junto a doña Pura.

—¡Bendito sea Dios! don Efraín, ¿qué pasa?—indagó aterrada una de ellas.

—¡Cierren la maldita puerta y quédense afuera! —ordenó el patrón a las mujeres, incluida su esposa; con un fulgor anormal en la mirada y al instante halló espacio en el cuerpo de su hija, para castigarla sin vehemencia con su correa, la cual desencajó de un solo tirón.

Nadie le tendió una mano a la muchacha, que en medio de la paliza, entendía muy poco la fuerza de las razones que la sometían a tal fiereza, y sus suplicas revoloteaban hacia los oídos sordos de su verdugo.

Trascurridos los minutos más amargos de su vida, Margarita, quedó profundamente horrorizada frente a esta nueva evidencia, de lo que haría su padre de llegar a enterarse de su relación con Mateo; y a pesar del dolor y el ardor de los moretones, se mantuvo firme en que todo era una simple confusión. Y en su favor estaba que el peón de Cajales, no conocía al joven llanero y tampoco pudo describirlo; además Efraín, conocía bien a su hija, y sabía que podía arrancarle la vida en ese mismo momento, sin obtener la respuesta que quería.

Se sintió rendido. De haber sabido quien era, habría dado su merecido al infeliz que se atrevía a poner las manos sobre su niña; el pecho le ardía de enojo, pero veinte correazos más tampoco solucionarían nada. Margarita, debía considerar la reconvención y evitar que se repitiera de nuevo y entender que simplemente, él quería lo mejor para ella.

—¡Maldita adolescencia! siempre trae inconvenientes consigo. ¿Ahora como se iría tranquilo a la capital?

Perturbado, Cajales, abandonó el cuarto, cerrando la puerta tras de sí y dejando a la niña sumida en la tenebrosidad; observando a su padre con dolor y extrañeza. Declinando el afecto que sentía por él, con la mirada encajada en la puerta, como si este fuera a regresar en cualquier momento para prolongar la paliza.

—¿Dios, qué razón tenía para reaccionar de esa forma, negando cualquier opción al amor?—cuestionaba en su mente la muchacha.

Sintió que el fuego del odio consumía todo lo que la había rodeado por años, aquella vida que en su niñez considerara fantástica y serena; naufragaba en la más profunda de las tinieblas. Su corazón se partió en pedazos, delante de ella los sentimientos se presentaban, como un camino demasiado escabroso; el ánimo se le precipitó y lo que menos le dolía eran las heridas físicas.

Pasaron los días sin ninguna posibilidad de reconciliación con su padre, y este tomó la decisión de recluirla en aquel palacio; hundiendo aún más sus emociones en el fango, al retirarla del colegio y contratar docentes particulares para continuar sus estudios. El equívoco cometido ponía su mundo de cabeza, y los días transcurrían para Margarita, con el aliento espantosamente atormentado; al comprobar que fácil resultaba separarla de su amado, la vida empezaba a escasearle de sentido, y la experiencia de aquel encierro sobrevenía demasiado ingrata. Efrain, le había cortado sus alas; pero aun le quedaba el pequeño dije del pájaro azul, amparado entre lujosos collares, oculto para que nadie lo viera; su joya más preciada, un halito de esperanza que le evitaba caer completamente enferma y rendida. La soledad le desgarraba el alma, sabiendo que afuera existía alguien que en verdad la quería y podía hacerla feliz, al recordarlo la reminiscencia le ganaba una sonrisa, seguida al instante por el más hondo de los llantos.

Entretanto, el extenuado Mateo, llegaba cada noche a su soropo para dejarse caer sobre la hamaca de cumare[27]; contemplando las estrellas en el inmenso cielo llanero, con un dolor que le recorría cada centímetro del cuerpo. Sintiendo dentro de sí, una rabia que iba en aumento, reflexionando que la existencia se le henchía como una tormenta; extrañando el consejo de su madre, y los besos de su bella llanerita, sabiéndola atrapada en

[27] Palma de los llanos orientales, con la que se fabrican hamacas.

aquella galera de lujos infecundos; sin poder hacer nada por liberarla. Todo ese asunto se le mezclaba como un nudo en la garganta, haciéndolo estremecer, era demasiado; y elevando su mirada reclamaba a su buen Dios, por un poco de piedad. Por un milagro que le permitiera estar junto a ella y le arrancara del pecho ese dolor, que le seguía por doquiera que avanzaba; entre pastizales, montículos, ganado, gaviotas y quebradas. Y es que incluso aquel paisaje fastuoso ahora le venía insípido.

Convergían todas estas reflexiones, en la refutación a las calamidades vividas ¿Qué lección pretendía darle su buen Dios? Al enseñarle primero el camino de la felicidad, para luego destruirlo ante sus ojos; hundiéndole en el abismo más profundo, ¿acaso no era suficiente haberle negado la posibilidad de tener un padre?

Así iniciaba a sentirse, avivado e indignado; liberando sus recuerdos, cuestionando las palabras de Rocío, respecto de su origen producto del más profundo amor, truncado un día, ¿Quien había sido su padre? Simplemente un hombre que a lomo de caballo se alejara una tarde, dejándolo en el vientre de su madre sin dar explicación alguna. ¿Por qué estas reminiscencias se le atoraban en el alma? Cuando hace mucho había decidido dejarlas en el olvido ¿acaso la vida era una mezcla desbalanceada de dolor y alegría? O ¿simplemente se quejaba más de lo debido?

De todos modos algo haría, y era esa la respuesta que Dios, le daba, incluso si las posibilidades se presentaban remotas; iría por su bella llanerita, esperaría el momento justo para tenerla a su lado, esta vez la vida no le ganaría la partida.

Estaba tan estimulado con esa idea y con los desconciertos acumulados, que un nuevo impulso le prospero en el alma, ¡Margarita, seria suya! Frente a él se revelaban razones de sobra, no la dejaría sufriendo atrapada en aquella hacienda, no la

abandonaría como su padre abandonara a Rocío; jamás tendría la conciencia tranquila de llegar a hacerlo. Todo el desorden y el caos, se agrupaba de nuevo para dar forma a un pensamiento conciso, pero tangible. Cualquier sacrificio que hiciera en adelante valdría la pena, por alcanzar sus objetivos; sintió el ánimo encendido de nuevo, su ser se revitalizó. Identificaba fácilmente a su adversario, no era Cajales, eran la soledad y la tristeza cuya voz quería confundirlo, pero no lo lograrían.

Y mientras Mateo, liberaba sus pensamientos, Margarita, se trataba en discusiones con doña Pura, quien intentaba convencerle de reparar la relación con su padre, sin importar que sus abusivas decisiones le sumieran en la penumbra; y cada tarde se sentaba sobre una silla sintiéndose infeliz, mirando por la ventana, ensayando liberar el arrebato de sus emociones. En la mañana apenas si prestaba atención a los maestros, enlazados en controversias dialécticas para ganar la atención de la indiferente muchacha; cada vez más firme en su intención de ir en contravía de las directrices de su padre. Y Cajales, por su parte, se extendía en sus reclamos y amenazas, descargando su enojo sobre su esposa, criadas y jornaleros; portándose como un canalla que abusaba de su posición y al cual discretamente ya nadie toleraba.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Después de un par de años en medio de leñazos, caídas, aplastamientos y sofocación; luchando cada día contra el dolor en el pecho, heridas, magulladuras, y bronquitis; con los habituales insultos, humillaciones e injurias que aniquilaban el ánimo, y las

exigencias cada vez mas inusuales por parte de los capataces. Mateo, empezó a sentir que aquel hostil ambiente lo superaba, mas el suceso que decantó aquella visión romántica de progreso, sobrevino un día en la cual la censurable y perversa conducta de un mayoral, sobrepasó cualquier raciocinio. Transcurrían las tres de la tarde y el sol acosaba con su encendimiento, la mirada de los obreros; ese atardecer el descubrimiento de una fantástica veta del preciado metal, los obligaba a ampliarse en su labor. Todo parecía ir de maravilla; con la pericia de pequeñas explosiones controladas para fracturar la roca, la mísera riqueza asomaba su sonriente rostro. Pero el infame destino estalló en forma de gritos de uno de los mineros, el cual con violencia fuera atrapado por la caída de un enorme pedrusco, ocasionándole terribles heridas; del cuerpo atrapado manaba un refinado hilo de sangre que se fundía con la tierra. Era un accidente inusitado, difícil de describir con palabras, y todos los obreros invocaban la presencia de los capataces y el ingeniero, para el rescate del lesionado, apisonado entre las costillas y el bajo vientre; era la primera vez que Mateo, y la mayoría de obreros presenciaban un evento semejante. Mientras, el pobre infeliz entre bramidos pedía un auxilio que no llegaba, y los mineros batallaban por retirar con sus manos el enorme guijarro rojizo, la escena no podía resultar más horripilante; las lágrimas brotaban de los ojos de la víctima y la sangre iniciaba a borbotear de su boca.

—¡Maldición jefe! ¿Qué hacemos?— exigió uno de los trabajadores al capataz.

—Déjenlo morir—respondió este tajantemente.

Las palabras que brotaron de sus labios dejaron a todos pasmados, ninguno daba crédito a esta proscrita resolución, pero la imposibilidad del rescate descollaba ante su mirada abrumada; no

podía usarse maquinaria dada la colocación de la víctima y todo esfuerzo era inútil. Apenas si lograba moverse la roca y cada vez que lo hacían, el dolor del abatido aumentaba, en la misma proporción del sangrado.

—Pa´meterse a brujo, hay que conocer las hierbas[28]— expresó casi con tono despectivo el mayoral, ante la angustia de los socorristas.

Palabras estas que sobrepasaron el ánimo de Mateo, quien acercándose a este lo tomó por el cuello, más bravo que la puya de una raya[29]**.**

—Mire infeliz usted no sirve ni pa´ tronco de miá los perros[30], pero si este hombre se muere, segurito que se lo cobro.

Las palabras explotaron con violencia en la garganta del joven llanero, mientras le reclamaba a su jefe, quien guardó silencio mirándole aterrado. Pero ambos lo sabían y en su mirada se reflejaba este mandato: aquel infortunado moriría ese día. Y este fue el ultraje final que soportó Mateo, era la primera y última vez que se aventuraba a desafiar a un superior, y en el pleno fervor de la tragedia; supo que no regresaría a ese mundo de avaricia y crueldades.

Ahí junto a él moría un inocente, en el henchido suelo de la miseria; la réplica de su nombre se entendió en el viento, la roca le había hundido las costillas y los órganos hasta desgarrarlos. Un padre, un hijo, tal vez un esposo, pero lo único que importaba en aquella mina era enriquecer los bolsillos de Cajales. Y el muchacho había sido testigo de primera línea de una verdad abrumadora,

---

[28] Para realizar algo, se debe tener el conocimiento.

[29] Agresivo, temperamental.

[30] Inservible, inútil.

vulgar y horripilante; las maldiciones al mayoral le habían valido para desahogarse, pero inútiles para salvar una vida que se esfumaba en un gesto de dolor.

La luz del sol se desvaneció velada por grises nubes, en algún momento la algarabía concluyó, con la extenuación de los mineros junto al cuerpo sangrante. Tristes coplas susurraron un lamento que se extendió por la llanura, y esta se vistió de luto como un gigantesco camposanto; un aire yermo le recorrió las coyunturas y le enfrió los dedos, el cerebro se congeló de pensamientos y Mateo, advirtió que era su ultimo día en la mina; mientras observaba con la mirada extraviada y nubosa el firmamento, sin acertar explicación para semejantes hechos. Luego se arrodilló junto a su amigo Dumar, sintiéndose exhausto, las manos le temblaban, entonces se apoyó en el suelo. Nuevamente se sintió una víctima, un desarraigado, sin atinar alivio a su abatimiento; aquella muerte le reembolsó los recuerdos de su madre, de su amada llanerita, de sus sueños derrumbados.

Ya en la noche la compasión del bar la Palma, le acogió en su regazo, y por primera vez en sus años, mientras atravesaba el umbral de sus quejas; se envolvió en el embriagador gustillo del majule[31], hasta embotar la conciencia. Acompañado por su buen amigo Dumar, y atendido por doña Plenia, lo acompañaban en la jarana de la cantina los acordes musicales del arpa y el cuatro, solemnemente interpretados por un grupo llanero.

Y pudo respirar libremente en el cosmos de sus penas, acordándose de su amada y la imposibilidad de verla; como si un irrevocable designio del destino los alejara, y el áspero sentimiento que adobaba con majule, arrastrado por fuerza a la ebriedad, lo

[31] Bebida fermentada, hecha con plátano.

condujo a una botella de aguardiente llanero, seguido de otra más. Por momentos las palabras de Dumar, propendían el consuelo a su alma, pero una verdad plausible también saltaba sobre el tablón que formaba la mesa:

—Hermano entienda que "la alpargata no es zapato ni aunque le pongan tacón"[32]—explicaba este.

—Y que hago padrote, si en el corazón uno no manda—refutaba él.

Pero su amigo se esmeraba en declarar el sentido inapelable, de un destino que no era su enemigo; sino que le mostraba un camino disímil de sus anhelos, y traducible en pocas palabras: Margarita, era hija de Efraín Cajales, un obstáculo prácticamente insalvable.

—¡Hombre no sea terco! usted con ese cuento del amor por la niña Cajales, si es que jala más que una gallina amarrada del pescuezo[33].

Pero Mateo, como buen llanero era valiente y no se daría fácilmente por vencido, no permitiría que el turbión gélido del inexorable azar lo detuviera; ese era el carácter que la vida le había forjado, a fuerza de golpes. Y embarbascao[34], con la lengua medio enredada, manifestaba a su amigo lo que su corazón dictaminaba:

—Amigo sepa una cosa, hombre flojo no goza mujer bonita[35].

---

[32] La mona es mona, aun cuando vista de seda.

[33] Insiste mucho, es persistente.

[34] Ebrio, borracho.

[35] Hay que tomar riesgos.

Si, así era su premisa, la virgen no abandona a sus fieles le decía Rocío, y no tenía sentido velarse a sí mismo una verdad tangible; Margarita, le había cambiado la vida para bien, todo eso había sucedido por algo. De modo que partiendo de esta intuición, afrontaría cualquier nuevo embate de la vida, para conseguir su objetivo; y cada copa del fuerte néctar se lo ratificaba. Mientras bebía y reía con Dumar, entre brindis por su llanerita, el futuro, y la amistad, y en las profundidades de su alma emergían nobles esperanzas; empezaba también a florecer al mismo tiempo la más tremenda borrachera. La copa bajaba y subía con presteza, todo se tornaba nuboso en medio de la alegría musical, y los corriós[36] despertaban en la garganta de otros comensales tan ebrios como ellos; entretanto, la grasa de un buen trozo de mamona[37], aspiraba ser antídoto a la bebida. Y para preservar la conciencia, sobrevenía la charla con las mesas vecinas desde donde emergieron nuevos amigos. El bar la Palma se inundaba esa noche, de la dulce alegría del llano.

Al final el licor logró su cometido, y completamente transformados dejaron la cantina los amigos; pagando antes una cuenta de cuarenta mil pesos. Para salir naturalmente, tambaleantes por la llanura, mas como buenos baquianos[38] en procura de su destino; a mitad de camino y ya más despabilados se despidieron y partió cada uno hacia su casa.

¡Qué hermosa podía verse a esa hora la llanura, iluminada por faroles celestes!

---

[36] Modalidad musical que relata la vida de una persona.

[37] Carne asada de ternera.

[38] Conocedores de la región.

Pesadamente, Mateo, emprendió el regreso a su heredad, y por breves instantes los parpados se le cerraban; empero, no trocaba el camino cincelado en su memoria. Mientras avanzaba desfilaban ante él la silueta de la iglesia, las casas del pueblo, y en el cielo la luz de la luna engalanada de estrellas, lo adentraba de a poco hacia los hatos ganaderos; para luego dar paso a un camino de arboles de arrayan, y el rumor de las quebradas como susurros en la noche. Aunque en ese momento el joven llanero, avanzaba con mínimas reflexiones en su mente; toda la magia del llano se revelaba a sus ojos, como si él mismo formara parte de la más conmovedora de las postales. Sin duda, la jarana cuando menos lo había redimido por esa noche de sus preocupaciones, de los egoísmos que truncaban sus objetivos; por el momento no habían cálculos, simplemente las ansias de llegar a su soropo y desplomarse en el chinchorro. Ya habría tiempo el amanecer siguiente para pensar en el dinero, en el trabajo, y las ocupaciones que traería consigo la luz del día.

Con los sentidos deshilvanados, abarcó el largo trecho que le pareció más prolongado de lo habitual; finalmente, encajada entre pastizales apreció en la oscuridad la silueta de su heredad. Abrió la puerta jadeante, y traspasado el quicio las rodillas rehusaron seguirle sosteniendo en pie; así que se desplomó sobre el polvoriento suelo, y resignado a ese abatimiento, durmió unas tres horas; hasta que sobrevino el amanecer ataviado con los rayos del sol y el canoro trinar de las aves. Entonces despertó sobresaltado, y estremecido comprendió que se hallaba tendido en el suelo; con esfuerzo levantó la cabeza y luego se incorporó de aquel profundo sueño, para quedar sentado mirando sorprendido a su alrededor; sintiendo un peso ingente sobre su cabeza, y los miembros

entumecidos por la posición. La garganta estaba seca y el estomago nauseado; todo el cuerpo le vibraba con un tremor involuntario, sentía una ligera e inexplicable melancolía, y empezaba a invadirlo un sentimiento de ansiedad. Se enderezó impulsivamente apoyando las manos en la superficie terrosa, las cuales llevó luego hasta sus sienes, apisonando estas con los dedos; no resultaba fácil recordar lo ocurrido esa madrugada, ni siquiera sabía cómo ni cuándo había llegado. La cabeza le palpitaba como si el corazón se le hubiera trepado, y la sed le secaba los pensamientos; tenía que encontrar remedio para semejante resaca, necesitaba urgentemente tomar un poco agua. Mientras avanzaba en búsqueda del jagüey[39] del cual brotaba el venerable manantial, se reprochó aquella ligereza que le afectaba el ánimo y la motricidad, y estando parado sobre el umbral de la salida, creyó advertir en la cercanía del soropo, la imagen de su madre observándolo con rostro de reproche ¿Dios, por qué había tomado de esa manera?

Deslumbrado por la luminosidad del sol, avanzó en procura del depósito que contenía el preciado líquido, y por primera vez desde su infancia apreció la llanura desabrida, solitaria, monótona; pero continuó acosado por aquel resplandor casi irreal, mirando ansioso la codiciada fuente de agua, engastada entre el verde paisaje. Las casas vecinas adolecían de vitalidad, de hecho parecía ser el único en aquel lugar, y era mejor de ese modo—pensó—no quería dar explicaciones a su tía Carmela, ni a nadie más, sobre el flujo alcohólico que le recorría el ser, solo quería agua.

¡Y vaya sorpresa la que se llevó, al estar de pie junto al jagüey!, Seguro que era la peor de las burlas, pudo conjeturar,

---

[39] Pozo o zanja llena de agua.

cuando se encontró con los contornos arcillosos de este; el cual lucia como un simple agujero en la tierra, como si la olla de agua hubiese sido asaltada. Y tan solo tímidas piedritas aguardaban en el fondo; un ardor le recorrió la garganta, los dientes se le destemplaron como las cuerdas de un violín desajustado; su rostro palideció, y la solícita avenencia de satisfacer su sed, concluyó con un prolongado:

—¡Mierrrdaaa… ¡

La sequedad le apuraba el gaznate, necesita beber líquido; y por más que el rio estuviera a una hora de distancia, y el sol resplandeciera con un brillo adversario, era el único escape. Gracias a Dios, había terminado su trabajo en la mina, —¡Pobre Dumar!—pensó mientras recorría la explanada, ensayando guarecerse bajo la sombra de los morichales[40], que insinuaban la ruta del rio. Sentía que en cualquier momento se desplomaría, se sentía realmente enfermo, y el vigor lo abandonaba; como si estuviera ascendiendo una escalera de cientos de peldaños, aun el más minúsculo montículo le reflejaba un castigo, y apuraba el paso para alcanzar el edén que simbolizaba el rio. Con cada paso se sentía molesto y cansado, como si la distancia se hubiera multiplicado; no, …beber no tenía ninguna gracia, y había calculado mal al pensar que era algo inocuo, o acaso culpaba al aguardiente y al majule, por algo que era producto de sus noches de insomnio; quizá lo que le embriagaba era el recuerdo de su llanerita, y la excitación que le generaba no tenerla consigo. De cualquier modo, la sensación era totalmente desagradable, y mientras avanzaba impaciente, solo le distraía juguetear con su machete amarrado al ciento, intentando disipar la conmoción que la bebida le endilgaba en el cuerpo. ¿Cuántos mitos llaneros,

[40] Tipo de palmera alta.

recorrían ahora sus pasos? Historias de valentía y romanticismo; pero él era solo un hombre fatigoso, en procura de un rio que finalmente, con un impulso conclusivo estuvo a su alcance, permitiéndole respirar aliviado.

Ese mismo que en algunas épocas del año, se tornaba caudaloso y casi vedado; a causa de las lluvias que aumentaban su caudal. Pero ese día parecía aguardar apacible su llegada, como tantas veces en las épocas remotas de la niñez; y al llegar, no solo se apresuró en beber aquel elixir cristalino, sino que de inmediato sacándose tan solo la camisa, las alpargatas y el machete, que desde hace algún tiempo formaba parte de su atuendo; se sumergió en el cerúleo asueto enmarcado entre verdes pastizales y pilares de morichal. Obrando el agua que bañaba su ser, un efecto calmante que vino acompañado de la melancolía de antaño; recuerdos redivivos entre las coplas que entonaba el torrente cristalino, juntando en su fondo las peñas como níveos guijarros de porcelana. Evocando los atardeceres en que sus pasos apurados, se dejaban cautivar por el cálido atardecer, la suave brisa, el aroma perfumado de las flores, el canto de los carraos[41], el vuelo de las garzas, los visos de los cascabelitos, o el tono azabache del paujil[42].

Largo rato permaneció Mateo, arrebatado de reminiscencias, y del embrujo singular de aquel oasis de vida; dejando de lado el innecesario malestar de la bebida, entre las múltiples maravillas de una naturaleza que se exhibía inagotable; un espectáculo único y hermoso, tanto que resultaría útil para aliviar cualquier pena. Ahí estaba frente a esos paisajes como sublimes postales, los cuales rememoraba haber visto tantas veces, hasta casi dejarlos de lado;

---

[41] Ave de patas largas, que habita zonas fangosas.

[42] Ave grande de color negro y cresta crespa.

sintiéndose a veces un extranjero en su propia, ajeno a todo. Simplemente, porque su madre, por necesidad, lo había alejado algunos años de ese tálamo rebosante de vida que son los llanos orientales; pero tan solo estar ahí sumergido en la refrescante corriente, lo devolvía a su esencia, al llanero que siempre había sido. Trayendo consigo pensamientos estimulantes, vivía de nuevo, abría los ojos y era como tener un trozo del paraíso al alcance de sus manos; una bocanada de complacencia, esplendor, y alegría. Todo eso era agradable, y pronto logró acertar la tranquilidad que su alma inquiría; la existencia le sabia a sabía a cuentos llaneros, a sensiblería. El buen Mateo, se sumía en un paisaje mágico que se abría ante a su mirada, con el único afán de complacerlo, y coplas cadenciosas se avenían en sus oídos; estaba en otro universo, uno maravilloso y tranquilo, una nueva tierra en la que el embeleso, no bastaba para olvidar a quien anhelaba tener entre sus brazos y hacerla participe de aquel éxtasis ilusorio.

Sentimientos conocidos, buenos recuerdos que restaban notabilidad al aturdimiento; sin embargo, desasosiego que asaltaba la evocación de un amor furtivo ¿Cómo estaría su amada llanerita?

Tribulación de la cual lejos de ahí, también Margarita, ensayaba disipar de su mente. Estaba despierta yaciendo en la cama cuando su madre entró en la habitación.

—Hola hija ¿Cómo amaneció?

—Bien—contestó secamente y giró su cuerpo de costado, encogiéndose entre las sabanas; aún no se sacaba del pecho el resentimiento por la ineficacia de su progenitora, respecto de los abusos de su padre.

A la señora le pareció imprudente prolongar la charla y se limitó a sacar la ropa la ropa sucia, una labor que no le

correspondía y que simplemente realizaba para poder ver a su niña y saber cómo estaba; se disponía a dejar el cuarto, pero antes de hacerlo giró para mirarla de nuevo con semblante melancólico.

—Mija, perdóneme yo sé que no he sido una buena madre— expresó con tono dolorido y abriendo la puerta se dispuso a dejarla sola.

Margarita, se sorprendió de la reacción de doña Pura, le pareció que era bastante honesta; además lucia muy desmejorada. Hasta ese momento no lo había notado, se sentó de inmediato al borde de la cama y la señora se contuvo ahí misma donde estaba, casi a punto de romper en llanto, mientras sostenía en la mano las prendas.

Entonces la joven inquirió:

—Mamá, ¿usted se encuentra bien?

—No mija, no estoy bien, hace mucho que no lo estoy—dijo en tono bastante grave.

—Como así, ¿está enferma? ¿Quiere que llame al médico?

—Margarita, mi dolor no es físico, a mí lo que me duele es el alma. Yo no quiero que usted sufra lo que yo he sufrido—y diciendo esto último salió de la habitación; evidentemente estaba deprimida, con el alma desgarrada.

Contrariada la muchacha dejó la cama y se sentó frente al espejo de la cómoda; compadeciéndose de esa pobre mujer de expresión fatigada. Y comprendió que ignoraba por completo su sufrimiento, que nunca había sospechado los maltratos, a los que había sido sometida por Cajales; al contrario se limitaba a cuestionar su silencio, sin entender que este provenía de un profundo miedo, de la soledad y el vacio; de las amenazas provenidas del duro corazón de su padre.

Mirando el espejo, creyó acertar horrorizada las facciones demacradas de su madre; el encierro, los sueños rotos, el profundo vacio. Comprendió que no quería eso para sí misma, no lo toleraría, no se resignaría silenciosamente como su madre, a ver transcurrir los días en espera de la muerte. Se sintió estremecida, ya no estaba enojada con ella; la compasión la envolvió, se sintió avergonzada por su egoísmo. Un poder anónimo le inundaba el ánimo, avivadamente se dirigió al baño y enjuagó su rostro y sus manos; luego salió del cuarto y descendió a la parte baja de la vivienda en busca de doña Pura, a quien encontró sentada en su silla mecedora; corrió hacia ella, se detuvo, miró su rostro y sin pronunciar palabra le dio un abrazo.

La señora también guardó silencio, rodeándola con sus manos en un abrazo que se prolongó por minutos; la nostalgia las infundía del íntimo afán, de liberarse de la desventura a la que eran sometidas. Ese atardecer se firmó un acuerdo emocional entre madre e hija. Después avanzaron hasta la mesa, atendidas por las criadas y disfrutaron los alimentos, por primera vez juntas en muchos días.

Aquellas pequeñas coincidencias formarían ahora parte de sus vidas, un poder indeterminado que recompusiera los fragmentos de una vida hecha pedazos, sobre todo para la señora; era importante reencontrase con su hija, saber que no eran ellas las causantes de tal distanciamiento. Entender que el triunfo en su relación se encontraba en sus manos, era ese su gran deseo.

Luego del almuerzo Margarita, renunció al encierro ansiosa por animar su agobiado aliento; requería de aquella sensación tranquilizadora, sentía que ya no podía sobrevenirle nada malo, teniendo a su mamá de su parte; que la libertad se acertaba más allá de las fronteras de la enorme hacienda y que lograría un visado que

protegiera el amor, de las persecuciones de su padre. Eran hermosos pensamientos de un alma juvenil, cuyas alas querían emprender el vuelo, y de nuevo su alma se abría al esplendor de la planicie; a la alegría de sentirse viva, y sus renovados sentimientos la llevaron a abandonar la casa y correr libremente como cuando era niña: frente a las estancias de los labriegos y los verdes prados que se extendían a lo largo de hectáreas, bendecidos por la luminosidad del sol, y se erigían cual castillo para los saltamontes, insectos palo y mariposas multicolor que aleteaban libres en el viento. Todo se le antojaba esperanzador esa tarde, una sensación que había experimentado antaño, en sus mejores épocas de niñez; cuando disfrutaba de aquel conmovedor paisaje con la mirada regocijada y la conciencia serena, bajo el cobijo del mas fastuoso arrayan; pero todo este deleite seria en vano, si no tenía a su lado el amor de Mateo.

Entonces su recuerdo le invadió con un sentimiento vehemente, como una borrasca inundándole el pecho; el deseo de vencer aquellos obstáculos, y que su padre no volviera a castigarle por intentar defender el derecho de amar, que tienen todos los seres humanos. Se sintió dispuesta a todo, en la convicción de acertar una salida; que las disputas menguaran y que en poco tiempo tanto dolor fuera olvidado.

Sin duda la ilusión le hacía olvidar la real naturaleza de su padre, para quien los sentimientos más que un afortunado azar, resultaban un delito.

Empero, la joven corrió por su inagotable heredad, desde los galpones hasta las caballerizas y de ahí, muy lejos hasta el lago; y las reses desde sus corrales mugían al verle, probablemente, queriendo ser tan libres como ella. Luego agotada acampaba bajo la sombra de un árbol, y la libertad que sentía se celebraba sobre la ausencia de su padre, que la mutaba en una persona distinta,

segura, sin miedos; corriendo entre pastizales, quebradas, flores, animales y sueños. Un camino de felicidad donde solo faltaba Mateo.

Quien para entonces regresaba a su soropo, encaminado esta vez, por la improvisada carretera que rasgaba la llanura; encontrando a su paso algunos camiones de carga, y pequeños ranchitos lejanos unos de otros, desde donde eventualmente escapaba un armonioso ritmo de joropo, y entonces le resultaba inevitable contagiarse de su estribillo; mientras con la frente bañada en sudor, proseguía su camino con la soledad como acompañante, y los pensamientos avivados en la idea de conseguir pronto un trabajo. Pasado el febril turbión de la resaca, las impaciencias ocupaban ahora sus reflexiones, arrastrando la obligación de obtener dinero para sus gastos; la distracción que ofrecía el exótico paisaje llanero quedaba de lado, dando paso a primacías palpables; que le detuvieron finalmente, frente a un hato establecido a un costado del sendero, donde vio un cartel en lo alto con el nombre inscrito: Los Ocarros. No era muy grande, pero el interior permitía dar una ojeada a buenos pastos y algunos animales; estaba extenuado, el corazón le latía con ímpetu, pero empezaba a recuperar el aliento, y el centelleo del sol iniciaba a menguar.

Ahí estaba él con ojos expresivos, fiando sonriente que el develamiento de aquella hacienda, se presentaba como una coincidencia maravillosa; de todos modos viniera lo que viniera debía intentarlo. Miró durante algunos minutos con ánimo agitado, hasta atreverse a dar dos tímidos toques sobre una campanilla, dispuesta en las altas vigas que formaban el portón; al instante fue más firme, y el tintinear metálico rompió el silencio de la tarde.

CAPÍTULO OCTAVO

Con la apasionada voluntad que le había acompañado a la largo de su pocos años y probando olvidarse de las malas épocas en la mina, Mateo, se extasiaba en las labores de vaquería[43]; ahora como jornalero en la hacienda los Ocarros. Vagando por aquellos prados con el torso desnudo, el pantalón enrollao a la pantorrilla, para evitar enredarse en medio de la brega con el ganado; pies descalzos y un sombrero que lo protegía del inclemente sol.

Los propietarios de los Ocarros, eran una pareja sencilla padres de dos hijos pequeños, que acogieron bastante bien al joven llanero; quien iniciaba sus diversas labores desde muy temprano, con las primeras luces de la alborada, a eso de las cinco y media; cuando llegaba a la propiedad para encontrar a la señora Magdalena, la patrona, con el fogón ya encendido, siempre dispuesta a brindarle el primer cafecito de la mañana; y en la espera de la cocción cruzar algunas palabras con don Arnulfo, el patrón, y planificar con este las actividades diarias. Así concluida la amena platica y finalizado el café, se disponía Mateo, a sus actividades; y el señor de la casa se adentraba en sus diligencias, mientras la esposa acompañada por un par de criadas, se imbuía en la tarea de alimentar a los cerdos, patos, gallinas y demás animales pequeños; como también regar los árboles frutales y socalar[44] la maleza.

Entretanto Mateo, cuando despuntaba la mañana se dedicaba a herrar los animales ya vacunados, y se extendía por aquel placido ejido tallado de verde, en busca de los terneritos o sus madres

[43] Recogida del ganado.

[44] Retirar los rastrojos y la maleza de los pastos.

extraviadas; para persuadirlos de ir hasta el corral donde la peonada aguardaba atenta el ordeño, entre el bramido de las crías ansiosas por la lactancia.

Entrado ya el mediodía, y a lomo de caballo el joven llanero se adentraba en su labor pastoril; bien amansando bestias, revisando cercas o vigilando que los animales que libres vagaban los campos no se extraviaran hacia otros feudos.

Y si bien no existía recelo alguno en su nueva cotidianidad, y tanto patrones como labriegos le influían de un aliento casi familiar; no podía relegar el hecho de extrañar a su llanerita, ni eclipsarse de los sueños para los cuales, el jornal devengado resultaba insuficiente. A pesar de ello, mantuvo la paciencia, consagración y agradecimiento hacia aquella familia que le tendía la mano; recorriendo el campo cual si fuera su propia heredad, concibiendo sin duda todo el aprendizaje como un norte al cual seguir. Madurando, instruyéndose y creciendo cada día entre senderos iluminados de colores y vida, que fortificaban su ánimo; aun cuando entendía que aquello era solo un peldaño en el logro de sus metas y que la bondadosa piedad de sus patrones, no se descubría como el subterfugio a sus inmediatas necesidades. Era un hombre e iniciaba a concebir al acaso de constituir su propia familia.

A diferencia de la placida campiña, que ahora recorría nuestro joven Mateo, los asuntos en el pueblo se extraviaban en inusuales contingencias y tormentos; con una violencia que de a poco acechaba y sembraba el miedo entre los habitantes, eclipsando la sonrisa amplia de los llaneros; e implícito en ello estaba la incapacidad de las autoridades, su talante corrupto, la ingenuidad de las personas y las intenciones de Efrain Cajales, por dominarlo todo.

La capilla se colmaba de rezos, de senderos de suplicantes que abogaban por la paz y el trabajo; elevando su exhortación al señor, su Dios, fuente de toda divinidad.

Mas esta noble intención no bastaba, para evitar que el ánimo se agitara cada tanto; como ocurriría una tarde de viernes, cuando el atajo de pastizales y palma de moriche que circundaban el rio, admitiera germinar de su vientre, entre la disimulada maleza que arrastraba la corriente hasta su costera; el macilento y descompuesto cadáver de un agente policial quien gozaba de buen retiro; desaparecido días antes, y ahora retornado en un tálamo de agua verdosa, con la sombra oscura del misterio a cuestas. Rareza esta que coincidía de nuevo con un nombre que se hacía común, cuando sobrevenían esta clase de sucesos: el señor Cajales, el patrón de todos; entre ellos del difunto y principal sospechoso del crimen, aunque claro, nadie lo diría.

Y se paseaba este cual turista por las calles adornadas de mitos y leyendas, entre aroma de café y ritmos musicales; sin temor alguno a que el rumor le señalara. Su intención se evidenciaba: era permanecer más tiempo con los suyos, delegando sus actividades en la capital a hombres de su confianza y de paso abatiendo el ánimo de muchos, que no querían verle transitar por esas calles, con toda su suficiencia.

Pero el sentido de aquel giro en sus hábitos, trascendía abiertamente por otros horizontes, disimiles de compartir con el común de los pobladores; pues el ilustre sentido de tal advenimiento no era otro, que la vital relevancia que para él había adquirido una señorita del pueblo; evangelizada en su amante, la más reciente de muchas, sin duda, y en el buen sentido una joven ingenua, de procedencia humilde, avocada a semejante situación por fuerza de sus sentimientos.

Era esa la naturaleza de Cajales, sin límites que se le antepusieran y el cual frente a la negativa de los padres de aquella joven, de aceptar sus cortejos; desdeñaba los principios de estos y la relevancia vital que daban a la formación y la decencia. Sus ansias de seducción y sexo estaban por encima de cualquier moral, tanto que la muchacha terminó viviendo en un apartamento de su propiedad; pese al rotulo de mundana que esto terminaría acarreándole. Quizá por temor de aquel monstruo de hábitos burgueses, o simplemente por razones de un amor precario; que perduraría hasta el día que quien le llenaba de lujos y perfumes se hastiara de ella y le desechara como un objeto mas de sus caprichos, venido a menos. Y tan solo un destello de lo vivido le quedara como herencia.

Del otro extremo ajena a los furores que descarnaban la cotidianidad llanera, Margarita, se disfrazaba con su máscara de ánimo, para tolerar la reclusión y el ultraje contra su amor; inculcando en su ser la esperanza, de recuperar algún día la sonrisa. Sin embargo, aquel triunfo a veces lucia muy lejano y la realidad emergía irónica: lo tenía todo, pero al mismo tiempo nada; la existencia se le malograba, el ímpetu de sus años mozos se teñía de gris, y cada albor era un triste despertar. Cada día que pasaba se trasmutaba en un calco de su señora madre, quien ahora se hallaba a su lado, brindándole un aliento que ella misma desconocía; una risa temerosa, un abrazo débil, un suspiro cargado de miedo. ¡Que infortunio el de estas mujeres atrapadas! Todo lo que Efraín, lograba brindarles era un perspicaz desasosiego; la alegría lacónica de un paisaje maravilloso, que había enclaustrado tras los muros de un fortín. Con todo, la jovencita procuraba correr cada tanto a lomo de un alazán las anchuras de la hacienda, soñando que aquel traspasaría las barricadas de su confinamiento y en su instinto

salvaje escaparía hacia la libertad, que a ambos les era arrebatada; algo de dignidad le infundían estos pensamientos y las iconografías mentales que traían consigo, le sobrellevaban la soledad con personajes imaginarios, comandados por su Mateo.

Participaban de las decisiones de la señorita, además de la señora Pura; una corpulenta criada ya entrada en años de nombre Mercedes, de quien se rumoreaba había sido amante de Cajales, en sus épocas de juventud. Y la cual era de absoluta confianza, desde las épocas del precedente poder familiar, en cabeza del padre de Efraín; además de esta mujer, un par de escoltas amparaban a la heredera, incluso en las jornadas de instrucción académica, en una suerte de molesta asociación protectora; para la cual estaban siempre ordenados y dispuestos.

¡Nunca estaba sola!, juzgaba estar siempre rodeada de una multitud: docentes, escoltas, la negra Mercedes, alguna que otra criada o un peón; incluso su progenitora. Como si todos formaran parte de una caterva de miradas silenciosas y vigilantes, que propendían penetrar incluso en sus pensamientos, con los ojos como flechas lanzadas contra su humanidad. Era inútil pensar en huir de aquel espacio físico abrumador, como también de la angustia que generaba el encierro; y la expectación de ver un día a su amado, resultaba al unísono también la causa del mayor dolor. Aun así el corazón no se le rompía, como un frágil jarrón dando botes sobre su canto sin lograr caer, sostenido por la fuerza de un aliento etéreo; que de súbito le recordaba sus conversaciones con Mateo, las cuales ahora relucían distantes, y la proscrita relación que los unía, el miedo y la horrible desazón de perderlo, cedían en un sentimiento de inseguridad, donde todo orden parecía alterado; se sentía sola, débil y triste, empero, luchaba contra esas emociones, y de sopetón regresaba el ánimo y la esperanza.

Y tal vez fue ese tesón el que a la postre, permitiría un giro sobre el picaporte del destino; rompiendo su inflexible coraza. En una visión de escenarios mejores, el maravilloso azar que a veces se extravía y aparece luego sin aviso, poniendo todo de cabeza; sorprendiéndonos al saber que aquello es el verdadero orden. Hizo su aparición una irritante tarde de martes; Margarita, estaba frente a la ventana observando los verdes campos, los corrales, la correría de los peones, las garzas en el lago, los jardines floridos; cuando de pronto un toquecito en la puerta irrumpió su distracción, ella giró para atender la llegada del inadvertido visitante y desde su posición espetó:

—¡Siga, la puerta está sin pestillo!—

Su cuarto estaba inundado por el sol que se filtraba por la ventana, por la cual la joven siguió mirando distraída, hasta que la puerta se abrió; aun así hizo caso omiso, solazada en el espectáculo natural que se desplegaba ante ella. Concluyendo que el visitante seria alguna de las criadas, que venía a descargar sobre la cómoda la ropa limpia. Pero al instante la presencia silenciosa del recién llegado, le hizo girar la cabeza. Era doña Pura, quien observaba con simpatía su distracción.

—Hola hija—

—Hola Mamá, no sabía que era usted.

—Descuida— dijo la mujer dirigiéndose hasta su ubicación y sentándose en el borde de la cama, cerca de ella, para iniciar de inmediato una conversación.

Margarita, la escuchó atentamente con gesto cálido, prestando atención a la razón de su visita; que no era otra, que solicitarle su asistencia a un evento llanero denominado: “encuentro nacional de vaquería”, tradicional en la región y el cual

propendía integrar a todos los deportistas, visitantes, caballistas y a la familia ganadera en general, a la cual por supuesto, pertenecía su padre Efrain. Sin duda un hermoso espectáculo y una oportunidad de distracción para ambas.

—¿Y cuándo es? —preguntó con voz dudosa Margarita, reconociendo en la señora más a un emisario de Cajales, que alguien anhelante de participar de aquella fiesta.

—Este fin de semana.

—No estarás viniendo aquí en representación de papá ¿verdad? —inquirió finalmente la joven.

—No es por eso mi niña, créeme— aseveró la mujer—por supuesto, que seremos sus acompañantes, pero mis razones pasan básicamente porque ambas salgamos de este encierro. Concluyó doña Pura, sin rodeos.

—¿Hace cuanto no asistimos a ese evento, mamá? ¿Realmente quieres ir?

—En principio lo dude, pero Margarita, tampoco podemos vivir como un par de prisioneras; tú eres demasiado joven y necesitas compartir con gente de tu edad. Te reitero que puede ser una buena oportunidad.

—Bueno, a lo mejor tengas razón.

—Entonces, ¿crees que asistirá mucha gente?

—Bueno, cuando menos estará tú prima Valentina—dijo la señora, adoptando en su semblante una sonrisa.

Valentina, era la prima paterna de Margarita, y protegida de Efrain; se trataba de una jovencita un poco mayor que ella, de aspecto adorable, pero un tanto salvaje, casquisuelta[45] y alborotada;

[45] Que no se comporta de forma adecuada.

que provocaba la mirada incesante de los hombres por doquier que transitaba. Y aunque era la antípoda de la recatada hija de Cajales, no obstante, mantenían una afectuosa relación entre ellas.

En principio Margarita, dudó, mostrando desinterés en la invitación; pero luego su expresión se suavizó, satisfecha ante la postura de su madre. Y acercando su mano hacia la señora, tomó la de esta y la junto con la suya, cambiando de opinión y esbozando una sonrisa.

—Bueno nunca se sabe, a lo mejor me divierta—indicó.

La mujer la contempló mientras entrelazaba sus dedos y observó:

—Qué bueno que asistas. En algunas ocasiones…—vaciló continuar— No sé si esta casa es la real culpable de tantas angustias, a veces tengo la sensación de que una fuerza oscura ronda dentro de ella.

Margarita, frunció el seño ante la extrañeza que le provocaba aquellas palabras.

—¿A qué se refiere mamá?

—Nada…nada, solo cosas mías, no me prestes atención hija. Ahora mírame te diré algo: no arruinaras tu vida bajo el cobijo de estos muros, vas a ser una muchacha como cualquier otra; aunque me resulte necesario confrontar a tu padre. Es lo normal soy tu mamá y al mirarte me doy cuenta que eres mi verdadera razón de vivir.

No pudo resumir mejor sus sentimientos la señora y aquellas palabras, iluminaron con un brillo especial la mirada de la joven.

—Gracias mamá, iremos al evento y ya verás cómo nos divertiremos, y diciendo esto se incorporó para darle un abrazo.

CAPÍTULO NOVENO

La vaquería y sus manifestaciones como el coleo[46], emparentadas con la ganadería colombiana y venezolana, tuvieron sus orígenes por allá en el siglo XVI; cuando iniciaron a emerger los hatos ganaderos, en los cuales era usual atrapar los toros y reses que se desbandaban, enganchándolos por la cola hasta derribarlos. De esta forma una actividad cotidiana de la labor llanera, mutó hacia la manifestación cultural tan tradicional que es el día de hoy. No es posible señalar el sitio donde nació esta fiesta, pero sin duda se ha hecho popular y mundialmente conocido, gracias a los espectáculos organizados por diferentes asociaciones comprometidas en preservar esta tradición del folclore llanero.

De este modo estuvo dispuesta la región para su gran celebración: "El encuentro nacional de vaquería", cuatros días de festejo, auspiciados por asociaciones y empresas de la región; como también algunas de la capital. Y entre ritmos de arpa, baile, joropo, y muestras gastronómicas la llanura se adornó de gala. Concursos, risas, globos y pendones; otorgaban a la amplia plaza un contexto de unión, de amistad, de celebración de la vida, sin distingos de clases ni recuento de viejos recelos. La excusa ideal para contagiarse de la cultura llanera; que servía además como

[46] Actividad deportiva a caballo, en la que se toma por la cola un toro o res hasta derribarlo.

reactivador de una economía golpeada, por la falta de opciones laborales.

Finalmente, y solo hasta el tercer día, a causa de las ocupaciones del hacendado, asistió la familia Cajales, con Efraín a la cabeza; seguido por doña Pura, y un poco más atrás Agustín, el primo del patrón. Valentina, quien avanzaba con una risita tonta y Margarita, apoyada sobre el hombro de esta, casi arrastrando los pies con desgano, pero sonriendo ante las ocurrencias de su prima.

—Bueno, aquí estamos—suspiró.

Mientras se acercaban a la mesa, para recibir las manillas que los certificaban como visitantes a la muestra de rodeo; había llaneros de sobra en la plaza de eventos y al fondo de esta, la extensa manga de coleo[47], donde los jinetes darían muestra de su destreza. También sobre un espacio abierto para el baile, algunas parejas de expertos danzantes, daban muestra de sus destrezas al son del arpa, el cuatro y la bandola; nadie podría competir con semejante gracia y virtuosos movimientos. Efraín y Agustín, vestían elegantes trajes de fiesta; el patrón iba con un liquilique[48] completamente negro, chaqueta de manga larga, y sombrero; su primo en oposición a este vestía de blanco, con su sombrero pelo e guama de igual tonalidad. Margarita, lucía un llamativo vestido blanco estampado con flores y entredós fucsia, el cual llegaba hasta la rodilla; cuello bandeja, manga corta, peripuesto además con encajes, adornos y un realce de flor en el cabello, que resaltaba el espectáculo de su belleza. Y apenas si insinuaba un pequeño triangulo de su piel en la espalda, doña Pura, bastante sobria, lucia blusa beige floreada de azur, con falda tres cuartos garzo marino; y

[47] Pista donde se practica este deporte.

[48] También liqui liqui, es un traje de gala llanero.

Valentina, bueno que se podía decir de ella, era increíblemente extrovertida, y su apariencia no desentonaba con sus maneras; ella iba con ceñido vestido de vivido matiz colorado, a media altura del muslo, que se remataba en bolero y una blusa con disimulado escote, que insinuaba un sutil dejo de sus formas femeninas.

Las diferentes federaciones de coleo, y clubes de la región se integraban esa mañana, en pro de brindar un inolvidable espectáculo; como cada tanto venia ofreciéndose en cada uno de los diversos municipios llaneros, y así exhibir la mejor muestra de novillos, toros y jinetes; representantes y turistas de diversas regiones del país se dieron encuentro y la voz del presentador dio entonces inicio a la fiesta:

—Quedan cordialmente invitados a este encuentro nacional de vaquería, en esta grandiosa plaza que es de todos ustedes; procuren la mejor ubicación en la manga, y recuerden: la entrada tiene un económico costo de diez mil pesos y los niños no pagan nada…

Y continuó enseguida:

—Para nuestros vaqueros, más de sesenta que nos acompañan hoy, por supuesto, los mejores premios:

¡Quince millones de pesos al ganador, Siete millones para el segundo lugar…! —Y así continuó anunciando la tabla de premios, ante el aplauso ferviente de los presentes.

Luego su potente voz finalizó dando inicio al jolgorio:

—Este encuentro nacional de vaquería cuenta con el respaldo de la gobernación, la administración municipal, los comerciantes de la región; las asociaciones de vaquería que hoy nos acompañan, ¡y que comience la fiesta!

Los asistentes prodigaron un unísono aplauso, incluidos los Cajales y todos se dieron al disfrute; aunque Margarita, continuaba

un poco ausente. Sin poder echar cerrojo a la pena que le invadía, por estar ahí de fiesta sin saber donde andaría el pobre Mateo, y afligida se abrazó al brazo de su madre, quien la miró y susurró puesta de su parte: tranquila, todo estará bien, trata de disfrutar del evento.

Y a su lado la voz de Efraín, rugió mientras recibía de manos de Agustín, una copa de Whisky:

—Bueno, primo espero que hoy estemos de acuerdo y le vayamos a Ronal José y Esteban, esos muchachos sí que se las traen.

Eran estos dos jóvenes de la región a quien Cajales, apoyaba por medio de uno de los clubes y por supuesto, quería verlos ganar.

—Claro, primo, claro que si…sonrió el otro con anuencia.

—Bueno tenemos todo el día familia, así que a disfrutar— expresó el patrón, llevando la mirada hacia su esposa e hija.

Por cierto, esto no causó emoción ninguna en las mujeres, que asentaron tímidamente, con el estilo apropiado de alguien sometido a una fuerza opresora.

Margarita, sentía la garganta reseca, bajo el inclemente calor y permanecía sentada hablando entre susurros con Valentina; mientras su padre la observaba de soslayo, sabiendo que aún continuaba disgustada con él. Pero incluso si concluyera inapropiada su conducta, jamás daría su brazo a torcer; ese era su estilo, y ni siquiera su hija lo haría cambiar.

Inesperadamente, Duber, el mismo del incidente tiempo atrás con Cajales, cruzó junto a ellos, con garbo y altivez. Y como si desafiara a Efraín, saludó a las mujeres e ignoró por completo al patrón, Margarita, sintió pánico en ese momento; pero este prosiguió el camino hacia una mesa, dispuesta para sus familiares, entonces su preocupación amainó.

—Veo algunos amigos—advirtió Valentina, dirigiéndose a su tío—¿puedo ir a saludar?

—Vaya mija…vaya pero no se quede por allá—asintió Cajales, con una flexibilidad que jamás emplearía con su hija.

—¿Vamos Magui?…invitó entonces a su prima.

Pero de inmediato, una mirada cortante de su padre obvió cualquier asentimiento.

—No gracias Val…descuida, ve tú—

Poco después, la muchacha ya estaba dando vueltas en la pista, bailando con un estilo inadecuado, deslizando sus pies con holgura; sin miramientos y entre risas con sus amigos. Y Margarita, continuaba dispuesta al lado de doña Pura, rodeándole el cuello con el brazo, maravillada y extrañada al mismo tiempo del actuar de Valentina, y la tolerancia de su padre.

—No te preocupes—expresó su mamá con un hilo de voz —algún día Efraín, entenderá que también tú necesitas tus espacios.

Y mientras conversaban madre e hija, la muchacha se sorprendió al notar como sus pies bajo la mesa, empezaban a dar golpeteos al ritmo de la música, como cuando era pequeña, y divertía a la familia con la gracia de sus piececitos, intentando seguir el ritmo de un joropo; entonces sonrió, en la apariencia de un ánimo que mejoraba. Y las vueltas y giros que daba Valentina, quien le hacía graciosos gestos desde la pista; le robaban una sonrisa, que de a poco le infundía valor, para disfrutar cuando menos esa liviana libertad…le sorprendió ver que aun cuando fuera un poco, disfrutaba de aquel ambiente festivo; después de todo, no era tan malo, y se sentía más próxima a doña Pura.

Y mientras la joven se distraía en contemplar el pasatiempo que todo aquello le proveía, ignoraba que un poder anónimo determinaría esa mañana, un encuentro inesperado. Y de ahí en

más iniciarían a cumplirse sus más anhelados sueños; pero también el sino de la fatalidad trazaría un camino, que para entonces lucia remoto, sin embargo, ineludible.

¡Vaya sorpresa! al reconocer en medio de la multitud un rostro que no esperaba acertar ese día, y que de a poco se fue aproximando hasta su ubicación; no pudo evitar sentir el corazón agitado ¡era Mateo! Quien lucía diferente, incluso la expresión en su rostro era distinta; también el avanzaba distraído sin sospecha de aquel impensado encuentro, hasta que sus miradas se cruzaron.

—¡Compórtate! —murmuró una voz dentro de la cabeza de Margarita, quien sintió el impulso de salir corriendo y rodearle entre sus brazos. En ese momento, Mateo, llegó a su posición; el nerviosismo y el sonrojo que traía consigo se evidenciaron más en su rostro.

—Hola, Margarita, no esperaba encontrarte aquí —dijo con cálida sonrisa; aunque tácitamente, era como si realmente lo único que importara, fuera aquel afortunado acaso. Luego se dirigió al resto de la mesa para saludarles; y todos incluso Efraín, respondieron cordialmente. El rostro de Cajales, de expresión ausente, aparentaba serenidad y en respuesta se limitó a avecinar a Margarita, con cuidado junto a él y adelantar su silla un paso adelante; luego le rodeó el cuello con su brazo y apoyó el otro en la mesa.

— ¡Hola, Mateo! ¿Cómo estás? —saludó Margarita— pegada a la mesa, con las piernas temblorosas, y un nerviosismo que apenas le permitía moverse.

—Bien, y usted como está—contestó él con el corazón agitado como un balancín sin poder mover los pies de su sitio; habían trascurrido escasos meses de no verse. Pero el joven lucia diferente, ya no tenía el aspecto desgarbado y flacucho, por el

contrario ahora lucia corpulento y macizo; además muy alto. La joven estiró la mano con movimientos descoordinados a causa del estremecimiento, y enseguida consultó:

—¿Y qué haces aquí viniste a disfrutar del evento?

Por fortuna hasta el momento y extrañamente Cajales, parecía no intuir malicia en aquel encuentro ¡Paradojas del destino!

—Bueno, la verdad es que soy uno de los participantes— indicó él.

—¿Qué y cómo es que…pero antes de concluir la frase y advirtiendo el buen estado de ánimo de su padre, además anticipándose a cualquier suspicacia; la muchacha ideó una estrategia y girando hacia Efraín, lo miró y señaló:

—Papá este es Mateo, éramos compañeros de clase, cuando estaba en el colegio.

—Como está joven—saludó Cajales, estrechando la mano extendida del joven llanero.

—Bien, gracias señor— respondió este.

Y Margarita aprovechó para distanciarse un par de pasos de su progenitor y proseguir la charla.

—Pero Mateo, ¿cómo es eso que vas a participar?—

Dijo mientras sus ojos se encontraban y la distancia de casi de quince centímetros que los separaba, parecía querer hacerse angosta; su rostro estaba ruborizado, su mirada resplandecía nuevamente rebosada de sentimientos. A la vez que Mateo, lucia tímido, sin dar crédito al giro de la casualidad que los reunía de nuevo.

Y es que aquella mañana los congregaba tan intempestivamente, que ninguno de los dos atinaba las frases

adecuadas; no podían creer estar tan próximos el uno del otro, pero a la vez tan distantes. Impedidos por el mayor obstáculo que atravesaba sus vidas, y quien estaba sentado justo al lado de ellos.

Pero el evento ya se anunciaba y en cualquier momento aquel reencuentro terminaría ¿Qué pasaría entonces? ¿Acaso de nuevo se alejarían? Multicolores ideas cruzaban los pensamientos de ambos, al igual que la vergüenza de no atreverse a luchar por su derecho, por su autonomía.

Con ansioso afán iban y venían las miradas de estos enamorados, deseosos de escapar hacia algún rincón donde aclarar sus sentimientos intactos, y confesar que la distancia no era barrera capaz de acallar de sus corazones; y aquella algazara que distraía a Cajales, piadosamente fue aprovechada por una celestina inesperada, que benefició tal distracción, para sustraer a los jóvenes de la esclavista plaza que ocupaba Efrain; se trataba de la perspicaz Valentina, quien hábilmente interpretaba las pequeñas coincidencias, que los gestos y miradas delataban y quien arribando de la pista, de un tirón tomó a su prima por el brazo; con la excusa de ir a por un refresco. Claro, jamás imaginaria alguno de nosotros que el gran hacendado, confiara su preciada flor del llano a semejante fuente de excentricidades, que era su sobrina; empero, ¿Cuándo ha tenido lógica el mundo? Y ante un afecto casi paternal que sentía hacia esta, toleraba que su niña se alejara algunos metros, rumbo a los kioskos dispuestos con mamona, cachapas, majule, gaseosas y toda clase de frituras.

Mateo, se excusó y despidiéndose de los presentes, tomó distancia primero; seguido disimuladamente por las dos jovencitas que bromeaban tras él.

¿Has visto algo que te guste prima? — rió Valentina, mientras dirigía una mirada hacia el joven llanero.

—Si…—admitió Margarita mirando al suelo tímidamente— a ti no puedo ocultártelo, me descubrirías al instante, como si leyeras un libro.

—Es realmente guapo—observó la juerguista muchacha, mientras su mirada se encontraba con la de otros amigos suyos, que arribaban al evento en motocicletas de alto cilindraje.

—Son unos amigos, ven te los presento—invitó enseguida.

Pero a Margarita, no le pareció buena idea; primero porque ansiaba cruzar un par de palabras más con Mateo, y segundo no ensayaba forzar la inusual serenidad de su padre. De modo que dimitió la propuesta y continuó camino a la caseta donde Mateo, aparentaba distracción.

Cuando llegó, los dos se miraron conservando prudente distancia.

—Margarita, está realmente bonita hoy—aduló el llanero a su querida.

—La muchacha pareció avergonzarse, reparando su vestido como si comprobara que lo dicho era auténtico.

—A propósito, no terminaste de contarme lo de tu participación en el evento —añadió ella con timidez. —

—Gracias a Dios, que haya venido, pensé que nunca podría verla—expresó el y cambiando de tema respondió la pregunta.

—Sí, estoy trabajando en la hacienda los Ocarros, y como los patrones pertenecen a uno de los clubes, me dieron la oportunidad de participar.

—¿Y no sientes miedo de enfrentarte a las bestias?—

—Pues la verdad estoy un poquito asustado mi niña, pero quien vive pensando en zorro, nunca tiene gallinas—confesó él con una sonrisa avergonzada.

—Dímelo a mí, me gustaría terminar con ese encierro en la hacienda, y salir corriendo, para sentirme nuevamente libre—le devolvió ella la sonrisa.

Mateo, apoyado contra el costado de uno de los kioscos, contemplaba el rostro de su amada con gesto expresivo; entretanto, la donosa Valentina, con su ajustado ropaje, hacia ademanes indicando que pronto estaría con ellos. Margarita, escuchaba con interés la plática del joven llanero, y parecía no percatarse de su padre, la fiesta, su prima, el tiempo, nada importaba solo él.

—No deberías arriesgarte Mateo. Sabes que este deporte es muy peligroso.

—¿Estas enfadada conmigo?—indagó el muchacho.

—No, no es eso, pero no quisiera que nada malo te pasara.

—Nada malo va ocurrir, he practicado mucho—aseguró Mateo.

—Bueno, no permitas que nada te pasa, no quiero quedarme sin novio. Dijo ella.

—¿Somos novios?

—Eso espero, lo único que quiero es poder hablar con papá y que él te acepte—terminó ella la frase.

Sus miradas se encontraron, las heridas de la ausencia sanaban, y el compás de la música era el telón de fondo ideal; aunque sus manos no pudieran rozarse, y las caricias les fueran esquivas.

—Mateo, escucha lamento que todo esto sea tan difícil—se disculpó ella.

—Quiero que usted sepa, Margarita, que yo la quiero y voy a ganarme la confianza de su apá—espetó con seriedad en la voz el muchacho.

Entonces el narrador hizo el llamado, para que los centauros se dispusieran en sus ubicaciones.

—Debo irme—se excusó el jinete—espero verte dentro de un rato. Y diciendo esto dio un paso hacia adelante.

—Claro, nos vemos luego, por favor ten cuidado—se despidió ella con fervorosa devoción—te deseo mucha suerte y espero que ganes—sonrió, estrechando su mano.

—Quisiera besarte—añadió él con entrañable ilusión, antes de encaminarse a la manga de coleo.

Y ella anhelo verse rodeada por sus fuertes brazos, en un ensueño que se disipó a medida que este se alejaba.

En ese instante giró, para ver hacia la mesa de la cual se incorporaba su familia; y notó el rostro serio de su padre, quien desde la entrada del salón de baile, parecía mirarle con aire enojado. Pero quien simplemente hizo una seña, indicándole la dirección de la manga, para que fueran hasta ella.

CAPÍTULO DECIMO

Ajustados a la programación y horario del certamen, se dio inicio a las actividades que hacían parte del calendario; lo primero serian las pruebas clasificatorias en las categorías mayores y

juvenil. En la primera de ellas participó Mateo, a pesar de su edad, puesto que contaba tan solo diecisiete años. La manga de coleo estuvo dispuesta y los arreadores[49] se daban con habilidad, a la tarea de preparar los animales en un coleadero[50] digno de los principales eventos.

A lo largo de varios metros, las zonas demarcadas con líneas y avisos; eran la antesala de la adrenalina que iniciaría en poco, e incluso, las bestias resguardadas en los corrales; con sus bramidos parecían anunciar la ansiedad de la apertura. Embarcadero y calceta rebosaban de furor, y en las tarimas el pueblo se placía de fiesta y emoción; entretanto, el corazón de los jinetes se enchia de sentimientos, en la expectación de las arduas pruebas que los retarían. La arena plana y nivelada mutaba en un territorio inédito y hostil; una comarca separada por postes de madera que los aislaba del resto del mundo. En cualquier momento las puertas que alcanzaban los dos metros de altura, se abrirían para enfrentar a jinetes y bestias en una lucha de fuerzas dispareja; una batalla peleada por la valentía de pocos, para al final izarse con la recompensa máxima: ser el mejor vaquero.

En la arena aguardaban los participantes, no había tiempo de dimitir; el arrepentimiento ya no cabía en sus mentes, la consagración aguardaba por ellos. Para algunos la manga se llenaría de gloria, para otros de dolor; mientras los llanos orientales se colmaban de melodías, coplas que celebraban la vida, pasiones, ritos, comercio, consultas y consejos; de una comunidad que se fundía en un solo espíritu.

---

[49] Ayudantes que arrean los animales para ser coleados.

[50] Corredor donde se colea.

Ronal José y Esteban, los amparados de Cajales, clasificaron; también Mateo lo hizo, tras superar pruebas tan exigentes como lazo libre y lazo voliado, entre otros.

La rudeza del evento se aunaba con la magia que desprendía: un hermoso espectáculo salpicado de belleza y aromas, paisajes multicolor, ejecuciones de magnánima destreza; creatividad y riesgo, osadía. Los animales se volcaban en brío, prestos a partir por la mañosera[51]; en busca de la libertad que les era impedida. Carpetear un toro o colear al animal, era el fin por el que estos valientes gladiadores arriesgaban su integridad, su propia vida. Ser un icono o salir derrotado eran los únicos caminos, formar parte de la historia del llano era el objetivo; una región tan amplia como el mismo corazón llanero.

sobre los llanos canta un susurro;
un susurro que llega al cielo,
un llanero va en su caballo;
tras un toro, que da recelo.

Los rostros excitados aguardaban ansiosos la orden de salida. Una mezcla de temor, desconcierto y orgullo; embargaban a las familias de los osados jinetes. También en el alma de Margarita, se entremezclaban las emociones, estallando con violencia; el desasosiego de que su Mateo, pudiera resultar lastimado, empero, no podía expresar nada, ni tan siquiera liberar un suspiro que la delatara; pues junto a ella permanecía su padre descansado y expectante sobre su asiento. Con todo, al mismo tiempo se sentía orgullosa, al saber que el joven llanero era un hombre valeroso, el más valiente de todos.

[51] Lugar de donde sale la res para el coleo.

La voz del narrador retumbó en la plaza, con el llamado a lista de los coleadores; y el sorteo dispuso a Mateo, ser el sexto en salir para su intento.

La voz del cantante Rodrigo Aljure, y su grupo, armonizaron la partida entre sones de joropo, pasaje y merengues; pulimentando la ansiedad de los presentes, con canciones propias y trovas replicadas, andando y desandando versos que matizaban el espectáculo.

Jueces, anotadores y cronometristas; se activaron al igual que los jinetes en sus cabalgaduras, así llegó el último aviso a los valientes.

La suerte estaba echada. El sacrificio, la renunciación de todo miedo, los laureles se anunciaban; y miles de rostros aguardaban el desenlace. Sobre la puerta del corral partidor[52] acababan los juegos de niños, el instinto de la bestia contra la inteligencia del jinete se retaban; no eran enemigos en absoluto, por el contrario estos inéditos adversarios, se fundían en una sola fuerza rebosante de energía. Una trilogía de centauro, caballo y toro, que se amalgamaba en un profundo suspiro, cortando el aire de la llanura.

Caballo y jinete, dignos aliados se unieron en un último rito, una final oración; la voz del narrador dio la orden de salida, un grito estremecedor: ¡Cacho en la manga! y los ojos en la tribuna saltaron de sus orbitas. El partidor se abrió, entonces, cuatrocientos kilos de músculos y fuerza escaparon hacia la libertad, la bestia asediada por un jinete asido a su fiel caballo; trajín hecho torneo, arte convertido en fiesta. La faena viril del osado llanero, venida de las noches de ardua labor en la sabana, hasta la manga de la plaza,

[52] Parte del corral donde se acomoda el toro, antes de la salida del coleo.

bajo la inclemencia del sol. Manos callosas, sesenta kilómetros de velocidad camino de la gloria, cinco minutos que se suspendían en la eternidad.

Las caídas, golpes, empujones, pisotones, risas, tristezas; estuvieron a la orden del día, mientras la lucha se estrangulaba en el fulgor de la tarde. Y no cesaban desde la tribuna las voces de aliento, y los resuellos que crecían con cada tino o cada yerro; rezos, suplicas… en un escenario fantástico, casi poético, repleto de inventiva.

Correspondió entonces el turno a Mateo, y en el rostro de su amada se insinuó la ansiedad; tímidamente levantó su mano para brindarle su apoyo, con el corazón encendido y los instintos vitales puestos en marcha; dejando escapar un susurro que llegó hasta los oídos del joven: un "Te amo" privado, furtivo; tan solo deletreado con sus labios, pero suficiente para infundir un aliento capaz de enfrentarlo a cualquier enemigo.

Los jueces se miraron atentos, desconcertados ante la juventud que evidenciaba aquel muchacho altivo; con todos sus aperos[53] y dispuesto sobre un caballo cuarto de milla, color alazán; Mateo, probaba contener el nerviosismo, mantenerse sosegado y respirar calmoso, mientras sentía como se le contraía el pecho, y ensayaba ocultarlo ante las miles de miradas que se abalanzaban sobre él. Muchos pensamientos y recuerdos pasaron por su cabeza, mientras repasaba el trayecto de la manga y calculaba la mejor estrategia para salir airoso, en medio de una competencia bastante reñida.

El joven llanero dio una última mirada, se persignó y encomendó a su santa patrona. No obstante, correr tal riesgo no

[53] Implementos usados para montar el caballo.

representaba ningún sacrificio, pues desde pequeño, aun en las privaciones de su infancia había soñado ser coleador. Todo aquello resultaba una sensación liberadora, como también la satisfacción de demostrar a su llanerita, de cuanto era capaz; y antes de la largada se enlazaron en una mirada, que los distanciaba de cualquier penumbra, descargando sobre su ser toda la alegría del reencuentro; la felicidad de poder tenerse de nuevo.

En un instante las manos del muchacho se ajustaron a la rienda, atento sobre la manga, acomodando el alazán en la puerta del corral partidor, en espera de la indicación; hechas las advertencias del caso, la voz del juez de coso[54] autorizó la salida del animal:

¡Cacho en la manga!

Y desde la tribuna un rugido casi unísono retumbó:

¡Vamos…vamos camarita!

Cuando menos el joven jinete, ya tenía en sus bolsillos el afecto de los asistentes; ahora solo faltaba corresponder a su incondicional apoyo. Montador, caballo y toro estuvieron listos, Mateo, se lanzó en persecución del animal, intentando tomarlo del rabo con la mano izquierda; mientras con la otra se aferraba a la rienda. Y estuvo a punto de asirlo para lograr una excelente puntuación en los límites de la zona de preparación; sin embargo, el toro en su instinto atávico y temperamental consiguió escabullirse hacia la zona de demarcación. Entretanto, en la tribuna, Margarita, hundía los dedos en sus manos entrecruzadas y elevaba en su mente plegarias a Dios. Como pudo el joven llanero enderezó la faena, y en un giro inesperado, soltando ambas manos y tomando al bovino por la cola; realizó una espectacular coleada a

[54] En coleo, zona de donde sale el toro.

dos manos, antes de que el animal alcanzara la marca límite de la primera zona. Casi media tonelada de pura masa muscular cayó al suelo dando una vuelta de campanilla ¡Puntación para Mateo!

Vitalizado y pleno de confianza continuó nuestro audaz joven, el ánimo se exaltaba en las graderías, pero en la arena la concentración reinaba; en un instinto casi maquinal, con gran esfuerzo se mantuvo el gladiador en su batallar, con los pensamientos inmersos en su objetivo; digno, tenaz y el resultado vino con una nueva caída del toro, que infortunadamente, no giró sobre su lomo, sino que se desplomó de costado; baja calificación, empero sumó puntaje.

La siguiente ronda, y el día posterior sonrieron para el muchacho; mostrándose mucho más fuerte, ágil, inteligente, ligero y arrojado. Provocando en los rostros de todos, verdadera expectación; y su amada con un entusiasmo combativo, olvidó las prevenciones hacia su padre, uniéndose a las voces que le apoyaban. La corriente de aire infundía brío en el pecho encendido del vaquero, coleadas a una y dos manos y caídas perfectas, le hacían soñar con el triunfo.

Por fin concluyó la faena y Mateo, se sintió como si despertara de un ensueño que apenas si recordaba; cabalgando sentado sobre un caballo que a todo velocidad perseguía a un enorme toro, en medio del afecto y el aplauso de sus inédito admiradores. Su alma se sentía en armonía con sus sentidos, entre la variedad de rostros y colores que engalanaban la plaza; evocando las mejores épocas de una región golpeada, como el resto del país, por la violencia, una de lo que solo conseguía liberarse por la gracia de sus fiestas.

Con los cabellos despeinados, las orbitas de los ojos liberando una mirada honesta y las manos agrietadas como secas

cortezas de árbol; tanteó con sus sentidos la naturaleza que le rodeaba, en medio de la vivacidad de perfiles familiares y ajenos, dentro de un contexto en el cual encajaba con naturalidad; con los brazos y piernas temblorosos y la frente bañada en sudor, descendió de su aliado equino; interpretando aquello como una confesión del destino, que le develaba un camino que debía recorrer.

Jadeante, pero esperanzado, Mateo, concluyó la lucha con aquella bestia. Y el halito embriagador de la ovación lo liberó de toda pena; de los recientes y vacios días. Se encaminó hasta donde sus patrones y agradeció con afecto, la oportunidad brindada; no importaba el resultado se había desafiado a sí mismo y conseguido salir airoso. El torrente agitado de su sangre corriendo por las venas lo certificaba, y la ola de aplausos que lo despedían hacia el interior del partidor, lo refrendaba. La vida sonría, su bella llanerita reaparecía y durante dos breves días; lograba signarse como un meritorio coleador, inspirado de confianza, en armonía con la tierra que amaba.

Mateo, con la camisa remangada y los brazos desnudos se apoyó en la baranda de madera que protegía el partidor, levantando su mirada al cielo para contemplar, con los ojos aún ardientes de júbilo; el esplendor del sol vivificado entre su tálamo de blancas nubes, sobre el tejido azul del cielo. Entretanto, afuera los gritos y vítores se alargaban para los demás competidores. Se sentía exhausto, pero después de eso seguramente, no dormiría un par de noches; recordando el hechizo de los bellos ojos de su amada, mezclado con los latidos de su corazón avivado por el llano, por un fulgido sueño, así era como lucia todo eso.

De a poco recobró las fuerzas y serenó el pensamiento, volcándose hacia quien obrara un alto porcentaje de aquel milagro;

liberó la rienda de su corcel y se abrazó a este, reconociendo el ingente esfuerzo de aquel alazán, que en su veloz carrera tornaba su día en fiesta; soportando con gentileza la descarga de adrenalina, los giros vertiginosos, la fuerza de un enorme toro. Habría querido quedarse con él, conservarlo consigo, recorrer la pradera bajo el cielo llanero; a lomo de aquel magnifico ejemplar, con el sol y la luna como testigos de aquel sino misterioso, que los unía transfigurándolos en un mítico centauro.

Luego avanzó un tanto cohibido, hacia la improvisada regadera de la plaza, para asearse un poco; giró el picaporte y abrió con timidez la puerta, cerciorándose que no hubiese nadie dentro. Estaba vacío. Así que inmediatamente se adentró y refrescó su cuerpo, con la restauradora fuente que escapaba del canalillo, para luego dirigirse al lugar de la ceremonia, donde proseguiría el evento.

Afuera mientras retornaban a la fiesta y el baile, muchos murmuraban admirados de las habilidades del joven Mateo; y le reconocían el extraordinario trabajo realizado, enfrentándose a hombres con experiencia, que además le superaban ampliamente en edad. Era sin duda, reflexionaban algunos un joven de gran corazón y ardiente vehemencia.

Como todos los demás Cajales, también reconoció este retrato del muchacho y en su experiencia, adivinó que aquel podría convertirse en uno de los más hábiles jinetes de la zona. Tanto que consultó a sus propios hombres, si alguno le conocía o sabia de su origen, labor y procedencia.

La maravillosa sinfonía de destreza, color, música y hermandad; concluiría con la premiación de los coleadores,

parrando[55] llanero y riña de gallos, para alcanzar finalmente, el remate del evento.

El narrador acompañado por los jueces, directivos del evento, representantes de las asociaciones y clubes; inició a llamar uno a uno a los jinetes, quienes se fueron uniendo entre cantos y coplas, en la empinada tarima; a la cual unos minutos más tarde subió Mateo. Una vez sumados los puntajes para conocer el ganador, y seleccionada de entre el público una hermosa señorita llanera, para realizar la entrega de la cinta, elaborada con la destreza y galanura de una artesana de la región, la cual rezaba en su leyenda:

"Bella la tradición que convence a un hombre llanero, de subir en un caballo y arriesgar su mundo entero; como bello es el coraje de esta región llanera, que entre luchas y pesares jamás olvida su fiesta…¡Que viva el coleo!"

Se dio inicio a la ceremonia de premiación, guiando a los jinetes hacia un corredor, adecuado bajo el techado del salón; sostenido a varios metros de altura por unos grandes pilares. Tras de ellos se izaba la bandera llanera y adjunta a esta el blasón nacional, como también el emblema del "encuentro nacional de vaquería"; se adivinaba en el rostro de todos los competidores la ansiedad, al igual que en el público presente. El amplio espacio del paraninfo, resultaba insuficiente para tantos asistentes, y solo los más privilegiados lograban una ubicación dentro de este; mientras el resto se agolpaban curiosos, en las anchurosas entradas. En un extremo, dispuestas sobre un mostrador esperaban las condecoraciones para los primeros puestos; y bastante templados y atentos sobre una larga mesa, aguardaban los jueces. El discurso

[55] Fiesta con licor y comida.

del narrador procedió de inmediato, concluido el saludo y la reverencia a los tenaces gladiadores, anunciando los nombres de los ocho primeros lugares, que serian premiados por su habilidad y experiencia; algunos rostros ya dibujaban una sonrisa triunfante.

—¡Al buen llanero no se le va el lazo![56]—exclamó el presentador, pasando enfrente de cada uno, entre ellos Mateo; y apoyando su mano en el hombro de estos—y los hombres aquí presentes a bien que lo han demostrado.

Y con una sonrisa amplia y amable continuó:

—No es poca cosa enfrentarse a un toro, de más de cuatrocientos kilos; muchos de nosotros ante esta propuesta, haríamos como las vacas viejas… cuando las obligan se echan[57]—

Ante esta observación todos rieron.

—Pero estos hombres retan el peligro, más que por obtener un premio, para lograr la sonrisa sincera de todos ustedes—dijo dirigiéndose al público. Entonces continuó:

—Quien no apuesta…no gana, y ustedes camaritas, si que apostaron hoy; por eso todos los participantes más allá de los puntos sumados, son ganadores—y diciendo esto les pidió a los homenajeados, que levantaran su mano en señal de triunfo.

Luego su discurso se dirigió a dar gracias a todos los asistentes: clubes, asociaciones, alcaldía, gobernación, hacendados, dueños de hatos, sus familias y todos los visitantes. Para proceder luego a llamar a cada uno de los jinetes, quienes recibían con una sonrisa sincera y amplia su galardón; pero sobre todo una de las mesas rebosaba de silenciosa expectación, a medida que Jair

[56] Hábil para realizar una cosa, alguien en que se puede confiar.

[57] Cuando a alguien se le exige algo y no lo hace.

Osvaldo, el narrador, formulaba su discurso entre abrazos y aplausos; era la de los Cajales, donde Margarita, ladeaba su cabeza buscando el mejor ángulo, para no perder detalle del momento en que se anunciara, el paso al frente de su amado. Que no tardó en llegar:

—¡Y el quinto lugar, seguramente, será una grata sorpresa para muchos de los presentes!—exclamó Jair—y quien ahora viene a acompañarnos, cumple a cabalidad el refrán que reza: ¡al toro bravo, a los cachos![58] ¡Demos un fuerte y caluroso aplauso a Mateo, de la hacienda los Ocarros!

La mirada de la joven llanera brilló de entusiasmo, el corazón se le inundó de alegría; sentada sobre su silla queriendo correr hasta él y abrazarlo. Y se olvidó de cualquier miramiento, aplaudió más fuerte que todos y llevó hasta su boca una copa de champagne, de la cual bebió un pequeño sorbo, para luego izarla en honor del valiente muchacho.

—¿No es poca cosa un quinto lugar? ¿Verdad Mateo?—preguntó el narrador—más aún cuando has competido con jinetes de tanta experiencia.

—Sí, señor, como usted dijo hace un momento aposté y gané —expresó tímidamente Mateo—pero este logro se lo debo a mis patrones: doña Magdalena y don Arnulfo; sin ellos no habría podido inscribirme, ni entrenar para estar aquí.

—¿Habías hecho algo así antes, Mateo?

—Ni en mis sueños, señor—sonrió el muchacho.

—¿En serio? Pues yo menos—bromeó el locutor y el público dejó escapar una risotada

[58] Enfrentar los problemas con decisión y ánimo.

—Bueno…Hablando en serio, con la demostración que hiciste, muchos creerían que no es cierto lo que dices, pero sabemos que es así, y te auguramos un gran futuro en este deporte.

¡Y a ciencia cierta, que no era poco lo que había logrado!, de inmediato se escuchó un caluroso aplauso, y su patrón se levantó de la silla para elevar una copa por él; esbozando una gran sonrisa de satisfacción. Entonces el joven llanero continuó, mientras tomaba su premio y elevaba la mano derecha en señal de triunfo; llevando la mirada justo hasta donde estaba su bella llanerita:

—Gracias, a todos ustedes que me apoyaron estos dos días, de verdad que es muy lindo poder estar aquí; conocer a estos grandes jinetes y aprender de ellos. Nunca voy a olvidar este momento.

—¡Un gran aplauso para él!—concluyó Jair Osvaldo, con un abrazo e invitando a pasar al siguiente caballista.

De pronto para sorpresa de todos, pero sobre todo para Margarita, y sus familiares, algo único e impensable sobrevino, Efraín, con unos cuantos tragos de whisky en la cabeza; levantó su copa brindando con su primo Agustín, en honor del muchacho.

—Varón, apuremos esta copa, por la nueva generación de coleadores—dijo sin rodeos, en referencia a Mateo, y eso que sus protegidos Ronal José, y Esteban, estaban entre los cuatro primeros puestos que disputaban el torneo; empero, algo grande había alcanzado el jovencito, tanto que era visible para el gran hacendado.

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

La ceremonia continuó por algunos minutos más, y sin rodeos ni extravagancias se coronó al jinete favorito: Oscar Alfredo Mojica, un llanero del Casanare, experto en coleo; y quien las dos versiones anteriores había estado a punto de ganar el evento. Esta vez era la tercera y la vencida. Se trataba de un hombre amante de este deporte, muy merecedor del premio por su eximia faena, como también por ser un excelente deportista, siempre amable y cordial.

El público agradeció con sus gestos a los auspiciantes del certamen en el cual los predilectos de Efraín, ocuparon un meritorio tercer y cuarto puesto. Entretanto, en la mesa de sus jefes, Mateo, celebrara su triunfo; cruzando miradas que de soslayo escapaban de uno y otro extremo hacia la mesa de Margarita.

—A tu salud muchacho, hoy empezaste a forjar tu historia— brindó don Arnulfo con él.

Había alcanzado algo notable, con lo único que le era posible apostar, el valor de no dejarse caer de su cabalgadura, el evitar hundirse en la arena y ser pisoteado por la muerte; aunque de haberlo sabido de antemano se habría jugado la vida misma, por aquellos instantes de júbilo y alegría, que lo embargaban bajo la templanza de la noche que ya llegaba. Mientras se distraía con las extravagancias de los vecinos más delirantes, y daba una ojeada a la mesa donde Efraín Cajales, el mito llanero, y su primo, levantaban una y otra vez su copa hasta la embriaguez; agitando sus sombreros y riendo espontáneamente. No era habitual verlo así, pero en aquel ambiente festivo donde chocaban las copas, las risas y las historias, entre zapateos, repiques, escobillaos, zambullidas y zamuros;[59] al ritmo del joropo, el aguardiente llanero y el majule, todo estaba permitido.

---

[59] Pasos de baile llaneros.

Afuera de las casetas, la gente del pueblo disfrutaba de una buena pelea de gallos y de las delicias gastronómicas llaneras: había mamona a la brasa, capón, tatuco[60], plátano, y vinete[61], para deleite de todos.

Mateo, entretanto reposaba placido en la mesa de sus patrones, con la sonrisa melancólica que le proveía la corta distancia, que lo alejaba de su llanerita; contemplando sus ojos, su sonrisa, satisfecho de tenerla a su alcance. Aun cuando no pudiera tocarla ¡Como amaba a ese hermoso pajarito, que era libre por una noche!

Entonces se distraía en la charla con los demás acompañantes de los Ocarros; la señora magdalena y otros trabajadores del hato.

El aguardiente llanero, como experto embaucador obró su efecto en la mayoría de asistentes; y el festejo prosiguió su camino. Se elevaron coplas, se relataron mitos que recorrían la llanura desde épocas de antaño, y afuera la noche iluminada por las lámparas de petróleo y en lo alto la luz de las estrellas; se adhería a los destellos artificiales del interior del salón. Donde el baile se instituía como un fantástico hechizo de creencias ancestrales, meciéndose al compás de las melodías del arpa, capachos, cuatro y bandola; un corrió, seguido de un pasaje, donde gavanes, amores y corocoras tomaban vida, para dar luego paso al humor de un contrapunteo[62]. Las manos entrelazadas, pantalones remangaos, y

[60] Pescado sazonado en trozos de guadua y hojas de plátano.

[61] Vino de palma.

[62] Reto de copleros con versos improvisados.

una explosión de zapateo[63]; daban paso a su majestad el joropo. Las rodillas se rozaban sutilmente, y los cuerpos plasmaban obedientes lo más representativo del folclore llanero. Bienestar, regocijo, pujanza; una vida sencilla, una forma de vivir y conectarse en equilibrio con natura, entre escobillaos, zambullidas y zamuros.

Entonces Mateo, avalentonado por unos tragos de majule, ensayó aproximarse a la mesa de su amada; tal vez con la intención de invitarla a bailar una pieza, y estando a pocos pasos se detuvo un instante y la miró a los ojos.

Margarita, dejó escapar una sonrisa al verlo, mientras permanecía sentada al lado de doña Pura, y musitó —Hola—al notarlo allegarse; convencida que la ferocidad de su padre, no estorbaría un inocente baile. Los jóvenes estaban tan distraídos en el lenguaje de sus miradas, como si nadie más estuviera con ellos; que el muchacho se vio sorprendido por uno de los trabajadores de Cajales, que se interpuso entre ellos. Se trataba de un llanero jovial y dicharachero, a quien todos conocían como el mono, el cual se arrimó hasta Mateo; a quien conocía desde pequeño, por haber tenido trato con Rocío y algunos de sus vecinos.

—Camarita, hoy se graduó de llanero, lo felicito—

—Usted va a ser un gran jinete —espetó el mono, mientras le servía una copa de aguardiente al muchacho.

Mateo, bebió el contenido de la copa y agradeció el gesto con voz ronca, pero más ocupado en lograr su objetivo de alcanzar la mesa.

---

[63] Movimiento de baile, que imita el galopar del caballo.

Sin embargo, el mono lo tomó por el brazo y mientras aumentaba el volumen de la música y Margarita, los seguía con la mirada a poca distancia, este indicó:

—Joven, a perro que no se conoce no se le toca el rabo[64]; yo a usted lo distingo desde pequeño y sé que es un buen muchacho, pero evítese problemas. Hay fuerzas con las que no se puede luchar, y esa niña está prohibida para cualquier hombre de la región.

—Pero mono ¿acaso el destino no se puede cambiar? —respondió Mateo, libre de cualquier miedo.

—Mire hombre no apure los días, el patrón puede que parezca embarbascao, pero le aseguro que nunca está con la cincha floja; mejor guarde el pan para cuando haya leche. Pero por ahora no se busque males innecesarios.

El joven llanero prestó atención al recién llegado, entendiendo sus palabras y las buenas intenciones que se fundaban en ellas. Y simplemente, se quedó mirando hacia la mesa donde Margarita, aguardaba sentada su arribo, plena de inocencia; mientras Cajales y Agustín, cuchicheaban entre ellos, y el corazón le reverberaba de arrebato, en procura de consuelo.

Pero inesperadamente, en ese momento Cajales, quien contemplaba la conversación entre su trabajador y el jinete; le llamó por su nombre invitándolo a sentarse.

—¡Mateo, venga siéntese con nosotros!

La sorpresa en el rostro de todos, incluso del propio muchacho se formuló silenciosa; tanto que creyó adivinar en el rostro de doña Pura, un refulgente gesto de expectación.

[64] Respetar a alguien, porque puede resultar peligroso.

Empero, seguido por el mono, traspasaron la corta distancia y de inmediato el joven saludó:

—Buenas noches, con permiso, y luego extendió su mano al patrón.

—Don Efraín, como está usted.

—Venga, venga…muchacho, descanse aquí—invitó Cajales, señalando una silla próxima a él—¿Dónde fue que aprendió a colear de esa manera?

Pero antes de responder fue interrumpido por Agustín, quien al verlo llegar proclamó bastante ebrio:

—Hombre, Mateo ¿A qué se debe el honor?

—El honor se lo debo ustedes y a don Efraín, que acaba de invitarme a sentarme en su mesa.

—Pues venga muchacho, venga a sentarse con nosotros. Que esta fiesta es pa´ celebrarla —proclamó Agustín.

—Gracias—respondió el joven a media voz—

Mientras los contertulios estrechaban el círculo, para escucharse mejor, y los escoltas de Cajales, observaban recelosos la escena desde la mesa contigua.

—¿Qué edad tiene usted muchacho? —inquirió Efraín, mirándolo de reojo; mientras hacia una seña a uno de los meseros para que se aproximara.

—Tengo diecisiete años, señor—declaró Mateo.

Cajales, sonrió con un gesto socarrón.

—Pero parece que la vida le ha puesto algunos de mas—así era yo, muchacho, así era yo cuando tenía su edad; parecía que tenia mas años encima—observó el patrón.

Entonces Agustín, y doña Pura, murmuraron con asentimiento.

Cajales, hizo una nueva seña al camarero, quien ya se aproximaba a tomar nota de su requerimiento.

—Si don Efraín ¿en qué le puedo servir?

—Tráigamele un aguardiente al amigo Mateo…ahhh y también unas sodas y ternera para todos—rugió Efraín.

—Sí señor, enseguida, asentó el asistente y partió de inmediato.

—Mire muchacho—comentó Cajales, saboreando un humeante habano cubano; que entre sus gruesos dedos lograba verse pequeño—hoy lo vi coleando con alma y sombrero, y a mí la gente valerosa y decidida me sirve ¿usted donde trabaja?

—Yo ahorita, don Efraín, estoy trabajando con el patrón Arnulfo, en la hacienda los Ocarros.

Cajales, frunció el seño y se dirigió a su primo Agustín, con el cual empezó a tratar otros temas; mientras comían y bebían, del pedido que había llegado a la mesa.

Mateo, se sentía transformado y complacido, contemplando el rostro de su llanerita, que se notaba serena y contenta; lo cual resaltaba su belleza, engalanada en el sobrio y bonito vestido que llevaba. Aunque todavía no cruzaba palabras con ella, pero se llenaba lentamente, del aliento de familiaridad con el cual parecía tratarlo Efraín Cajales; y atendía la charla de este, con las melodías del joropo sirviendo de fondo, y la pista de baile en la que jugueteaban hombres y mujeres al ritmo de los aires llaneros. Mateo, no disfrutaba mucho del aguardiente; quizá desde su primera y única borrachera acompañado por su amigo Dumar, quien se había visto obligado a dejar el pueblo, en busca de

mejores oportunidades en la capital. Sin embargo, alzó su copa y brindó un par de veces más, con el hacendado y su primo; entre las reflexiones ebrias de estos. Hasta que la voz de Valentina, medio abombada, irrumpió de nuevo en la mesa dirigiéndose a Margarita.

—Prima ¿y es que usted se va a quedar sentada toda la noche?

Solo hasta entonces resonó la voz de doña de Pura, quien se adelantó en contestar.

—La niña está bien, Valen…Y usted debería venir a sentarse con nosotros un ratico; que ya ha disfrutado bastante —notificó la señora, descargando una mirada circunspecta sobre ella.

Valentina, arqueó las cejas, volviendo a su tía una mirada glacial y se sentó junto a la hija de Cajales. Y continuó bebiendo y vertiendo licor en las copas y vasos de los demás; como había hecho durante toda la noche, con la complacencia de su tío, quien parecía tolerarle sin reparos esa conducta.

Mateo, quien no quería embriagarse, dio vuelta a su copa en señal de contención; mientras la charla se dilataba. E incluso más distendido, cruzó algunas pocas palabras con doña Pura y su hija, en medio de los canturreos de Valentina.

¿Acaso era un sueño todo eso? Estar tan cerca de ella, sintiéndose casi aceptado por su familia; ahora que Doña Pura, con el brazo apoyado sobre el de su hija, parecía más ocupada en sus propios comentarios, que de la conversación de Cajales y Agustín, de la cual debía entender muy poco. Distinguió el joven llanero una lucecita de esperanza, que se iluminaba con la brisa nocturna que acariciaba sus cabellos; y en sus oídos reinaba la suave voz de su amada, quien de a poco perdía la timidez, para beatificarlo con su

preciosa sonrisa, iluminándole el semblante. Entrañablemente, se miraban con el alma llena de propósitos. También el sonreía, confiando que aquel túnel de oscuridad que cruzaba sus vidas, empezaba a iluminarse. Lo cierto era que los jóvenes enamorados entendían muy poco de las reflexiones adultas.

De cuando en cuando, doña Pura y Valentina, intervenían en la charla haciendo alguna pregunta a Mateo; sobre como a través de los años, había desarrollado su habilidad sobre el caballo o que propósitos tenía en la vida. Y claro, brillaba resplandeciente en su mente, la idea de revelarse como alguien digno de entrar a formar parte de la familia. Se extendía en las reflexiones sobre sus propósitos a futuro, y así se sentía extrañamente cercano a todos ellos.

¡Qué favorecida, simple y franca parecía la vida! Unos días antes estaba solo y sufriendo en su soropo, con el corazón arrugado por la tristeza y ahora, era el propio Efraín, quien lo ponía junto a su amada. Ya no le parecía tan egoísta, severo o calculador. Era como si la bebida lo hubiese convertido en otra persona; como si el dinero y el poder no importaran, y disfrutara tranquilo de toda esa simpleza.

Pero ¿Era verdadero todo eso que pensaba Mateo? ¿Acaso no estaba también él, bajo los efectos de la bebida y aún mas embriagado por el amor? Y era esta simulada confianza, la que guiaba sus pensamientos.

Entonces Valentina, se apoyó en el hombro de su prima y se levantó de la mesa, siguiendo en dirección del artista que cantaba en la tarima. Doña Pura, Mateo y Margarita, siguieron con la mirada el contonear excesivo de sus caderas, que para muchos de los presentes resultaba un deleite ¡que encantadora muchacha!

Luego se paseó sonriendo hasta llegar a la mesa de sus amigos, recitando con voz opaca, las coplas que de la garganta del trovador escapaban melódicas; y entre sus dicciones apagadas e inexpertas, resonó la voz de doña Pura: ¡Valentina! ¡Valentina!

Con una amarga sensación de disgusto, que manaba como una estrofa más de la canción; entonces la señora miró a Cajales, como si se dirigiera a un bribón, incapaz de poner coto a la conducta su propia sobrina:

—¡Efraín…!

—Valentina, está muy tomada ¿a qué hora nos vamos?

—A ver ¿Cuál es el problema?—dijo Efraín, dirigiendo una mirada a la señora con evidente desinterés—

— ¿Qué es lo que te traes Pura? ¡Vamos a disfrutar la fiesta!

—Caray ¡Que interesante! Aquí vamos de nuevo— murmuró con desazón Margarita.

Entretanto, Mateo, la escuchaba sin atinar su actuar en tan incómoda situación; con la idea remota que realmente existiera algo que él pudiera hacer o decir.

Pero Cajales, dio la vuelta como si nada, como si el mundo fuera suyo y los demás simplemente, lacayos a su servicio y voluntad; luego bebió un sorbo de whisky de su vaso. Dejando a la mujer inmóvil, sentada y vacía; con un semblante de amargura y soledad. Aun así, conservando su siempre correcta manera, con las facciones disfrazadas de imperturbabilidad. Y a Mateo, sintiéndose como un pequeño mentecato, que acertaba la valía de cada quien en aquella mesa; en la cual el patrón no tenia antagonistas.

La orquesta empezó a tocar de nuevo, mezclando diferentes ritmos musicales; el público ovacionó su destreza y los contertulios fueron desarraigados de sus reflexiones. A los primeros compases musicales surgió el denuedo de danza, y los concurrentes se dirigieron prestos a la pista de baile.

Varias parejas se adelantaron y comenzaron a bailar un joropo con desenvoltura, seguridad y gracia. Mateo, no entendía mucho de baile; pero al menos sabía mover los pies y dejarse guiar por las notas de la música. De inmediato saltó Valentina, a la pista de baile y en verdad que lo hacía con sorprendente soltura; con una habilidad inherente a su naturaleza femenina. Seguramente, Margarita, también bailaba maravillosamente, reflexionó el muchacho, y habría querido corrobóralo; pero comprendió que debía contenerse. Ya habría oportunidad de hacerlo en un futuro; entretanto, el salón se engalanaba de eximias parejas, que con espontaneidad representaban lo mejor del danzar llanero, y su baile hablaba de naturaleza, de tiempos mejores; de pastizales, bestias, ríos, mitos y aromas de café.

Entonces Efraín, aprovechó ese momento para retomar la conversación con Mateo.

—¿Y cuanto gana muchacho, en el hato donde trabaja? —Le preguntó.

—Más o menos el salario mínimo, señor.

—Bueno, no es precisamente el premio gordo de la lotería—rió Cajales.

—No señor, pero para empezar no está mal; cuando menos me alcanza para los gastos.

—Naturalmente, pero uno no debe estar conforme, además usted es una persona hábil—

Así, palabra tras palabra, sin mayor preámbulo; vino una proposición que tomaría por sorpresa al muchacho.

—¿Y qué pensaría de trabajar conmigo?

—Podría pagarle el doble de lo que gana, solo para empezar.

—¿Qué me dice, muchacho? no está nada mal, con su poca experiencia—miró Efraín, complacido como si el asenso fuera un hecho.

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

La suerte ponía en bandeja de plata, la opción de poder estar cerca de su bien amada; y una copa elevándose sellaría el acuerdo. Una apuesta a por todo o nada.

Pero había algo más que generaba dudas en la respuesta de Mateo, y esto era, la representación del socorro que don Arnulfo, sentado en la otra mesa, con su camisa de cuello blanco, le había brindado en su momento; y si algo caracterizaba al muchacho era su talante agradecido. Entonces la preocupación rondó su mente y la hasta ese momento serena velada, se vistió de irresolución. Negarse a la propuesta significaba quizá no ver más a Margarita, pero aceptarla era casi como traicionar la confianza, que le habían brindado. La naturalidad se tornó en nerviosismo, en decisiones forzadas; mientras sonriente Cajales, aguardaba una respuesta.

Y al otro extremo de la mesa la mirada de la hermosa llanera, abrazada a su madre, lo conducía por un camino de una sola vía. ¡Bella criatura por la que valía la pena todo esfuerzo! dulce primavera que se elevaba al compas de la fiesta, ardiente

hechizo que colmaba sus sentidos; su único y verdadero deseo, anhelo febril de su juventud.

Empero, la conciencia y el deber le hicieron girar hacia la mesa de los Ocarros, y vio que su patrón bien puesto como siempre, tomaba del brazo a doña Magdalena; y seguido por sus empleados se incorporaba con gesto de querer marcharse y le sonreía en la distancia, como si asumiera que ya no pertenecía a los suyos.

—Discúlpeme un momento don Efraín—solicitó el muchacho con los mejores modales.

Levantándose de la silla y encaminándose hacia quien seguía siendo su patrón, cuando menos hasta ese momento; sintiendo la necesidad de acertar consejo o simplemente, de justificarse, por una decisión que tal vez, sin saberlo, ya había tomado. Solo por un breve segundo había pensado en desechar la propuesta, pero los ojos de Margarita, lo habían extraviado de cualquier tipo de consideraciones; aquello no tenía juicio. Ella ocupaba durante todo el día sus pensamientos y volver a perderla, sabiendo que el destino la ponía en su camino; era una insensatez. Seguro su patrón lo entendería.

Mateo, alcanzó a don Arnulfo, justo en la puerta de salida y lo observó con una mirada que no requería palabras. Una hora había estado en la mesa de Cajales; su patrón era alguien sabio y entendía que no hablaban solo de caballos y vaquería. Y en un instante, le ahorró al muchacho las molestas explicaciones; desechando cualquier juicio o sermón.

Miró a su esposa que iba tomada de su brazo y luego giró para prestar atención a Mateo, quien levantó las cejas y sonrió con una mueca retraída, al advertir que esa podría ser la despedida.

Incluso en ese momento sentía resistencia de adentrarse en el mundo de Efraín Cajales, y suspiró profundamente, al admitir que a regañadientes, regresaría a la filas de un contratante, que ni siquiera sabía que ya había sido empleado suyo. Y se alejaría de los buenos modales de aquella cordial pareja; para adentrarse en un mundo de soberbia que desconocía.

Don Arnulfo, lo miró con gesto compasivo y extendió la mano descargándola sobre su hombro, luego habló como si de un augur que leía su mente se tratara:

—Mateo, usted es un buen muchacho y sabe del aprecio que le tenemos mi esposa y yo; pero seamos justos. Esto no es algo que tenga que discutir o consultar conmigo, es solo su decisión; y en este momento ni siquiera es posible que yo le pueda garantizar un determinado tiempo de trabajo. Además en honor a la verdad la hacienda Cajales, es la más grande de la región...pero eso Mateo, lo tendrá que decidir usted mismo. De cualquier modo quiero que sepa que las puertas de mi casa, siempre estarán abiertas para usted y será bien acogido.

El muchacho escuchó ávidamente esas palabras y pudo captar en ellas la honestidad que las motivaba.

—Patrón, usted sabe que me gustaría quedarme en los Ocarros, y le aseguro que no se trata de dinero; pero quien vive pensando en zorro, nunca tiene gallinas**.** Y usted sabe de qué le hablo.

—Descuide muchacho que algo sé de la vida, y yo también una vez luché por la mujer que hoy camina a mi lado; ahora vuelva a la mesa y no se preocupe por nosotros.

Aquel hombre bonachón, había podido ver a través de los ojos de Mateo, como si de una abierta ventana se tratara; la ventana

de su alma que revelaba sus sentimientos más honestos, sus anhelos. Y él se sentía aliviado de que así fuera, pues a pesar del poco tiempo compartido; ellos eran lo más próximo a una familia, que había conocido desde que quedara solo.

¿Qué podía perder? Si fallará en su intento, siempre tendría un lugar en los Ocarros; no necesitaba escucharlo, en su corazón lo sabía y lo mismo daba pensar una hora o dos días, en una decisión tomada. Así que con un abrazo se despidió de la pareja y regresó de nuevo a la mesa donde esperaba Cajales. Esos días habían sido extraños, pero confiaba en Dios, que algo bueno sobrevendría; era como trazar una línea imaginaria, tan delgada que cruzaba al otro lado, sin apenas darse cuenta. Por supuesto, como todo cambio este traía consigo ansiedades y miedos; la sensación de desprenderse la piel de una vida, para meterse en otra completamente desconocida.

Mientras se adentraba de nuevo en el salón, vino a su encuentro Margarita; quien lo saludó con mirada inexpresiva, y semblante desconcertado, dispuesta a marcharse con su mamá y Valentina. Mateo, sin saber lo que ocurría se acercó a ella y le tomó de la mano, preguntando intranquilo, cual era la razón de tal afán por dejar la fiesta. Pero la jovencita enmudeció, mientras la señora Pura, sin colores en la cara, ausente y con la mirada vacía; se deslizaba penosamente con la cabeza agachada, como si tanteara el piso con sus sandalias.

—Olvídalo Mateo, no ocurre nada—aseguró la muchacha y en ese instante sus ojos se inundaron de lágrimas.

—Pero Margarita… ¿Está bien? ¿Quiere que vaya con usted? —examinó el joven, mientras hurgaba con la mirada, la ubicación de la mesa donde Agustín y Cajales, ya no estaban.

—Descuida estaremos bien, lo que menos quiero es causarte un inconveniente. Muchas gracias por todo Mateo, fue lindo verte —observó la joven estrechando su mano; y sin decir nada más se alejó a toda prisa con sus dos acompañantes, y los escoltas que las seguían.

La canción finalizó y el llanero aprovechó para levantar la mirada y en breve, escudriñar la silueta de Cajales. La cual divisó junto a una de las mesas en medio de una algarabía. Todos los asistentes iniciaron a arremolinarse, en torno a la disputa que irrumpía la celebración; contemplando enmudecidos, aquella arrebatada tolvanera donde Efraín, estaba a punto de irse a las manos; con un jovencito sentado en la mesa, junto a una mujer de cabellos castaños. En ese instante aquel joven levantó la vista y Mateo, lo reconoció de inmediato: era Duber, el mismo muchacho que pretendía a su llanerita y al cual Cajales, hace un tiempo le diera una reprimenda ¿pero cuál era ahora el motivo de tal galimatías?

De a poco se fue abriendo camino entre la multitud, para corroborar lo que ocurría; y lo tomó por sorpresa el sonido de la música al activarse de nuevo. Y aun cuando la orquesta continuó con los repiques armónicos de sus melodías; la pista de baile quedó completamente, vacía y la mayoría se aglutinaron en torno a la mesa. De la cual finalmente, se levantaron el joven embarbascao por la bebida y su acompañante con semblante aterrado. De inmediato Mateo, lo supo; la muchacha que estaba con Duber, era nada menos que la amante de Cajales, a quien solo hasta ese momento había visto. Las peticiones del grupo musical por dejar de lado la contienda y proseguir con el festejo, resultaron inútiles. Los buenos modales, la elegancia, la amistad y el respeto quedaron de lado. La muchacha sonrió plena de nerviosismo, al advertir el craso

error cometido, y ninguna firmeza le valdría contra Efraín; era de su propiedad, ya debía saberlo.

Finalmente, Mateo, logró llegar a un pequeño espacio libre en medio de la multitud, junto al lugar de la trifulca; adivinó que algo malo estaba a punto de ocurrir, así que extendió la mano para intentar alcanzar a Cajales, y conducirlo hacia el camino de la cordura. Pero apenas si logro rozar su hombro, y debió admitir que sus buenos oficios de poco servirían, en un escenario determinado por la ingenuidad de esos muchachos. El desconcierto lo invadía todo.

La muchacha de cabellos castaños se sentó de nuevo en una silla, con su vestidito corto y floreado, que dejaba ver sus largas y níveas piernas. En su rostro se insinuaban dilatadas lágrimas a punto de borbotear de sus ojos; mientras el viento de la madrugada ondeaba agitando sus cabellos. Y en la camisa blanca de Duber, una sutil mancha de rubor lo condenaba; muchos debían saberlo: en la cabeza de Efraín, iniciaba a computarse el merecido castigo, ante tal osadía. En medio del desorden, Mateo, distinguía los tonos sombríos que se erigían en la planicie. Por sus días en la mina, conocía el carácter del patrón y solo quedaba confiar que el gran hacendado recobrara el juicio.

Dos hombres de Cajales, aproximaron una silla para su jefe y otras dos para ellos; y obligaron a Duber, a sentarse en una que estaba libre junto a la muchacha. Efraín, sonreía burlón, sus ojos se colmaban de evidente furia, y su semblante parecía tornarse gris; mientras servía un trago de whisky y lo bebía de un solo sorbo.

Ninguno de los presentes quería tomar partido en aquella reyerta, entretanto, el rostro de la joven sufrió una mutación que estremeció a Mateo. Sus bellas facciones parecieron marchitarse en un segundo; la pintura de su rostro se entremezcló y la más

profunda tristeza se reflejó en su fisonomía. Gradualmente, despuntaba un albor rojizo sobre la llanura, y el rostro de Cajales, disipaba la aparentada sonrisa, tornándose amargado y frío, con sus manos entrecruzadas sobre la barbilla; prolongándose en un gesto que no requería palabras, cada instante mas acusador. Para ese momento la música se había detenido, y las miradas frías se estrellaban entre ellas, sin acertar una reflexión; como si adivinaran que el calor de una vida, terminaría en ese amanecer. Duber, y la muchacha observaban a Cajales, evidentemente intranquilos, sacudidos; espantados en un tremor, que les impedía declarar en su favor.

—¿Que haremos?…¿qué haremos? —Exclamó mordazmente Efraín, con sus escoltas dispuestos a su lado.

El evento concluyó en medio de la enmarañada situación. Las luces del salón se encendieron, la orquesta dejó el lugar y los encargados de seguridad, al igual que los meseros y el resto del personal; desestimaron la situación que se erigía casi como una pantomima, concebida para culminar la celebración en medio de un agitado final.

Muchos de los asistentes también marcharon rumbo a sus casas, con la impresión de que todo aquello no llegaría a mayores o simplemente, no era su asunto, no habría castigo ni ejecución, ni nada por el estilo; era una simple cuestión de borrachera y que pronto el equilibrio de las cosas tornaría a su debido orden.

Pero que poco conocían algunos a Cajales, y su perenne poder; la euforia de su propia imagen, el aumento exponencial de su ambición, y la propia naturaleza que lo obligaba a ser autoritario por simple placer. Y ahí estaba sentado, rebosante de emociones que solo él conocía. La impresión de los demás podía ser cualquiera, pero solo Efraín, conocía los pensamientos que

rondaban su mente, y las frivolidades de su corazón. Esos dos jóvenes frente a él lo sabían y su mirada evidenciaba el lívido arrepentimiento de su actuar. Arrastrados por el deseo o la inocencia, se suspendían como blanco de tiro; como un escudo aguardando ser atravesado por una lanza. Sofocado, Duber, intentó incorporarse, y de inmediato un empujón arrastró sus pies de nuevo a la silla.

—Tendremos que hablar—indicó Cajales—Pero no aquí.

Al fin la muchacha se atrevió a pronunciar vocablo y fue una penosa ingenuidad de su parte:

Efraín, estas mal interpretando las cosas, entre Duber y yo no hay nada; además tú estás borracho. En la mañana hablaremos; estoy cansada y quiero ir a dormir.

—¡Usted se queda ahí mismo, donde está! —bramó Cajales.

Quien en ese momento fue interrumpido por un medroso mesero:

—Don Efraín, este yo…ehhh… ¿usted desea pagar ahora la cuenta? Es que ya debemos despedir a toda la gente.

El patrón lo miró como si no entendiera lo que decía, pero el mozo aunque estremecido, permaneció de pie aguardando el desembolso.

—Jefe, el muchacho necesita que le pague la cuenta—refrendó uno de sus hombres.

—Ya…ya entiendo—

Dijo sacando su billetera del bolsillo y extrayendo de esta un buen fajo de billetes de donde tomó, uno…dos…tres…cuatro… cinco billetes y se los alcanzó.

—Gracias muchacho, quédese con el cambio y no vuelva a interrumpirme.

—Sí señor, discúlpeme, agradeció el mesero y se alejó en dirección a la barra.

Entonces el hacendado la emprendió de nuevo contra la inédita pareja, causante de su furor. Y con violencia se incorporó de la silla, tomando a Duber, por el brazo; quien horrorizado avocó un poco de cordura.

—Es un poco tarde para eso—dijo Cajales, sujetándolo por el cuello y empujándolo a la salida, seguido por sus hombres.

Mateo, quiso intervenir de inmediato y acertar razones que le hicieran desistir de su oscuro propósito.

—Don Efraín, debería irse a su casa. Piense en su esposa y su hija.

El patrón miró primero de reojo, atendiendo la voz que le hablaba; luego como despertando de un trance, miró de nuevo, certificando de quien se trataba. De pronto, su rostro se tornó muy serio, su ceño se frunció; y empezó a gesticular mientras, Mateo, le miraba desconcertado. E intempestivamente, Cajales, explotó en un violento enojo colmado de incoherencias:

— ¡Te equivocas conmigo muchacho! porque así te ofrezca trabajo, no te voy a permitir que te metas en los asuntos de mi familia ¿Quién te crees que eres? ¿Acaso te gusta mi Margarita? ¿Crees que puedes cuidar a mi familia? Yo te garantizo mocoso idiota, que si te acercas a ellas ¡Te mato!

El muchacho lo miró atónito, pero fijamente a los ojos, y permaneció inmóvil, aguardando su reacción; que tan pronto como detonara pareció apaciguarse, e incluso una sonrisa alcanzó a esbozarse en el rostro de aquel desequilibrado. Luego descargó

suavemente su gruesa mano sobre el rostro del joven llanero y dijo:

—Ya déjame tranquilo, Mateo, no te preocupes por mi familia; nadie se atrevería a tocar con ellas—y más delirante aún tomó su mano y la estrechó con fuerza ¿Somos amigos?

—Claro don Efraín, no hay ningún problema; y…aprovecho para despedirme, ya que es tarde y debo ir a casa.

—No…no, usted viene conmigo, a partir de hoy yo pago su sueldo.

Mateo, ni siquiera estaba seguro de que hacer; empero, asintió con la cabeza, en la convicción que aquel caos terminaría pronto, y siguió a Efraín y sus escoltas hasta los autos; donde subieron a empellones a Duber, y a la muchacha. Entonces los motores rugieron y emprendieron la marcha.

Siguieron por la ribera del rio, devorando algunos kilómetros hasta adentrarse en el pueblo; entonces la camioneta donde iban Cajales, su joven amante, Mateo, y dos de sus escoltas, se detuvo. Efraín, tomó su sombrero, abrió la puerta y descendió del vehículo; tomando con fuerza a la muchacha y obligándola a descender.

Avanzaron y se detuvieron frente a una puerta, al parecer en la vivienda de la joven.

La mañana aún no despuntaba y la vaporosa luz que iniciaba a irradiar, parecía un aullido lejano y misterioso, que atravesaba el pecho helando el corazón. Sin embargo, Hasta ese momento Cajales, no parecía más hostil de lo que había sido antes.

Es un poco tarde ¿no?—expresó Mateo, a sus parcos acompañantes, sin obtener respuesta.

Efraín, empezó a discutir con la mujer, y podía observarse del otro lado, las siluetas, y como el patrón golpeaba con los nudillos la puerta de la vivienda. Mateo, estaba por desistir de su intención de trabajar en la hacienda Cajales; simplemente, quería bajar de aquel auto e irse a casa y continuar con su apacible y sencilla vida. Pero al pensar en esto la cabeza se le colmaba del recuerdo de Margarita. De pronto como un loco, poseído por algún demonio, Efraín, le propinó una bofetada a la aterrorizada mujer, que estuvo a punto de derribarla y emprendió el regreso al auto; abrió la puerta, subió y dio la orden de arrancar, pero un par de kilómetros más adelante en una arboleda oscura y solitaria, se detuvieron de nuevo los vehículos.

Cajales, quien estaba rojo de rabia, descendió volviéndose hacia el automóvil aparcado tras el suyo, donde iban Duber y otros dos de sus hombres.

Era un poco tarde para salir de aquel embrollo pensó Mateo, como si estuviera dentro de una pesadilla que corría a gran velocidad. Era la última oportunidad que tenia de evitar una tragedia y bajó rápidamente para intentar convencer a su patrón, de lo insensato de su conducta.

Sobre la calle esperaban los dos escoltas con Duber, asido por los brazos. Sin mediar palabra Cajales, levantó su arma y la apuntó a la cabeza de la víctima. Su mirada expedía fuego e ira.

Una terrible certeza golpeó de súbito la cabeza de Mateo, aquello no era un sueño; ese hombre estaba decidido a cometer una locura y no sabía cómo detenerlo. ¡Jamás había sentido tanto miedo en la vida!

La transformación de aquel sujeto parecía la obra misma del demonio, que se complacía en su conducta, sin misericordia

ninguna; el aire se cortaba, y los hombres de Cajales, parecían gustosos de secundarlo.

—¡Don Efraín, no me mate, no me mate se lo suplico!—imploraba el muchacho—yo hago lo que usted diga, pero por Dios, ¡piense bien lo que va a hacer!

Mateo, le observaba al borde del pasmo; hasta que optó por tomar cartas en el asunto. Tomó una bocanada de aire para recobrar el aliento y se acercó a su jefe, en la pura intención de evitar una injusticia.

—Don Efraín, aguarde un momento, quisiera hablarle—dijo con tono firme.

Cajales, le clavó la mirada con recelo.

—¿Qué quiere?

Le quiero pedir que no haga esto, recuerde que quien siembra viento cosecha tempestades.

—¿De qué carajos habla Mateo?

—Si…si don Efraín, por favor escuche al muchacho, escúchelo, escúchelo—

Sollozaba Duber, lanzando una mirada de socorro al joven llanero. Mientras este se distanciaba un poco, para hablar en privado con su patrón y rogaba que sus palabras tuvieran algún efecto; hasta que se iluminó en su mente un ardid, una carta que calculó daría resultado.

—Mire patrón, yo sé que las deudas de honor deben cobrarse; pero no le parece que es mayor castigo, la deshonra que la muerte. Usted ya estableció su autoridad. Si mata a Duber, todos sabrán quien lo hizo; pero si él regresa al pueblo, habrá enviado el mensaje a todos de que a pesar de ser alguien poderoso, al mismo

tiempo conoce la piedad. ¿No le parece que así mucha gente estaría de su lado?

—¿Realmente cree eso Mateo?—pareció dudar el hacendado.

—Mire…al pobre usted ya le quitó todo lo que tenia, ¿Qué es más triste que ver pisoteada la hombría?

A Cajales, se le iluminó la mirada como si una ignota revelación emergiera, se aproximó a él y murmuró a su oído:

—¿Sabe que…usted se parece un poco a mí, muchacho? —expresó de repente Efraín.

Parecía que la perspicacia de Mateo, ganaba esa partida, y suspiró profundamente aliviado.

Cajales se tomó la barbilla y le miró a los ojos fijamente, y luego, dijo con tono severo:

—Van dos veces este día, no se vuelva a meter en mis asuntos muchacho.

Y diciendo esto se acercó a Duber, asestándole un golpe en el vientre; que lo hizo gruñir como un animal y desplomar al suelo. Luego dio un paso atrás y le encajó un puntapié en las costillas.

Mateo, abrió los ojos sobresaltado, con los dientes apretados y sintiendo un frio que le recorría el cuerpo ¿Por qué no acababa de una vez ese absurdo castigo? Acaso el hilo de sus reflexiones se había roto en los oídos de Cajales. Pero de pronto, al ver que el patrón regresaba su pistola al cinto; comprendió que a pesar de la golpiza, este si le había escuchado. Y simplemente, desahogaba su violento enojo para no envenenarse el mismo.

—Te voy a romper a la mitad, infeliz —mascullaba con enajenación.

Luego lo tomó por el brazo y de un jalón lo lanzó contra el respaldo de la camioneta. Duber, intentó incorporase con dificultad, y en su instinto de supervivencia forcejear un poco. Pero Cajales, le arrancó la camisa de un solo tirón, como también de un tirón le despedazaba el orgullo; enseguida le propinó un golpe en el oído que lo abatió de nuevo en el suelo. El pobre no vio venir lo que siguió a continuación: una patada que llegó como un obús hasta su cara, dejándola ensangrentada; la cual debió sentirse como el golpe seco de un martillo. Quedó doblado sobre el suelo, pálido, jadeante; lloriqueando con la nariz rota, y respirando con dificultad por la boca. Por su parte Cajales, estaba envuelto en sudor, casi sin aliento y con el tremor de la rabia agitándole las manos.

Mateo, permaneció inmóvil, paralizado; con semblante de incredulidad, reparando la grotesca escena, completamente atónito. Hasta que uno de los hombres de Cajales, agarró por el cuello a Duber y lo arrastró a la orilla del camino. Ahí el patrón le propinó otra patada, y finalmente, le escupió en la cara inscribiendo:

—Si te vuelves a meter con algo mío, te mato desgraciado y te juro que acabo con toda tu familia ¡pedazo de mierda!

Duber, no dijo nada, ni siquiera murmuró.

Simplemente, quedó tirado en el camino como un menesteroso; con la ropa raída y la expresión avergonzada ante la cruel derrota. Con el rostro pintado de nerviosismo, siguió con la mirada al grupo alejándose; quizá con cierto alivio, mientras se oprimía con los dedos las sienes, en medio del calor que florecía con la llegada de la calurosa mañana.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Ningún hombre merecía humillación semejante, pensaba Mateo, pero siempre es más importante la vida; no era tan malo, con un poco de agua, alcohol y algunos cuidados se recuperaría. Empero, durante mucho tiempo aquella escena le martillaría las sienes, antes de conseguir el sueño durante la noche ¿había valido la pena salvarlo? O sin querer le había condenado a ese pobre infeliz, acarrear el peso de ser un pusilánime y llevar consigo una forzada existencia; intentando ocultar a sí mismo una verdad que conocerían todos, sabiendo que una mujer era la causa de su desdicha. Si ¡era el fin de su dignidad! Pero a fin de cuentas le quedaba la vida para resarcirse.

También Mateo, tendría que cargar el peso de aquel delito ¿por qué? ¿Que podía haber hecho? Esa reflexión lo mortificaría durante mucho tiempo.

De pronto, Efraín Cajales, sonrió enderezando la espalda, tal vez recordó que ya muchas veces antes, había actuado de la misma forma, con tal impulsividad y agresión sin temor a nada; que quizá desde su juventud eran esas sus maneras.

¡En nada se parecía a él, en absolutamente nada¡ aseguraba en sus reflexiones Mateo, no entendía por qué se empeñaba en decirle que se parecían…no, no era cierto.

Al muchacho solo le quedaba pensar, y temer la conducta de su nuevo patrón, quemándole la conciencia ante el vertiginoso despilfarro de prolija violencia, en la cual parecía desenvolverse. Pero ya había pensado en eso, su decisión estaba tomada; aguardaría unos días y dependiendo de la evolución de los hechos, decidirá si quedarse o regresar a los Ocarros. Así avanzó con una sensación melancólica, con la desesperada ansia de haber cometido

un delito; a pesar de que los golpes y puntapiés no fueran suyos. Sentía el pecho como un candelabro con una vela encendida y un profundo agotamiento. Solo quería regresar a casa.

—¡Nos vamos ahora mismo! —bramó Cajales, devolviendo la mirada a sus hombres y acercándose al que conducía la camioneta en que antes iban, ordenó:

—¡Llame a la policía para que vengan a recogerlo!— entonces echó a andar en dirección al puesto del conductor.

—Páseme las llaves—dijo.

—¿Patrón va a conducir usted?

—¡Que me pase las llaves le dije!—certificó de nuevo.

El hombre de unos treinta años, llevó la mano a su bolsillo y extrajo el llavero, el cual le alcanzó de inmediato. Mateo, habría preferido correr hasta su casa, que tener que subir de nuevo en aquel auto; pero casi maquinalmente, terminó dentro junto a los escoltas; dejando atrás, sobre la acera, al desplomado y ensangrentado Duber.

A veces las fiestas terminan con alguna que otra discusión, producto de la borrachera; pero el resultado en esa ocasión, era algo salido de todo orden y contexto ¿en que se estaba metiendo Mateo? Empezaba a sentirse devastado, parecía descifrarse la inutilidad de cualquier esfuerzo por estar con Margarita, pero una triste renuncia no terminaba de cuajarse en sus sentimientos.

Durante el camino permaneció en silencio, ensayando superar la exaltación generada. El martirio de sus pensamientos, era un aturdimiento que ardía como fuego en su alma, todo tendría que salir bien o su vida seria miserable.

Esperó con paciencia, para indicar al patrón donde podía dejarlo; hasta que con voz nerviosa irrumpió para dar aviso.

—¡Patrón me puede dejar aquí!

—¿Aquí? ¿Está seguro Mateo?

—Sí, don Efraín, de aquí son solo unos pasos a mi casa.

—De acuerdo. Mañana lo espero en la hacienda y sobra decirle que usted ni vio ni oyó nada—indicó Cajales, deteniéndose a un lado del camino.

—Tranquilo patrón—asentó el muchacho.

Y con forzada paciencia avanzó por el camino de arrayanes, que lo conducía a su soropo; comprendiendo que apenas alcanzaría a dormir un par de horas, si es que lograba conciliar el sueño.

Le rondaban sentimientos que no sabía expresar, al llegar a su vacía heredad, se sintió necesitado de un consuelo que no llegaría; y con aflicción, de inmediato se desplomó boca arriba sobre el chinchorro, hurgando entre los buenos recuerdos de esos días: su logro en el certamen y el reencuentro con su llanerita.

Pero de inmediato estas iconografías se entremezclaron, con el arrepentimiento de haber presenciado aquel abuso.

Ahora la cosa era distinta, ¿Acaso era parte de eso? Cuando menos Duber, podría afirmarlo; pues había estado ahí de pie, mirando cómo le daban una paliza, sin hacer nada. Solo echando un vistazo al igual que los escoltas; su noble naturaleza lo condenaba por eso, empujándolo hacia un camino de amargura, y emociones incomprensibles. Sentía una enorme resistencia hacia Efraín Cajales, pero desde esa mañana un insensato giro del destino lo ponía ante él, era como una fantasía morbosa; la representación

de una terrible ambigüedad: el único obstáculo para alcanzar a su ángel, era aquel demonio, su propio padre.

Entrecerró los ojos por un instante y la representación de la terrible agresión lo acometía, revelando el rostro lastimado y la humillación de Duber, ¿Cómo tendría que haber obrado? Acaso intervenir y defenderle de la demente y obsesionada agresión, ¡Carajo…que mas podía hacer, le había arrancado del abrazo de la muerte! Eso era más que suficiente.

No obstante, el ensueño se le inundaba de angustia, de tormento; tal vez porque que aquella representación revelaba una desventura para sí mismo. Y era esto, la incapacidad del perturbado Cajales, para negociar su punto de vista. Conducta que lo llevaba sin inconveniente al límite del delito, de la más profunda violencia; ahora sí que el joven llanero empezaba a creer lo que se rumoreaba en las calles, sobre el gran hacendado.

Bien entrada la mañana al despertar de su fragmentado ensueño, saltó Mateo, del chinchorro sintiendo que los ojos le ardían, con el obrar de la luz que bañaba la vivienda. Los minutos de inmovilidad concluían y debía cumplir con lo acordado, dejando atrás cualquier miramiento.

Con pesadez atravesó el vestíbulo hasta la puerta de salida, haciendo lo posible por imbuirse de pensamientos calmosos. Fue hasta el jagüey y hundió sus manos en este, luego refrescó su rostro con el agua cálida que brotaba.

La luz del día resplandecía con un fulgor extraordinario y el verde de la pradera y los arboles era ilusorio; se sentía tan cercano y lejano de eso: los animales, los niños, los juegos; la casa de la tía Carmela, con quien hace días no hablaba, todo lo que era digno de amar. Sintió nostalgia, vacio; permaneció allí paralizado por unos

segundos, curioseando su reflejo en el agua, casi sin aliento. Poco después levantó la mirada, seguro de que todo mejoraría.

La portezuela del soropo se agitaba con el viento, meciéndose de un lado para otro; con pesadumbre cruzó el sendero de regreso y se coló al interior de la morada, adentrándose en busca de una palangana para extraer el agua. De vuelta en la fuente, llenó el recipiente hasta el desborde; se aventuró de nuevo en la casa y de inmediato avanzó hasta el patio, hacia el improvisado espacio que formaba la zona de baño. La refrescante ducha resultó purificadora, como si el espectro de agua cristalina baldeando su cuerpo, fuera una caricia que lo exorcizaba de su culpa.

Luego vistió una franela, pantalón enrollado a la pantorrilla; tomó un sombrero, se calzó unas botas de hule y se guindó el machete al cinto.

Una vez salió, Mateo, decidió exiliarse por un instante en casa de la tía Carmela, con el motivo de tener conversa antes de emprender el camino. La temperatura debía superar los treinta grados centígrados, de modo que se calzó el sombrero, mientras pensaba en la distancia hasta la hacienda la cual era considerable; cavilando necesitar cuanto antes, hacerse a un Caballo, para recorrer la larga distancias. Ya empezaba a hastiarse de tener que andar a pie la mayor parte del tiempo, y confiaba, con los dos primeros salarios que recibiría, juntar el capital requerido para adquirir aunque fuera un jamelgo; que con cuidados se convirtiera en un digno alazán. Entre reflexiones y cabizbajo arribó hasta la puerta de la señora. Estaba cerrado de modo que dio tres toques suaves.

Y aguardó contemplando las paredes de bahareque, que sostenían la construcción y el encapotado de hoja de palma, que se elevaba a poca distancia de su cabeza. La humilde vivienda no

había cambiado mucho a lo largo de los años, desde las épocas en que Rocío y él, escapaban un rato de las preocupaciones, para ir a jugar al dominó.

Al parecer no había nadie en casa, sin embargo, como último recurso golpeó una vez más y estaba a punto de dar media vuelta, cuando escuchó la puerta rechinar; esta se abrió y una súbita corriente de aire le acaricio el rostro. La tía Carmela, con su pelo desordenado, le saludó como siempre con alegría; al parecer no había escuchado el primer llamado ¿Cuántos años tendría? No lo sabía a ciencia cierta, pero estaba seguro que eran muchos. El muchacho se apoyó contra el quicio de la puerta, y la recién llegada lo tomó por el brazo y lo condujo hacia el interior.

—Pase mijo, venga y se sienta.

—No puedo demorarme mucho, tía.

—No importa mijo, deje que la burra suelte el nado[65]—sonrió la septuagenaria.

De nuevo estaba ahí en esa acogedora casita, y por un momento se limitó a observar las paredes instituidas con esterilla; la mesa de centro donde jugaban dominó, los cuadros, los recuerdos que aún habitaban ese espacio. Se sintió estremecido, era como si el tiempo no hubiera transcurrido y siguiera siendo un niño.

—Siéntese Mateito, deje el afán que poco a poco se enrolla el bejuco y el alambre[66]—observó la señora mientras giraba rumbo a la cocina, donde el fogón estaba encendido.

[65] No acosar, tener paciencia.

[66] Lento pero seguro, sin afanes.

—Bueno tía, muchas gracias—sonrió el joven tomando asiento.

— ¿Cómo le ha ido en el trabajo, mijo? —preguntó la mujer de forma maternal.

—Bien, tía…la verdad es que cambie de coloca, y hoy comienzo en la hacienda Cajales; por eso le digo que no me puedo demorar. —dijo Mateo, con voz canija, sin parecer muy convencido.

A pesar de no tener un parecido consanguíneo, la señora Carmela y Rocío, se parecían mucho; cuando menos en su capacidad para entender, cuando al muchacho algo lo acongojaba.

—¿Y es que usted realmente quiere trabajar allí? ¿No es esa la hacienda del papá de Margarita?

Por supuesto, que la mujer sabia de la existencia de Margarita, y de los sentimientos del muchacho por ella; por eso no se notaba muy persuadida respecto de esa decisión.

—Claro tía, es una buena oportunidad para ganar experiencia en las labores de vaquería; además el salario es mejor que en los Ocarros.

—Bueno mijo, usted sabrá; la verdad es que a mi ese señor siempre me ha dado mala espina.

—No se preocupe tía que todo va a salir bien—afirmó Mateo, pero en sus ojos se notaba cierto dejo de resignación, más que de entusiasmo.

—Cuídese mucho Mateito, y me saluda a la niña cuando se vea con ella.

—Claro que lo haré, tía.

Entonces la mujer vino caminando muy lentamente, trayendo consigo una taza de café humeante.

—Tome cafecito mijo—invitó mirándolo con sus ojos brillantes, y avanzando un par de pasos más, entregó la bebida en sus manos.

—Gracias tía, Dios, le pague.

—De nada mijo… de nada—ronroneó la mujer.

Quien se sentó frente a él y conversaron un rato.

Mateo, tenía justo el tiempo para llegar a la cita; de modo que se despidió y agradeció la siempre dispuesta gentileza de la señora.

—¿Lo veré pronto mijo? No se me pierda tanto—insistió, para refrendar luego con una promesa en su mirada:

—Usted sabe que esta, siempre será su casa y aquí me encuentra para lo que necesite.

—No se preocupe tía, que yo vuelvo tan pronto pueda, para contarle como me está yendo.

—Todo le va a salir bien mi niño, usted es un buen muchacho—dijo abrazándolo con fuerza durante un instante.

Luego, lo acompañó hasta la salida y se quedó allí mismo, llamando a las gallinitas y patos para darles comida.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

El joven llanero echó a andar bajo el indolente sol de la mañana, por los amplios pastizales; envuelto en aquella brisa

estival y el vuelo de los corocoras buscando alimento. Los recuerdos de esa madrugada seguían revoloteando en su cabeza, pero diligentemente prosiguió su andar, hasta adentrarse en el pueblo; para cruzarlo y ahorrarse un poco de camino, en su búsqueda de la hacienda Cajales. Tenía por delante poco más de una hora de trayecto.

Al pasar frente a los barrotes de hierro, que se elevaban sobre los bajos muros de la parroquia; percibió la imagen de la virgen que sobre su altar, rodeada de luz, parecía sonreírle. De modo que se desvió un par de minutos para persignarse y pedir a Dios, perdón por su actuar esa madrugada, cuando el alba aún no despuntaba por completo. También le encomendó su labor, pidió por el descanso eterno de Rocío; e igualmente por todo lo que viniera de ahí en adelante.

Luego, se adentró una vez más en el pueblo, recorriendo bajo sonoras notas musicales, el camino adornado de pequeñas casas; frente a cuyos pórticos avanzaba en pro de acertar el camino de trocha, monte y empedrados, en cuyo norte se enarbolaba la hacienda. Se distrajo curioseando las tiendas, los labriegos que arribaban con sus productos a la galería; un par de amigos sentados en un banco del parque, leyendo el periódico. El bar la palma, cerrado a esa hora; un turista de rubia cabellera, pantalones cortos y sandalias. De a poco todo eso quedó atrás, y los pensamientos se le fueron agotando.

Estaba fatigado cuando tropezó con la rayana del rio, pero la esplendida naturaleza le infundió un nuevo aliento: añejos arboles de morichal, que habían estado ahí antes que cualquier llanero. Selva que ocultaba en sus íntimas entrañas, una flora extraordinaria, de singularidades posibles, únicamente en aquella región mágica; babillas arrastrándose entre el fango hacia el rio,

loros imitando los sonidos de la naturaleza; hermosos y frágiles colibríes, en búsqueda de néctar e incluso un matapalo donde se colgaba un perezoso.

Era la eterna corriente del llano que fluía imperecedera, desde épocas milenarias, Mateo, siguió avanzando por el camino que se delineaba en la selva húmeda, sin aprehensión ni recelo alguno; aferrándose a su machete por si llegaba a necesitarlo, hasta que una orla menos agreste le anunció que reiniciaba la dócil pradera. El límite de la arboleda, el anuncio de los pastos ganaderos, a lo largo de los cuales se extendía un largo sendero.

¡Dios, le dolían los pies! Sin embargo, la efigie de la hacienda Cajales, se anunciaba en la distancia como un propicio paliativo.

Mateo, encontró sin mayor dificultad el camino que conducía a su destino, pero al llegar, el gran portón de hierro que se extendía con su negrura por varios metros, estaba cerrado. Detrás de esa reja se escondía una oscura y muda realidad que desconocía, permaneció largo rato sin saber cómo anunciar su llegada; porque a diferencia de los Ocarros, no había campanilla, y aun si la hubiera, era improbable que alguien pudiera escucharle, puesto que al ingreso de la hacienda tan solo se evidenciaba, un prolongado camino asfaltado. Luego, sonrió al descubrir en la parte alta, lo que parecía ser una cámara; la cual contempló por largo rato, prestó atención e incluso agitó su mano en señal de saludo. ¡Ahí debía estar el secreto! aunque no comprendiera del todo como funcionaba. Y por encima de este artilugio. un enorme letrero en madera anunciaba “Hacienda Cajales”

Se relajó y aguardó tranquilamente, a que alguien notara su presencia, y a lo lejos podía distinguir a los jornaleros que apaciblemente realizaban su faena. Mientras esperaba se distraía en

el canturrear de las cigarras, que desde sus nidos en los arboles le acompañaban. Poco a poco empezó a liberarse de sus prejuicios respecto de ese lugar, descubriendo con sorpresa, que al interior todo parecía fluir con naturalidad, y no con el subrepticio e inusual acaecer, que imaginaba.

A lo lejos distinguió un caballista que se acercaba, cuya silueta se fue aproximando hasta hacerse más clara, y distarse perfectamente su forma; el jinete ataviado con jean enrollao a una cuarta del tobillo, franela blanca y sombrero; saludó amablemente al verlo.

—El joven viene a buscar al patrón ¿Verdad?

—Sí, sí señor tengo una entrevista con don Efraín—asintió Mateo.

Entonces el hombre extrajo de su bolsillo un radioteléfono, desde el cual se comunicó, dando autorización para que la reja se abriera. Mateo, aguardó relajado a que la rígida portezuela se deslizara sobre su riel, lo cual tomó poco más de dos minutos, que a él le parecieron más prolongados; finalmente, pudo entrar y estrechó la mano del portero. Al instante la reja se cerró con fuerza tras de ellos.

—Sígame—indicó el sujeto—¿su nombre es?

—Mateo, señor.

—Bien, Mateo, vamos.

El hombre tomó la rienda de su caballo y avanzaron caminando, por la calle que conducía a la casa del patrón.

—Mateo, ¿verdad?—examinó el guía—

—Sí señor, así me llamo.

—¿Y va a trabajar en la hacienda?—indagó amablemente.

El joven llanero asintió, mientras se distraía en el paisaje que se revelaba ante sus ojos.

Era increíble que existiera algo así, ni más ni menos reflejaba toda la ostentación de Cajales; su actitud prepotente se notaba en cada rincón. Era un mundo difícil de expresarse con palabras, al cual Mateo, no pertenecía. Y por más maravilloso que se revelara lograba intimidarle. A los costados del camino se elevaban jardines de bellos rosales en flor, y a lo lejos lograba distinguirse un enorme lago, que reflejaba tonos multicolores, en su saludo con la irradiación del sol. Cientos de animales, corrales, caballerizas, jornaleros; varias mesas de hierro forjado, enclavadas en zonas verdes de maravillosos prados. Aves de vivaces colores, gansos, patos, gallinas; incluso pavos reales con sus majestuosas plumas de verde, rojo y plata.

Durante varios minutos, el muchacho se limitó a sonreír embelesado, casi ajeno a la presencia de su acompañante. Pero al poco tiempo, el deslumbramiento le abandonó por un inesperado sobresalto, cuando notó emerger rayano a ellos, un animal de tamaño inverosímil. Al cual el portero pareció no dar importancia, como si no estuviera ahí.

Se trataba del toro más grande que había visto, pero sus rasgos no eran como los de cualquier animal; además debía superar los quinientos kilos de peso. Su piel era tan negra como el más intenso azabache; encontrar su mirada era como acertar dos pozos oscuros e insondables, enclavados fijamente sobre el visitante. La cabeza estaba coronada por dos filosos y encorvados pitones cenizos, y su bufido era como un lamento ensordecedor.

El joven llanero abandonó toda esperanza. En cualquier momento aquella aterradora bestia, presta a atacar, estaría sobre ellos sin opción de escape; un solo golpe bastaría para desfallecer al más recio vaquero. Intentaba contener el nerviosismo de su pulso, pero el animal lo observaba aguardando un mínimo descuido para asestar el mortal golpe.

Estaba probando leer el actuar acertado en tamaña situación, cuando miró a su acompañante, que lo observaba fijamente, y pudo advertir en su semblante una simulada sonrisa.

Por fin, el muchacho dejó escapar de su garganta una leve interpelación, venida de sus labios casi como un lamento:

—¿Y ese toro?

—Ya veo, ya entiendo la cara de susto—rió a carcajadas Norfey, como se llamaba el peón—Menudo espanto se ha llevado joven.

Mateo, arqueó las cejas sin acertar la gracia en eso; todavía menos porque la bestia parecía estar cada vez más cerca.

—Descuide camarita, a ese animal dicen que no le sirve ningún botalón[67]— señaló el hombre mientras seguían caminando —siempre logra escabullirse, pero hasta ahora se sabe que no ha atacado a ningún trabajador o visitante, así que no se preocupe.

—¿Pero de donde lo sacaron?—curioseó el muchacho.

—Eso sí que es un misterio, cuando yo llegué a trabajar con don Efraín, el animal ya estaba en la hacienda y eso que ya llevó

[67] Puntal con horqueta hacia arriba, para sujetar animales fieros.

veinte años con los patrones—indicó— recuerdo que la primera vez que lo vi, quedé como picure, corrio 'e perro[68].

—¿Veinte años? ¿Cuánto puede durar un toro?

—Amigo, si usted quiere permanecer bastante tiempo en esta hacienda; hay preguntas que es mejor no hacerse— dijo el sujeto con una sonrisa glacial, cambiando intempestivamente de ánimo.

Mateo, suspiró y observó detenidamente a Norfey, mientras meditaba ¿por qué tantos misterios parecían rodear los asuntos de Cajales?

Y concluyó, por la expresión de su asistente, que algo sabia; pero seguramente, al igual que él, había tenido que prometer al patrón no mencionar nada. Es más, pensándolo bien, era mejor de esa forma; entre menos conociera de los asuntos de Cajales, más tranquilo estaría.

Ya estaban a punto de llegar a la entrada de la casa principal de la hacienda, y el peón tomó de nuevo su radioteléfono; entretanto, Mateo, se limitó a ofrecer una mirada hermética al toro negro[69], mientras el otro hablaba. El animal se volvió lentamente hacia el otro lado y se adentró en los verdes pastos, hasta perderse entre los árboles. Entonces el joven tragó saliva sintiéndose aliviado.

—Bueno joven, con su permiso me retiro.

—Gracias camarita—dijo Mateo, estrechando su mano.

---

[68] Muy asustado.

[69] Dice la leyenda que se aparece cuando alguien hizo pacto con el diablo.

El hombre se alejó y hasta ahí llegaron también las reflexiones de Mateo, sobre el toro negro y los demás misterios de la hacienda. Sintió que algo importante iniciaba para él, era su misma vida que cambiaba. Sin embargo, penosas ideas reiniciaban a aflorar, pero sucumbieron al instante, ante el fugaz atisbo de sus sueños con Margarita, ahora más cerca que nunca.

Caminó automáticamente hacia la portezuela, ascendiendo lentamente una escalinata de seis gradas. En aquellos minutos previos al anuncio de su llegada, imaginó la escena que le aguardaba. ¡Mejor sería no pensar! Sus pensamientos siempre lo llevaban hacia el peor escenario.

Estando frente a la puerta, llamó con tres toques suaves de los nudillos; al interior de la vivienda podía escucharse la voz de un narrador en la radio. Eran las noticias matutinas, que se mezclaron con el sonido del golpeteo de unos pasos aproximándose. El joven llanero hizo un esfuerzo por conservar la compostura.

¿Y si quien le abría era su amada?

De pronto la puerta se abrió.

Y estuvo frente a él una criada con uniforme azul celeste, cabellos negros ondulados y piel aceitunada. El sonido de la radio se hizo más fuerte.

—Buenos días, discúlpeme estoy buscando a don Efraín Cajales—saludó el muchacho.

—¿A don Efraín?—dudó la mujer.

—Si, a don Efraín, tengo una cita con él—ratificó Mateo.

—¿Y usted es…?

—Me llamo Mateo, el sabe quién soy.

—Bueno, espere un momento—indicó la criada ajustando la puerta.

Transcurridos cinco minutos, apareció de nuevo.

—Adelante joven, pase—

—Gracias, muy amable.

—Tendrá que aguardar un momento—observó la mujer, señalando un asiento en la sala—el señor todavía duerme y no le gusta ser interrumpido.

—No hay problema, puedo esperar—asentó el joven.

Entonces la mujer avanzó delante de él, hacia un lujoso salón. A Mateo, se le desencajaba el mentón ante la suntuosidad de la cual era espectador. La silueta de la morena lo guió hasta una amplia silla y lo invitó a sentarse.

—¿Desea tomar alguna bebida?

—No, descuide, estoy bien—agradeció el llanero.

—Con permiso—se excusó la mujer en voz baja, alejándose hasta desaparecer tras un pasillo.

El muchacho miró con embebecimiento, aquello que presentía desde un principio: un lujo que sus pies jamás habían pisado, pero… ¿Qué corroboraba todo aquello? Acaso, lo inadmisible de la hija de un hombre poderoso fijando sus ojos en alguien como él. Sentado sobre el esponjoso sillón, las reticencias del destino respecto de su relación adquirían sentido. Y la danza de felicidad, amor y alegría se tornaba brumosa, estrellándose violentamente contra la realidad. Cualquier gracia o equilibrio que ponderaran sus sueños resultaba insuficiente; la distancia que lo separaba de su amada era una realidad abrumadora, ¿Cuándo alcanzaría tan siquiera? un nivel de vida, que lo aproximara a esa

danza de esplendores que revelaban sus sentidos, o ¿Cómo hacer entender a un hombre rico y codicioso? La valía del amor; el comprender que todo lo bello que tenemos está a nuestro alrededor y que el sentir y el vivir no depende de unas cuantas monedas; unos muebles exóticos, o un cuadro ininteligible colgado en la pared. Pero los ricos y mezquinos no necesitan ayuda ni consejos de nadie; su profesión es hacer dinero, y extirpar de la existencia de otros todo lo bello, sin pensar ni sentir que los obligue a actuar diferente. Danzarines del abuso, que gozan plenamente de su miseria emocional, y se regocijan en el juego de ver sufrir a otros.

Estos clamores rondaban los pensamientos de Mateo, mientras giraba la cabeza y con las manos, se apoyaba en la escuadra de la ventana que daba a la pradera, empotrada en el muro sobre el cual se sostenía el asiento. Y debió pasar un cuarto de hora recostado así, en la solida superficie cuya arista delineaba líneas en sus brazos; pero a pesar de todo, aquel paisaje lo despojaba de todo prejuicio, como un imperecedero tendido verde, sobre el cual ansiaba desplomarse; avivando sentimientos agradables, sensaciones de bienestar ¿acaso no era posible vivir rodeado de aquella majestuosidad? Aun cuando solo se tuviera unas pértigas techadas para resguardarse del sol y del invierno. Y no por el contrario, someterse al hastío del encierro dentro de una caja de concreto, simulada con grandes postigos en un fingido grito de libertad.

Si, tanto adorno, fachosas cortinas, muebles, cuadros y esculturas; por mas exagerados que fueran, jamás sobrepasarían la armónica simpleza de ese espectáculo natural. ¿Realmente se necesita construir un imperio para sentirse pleno? O ¿acaso? un piso enlosado y reluciente supera en belleza a un florido pastizal, las más elaboradas cúpulas, ¿no ceden ante el brillo del arcoíris?, y

¿las grandes portezuelas? solo pretenden imitar el friso conmovedor, que instituyen los bosques de arrayan, y la gallardía de un alazán, supera con creces, cualquier artefacto mecánico para recorrer la llanura. ¿Mentiríamos al decir? que la más bella y colorida tela, palidece ante los colores del mar y del cielo iluminado de estrellas.

Quince minutos más completando media hora, transcurrieron entre el mar de reflexiones y el seductor hechizo de la campiña; descartando las moldeadas figuras blancas, representando bestias salvajes, como símbolo de protección y poder; las cuales antecedían el pasamos, que formaba parte de la escalera, uniendo las dos plantas.

Y mientras se imbuía en este mar de desafiantes y pretensiosos detalles artísticos; elegía la radiante y seductora distracción de la pradera, donde verdeaba la indudable belleza, aderezada bajo el sol.

Aunque algo le conmovió todavía más. La representación de la creación en su máxima expresión, la serena simpleza de las manos privilegiadas de un superior artista. La inmaculada serenidad de los sentimientos, que a lomo de caballo salvó en la lejanía su mirada; atrayendo de inmediato su atención, y cautivando sus sentidos. Ahí aparecía de repente, sin aviso alguno, en la distancia obstaculizada por un panel de vidrio, su bella llanerita, hermosa y natural. Despreocupada, libre, distraída en su juego; afectando con ingenuidad el ánimo del muchacho, ignorando que en el destierro que proveía el salón principal de la casa, él la observaba. La mano de Mateo, se deslizó suavemente contra la ventana, como una caricia que a lo lejos se brindaba. El placer y el amor inundó sus ojos ansiosos, y dentro de su pecho el corazón aceleró los latidos.

Sin embargo, ese apego se colmaba de duda. Si era esa, la vida de su amada ¿Dejaría de lado las mercedes que aquel cobijo otorgaba, por los idealismos de un amor certero?

En el fondo, Mateo, empezaba a dudar de esa premisa; el ánimo se le llenaba de luto, y el aliento se le arrugaba, afectando su efectivísimo. Deslizándolo hacia la realidad penosa que desde su niñez, la vida le había enseñado.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

Margarita, vivía en un mundo de magnificencia, que él apenas si había curioseado. Criadas, peones, una magnifica hacienda; una llanura por la cual correr libre. Asuntos que para el muchacho apenas si eran un enigma que despuntaba a sus ojos. Le molestaba sentirse así, mas no conseguía evitarlo ¿Cuál era su papel en esa historia? Todo iniciaba a tornarse descolorido en su alma, y se hallaba tan inmerso en la profundidad de ese clamor; que no se percató del arribo de un recién llegado. Y continuó como el espectador que espiaba la inaccesible belleza de la linda llanera, lleno de sentimientos encontrados; irresoluto respecto de su conducirse. El aroma de la colonia, la sombra que se alargaba; debieron darle aviso, empero, en el primer instante hizo caso omiso, como si continuara solo. Pero al cabo de un minuto giró la cabeza y se encontró con alguien mirándole fijamente; era Efraín Cajales. Mateo, palideció y el saludo apenas si logro escapar de su garganta.

—Buenos días, don Efraín—dijo incorporándose de la silla y avanzando hacia este, para saludarlo con un apretón de manos.

Inmediatamente, le cruzó por la cabeza la aprehensión de haber sido descubierto por el patrón, espiando a la niña; ahora vendría el juicio, y seria echado a patadas. Si es que contaba con mejor suerte que Duber.

Pero su preocupación era superflua, porque al segundo Cajales, respondió a su saludo, invitándolo a sentarse de nuevo.

El hacendado se dirigió hacia el sofá principal, sentándose frente a Mateo. El olor de su colonia inundó el salón, como un espíritu frio que abarcaba todo. Al segundo llamó a una de las criadas y le ordenó que apagara la radio; entonces el sonido de la voz del narrador se ahogó como una flor doblándose hasta marchitarse.

Cajales, sonrió imprecisamente, hundido en la comodidad de la otomana satinada, como un rey en su cetro; apoyando sus brazos contra el respaldo del mueble. Y tras de sí, ocupando casi la totalidad de la pared, se erigía una colosal biblioteca de roble color caramelo, en la que palidecían unos cuantos libros y ornamentos. Cajales, dirigió su mirada hacia el llanero en una pausa que atravesó el salón, hasta desaparecer con el grave retumbar de su voz.

—Bueno, muchacho, entonces ¿está dispuesto a trabajar conmigo? —Preguntó.

—Claro que si, don Efraín —contestó en voz baja.

Cajales, lo observó por un instante, como si aguardara alguna reflexión adicional. Mateo, por su parte, no entendía a que venía la pregunta, si desde el día anterior ya conocía su decisión.

—No habrás comentado con nadie lo ocurrido ¿verdad?

—El joven llanero sabía exactamente a qué se refería, así que simplemente sacudió la cabeza en señal de negación.

— Así nos vamos entendiendo—replicó el patrón con calma, con una decencia que pocas veces manifestaba. Como si se sintiera satisfecho de la actitud del joven.

Entretanto, Mateo, se sentía como un hámster encerrado en una jaula, frente a un amo que aguardaba por sus piruetas.

Había caído en la trampa, ahora le pertenecía a Cajales. Escondían un secreto que los convertía en cómplices. Y aquel hombre simplemente lo observaba, mientras el escaseaba en preguntas por hacerle.

—Entonces, muchacho, puede iniciar hoy mismo; aquí siempre hay mucho por hacer ¿usted conoce bien el oficio de la vaquería?

—Sí señor, justamente era mi labor en los Ocarros—asentó entre dientes— en las mañanas ayudaba herrando a los animales y por la tarde pastoriaba o amansaba bestias, y también prestaba vigilancia.

Cajales, sonrió estirado en su cómodo diván y luego se incorporó fugaz en dirección a la biblioteca, sin dejar de hablar. Y se quedó parado un rato, hurgando entre el espacio que dejaban los libros, apoyados contra el flanco de madera.

—¡Para un hombre es importante tener una profesión!— afirmó.

Mateo, suspiró mientras asentaba con la cabeza.

Luego, Cajales, se dio la vuelta para regresar al asiento; trayendo en la mano una pequeña bóveda de plata. Se trataba de una bruñida tabaquera con un escudo repujado en el lomo. De la cual sacó un puro, que encendió con una candelilla dorada que extrajo de su bolsillo.

Mateo, contemplaba este ritual en espera de proseguir la conversación y firmar el acuerdo; preparado para una alianza con aquel sujeto que solo le infundía desconfianza. Sin embargo, estaba presto para afrontar las vicisitudes, que le permitieran comprobar si su bella llanerita, realmente era para él.

Volviendo desde los abismos de su reflexión, miró fijamente al patrón con una extraña sensación de ahogo, que le proveía el encierro del humo, bajo esa cúpula de concreto, y su mirada se cruzó con la de Cajales, fría e impenetrable. El gran hacendado era un hombre extraño, distante; mirándolo desde su asiento como si quisiera leerle los pensamientos, para no tener la necesidad de interrogarle. Tenía el rostro de un hombre marcado por la amargura de las tragedias; sus ojos eran de un profundo tono oscuro, y la barba verdosa y descuidada, le cubría por completo el mentón, descolgándose por la nuca hasta la manzana de Adán. No era el rostro bonachón de los llaneros; era álgido, intimidante. Como si un fuego interior lo consumiera.

De pronto abrió la boca de nuevo, interrumpiendo la distracción de Mateo:

—¿Tiene transporte? Voy a necesitar que llegue muy temprano cada mañana.

—No patrón, en este momento no tengo—Movió la cabeza el muchacho, corroborando lo dicho.

—Bueno en ese caso, puede tomar prestado algún caballo de la hacienda; eso sí, para mí el animal vale más que usted, así que mucho cuidado.

—Descuide patrón, de verdad me seria de gran ayuda—dijo el llanero, pasándose la dignidad con un trago de saliva.

Comprendiendo con toda claridad, cuanto valía su integridad en esa hacienda, y esperando con forzada paciencia que concluyera la palabrería para avocarse a sus labores. Quizá por primera vez en su vida, experimentó que llevaba hasta el límite su entereza; jamás se había sentido poca cosa, hasta ese momento. Pero el inexorable sino del destino le mostraba que siempre se trata de dinero; un mejor jornal o el anhelado progreso que mantiene tan ocupado al hombre, que se olvida que alguna vez, fue el rey de todo lo que le rodea. Deberes y compromisos que justifican cualquier maltrato, y en el estricto sentido necesarios para alcanzar cualquier logro.

Cuando Cajales, le preguntó si estaba comprometido y dispuesto a cumplir sus órdenes, sin ningún tipo de cuestionamiento; solo pudo asentir con la cabeza.

—Bien en ese caso el asunto está cerrado, se le pagará dos veces al mes, en las condiciones que ya habíamos hablado en la fiesta—dictaminó Efraín.

Finalizando con un breve sermón sobre lo que podía y no hacer en la hacienda, los sitios que podía cruzar, y aquellos prohibidos para él; y sobre todo la recomendación que seguramente, escuchaba todo el que pisaba esa heredad: no acercarse a la niña Margarita. Al instante, apareció el caporal de la hacienda, quien saludó al patrón sacándose el sombrero:

—Tenga un buen día don Efraín, ¿Cómo amaneció usted?

—Bien, Rubén Darío, amanecí bien—respondió secamente Cajales—

Y señalando a Mateo, indicó:

—Este es Mateo, el muchacho va a trabajar desde hoy, ayudando en todo lo que se necesite; principalmente, lo que tenga

que ver con vaquería. Vaya y le enseña la hacienda y de paso le explica sus funciones.

—Ya mismo patrón, con su permiso—obedeció el hombre, asentando con la cabeza. E invitó de inmediato al muchacho a seguirlo.

Mientras, en el discernimiento de Mateo, las palabras de Cajales, le seguían flotando; y la voz del caporal sobrevenía como un campanear en sus oídos. Diligentemente, dejaron la casa, y avanzaron hacia los edificios dispuestos para la peonada; los establos, bodegas de almacenamiento, bañaderas; bretes, embarcaderos; pastos pradizados, y sabanas cultivables.

Y mientras salvaban tranqueras, reconociendo los animales en sus encierros, rodeados por el sutil verde de los campos, bajo el cielo azul de la llanura; el mayoral le iba enseñando algunas de las particulares de la hacienda.

—Son setenta potreros, divididos con cerca eléctrica y unas cuatro mil quinientas cabezas de ganado de cría; cincuenta búfalos, cuatro caballerizas, cuatro galpones para gallinas, algunos cultivos de palma; cinco caños laterales y ocho represas, además del lago. Claro, que también se cuenta con acueducto.

—¿Cuantas hectáreas son?— Indagó Mateo, dándose cuenta que aquella extensión de tierra, se extendía mas allá de lo que inicialmente, había conjeturado.

—Alrededor de diecisiete mil hectáreas, de las cuales, unas seis mil están sembradas con pasto brachiaria—indicó el guía.

A pesar de su aspecto tosco y gruesa contextura, descubrió en el señor Rubén Darío, a un hombre amable, quien lejos de hacerlo sentir ajeno, le hablaba con familiaridad; integrándolo al grupo de peones. Y apoyándose con gestos, le orientaba sobre las

múltiples labores que se desarrollaban en la hacienda Cajales. ¡Qué hombre tan docto era ese! Y seguramente, conseguiría aprender mucho de él.

De a poco Mateo, se fue relajando y sintiéndose parte de todo. Se dirigieron a los campos, al lago, las caballerizas, perreras y a su paso todos los miraban curioseando al forastero; quien de inmediato era presentado por su adjunto como un nuevo compañero de labores.

Solo recorrer la hacienda era extenuante, de modo que se dirigieron a tomar un refrescante guarapo, en la casona de los peones; donde además de la renovadora bebida, fueron recibidos con topocho; de los cuales el joven tomó dos y agradeció la cortesía, mientras se sentaba en una silla orientada hacia la pradera, que le permitía seguir escudriñando con la mirada a su amada llanera. En lugar de eso su mirada se encontró con el mono, quien también llegó en busca de un refresco.

—¡Hola joven Mateo!—saludó agradado de verlo—que lo trae por aquí.

—Que tal mono, ya ve, desde hoy somos compañeros de faena.

El recién llegado tomó un vaso de guarapo y se sentó relajado junto a ellos y otros peones; huyendo del calor que sofocaba. Y de inmediato empezó a hablar con su habitual modo dicharachero.

—¡Vea pues! Bueno muchacho lo felicito, aquí puede tener un buen trabajo, siempre que no le de patadas al arpa[70]—sonrió el jornalero.

[70] Cometer una imprudencia.

El joven sintió como de algún inusitado modo, pertenecía a ese lugar. La atmosfera de relajamiento era palpable, en medio de las historias que relataba el mono, seguramente, algunas de ellas inventadas o parte de la mitología llanera; que algunos como Mateo, desconocían y escuchaban con semblante sorprendido o les ganaba una risotada.

Eran las dos menos diez, y el breve descanso se dio por concluido. El muchacho se sintió satisfecho ante la buena aceptación de sus compañeros y a partir de ese día realizó trabajo de llano, donde colaboraba con el mono y otros peones, en diversas actividades como vacunar, marcar; desparasitar y ordeñar. Cada mañana llegaba muy temprano, después de ensillar el caballo que le había facilitado Cajales, y a lomo de ese alazán recorrer las selvas y llanuras. A primera hora se reunía en los potreros con los demás vaqueros, y luego de tener el ganado apandillado lo llevaban a sus corrales, donde se herraban las reses que aún no tenían hierro; a veces enlazando él o en otras ocasiones tumbando la bestia.

Al segundo día de estar en la hacienda, mientras se instruía en sus actividades, con semblante sereno y un tanto distraído; lo tomó por sorpresa una visita inesperada.

—Hola Mateo—saludó Margarita con tono efusivo—apenas me entero que estás trabajando en la hacienda ¿por qué no me buscaste?

Mateo, quedó mudo por un instante, con las manos frías y las piernas temblándole y fue completamente sincero respecto de sus razones.

—Mi niña, usted sabe cómo es su papá de desconfiado, y aunque desde ayer lo que más quería era verla, incluso, la vi montando. Pues…no le quiero buscar problema.

—Ayy…Mateo, tu sabes que mi papá cuando no muerde patea[71], pero por eso no voy a dejar de hablarte—afirmó la muchacha.

—¿Es eso verdad mi niña? —Preguntó de pronto el llanero con una duda en la voz—¿usted realmente cree que podamos vernos y hablar?

De nuevo Margarita, respondió rápidamente:

Por supuesto, que es verdad, tú sabes lo que siento por ti. Y eso no es negociable, menos ahora que estamos tan cerca.

El muchacho no podría estar más complacido. Mientras sonreía, sentía que una suave corriente le subía desde el estomago hasta el pecho. No era poco lo que le revelaba su amada, era casi una garantía de que su amor era suyo y sus palabras certificaban que juntos, tendrían que vencer cualquier obstáculo que sobreviniera.

—Espere un momento— pidió alejándose un instante. Sintiéndose excusado de cualquier titubeo.

Al regresar tomó sutilmente su mano, se sacó el sombrero; la miró fijamente y le certificó su amor, obsequiándole una rosa roja que había tomado del jardín.

—Margarita, yo por usted voy a luchar. Y le juro que vamos a estar juntos.

Ella sonrió con el rostro iluminado, con el corazón repiqueteando de sentimientos; abriendo la puerta de su alma, para dejarlo entrar al jardín de sus emociones, repleto de mariposas de colores.

[71] Siempre está de mal humor.

¡Ojala la vida fuera tan simple, y la esperanza durara el tiempo que el corazón dictamina!

—¡Un momento!— se escuchó un bramido que escapaba del corral.

Era la voz del mono, quien como un relámpago se aproximó a los enamorados. Saludando antes a la muchacha.

—Señorita Margarita ¿Cómo amanece?—

—Bien, mono gracias, ¡bastante bien!—sonrió ella con evidente regocijo.

—Niña usted me permite un momento al joven Mateo— pidió a continuación el peón.

—Claro, sigan—

—¡Vamos camarita, acompáñeme!—dijo cruzando el brazo por encima del cuello del muchacho y juntos se dirigieron hacia el corral, donde casi entre dientes el mono exclamó:

—¡Joven, usted está loco!

—¿Qué pasó mono?—inquirió extrañado.

—Camarita, ¡tengo el estomago frio!— el patrón acaba de abrir la puerta y no sé si los vio hablando. Pero estaba mirando hacia acá.

El muchacho asintió, como si el sobresalto de su compañero fuera infundado y con la confianza que le habían inspirado las palabras de la jovencita, señaló el acuerdo con su amada.

—Mire Mateo, cuando yo le diga que el burro es negro no le busque pelos blancos[72]—aseveró el mono—yo lo entiendo, sé lo

[72] Si digo que es así, créalo.

que ustedes sienten; pero están jóvenes y se dejan llevar por los impulsos.

—¡Margarita! Venga para acá—Retumbó en ese instante la voz de Cajales.

Mateo, se sintió intranquilo y desconcertado por las palabras de su asociado; y al ver como la muchacha se alejaba a toda prisa, apenas despidiéndose con un gesto.

Luego observó a su mentor, quien prosiguió apoyándole la mano en el hombro:

—Deje que la burra suelte el nado[73]. Vaya con calma, pero si usted ve que la señorita no es pa´usted, mire pa´otro lado; que pa´ mujeres bonitas, del llano crecen en rama.

El muchacho enmudeció, y casi penosamente asentó con la cabeza, entendiendo la veracidad de esas palabras; en el fondo sabía que no sería tan fácil, y que aquel fragor liberador que sentía al encontrase con su llanerita; estaba repleto de buenas intenciones y pocas realidades.

—Ojalá y el patrón no los haya visto, porque la señorita termina castigada y usted de paticas en la calle.

El joven llanero hundió las manos en los bolsillos, y caminó junto al mono, fingiendo naturalidad; aunque en el fondo se sentía desarraigado. Y durante el resto de jornada ocultó tras mil artificios su desencanto, haciendo lo posible por concentrarse en su trabajo.

Si le pudiera decir al mundo lo que sentía, si tan solo el patrón comprendiera sus buenas intenciones; pero este era terco e inflexible. A Mateo, solo le quedaba obstinarse en el dolor de ocultar sus sentimientos, que crecían con el paso de los días;

[73] No acosar, tener paciencia

mientras las palabras se le atiborraban en la garganta, y con pena observaba como su bella flor, permanecía cada vez mas recluida en la casa.

¡Proscrito y perverso sino del destino que apelaba solucionar en vano! Mientras bebía el café matinal y coleccionaba en el bolsillo, flores que se marchitaban sin llegar a su destino; y como un frágil jarrón, el corazón de Margarita, podría romperse; entonces perdería para siempre el sutil aroma de su perfume. Las emociones le incendiaban el pecho, repasando con indecisión la llanura, recordando las tardes en el soropo; el primer beso, las caricias inocentes, la fantástica luz de su sonrisa. Jamás habían estado tan cerca ni paradójicamente tan lejos.

Y brevísimos instantes lograban reunirlos furtivamente, aunque sus sentimientos codiciaran recorrer aquel mágico paisaje, tomados de la mano; danzando entre caripatúas, iguanas, camaleones, gaviotas; garzas, pavas, loros, pericos, alcaravanes, patos y luciérnagas. Y sentir de nuevo el llano clavándoseles en el alma, y entre la mansa sombra de los gualandayes y cenizos encontrarse en un beso eterno. ¡Pero cuán lejos estaban sus sueños! avocados en la triste mirada de la despedida cada día.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Era un día domingo de obligada asistencia a la iglesia. Margarita, despertó como muchas veces con sinsabor en la boca, como si el despertar resultara un agravio, y el ensueño trasmutara en el único sitio donde vivir el amor libremente. Empero, salir de su encierro resultaba un liviano aliciente; de modo que el día de

misa se mudaba en una sensación casi festiva, en la que tenía la oportunidad de orar a Dios, por el cumplimiento de sus metas. Y además compartir con doña Pura, a quien cada vez estaba más unida, a pesar que aún no le revelaba sus sentimientos hacia el joven jornalero.

Activó los músculos de su cuerpo, estiró las extremidades y sacó la cabeza de la almohada; con la perspectiva de que ese podría ser un buen día. Esta sensación le provenía del mundo de quimeras que eran sus sueños, en los cuales se veía a sí misma estando feliz junto a Mateo, doña Pura y su padre; todos riendo con familiaridad.

El aroma del café se filtraba hasta la habitación y la tenue luz que se filtraba por la ventana, sugería que esa mañana el clima seria agradable, suave e indulgente. Solo le perturbaba que una vez más, la sorprendiera la noche, luego de una larga y tediosa jornada; con la tristeza y el vacio ahogándosele en la garganta, adornándole la vida de matices desaboridos. Por eso ansiaba llegar a la parroquia y en sus conversaciones con Dios, esclarecer sus dudas y desvelos, para acertar el plácido camino de la plenitud familiar.

Las notas musicales que escapaban de la radio, subiendo hasta su habitación; fueron sustituidas por la voz del narrador de noticias. Asomo de que su madre ya estaba en la planta baja de la vivienda. La muchacha se sintió a gusto, ahora podía apreciarla de una manera distinta, con algunas lejanas reticencias; pero cada vez sintiéndola más próxima. De modo que se apuró en enjugar su rostro, vestirse un camisón y dar vuelta al cerrojo para salir del cuarto. Estando afuera el aroma del desayuno se liberaba exquisito. Avanzó por el pasillo hasta el ribete de la escalera en caracol, y venció paulatinamente los veintidós escalones, como si de un juego se tratara; dejando que el puro y obsequioso perfume que escapaba de los alimentos, embriagara su pecho. Concluido su breve solaz,

caminó hasta el salón donde se ubicaba el comedor. Su madre estaba sentada en una de las sillas, en compañía de dos criadas que disponían la mesa, entonces Margarita, se aproximó y con un sucinto "buen día mamá" le besó la frente.

—Hola hija ¿Cómo amaneciste? — respondió la señora, acariciándole la larga cabellera.

—¿Te ves cansada?—dormiste bien—indagó a continuación.

—Sí, dormí bien mamá, incluso el sueño me venció temprano.

—Siéntate mi niña para que desayunes, te des una ducha, y vayamos a la iglesia.

—Claro, mamá—asintió ella tomando asiento.

—¿Y Valentina? ¿No desayuna con nosotros?

—No, tú la conoces mejor que nadie; y sabes que en día Domingo, no se levanta temprano, y mucho menos para ir a la iglesia.

Margarita, sonrió y preguntó a continuación:

—¿Y papá?

—Salió muy temprano hija, seguramente, llegará antes del mediodía.

Aclarado el tema de las ausencias y dispuesta la mesa, se dispusieron las mujeres a tomar los alimentos. Una pericada con pan de arroz, café, queso; jugo de naranja y un poco de fruta.

Durante el desayuno estuvieron animadas, sentadas una frente a la otra, hablando gratamente; mientras se apuraban en terminar, para llegar a tiempo a la iglesia, donde ambas, se sentían tranquilas, y lejos de las miradas vigilantes en que Cajales, había convertido a algunos de sus criados.

Concluido el desayuno, y luego de la ducha y los correspondientes atavíos; finalmente, estuvieron listas, y dejaron la hacienda, acompañadas por el conductor y un escolta. Era un día de independencia cargado de deber religioso, que las condujo hasta la solemnidad de la iglesia; un pequeño templo en el pueblo con vitrales multicolor, una gran imagen de Jesucristo, sobre un altar estucado de blanco bruñido e hilos de oro entrecruzados; situado en la pared de fondo, que coronaba un pasillo alargado, entre las bancas de madera. A cuya derecha se ubicaba la sacristía, donde se apreciaba la pequeña credencia y frente a estos, el presbiterio; en el cual la escolanía integrada por catorce pequeños del pueblo, entonaba sus canticos, <bueno, esto último, antes que los muchachos crecieran e iniciara a desarticularse el orfeón musical>

Al llegar Margarita, se sintió a gusto. Le parecía que había trascurrido mucho tiempo, desde la última vez que se había cruzado con Mateo. Y estar en aquel santo lugar, pidiendo la fortaleza de su corazón y las palabras adecuadas; era el primer paso de una decisión que empezaba a tomar forma en su cabeza. Lejos estaba la hacienda y el temor. Abrió los ojos para contemplar la venerable imagen y se persignó al entrar, tomada del brazo del su madre; custodiadas por el escolta. Luego avanzaron por el pasillo, hasta la segunda fila de alargadas bancas caoba. Se persignó de nuevo ante la imagen y se sintió confiada; con la idea que le rondaba, vibrando en su cabeza, en la esperanza de dejar de lado las tristezas y disgustos.

Luego de saludar. El párroco dio inicio a la homilía, hasta llegar a la recitación de los versos bíblicos; descifrando el sentido de aquellas milenarias palabras, plenas de misterio y religiosidad. La jovencita coreó las oraciones, que desde la época de la niñez había aprendido en la capilla del colegio; y advirtió que cada verso

que fluía del santo libro, era idéntico en sintaxis, empero, disímil en la apreciación del mensaje. Y lentamente, se imbuyó de la voz del párroco hasta afiliarse en una lánguida catarsis. Palabras, ruegos y murmullos se fundían con las paredes de la capilla, en una dilatada secuencia que elevaba el alma hacia planos celestiales; y otorgaba una espontánea sensación de paz, que desligaba el mundo espiritual, del agitar diario de las preocupaciones materiales; asumiendo la forma de una comunión profunda. Los versos escapados de los labios del lector, viajaban por el aire hasta resonar en los oídos; en conexión con el sentido y efecto que administraban; evocando las épocas de una lejana sencillez. Comprensible era que los devotos, se ligaran con fervor al conjunto de formas y tradiciones que se erigían en aquel espacio, pues esto les generaba la paz que buscaban sus corazones. Margarita y doña Pura, no eran ajenas a este efecto, e imperceptibles palabras para el oído de un mortal; tañían nítidas ante el supremo creador, llevando consigo la plenitud de sus sueños. Interiorizando anhelos, fulgurando en la oscuridad; revelando el misterio, que en forma de respuesta resonaba en la cabeza ¡Ahí de pronto, emergía la respuesta a toda inquietud!

Silaba tras silaba, condujo al final saludo fraterno y en paz los feligreses abandonaron el sagrado recinto.

Luego vino doña Pura, le rodeó por el cuello y juntas dejaron la parroquia; salvaguardadas por el fortachón guardián. Afuera las esperaba el pueblo, el sol y el conductor de la camioneta. El trayecto hasta el vehículo resultó largo para la joven, a quien le impulsaba la ansiedad de retornar a la hacienda y dar por sentado de una buena vez, su punto de vista ante su padre. Y el campanilleo de sus reflexiones, era como una voz que hablaba al interior de su cabeza; de la cual se distinguían precisos vocablos, exactos

dictámenes que amparaban sus derechos; la razón que pretendía ilustrar frente a un inexorable Efraín Cajales. Si, salvar los veinte pasos que la distanciaban del carruaje, le sobrevino terriblemente lejano; mientras se esforzaba en atender las reflexiones de su señora madre, y el meneo de la voz de esta, que interrumpía su dictamen; aquellas meditaciones que liberadas al viento terminaban por arrumbarse en su discernimiento. Alcanzando la camioneta madre e hija, se hundieron en los tapizados asientos traseros.

En la distancia, el asomo de la llanura rematando los confines del pequeño pueblo, se erigía como un cromo peripuesto de grandes palmeras, bajo el azul palidecido del cielo. Y atrás con el rugido del motor, quedaba el templo como una delicada pieza engastada entre el adoquinado que formaba la acera.

Al llegar a casa, Margarita, estaba imbuida de su decisión de hablar con Cajales. Una vez cruzó el umbral de la puerta, fue ese su primer impulso, empero, era mediodía y ya la mesa estaba dispuesta para el almuerzo. Para su desdicha, la hora de las comidas en la hacienda, se convertía en un compromiso forzoso e ineludible, excepto para Efraín, a quien nadie podía cuestionar.

Para el resto de la familia, era un asunto obsesivamente inexcusable y mecánicamente, la muchacha avanzó hasta el comedor, asintiendo posponer la charla con su padre.

Un par de minutos después arribó Valentina, para sentarse a su lado, durante la merienda de sancocho de gallina; y también le acompañó en la silla contigua, el primo Agustín. Seguido se sentó doña Pura, frente a ella, como si se dispusieran a iniciar algún juego de mesa. Entretanto, la negra Mercedes, le observaba de soslayo; ninguno de los que estaba en la mesa le observaba tanto como ella, inscrita en una silla de madera, junto al mesón de la cocina. La relación con aquella mujer siempre había sido

limitadamente distante, como si un mutuo recelo las distanciara e incluso la muchacha se sentía a veces intimidada ante su presencia.

El almuerzo llegó acompañado por el grupo de familiares, y la notoria ausencia de Cajales; quien tal vez, estaba en su despacho. Era usual que no almorzara con ellos, aun cuando estaba en la hacienda. Mientras, la muchacha imaginaba lo que le diría, pero conociéndolo bien sabia que requeriría verdadero coraje para hacerlo.

En la mesa ya se encontraban todos reunidos. Agustín, murmuró un sucinto "buenos días" Nadie habló más y doña Pura, inició la oración de agradecimiento:

"Señor, bendice estos alimentos,
que por tu infinita bondad vamos a recibir.
Bendice también las manos que los prepararon,
dale pan a quien tiene hambre
y hambre de tu palabra al que tiene pan. Amén"

Lo irremediable había sucedido. La joven se distraía de su objetivo inicial y el final de la oración lo certificaba; acaecerían dilatados minutos en los cuales su padre podría marcharse o el envión de su voluntad se desleiría. Habría dado lo que fuera por llegar un poco antes, ahora solo le quedaba confiar que Efraín, estuviera en su despacho.

No tenía hambre, pero sin más remedio se dispuso a tomar la sopa, y cada cucharada le venía con mayor esfuerzo. A su lado Valentina, y Agustín, y frente a ella, doña Pura, disfrutaban satisfechos el fragante piscolabis. Y cada tanto le prodigaban una

mirada afable, mientras el fresco aroma que escapaba hacia su nariz, no bastaba para convencer su estomago.

Bajó la vista y sintió como un sorbo caliente le ardía en la garganta. Meditó que no había motivo alguno para sentirse coartada; si realmente estaba segura de su decisión, y si sobre esta no gravaba nada malo.

— ¿Qué le pasa prima? está muy callada— preguntó Valentina.

—Nada, estoy bien —contestó—Sólo un poco de ardor en la garganta.

— ¿No tiene hambre, hija? —inquirió entonces, doña Pura.

—La verdad es que me siento un poco indispuesta, pero no es nada serio —disimuló, con la vista aún clavada en el plato. Aguardando que los demás tomaran su comida y apartaran la atención de ella.

Enseguida, bebió un pequeño sorbo del vaso. Y aun cuando el malestar era supuesto, empezó a sentir que se le anudaba la garganta.

Seguramente, no tenia buen semblante; pues su prima en una preocupación casi innecesaria, le preguntó de nuevo como se sentía.

—No es nada, Val. No te preocupes, debe ser tan solo una leve alergia—respondió.

Pero dicho esto último, acertó una posibilidad de escapar con esta excusa y adentrarse en los terrenos de su padre; para llevar a cabo su cometido. Sin embargo, atinó que sería ridículo. Estaba

atornillada a esa silla por ser la hora del almuerzo y solo cuando todos terminaran podría incorporarse.

Así que decidió permitirse un respiro en sus afanes, dando una mirada a los integrantes de la familia, e imaginó a Mateo, sentado junto a ellos. No…no podía permitirse la libertad de ser una cobarde, si quería vivir su amor—conjeturó y seguido inclinó el rostro de nuevo, para luego alzar levemente la cabeza, mirando de reojo a la negra Mercedes.

—Tienes mal semblante— dijo a continuación Agustín, observándole.

Margarita, deslizó la mirada hacia su plato, mientras sentía la mirada de su familiar como un dejo interrogativo.

Ahora se daba cuenta. Siempre le indagaban por todo. ¿Pero por qué la atormentaban con sus tontas preguntas? ¿Qué era lo que querían escuchar?

—¿Hija, te ocurre algo? —inquirió de nuevo la mamá.

—Cuando termines, deberías ir a recostarte un rato—dijo— pero deberías intentar comer un poco más.

Margarita, continuó andando y desandando la cuchara sobre el plato, sin hablar. La miró de reojo y asintió con la cabeza.

Su madre no dijo nada más, pero la muchacha notaba que todos la miraban, de modo que apuró el sancocho, y batalló contra el contramuslo del pollo; asistiéndose con prolongados sorbos de jugo. Solo así le dejarían tranquila y podría incorporarse del comedor.

Estrategia que pareció útil ante la distracción de la matrona y el primo, que reían de las ocurrencias de Valentina, disfrutando

plácidamente el momento. Y ya ni siquiera se esforzaban en conversar con ella; lo que sirvió para sosegar su monomanía.

La hora del almuerzo, constituía siempre, un momento de descanso y la escusa ideal para actualizarse sobre los temas del día o la semana. La hacienda, los estudios, los proyectos; las historias llaneras y demás. Pero ese día el tiempo transcurrido carecía de la alegría habitual, era algo diferente. Se sentía abrasada por un calor corporal que le subía a la cabeza. Realmente, empezaba a sentirse indispuesta, cuando doña Pura, la interrumpió de sus reflexiones, haciéndole notar de nuevo la palidez en su semblante; y con una seña pidió a una de las criadas que fuera retirada la vajilla, incluidos los platos medio llenos de su hija. Entonces se incorporó y se puso de pie frente a ella extendiendo la mano y tocándole la frente.

—Parece que tienes un poco de fiebre—observó—ve a tu habitación y descansa un rato.

—Si mamá, gracias, lo haré—dijo levantándose de la silla.

—Si te sientes enferma, me avisas para llamar al médico—solicitó la señora.

—Claro, mamá.

—Bien, ya terminó…es el momento—pensó alejándose hacia la escalera, naturalmente, con la clara intención de finiquitar aquel asunto pendiente.

Subió los escalones decidida a buscar a Efraín, quien supuso estaría en su estudio, que se hallaba en la planta superior, al final del pasillo. Sin embargo, no descifraba la forma adecuada de dirigirse a él, sin causar su cólera; sabiendo bien que la sola idea de un posible noviazgo, podría convertirla en presa de su violento enojo. Con su madre, sin duda, resultaría fácil; seguro que ella

entendería sus sentimientos. Pero a quien necesitaba convencer de la bondad de estos, era a Cajales, el único poder reinante en esa hacienda. Mientras daba un tímido toque sobre la blanca portilla, empezó a tararear una canción fingiendo tranquilidad.

El golpeteo resonó en sus oídos, pero desde el interior no hubo respuesta.

En su cabeza tan solo resonaba la canción, que hace poco sus labios canturreaban. Un nuevo intento y nada. El asunto parecía mutar en una empresa difícil de llevar a buen término, primero el almuerzo, y ahora, su padre quien al parecer no estaba ¡Acaso cualquier intento por legitimar su punto de vista, sería una misión fracasada!

No podía permitirlo y llena de vacilación empezó a pasearse frente la puerta, hasta que tomó el picaporte de la misma, y al girarlo supo que estaba abierto. Tal vez, su padre no la había oído, y paulatinamente, se adentró en el amplio despacho. Al entrar advirtió sus manos temblorosas. Con cada paso que daba aumentaba el temor y la incertidumbre, ¿Qué estaba haciendo ahí? ¿Debía esperarlo sentada en una de las sillas? O ¿lo mejor era salir cuanto antes?, y evitar una reprimenda por invadir sus espacios.

Sin embargo, esperó con forzosa paciencia el arribo de Cajales, y con talante nervioso se inscribió en la silla frente a su escritorio; por un instante comprendió cuanto miedo sentía de revelar a su padre sus sentimientos hacia Mateo. Si lo tuviera en frente, sin duda, no sabría que haberle dicho. Simplemente, estaba en ese salón con la necesidad de sus emociones arrebatadas. Si tan solo le pudiera revelar todo eso y que él fácilmente lo comprendiera; pero en el fondo entendía, que por más que avocara la tolerancia de su padre, se hallaba solitaria y pérdida frente a la obcecación, intransigencia y rigidez de Efraín.

Estas ideas le hicieron comprender el difuso y tortuoso camino que se extendía ante ella; mientras observaba por largo rato las pinturas colgadas en la pared. Luego reflexionó ¿Qué la había empujado hasta ahí? En la mañana había solicitado una mano de Dios, la certeza de su actuar; y ahora estaba en una situación inusitada con la oficina de su padre a su merced. No tardó en acertar un dejo de curiosidad que le embriagó los sentidos, como una extraña y maliciosa invitación a curiosear lo que con recelo archivaba Cajales. Ese propicio momento develaba la oportunidad de conocerlo un poco mejor, entender las razones de su inflexibilidad; acercarse un poco mas y concebirlo como un ser humano, medroso y reservado como todos los demás. Entonces sonrió ante sus desatinadas reflexiones, empero, el deseo de hurgar en terrenos prohibidos no amainaba, empujándola hasta el lado opuesto; frente al escritorio, y sus cajones cerrados. Le cruzaron múltiples ideas por la cabeza hasta que maquinalmente haló la cajonera. Solo pretendía observar, hurgar entre esos documentos secretos, y acertar algo acerca de su padre; pero se arrepintió de inmediato, sintiendo una profunda culpa. Se había apurado hasta ahí para tener una conversación y ahora manoseaba, una privacidad celosamente guardada. Imaginaba ser descubierta, y lo que sucedería a continuación, entonces se detuvo y empujó de nuevo la gaveta.

Y sus presagios parecieron materializarse, cuando el ruido de la puerta anunció la llegada de alguien; de un solo salto llegó hasta el otro extremo y se sentó de nuevo en la silla. Estremecida temió lo peor y se sobresaltó todavía más, cuando el sutil rechinar de la puerta anunció el inevitable ingreso del visitante. Se enderezó y giró la cabeza para mirar, entonces el velo de la incógnita se esfumó. Era la negra Mercedes, quien desde el quicio de la puerta

la observó con mirada inquisitiva y luego repasó con sus ojos todo el espacio de la oficina.

—¿Qué hace aquí niña Margarita? — preguntó.

—La joven intentó dar una respuesta concisa, pero apenas si sacudió los hombros sin contestar.

—¡Usted sabe que no debe entrar aquí, cuando no está don Efraín! —Replicó con aparente calma—Por favor salgamos.

Contrario a lo que esperaba, la mujer se portó hasta ese instante noblemente; al parecer evitando cualquier reproche, o magnificar aquella intromisión. Seguido aseguró la puerta con doble llave y juntas abandonaron el salón.

—Solo estaba buscando a mi padre—observó finalmente, la joven.

—Sí, lo sé señorita, pero él salió desde temprano—acotó la mujer.

Y luego, observándola, como si se tratara de un cachicamo atrapado en una trampa, entre tablas de madera o cercada entre bloques de piedra, sin ninguna escapatoria; la tomó con fuerza por el brazo y espetó con tono severo:

—¡Cuando el patrón no esté, no vuelva a entrar en su oficina!

¡Pero quien se creía esa mujer! ¿Por qué juzgaba su actuar sin conocer los antecedentes? ¿Acaso era preferible, que se escapara con Mateo, y viviera su amor a hurtadillas? Estas preguntas se le ahogaban en la garganta; mientras la criada la miraba con expresión inquisitiva, aguardando que revalidara su sentencia.

—Descuide Mercedes, no pasará de nuevo—asintió con voz trémula, sintiéndose pequeña y miserable ante la corpulenta mujer. Era demasiado, ahora se sentía menos que todos en la hacienda; dando todo el tiempo explicaciones sobre su actuar. Como un detenido vigilado por sus carceleros; ejecutando acrobacias para lograr un poco de aire, una pizca de libertad. De que le servían sus buenas intenciones, si la realidad le lanzaba un estacazo al rostro.

—Quisiera ir a montar un rato—murmuró entre dientes.

—¿Qué dice? Usted no puede salir, cuando no se encuentra su padre—afirmó con un tono de amenaza en la voz.

—¿Dónde está papá?—indagó avivadamente la muchacha.

—Ya se lo dije, salió temprano—contestó evasivamente la criada.

—Pero…

—¡Pero nada, Señorita!—

Margarita, comprendió que aquella molesta disputa no conduciría a ninguna parte; si esa mujer le hablaba en semejante tono, era porque tenía el consentimiento de su padre para hacerlo. Entonces con enojo, entre dientes y con la frustración a punto de brotarle en llanto exclamó:

—¡Voy a mi cuarto!—

Y dando la espalda, recorrió el pasillo hasta su habitación.

—¡De modo que ya nos vamos entendiendo!—espetó irónicamente la mujer, mientras descendía por las escaleras.

La muchacha intentó abrir la boca para responder la provocación, pero solo atinó una leve amonestación que se ahogó en el pasadizo. Abrió la puerta y avanzó unos cuantos pasos tumbándose sobre la cama; y un amargo trago de saliva le hizo

comprender enseguida, que el hermoso sueño de antaño era una mentira de su imaginación pueril; una farsa que se desdibujaba entre lujos innecesarios, que de nada servían si bajo aquel techo los sentimientos escaseaban. Era una tonta al creer que su padre entendería su apuesta, la comedia de su vida iniciaba a mutar en tragedia; era una historia que ella misma había inventado para ser feliz, en el cobijo de un viejo soropo. Confesar el delito de su amor, era condenarse a cadena perpetua. Efraín, jamás entendería las razones ni motivos de su apego por alguien sencillo y humilde ¿Acaso ella sufría más que el pobre muchacho? Dejando el sudor y la piel en la hacienda Cajales. ¡Cuanto mejor habría sido no someterlo a esa tortura! dejarlo correr libre como un alazán por la llanura; sin ser golpeado por el espolón de la desdicha, que traía consigo su insulsa existencia; mientras ella se resignaba a los designios de un incivil padre, y creaba un mundo de fabulas en el cual sobrevivir. ¡Qué injusticia planteaba aquello!

Experimentaba hasta el límite de las emociones, la incomprensión que separaba los nobles sentimientos; y su razonamiento era hiel que amargaba todavía más, el devenir de sus lamentos; el severo vacio de la perdida. Y el resto de la tarde la pasó tirada en la cama a veces llorando, otras intentando concebir el sueño.

CAPÍTULO DECIMOSEPTIMO

Entretanto, Mateo, llegaba cada noche a su solitaria heredad, con la fatiga a cuestas, luego de las extenuantes jornadas en las que debía enlazar, colear; jinetear caballos, reses. Y todo tipo de

labores en las cuales se hacía cada vez más diestro, y en los breves coloquios que antecedían el sueño, se reconciliaba con sus anhelos y suponía que un día no muy lejano, conseguiría ganar la confianza y la autorización del patrón, para estar con la bella llanerita. Y entre estas vívidas ilusiones se le cerraban los ojos, con su cuerpo tendido sobre el chinchorro. Entonces en la mañana, sin que el agotamiento consiguiera liberarlo por completo; antes del albor matinal se preparaba un café, se afeitaba y mudaba de ropa; enlazaba su caballo y partía hacia la hacienda Cajales.

Los suspiros, lo amargo, lo deslucido de la ausencia de mimos y caricias venidos de las manos de su amada; se disculpaba con la buena relación que había logrado con sus compañeros de faena; especialmente con el mono. Y aunque las leyendas, mitos e historias, no bastaban para cerrar con llave, la desazón que embargaba sus emociones; en mucho serenaban su jornada, haciendo más llevadera la doma y el coleo.

Cada tanto el mono empezaba a hablar de nuevo, con su habitual retahíla, provocando la risa de todos en los instantes de esparcimiento y sacando a Mateo, de sus reflexiones.

—¡Ea, espabile joven! que está como pescado entre dos aguas[74]—

O relatando sus cuentos venidos de la tradición oral del llano, o tal vez de su propia fantasía, como el presentado a continuación:

La historia del mono:

“Frente al hato de mi abuelo vivía su compadre Segundo; buen vecino y compadre por sacramento. Cada uno tenía en su

[74] Ni aquí ni allá.

tierra unas quinientas cabezas, que pastaban libremente sin cerca, empalizada ni burladeros. Y como el viejo segundo era mañoso y travieso, se llevaba reses de otros hatos para su fiambre y almuerzo; con todo y eso un escrúpulo le embargaba, por lo que siempre contaba en una correa de cuero, cada res que desollaba; y con su machete hacia una muesca que la adornaba. Ya entrado en los ochenta años, el viejo desmejoró, la salud se le vino a pique y a mi abuelo lo llamó en medio de su agonía; para pedir perdón, y marcharse en comunión con Dios. Así con voz apagada anunció el viejo:

—Hay algo que te quiero mostrar— y debajo del chinchorro la correa empezó a estirar, mi abuelo miró extrañado y le preguntó que era. A lo que el viejo le contestó:

—Compadre, cada muesca de esta tira, es una res suya que me robé y luego me la comí—

El abuelo se quedó mirando como haciendo cálculos con la mente, y después con una risa le contestó:

Vaya en paz mi compadrito, que en la correa que llevo yo; la cuenta de las reses suyas que me he comido, alcanza a contar más de noventa picos."

—Jajajaja….—dejaron escapar todos una sonora risotada.

Y de nuevo el compañero iniciaba a conferenciar rápidamente.

—Mejor tome su sombrero compai —dijo entonces Mateo, sonriendo— y vamos que el trabajo nos espera.

El mono asintió, se arregló el sombrero; enjalmó el machete y hundiéndose las manos en los bolsillos, se desatornilló de su silla. Enderezándose con su particular andar, y avanzando tras el joven llanero. En un minuto cruzaron el portal para adentrarse en la

explanada, donde los asociados iniciaron a cantar sus coplas de arreo:

“Eso si es cuñar el llano, bajo el sol o hasta el sereno;
caballo espuela, soga y silla; son orgullo del llanero.
Nacido y criado en el campo, con botalón, rejo y sombrero”

Resultaba muy importante para los jornaleros conocer, comprender y compenetrarse con el comportamiento de aquellas nobles bestias, de mirada mustia; criadas para servir y alimentar al hombre. En reiteradas ocasiones le explicaba el mono a Mateo, lo sensible que podía ser el ganado a los cambios bruscos, y como su visión era tan disímil de la nuestra, que podían mirar casi a todo a su alrededor, sin siquiera mover la cabeza. También le mencionaba que de la destreza con la cual bregaran aquellos bovinos; dependía el evitar que por una simple distracción, un solo animal agitara la manada, convirtiendo el asunto en el peor caos.

— Y es que con estos animales hay que andar como zamuro jalando tripa[75] — le decía—y dejarles el espacio abierto por si quieren correr, pues que corran. Que pa´eso se enjalma el caballo.

—Ya veo—asentó el joven—

— A usted, Mateo, el mismo animal le avisa hasta donde lo deja acercarse—aseveró el mono. Y seguramente, así era y el muchacho no cuestionaba su discernimiento.

El sol golpeaba con fuerza el atardecer llanero, y bajo su inclemente albor; los compañeros cumplían sus labores de vaquería a sones de galerón[76]. Mientras Mateo, aprendía el rigor de la rima y

[75] Concentrado, sin perder el rumbo.

[76] Canto que acostumbra el llanero en las faenas de vaquería.

la habilidad de la improvisación. Entretanto, las reses se habituaban a su presencia y su voz. Y de pronto, el muchacho se enfilaba hacia las cuestiones que aguijoneaban su corazón y le provocaban un vacio en el estomago:

¿El por qué del recio carácter de don Efraín Cajales?

En estas abstracciones se imbuía, entremezcladas con el oficio de arrear el ganado; y abrillantadas por los canticos de su colega, que propendían domesticar el ganado. Y en efecto, así resultaba cuando este dejaba escapar un silbido o alguna copla, que brotaba natural desde su pecho, con cierto dejo de tristeza; como si de la despedida de la sabana se tratara.

Lejos del comedero, la manga y el corral; en reiteradas ocasiones, había tenido que conducir el jornalero a esos cándidos cuadrúpedos. Quizá de ahí le provenía la nostalgia y el apego. Y en definitiva, hacer el pique de las bestias se infundía de una extraña mezcla de sentimientos, emotividad y un destino rubricado. No obstante, el arreo del ganado por la dilatada extensión de la hacienda Cajales, implicaba siempre una serie de riesgos; de los cuales Mateo, apenas se ponía al corriente; de a poco se familiarizaba con ellos, y los cuales, manifiestamente, podían alterar el resultado de su faena.

De esta forma, a pesar de las herramientas y la destreza; el canto parecía mutar en el instrumento más útil, y la compañía más amena.

¡Venite pasito toro berrendo…
aguardando tu cornalon!
¡hoy saliste del corral

antes que se ponga el sol!
¡las corocoras del lago saludan
al verte pasar!
¡joooopppaaaa!

¡Toro berrendo naciste en mi finca!
¡y de la vaca preñada,
hoy vives su ausencia,
el sacrificio que canta
su honor y su decencia!
¡Joooooopppaaa!

Así proseguía la tonada atravesando el viento, fundiéndose con la naturaleza del vaquero; avivando de arrojo su recia faena. Poco después, los dos jinetes fueron asistidos por un par de peones que avanzaron raudos hacia ellos.

—¡Buenos días camaritas!—saludaron al llegar, completando el cuarteto, cada quien con su plaza especifica.

—¡Buen día señores!—respondió Mateo.

—¡Bienvenidos camaritas!—celebró el mono la asistencia—¡ahora si, a rascarse que llegó la picazón! [77]

De inmediato se activaron en la labor. Adelante iba el mono como montador cabestrero, y vigía de la integridad de la vacada; tras de este el joven llanero, cumplía las veces de puntero[78] y unos metros atrás, los recién llegados se consignaban como contrapuntero y culatero.

[77] A ponerse alerta

[78] Jinete que encabeza la marcha.

Era la primera vez que Mateo, se enfrentaba a una manada tan grande y aunque intentaba sonreír y seguir la trova de su ilustrador; el frio le llegaba hasta el corazón y le enfriaba el estomago. No obstante, reconocía que la buena fortuna dependía de su atención y destreza. Y en medio de los riesgos que aquella faena implicaba; era consciente de la responsabilidad que recaía en sus hombros, por la confianza que el patrón había depositado en él, para custodiar los intereses de la hacienda. De tal suerte que en ello vislumbraba, también, la oportunidad de certificar todavía más esa certidumbre.

De a poco el grupo de hombres fue recortando la distancia hasta los animales. Ahí estaban quinientas cabezas de ganado arisco, que debía ser transportado por más de ochenta leguas de distancia; la ansiedad brotaba en el pecho y solo el buen humor de su líder, curtido en esas lides lograba apaciguar los ánimos.

—¡Ea, espabile joven! que está como pescado entre dos aguas—gritó el mono sonriendo—

—¡No se preocupe mono, que con la mujer del pendejo se mantiene el avispón[79]!—refutó el joven llanero.

Y ambos dejaron escapar una carcajada.

Dejando de lado las bromas, los jinetes iniciaron a establecer orden en el grupo de animales; que contaba con vacas, reses y toros de todas las edades. Delante el mono y Mateo, establecían el ritmo del trote y tras ellos, los otros dos compañeros custodiaban la retaguardia, al son del campanilleo de la barbada.

El acompasado trotecito y el ordenado avanzar de las bestias, era buen augurio; todo iba según lo planeado, y el esfuerzo de todos alejaba cualquier sombra de contratiempo. No había necesidad de presionar a los animales, los cuales parecían firmar

[79] El vivo vive de los demás.

una magnifica sincronía con sus guardianes. Después de todo no era tan espinosa dicha tarea, reflexionaba Mateo, mientras los vacunos avanzaban por la ruta establecida; mirándose de reojo, estirando la cabeza y dejando escapar su balido resonante. Pero cuando todo parecía ir de maravilla, apareció de la nada un visitante inesperado, quien con un baladro lastimero inquietó de inmediato a la manada. Se trataba del gigantesco toro negro, que recorría a sus anchas los pastizales de la hacienda. Y aunque los jinetes hicieron lo posible por ahuyentarlo; bastó con su llegada para que una de las reses salieran despavorida; como si el mismo demonio hiciera su entrada. Las demás giraron para observar al cetrino recién llegado, y el amago de fuga se hizo evidente.

—¡Cuidado con las bestias!—gritó espantado el mono a sus compañeros—¡Estén atentos para no dejar barajustar[80] el ganado, pues de esta no salimos!.

Sin embargo, el toro negro, siguió su camino observando al grupo casi con indiferencia y bastó con que cruzara una legua de distancia; para que la vacada retornara a la calma. Incluso la res fugada apareció poco después, obviando el tener que buscarla. Empero, el disgusto del mono por aquel impase persistía y disgustado continuó entre protestas:

—¡Bendito toro parece alma en pena, el patrón debería sacrificarlo!

Superado el susto. Entre tropezones avanzaron los animales, queriendo pacer un rato, pero picados por sus custodios proseguían el andar; y de cuando en cuando alguno parecía perder el paso y causaba una pequeña trabazón de astas y pezuñas, que de inmediato era superada. Más allá de eso la jornada transcurrió sin mayor inconveniente.

[80] Estampida de reses.

El circulo se anchaba y estrechaba cada tanto, en una armónica comunión entre jinete y vacuno; los gritos y cantos del guía se fundían con lo balidos como si hombre y bestia dialogaran.

A veces brotaba una tenue y súbita calma, y el silencio se apoderaba del llano; quizá porque los animales iniciaban a tornarse somnolientos y solo el grito de:

—¡Opaaa vacaaaa! —

Recordaba que aquella cabalgata tenía un asiento al cual llegar.

Una vez vadeado el lago, el grupo se adentró en el alma de la hacienda; donde asomaron la manga y los corrales. Emplazados en el centro del terreno, sobre un altozano, que los resguardaba del anegamiento generado por las lluvias de Junio. Así pues la agotadora jornada concluyó a la entrada de la manga; donde los cuatro hombres fueron recibidos por los peones, que facilitarían la entrada de los animales en los corrales.

Y finalizada la faena mientras se dirigían al caney, donde les aguardaba un perfumado sancocho de gallina criolla, y un buen vaso de guarapo; Mateo, aprovechó la ocasión para sonsacar al mono los secretos que este guardaba con recelo, respecto del patrón.

La hora del descanso era también aprovechada, por otros peones que finalizaban su faena: ordeñadores, amansadores, becerreros; campobolantes, caballiceros, trabajadores de campo; jardineros y demás. Algunos de los cuales disfrutaban de un tabaco y aprovechaban el momento para contar anécdotas.

En el amplio espacio que formaba la cocina, fueron recibidos con amables saludos y un par de vasos del frio guarapo, que doña Carmen, la cocinera, recién extraía del tinajero. Los cuales les extendió invitándolos a sentarse.

—¡Mi Dios, le pague comai[81]!—dijo el mono sacándose el sombrero y tomando asiento, y enseguida el joven llanero lo duplicó sentándose a su lado.

—Oiga compai, en serio tiene que haber una razón, pa´que el patrón viva tan mosquiado.

El mono asintió en señal de constancia de lo dicho y por un instante pareció que revelaría aquel secreto; pero justo entonces apareció doña Carmen, con los platos de comida que descargó en la mesa frente a ellos.

—¡Espere joven, que me quemo la lengua con este sancocho, que está más caliente que suegra con yerno pobre! —dijo el mono evidentemente, queriendo evadir la consulta. Dejando a Mateo, con los ojos brillando como caimán en chorrera[82]. Y una cucharada tras otra dilataron el asunto.

Sin embargo, al salir, concluido el almuerzo; y luego de agradecer y despedirse. Fue el propio mono quien retomó la disertación:

—Mire, Mateo, le voy a contar algo. Pero es importante que usted guarde este secreto y no se lo comente a nadie ¿me entiende? ¡Como morrocoy comiendo joba[83]!— y continuó casi susurrando— yo no sé lo que usted piensa Mateo, pero yo al patrón le tengo respeto y lo que voy a decirle…—

Siguió dando rodeos, hasta ser interrumpido por el joven llanero.

---

[81] Comadre.

[82] Interesado en el tema.

[83] Comiendo callado.

—No me diga mas compai, que el muchacho ya se murió[84]; le aseguro que lo que va a decirme queda únicamente entre usted y yo.

—¡Bien!— asintió este y por un instante titubeó sobre cómo iniciar la elucidación, finalmente, abrió la boca; mientras avanzaban por la hacienda y cruzaban frente a los corrales. Y sonrió con una sonrisa distante, que confería un acervo de gravedad al asunto; mientras clavaba los ojos en el muchacho.

—Mire Mateo, yo creo que el carácter del patrón, se debe a una desilusión amorosa.

—¿Qué? ¿Por qué dice eso camarita?

—Verá. Yo me la pase una noche acompañándolo, eso hace algunos años; cuando él patrón tomaba mucho, y el mismo en medio de la pea, me contó sobre una joven que tiempo atrás fue su querida. Mientras me hablaba la mirada le cambiaba, pero al parecer la muchacha se fue con la soga de arrastra[85] y el nunca más volvió a saber de ella.

—¿Y qué pasó con ella, con la muchacha?

—Ella era campesina y muy humilde, y el taita del patrón era fregado; así que lo mando a estudiar a la capital. Pero antes de irse, don Efraín, le hizo prometer a ella que lo esperaría. Aunque como usted sabe camarita: a mordedura de perro, pelos del mismo perro.[86] Y ya estando en la capital el patrón conoció a la señora Pura. De modo que cuando regresó a buscar a su enamorada, esta

---

[84] Con lo que se ha dicho, se entendió el mensaje.

[85] No cumplió lo aocrdado y se escabulló.

[86] En lo mismo que ocasionó el daño, se encuentra la cura.

ya se había ido, y pocos meses después el patrón y la patrona se casaron; desde entonces es como si él llevara una cruz consigo.

Esa noche que le cuento, me tocó escuchar las penas que le dejó la fuga de esa doncella; y aprender que aun las estrofas de los hombres más fuertes, también se acompañan de llanto.

En esta revelación se encontraban inmersos, cuando al levantar la mirada acertaron de nuevo la figura vigilante del toro negro; como una sombra cuyos cuernos resplandecían. El mono quedó inmóvil, en silencio; apreciando al animal con un dejo de consternación y miedo dibujado en la mirada, mientras la bestia emprendía de nuevo su marcha.

Entonces giró observando al muchacho y concluyó diciendo con tono grave:

—Mire joven, en el pueblo hay muchachas bonitas en edad de merecer; búsquese otra pa´ cantarle corríos. Porque la señorita Margarita, no es pa´ nadie en esta región.

Luego agitó la rienda de su caballo y se alejó sin despedirse.

Mateo, quedó sorprendido no solo por la reacción de su compañero, sino por el develamiento hecho por este; y la esperanza de una aclaración terminó conduciéndole por el camino más inesperado. De tal suerte, que durante toda la noche estas palabras dieron vuelta en su cabeza; y al día siguiente resultó inevitable, que cotejara con su camarita, los apartes no revelados de la historia. Bastante reacio, por cierto, estuvo el peón a declarar una frase más sobre el asunto. Pero tanta fue la insistencia del muchacho, ante la evidente desazón de verse separado de su amada; y las indiscutibles buenas intenciones de las que se investía su amor por ella, que finalmente, el mono accedió pactar con él un testimonio, de lo que

sus ojos y oídos habían visto y escuchado a lo largo de esos años en la hacienda Cajales.

Por su parte Margarita, parecía haberse desvanecido y la única razón por la cual el joven llanero no asaltaba la propiedad del patrón en su búsqueda; era porque de algún modo hablar con su compañero, esclarecía la ruta que debía conducirlo hacia ella.

—Mire compai, yo sé que usted tiene sus reservas, pero créame, yo soy hombre de fiar y jamás lo dejaría en evidencia—aseguró Mateo—Vamos, cuénteme que mas pasó con el patrón y su querida.

—Joven, usted con ese asunto si es que se rebusca más que una gata recién paria[87]. Mire le voy a contar lo que sé, que tampoco es mucho, pero esto queda entre usted y yo— demandó el mono.

—Tranquilo camarita, yo lo único que quiero es entender. Además quien vive pensando en zorro, nunca tiene gallinas[88]**.** Y si Dios, dice que conviene, pues que convenga y si no él sabrá.

—Mire Mateo, yo solo sé lo que le dije ayer. Después que el patrón perdió el rastro de la muchacha se tornó distante, amargado. El taita ya enfermo le encargó la hacienda, que para ese momento era una de las más grandes de la región; pero lo que usted ve ahora, lo ha conseguido don Efraín. Desde que él tomó las riendas de los negocios, la cosa ha sido distinta.

—¿Pero y que pasó con la muchacha? ¿y por qué se casó con doña Pura?

—Ella se esfumó como si el llano se la hubiera tragao, y cuando el patrón regresó, en medio del tormento de no encontrarla,

---

[87] Busca por todos los medios conseguir lo que desea.

[88] Quien no actua por miedo al fracaso, jamás alcanza el éxito.

solo atinó distracción en los negocios; seguramente, fue ahí cuando se propuso ser el hombre más poderoso de los llanos. Y a fe que lo ha ido consiguiendo. Doña Pura, por su parte, es hija de un comerciante de la capital; pero toda su familia vive ahora en el extranjero. Ella, sin embargo, decidió quedarse al lado de don Efraín; y él la acogió a ella y a la niña Margarita. Pero usted sabe que ese tema esta mas `Guardao´ que rabo 'e morrocoy. Y a usted se lo digo, porque sé que la propia señorita ya se lo habrá contao.

Mateo, sabía exactamente a qué se refería el mono. La bella llanerita no era hija biológica de Cajales, ella misma se lo había revelado una tarde en el viejo soropo; verdad esta que le había sido detallada, cuando contaba trece años, sin perjuicio alguno de la relación y figura paterna que representaba Efraín, para la muchacha. A tal punto de obviar cualquier asunto en relación con el padre y la sentencia concisa fue, que este no era otro que el gran hacendado; así seria para ella y para todos. Un acuerdo extensible a cualquiera que conociera la historia.

—Camarita, y si el patrón advirtiera en alguien las buenas intenciones, y le hiciera reflexionar que su sufrimiento no tienen porque repetirlo otros y menos su hija—

—Escúcheme joven y no sea terco —¡Ni aunque fuera el santo papa! El patrón va a permitir que alguien se acerque a ella. Don Efraín, hace muchos años dejó de ser quien era, y el amor que usted siente por la señorita no es suficiente para cambiar eso.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

Solo un milagro que revirtiera ese algo, que había inundado de oscuridad el alma de Cajales; podría valer de esperanza a los jóvenes enamorados. Si llegara a suceder tal proeza, si fuera posible que la vida mute, en los fantásticos ideales que abrigan los sueños, tan extraordinarios que solo emergen en las fabulas. Solo entonces Mateo, y Margarita, iniciarían una existencia nueva y podrían dar gracias por tal quimera de un amor triunfante. Empero, mientras eso ocurría, la muchacha continuaba atrapada en su jaula de oro; intentando no desfallecer ante la desmotivación, que generaban sus clases con docentes privados, en un encierro mutilante; que muy probablemente, concluiría en un colofón todavía más abrumador, el cual ya empezaba a germinar. Y era esto, su partida hacia la capital para iniciar los estudios universitarios.

Era algo cardinalmente desagradable, en las noches apenas si podía dormir a gusto; recordando la escuela, la perspectiva de un prohibido bolis de frutas, el olor a tinta; la gritería, los ratos libres, las escapadas al soropo. Ahora solo le quedaba el matiz extraño e insípido, de una existencia que no controlaba. Perturbada por esa sensación de infelicidad, con la única escapatoria de los Domingos de misa. Y la distracción de tender en la cómoda sus hermosos vestidos, que nada representaban; si ha quien quería enseñarlos no podía estar ahí para ella.

El aprendizaje era un proceso falso, infecto y desabrido; incompatible con la lógica académica. Los maestros estaban ahí para calificar complacientemente su apatía, y no para instruirle en los asuntos relevantes, que le permitieran forjarse una vida. Al fin de cuentas para que lo necesitaba. Si Cajales, ya había decidido por ella. Estaba atrapada en un embudo que se hacía cada vez más angosto, segura que del otro lado no encontraría salida.

La voluntad se le hacía añicos, y los aliados que creía haber ganado, le resultaban inútiles: Valentina, quien parecía vivir en la estratosfera, el primo Agustín, esencialmente el lacayo de Cajales. Y doña Pura, una madre amorosa, pero un cofrade inútil; atrapada entre sus novelas y programas de radio.

Estaba a punto de desplomarse de rodillas, con la dignidad sirviéndole de tapete; mientras Mateo, espiaba con ansias el ventanal, en busca del bello rostro que habitaba sus sueños. Y en la tortura de sus diarias faenas bajo el calor llanero; se conmovía hasta los huesos, en la apetencia de un triunfo que no llegaba. Los días eran un purgatorio y una semana completa el mismo infierno. No obstante, algo de sosiego traía consigo los días en los cuales el poderío de Cajales, se ausentaba de la hacienda. Esto fortalecía la voluntad, y la esperanza apasionada se reunía en un beso a hurtadillas, bajo el cobijo de un arrayan o un limonero.

En medio de tales fantasías, dos días de ausencia del patrón era como tomar unas merecidas vacaciones, no solo para los jóvenes; sino para todos los empleados del latifundio. Tanto que la propia Margarita, escapó un atardecer rumbo al caney, sitio de reunión de los peones, donde contaban las historias de espanto. Estos instantes eran como verdaderas notas de alivio, que alternaban entre la sencillez de la peonada y el caney; donde el aire puro lograba respirarse, acompañado de un buen café cerrero[89] y unas cachapas; entre mitos y agüeros llaneros. Cuantiosas historias de las cuales, por supuesto, era el andariego mono, narrador ejemplar quien así iniciaba:

[89] Espeso y sin azúcar.

—Les voy a contar camaritas, y al que sufra de miedo es mejor que se tape los oídos o cierre los ojos; la historia de la bole e fuego, que así comienza:
“Cuentan los abuelos, que hace muchos años en estas bellas tierras llaneras, vivió una hermosa doncella; con espigado cuerpo de palmera, y una cabellera azabache larga y fina, que le descolgaba hasta las caderas. Su piel era canela y su ojos grades relucían como el azul del océano.
Dicen que la muchacha se casó con un gran potentado recio y culto, conocedor del llano; llamado don Esteban, y de la unión según cuentan parieron dos hijos. Pero luego de un tiempo don Esteban, se tornó parrandero, mujeriego; buen coplero, y alma de las fiestas, a las cuales nunca llevaba a su bella esposa. Un buen día, don Esteban, se calzó su liqui liqui, dispuesto a fiestear de nuevo. Como de costumbre sin invitar a la señora; lo que provocó en ella un violento disgusto y tal fue la cólera, que tomando un hacha de un solo tajo cortó la cabeza de su marido; con sus dos hijos como testigos. Al darse cuenta del crimen cometido, se apuró en enterrar el cuerpo en la sabana obligando a los huérfanos a prestarle ayuda.

Con su nueva condición de viuda, no tardó la bella mujer en ser pretendida por un tropel de mocetones llaneros, ansiosos de sus favores, pero ninguno fue aceptado por ella.
Así pasaron los años y los muchachos crecieron, sin que ella conociera nuevo marido; hasta que el mayor de los hijos llegó a la edad de la adolescencia, convirtiéndose en un padrote elegante como su padre; quien heredó el azul de la mirada materna. Madre e hijo dormían en la misma cama y sin saber cómo, terminaron volviéndose amantes. Era ella una mujer celosa y posesiva, que no permitía que ninguna otra se acercara a su primogénito, ahora también su marido. Poco después, el segundo hijo también creció y

alcanzó incluso mejor estampa que su hermano, y no tardó la mujer en querer también seducirlo; pero este teniendo una recia moral no cayó tentado. Y fue tanta la rabia del rechazo, que igual suerte tuvo el muchacho, que la que tuviera años atrás el difunto marido. Poco después murió la viuda, amante de su hijo. Y al subir a rendir cuentas, Dios, la castigo condenándola a errar por el mundo como una bola e fuego; que hace extraviar a los caminantes y la única manera de alejarla es echando maldiciones, porque los rezos la atraen"

Justo en ese instante, cuando el relator culminaba su oratoria, se escuchó un ruido; seguido de un imprevisto resoplido y el rasgar de uñas sobre la madera. Todos dieron un brinco de sus puestos, con semblante despavorido; hurgando con la mirada la inesperada aparición. Hasta percatarse que se trataba de un cachicamo que salía de abajo del tranquero[90], y sin darse cuenta los unos estaban más arrimados a los otros; y nuestros dos jóvenes fructificaron el susto para engancharse de las manos. Entonces, el miedo se transformó en incontenible risa. La narración de la leyenda concluyó y el mono apaciguó los ánimos con una de sus célebres coplas.

Se hacía tarde; la noche llegaba, y Margarita, se había ausentado más de lo previsto. De modo que luego de despedirse y agradecer las atenciones; acompañada por su valiente edecán salió del caney. Poco después ya estaban en las proximidades de la casa.

—¿Sabes? me siento segura contigo, Mateo—confesó la joven impulsada a expresar la verdad, que cobijaba sus emociones.

[90] Puerta de varas o palos en potreros y corrales.

Su piel tenía un aspecto hipnotizador bajo el brillo de la luna, que hacia soñar al muchacho, con tenerla entre sus brazos. El joven llanero entrecerró los ojos y suspiró.

—Esto es más complicado de lo que pensaba— Dijo con la tristeza quebrándole la voz.

A continuación ambos permanecieron un instante en silencio, tan solo entrecruzando las miradas; observando cómo la claridad era reemplazada por la lobreguez de la noche.

—Dime ¿por qué algunas cosas deben ser tan difíciles? —inquirió con voz entrecortada, Margarita. Con los ojos llorosos; mientras luchaba contra la amargura que se apoderaba de ella.

El sacudió la cabeza con gesto de tristeza y aseveró:

—Supongo que lo que realmente se quiere, es por lo que más se debe luchar, y eso lo hace más duradero.

¡Sí, estando juntos brotaba de nuevo la esperanza!

—Mateo, esto no puede seguir, el corazón se me arruga cada vez que tengo que dejarte—dijo con un sutil beso de despedida, corriendo enseguida hacia el portón de la casa. Ya tendría tiempo de dejar brotar todas esas lágrimas, de las cuales no quería al muchacho como testigo.

Y él simplemente, desparramó los ojos para verla desaparecer al interior de su claustro. La garganta se le hacia un nudo, y la soledad cantaba de nuevo; secundada por el sollozo lastimero de los perros de la hacienda, que cada atardecer iniciaban a aullar si fueran lobos. Su quejido resultaba estremecedor, como si notificaran un sombrío augurio, que en ese momento rondó la cabeza de Mateo:

Las últimas tres noches, le había contado el mono al joven llanero, justo cuando el reloj marcaba las doce; el gallo negro de pelea, el más viejo del rancho, había cantado tres veces y según su discernimiento, era inevitable, que en fechas cercanas alguien muriera.

El momento de dejar la hacienda había llegado. En la soledad de la noche, Mateo, se dirigió hasta el corral y tomó su caballo; le aguardaban cuando menos dos horas de trayecto. El deber del día estaba cumplido, y la hora de movilizarse hacia sus propios terrenos se anunciaba; partiría repleto de ansias, de deseos. Dejar aquel lugar no era sinónimo de liberarse, por el contrario resultaba una condena. Lleno de pensamientos emprendió el camino hacia el portón principal, luego de pasar por el Caney; y despedirse de los que aun quedaban. Insatisfecho, pero con paso veloz, exigió al animal para llegar lo antes posible; atravesando la llanura oscura que ocultaba quien sabe cuales secretos. Recordó la historia del mono, ya antes la había escuchado; pero esta vez sintió miedo y aceleró el galopar. Todo le preocupaba, en especial el camino que tenía por recorrer; abriendo los ojos exploró con acuciosidad el trayecto. La ruta hasta su casa le pareció demasiado lejana. Los remotos temores le inundaron el pecho y la mente le rebosó de absurdas representaciones; de peligros inexistentes, de misterios nacidos del mito. Se sintió desconfiado, su preocupación iba en aumento. La frente y las manos le sudaban a chorros.

—¡Cuando el gallo canta tres veces, alguien morirá!… ¡Cuando el gallo canta tres veces, alguien morirá!… ¡Cuando el gallo canta tres veces, alguien morirá!… ¡Cuando el gallo canta tres veces, alguien morirá!…

Iniciaron a retumbar estas palabras del mono, en sus sienes.

Faltaba poco para llegar, pero el susto no concluía del todo; entre más se adentraba en su tierra, el tremor se hacía incontenible.

—¡Animas benditas protejan a este llanero!— amparaba en oraciones para su abrigo.

Hasta que finalmente, dejó escapar una bocanada de aire. El caballo zaíno frenó en seco y estuvo a punto de botarlo al suelo, pero ya estaba en casa, y el escalofrío se fue disipando. Miró de soslayo la casa de la tía Carmela, la lámpara de gasolina estaba encendida; ese fulgor le era fácilmente reconocible ¿Qué le había pasado? Jamás había tenido miedo, ni aun siendo un chiquillo, pero esa noche el hálito de algo sombrío lo había acosado; estaba seguro, lo podía notar en el temblor de sus manos e incluso en la mirada espantada de su caballo. De cualquier modo, decidió no dar más vueltas sobre el asunto y adentrarse en el soropo. Había vivido una jornada por demás extraña; tranquilizó al animal luego de amarrarlo y poco después se desplomó sobre su chinchorro.

La alborada siguiente sintió renacer con gran ímpetu, recordó al despertar la noche anterior y el presagio de inéditos augurios; tal vez la bola e fuego que lo había seguido, y sus mortíferas intenciones que le abrasaban con ardor. Sin embargo, sonrió en la convicción que nada malo pasaría; eran solo leyendas que con el tiempo se irían esfumando. Quizá el mono con toda su palabrería había conseguido sugestionarlo.

Luego de preparar un cafecito, corroboró que también el sueño del caballo hubiera sido placido. Un estado de ánimo singular lo acompañaba, seguramente, Cajales aún no regresaba y también ese día podría reunirse con su bella llanerita.

El amanecer lucía mucho menos terrorífico. Miró por la ventana el reverdecer de la llanura, a pocos metros el huerto de la

tía Carmela, fluía de colores. Pasó a saludarla un par de minutos antes de tomar camino, la señora lo despidió entre bendiciones y el viaje fue placentero, como usualmente sobrevenía.

Remontar todos esos kilómetros requirió de un solo impulso, caballo y jinete estaban apaciguados durante su viaje camino al latifundio; con el sol asomando su rostro por el este. Conocía bien esas praderas, cada tramo que seguía adelante; el suelo, la madera de los arboles, el azul del cielo; el rio a dos aguas, las flores azules, rojas y amarillas; el viento flanqueando la selva. Todo aquello formaba parte de su infancia, y Rocío, lo había establecido de ese modo, para garantizarle una vida; estaba enganchado a ese terruño con la piel y con el alma. Empero, había un obstáculo que impedía su felicidad completa, y tendría que salvarlo, aunque hacerlo implicarla dejarlo todo atrás. De ese modo pensaba esa mañana.

Al llegar a la entrada principal, volvió de sus pensamientos hacia una realidad somera, que le bosquejó la rutina diaria. Sin embargo, en poco, esos aires mudarían hacia superiores fortunas.

Una enérgica brisa arrebujaba el mediodía. Atravesando el lago podía verse a las garzas y los alcaravanes, zambulléndose plácidamente entre sus fulgentes aguas; formando pequeños remolinos. Un acuerdo sin palabras se había sellado ese día bajo el firmamento, y los jóvenes amantes satisfacían rentar sus únicos momentos. Era el tercer día de ausencia de Cajales, difícilmente, tendrían otra oportunidad como esa; y el mediodía condujo los pasos de Mateo, en dirección contraria del caney, hacia un alejado redondel de naranjos y limoneros; donde aguardaba un subterfugio de amor, bajo la mirada cómplice de las nubes. Allí le aguardaba su bella llanera.

Como toques de campana se agitaron los corazones, al acertarse las miradas cristalinas y honestas; ella estaba recostada

contra el listón ondulado que formaba el cuerpo del naranjo, y presto el muchacho se sentó junto a ella, derrochándose en un beso y acariciando su oscura melena. Era para ellos la misma visión del paraíso, que los liberaba de angustias y los dotaba de mágicas alas, que les permitían volar libres en el viento. Valía la pena el riesgo, cualquier llamamiento, toda amonestación. El vacio del corazón se colmaba de inmediato con ilusiones y fantasías ¿podía existir excusa más útil para vivir, que el amor?

Giraron su cabeza para mirar en el lago la libertad de las aves, luego ella reclinó la cabeza en el pecho del muchacho y elevando la mirada indagó:

—¿Te gustaría ser como aquellos alcaravanes?

—Solo si pudiera volar a su lado—contestó él.

—¿Y dejarías que las aguas de tu amor, desemboquen para siempre en el mar de mis sentimientos?—preguntó ella.

El joven disfrutaba sobremanera la forma refinada, en que expresaba su hermosa amada, aquellas emociones y respondía cada pregunta con la trasparencia de sus sentimientos.

—Margarita, si fue culpa del destino conocerla; lo bendigo por premiarme con el regalo de poder cabalgar a su lado y le aseguro que mi amor será solo suyo por siempre.

Entonces la idea que había asaltado su mente en el trayecto de ida, empezó a tomar fuerza; comprendió que su futuro podría estar lejos del llano. Asomó la cabeza hacia un escenario que hasta ese día jamás había contemplado, el velo de la incógnita se esfumaba, y una inédita lógica parecía hablarle al oído: la escapatoria era la única ruta. Quizá algún día regresarían para disfrutar lo que por derecho les pertenecía, pero antes tendría que consultarlo con ella; saber que también, Margarita, estaba decidida a dejarlo todo al igual que él. Tomar las riendas del destino,

apartarse de recuerdos, de su hogar; alejarse de todo lo vivido. Y esta idea rondando sus pensamientos lo infundió de entusiasmo; la fuga se desvelaba como un nuevo inicio. El azar lo había puesto en aquel latifundio por una razón que ahora entendía, no era casualidad.

Era posible iniciar una vida nueva. Dios, estaría de su parte, estaba seguro, y le mostraría el camino que debían seguir sus pasos; entonces el amor triunfaría como siempre ha sido, como debe ser.

Ya estaba bien de intentar sin éxito, convencer a un hombre que jamás lo entendería, porque su corazón estaba demasiado opaco para comprender; no podía condenar a su llanerita ni multarse el mismo ha vivir en el infierno personal de Cajales; en la tortura de mirar a lo lejos a su amada sin poder tocarla. Su voluntad empezaba a fortalecerse y todo su ser se inspiró de bravura. Luego, dejó de lado sus reflexiones para aferrarse a ella apasionadamente, sintiéndose tranquilo y en paz consigo mismo.

La reunión había valido para despertar sus aspiraciones de éxodo, pero el bello momento concluiría tan expeditivo como iniciara.

—Amor, debo irme—anunció la joven—papá podría llegar en cualquier momento. Y con un beso selló la despedida.

Emprendiendo satisfecha y con paso apurado el camino a casa. Rebasando el lago, jardines y pastizales; con su tersa piel bañada por el sol. Al cabo de un minuto Mateo, ya la extrañaba y también él se incorporó para retomar sus actividades; sin embargo, ya no sentía el usual nudo en la garganta. Su mundo empezaba a organizarse, pronto correría el velo de sus firmes intenciones a la bella llanerita y confiaba contar con su aserto.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

La tranquilidad que se respiraba en la hacienda, fue sacudida por el arribo imprevisto de Cajales; cuyo elegante auto negro con vidrios polarizados, emergió como una sombra oscura escoltada por las camionetas de sus hombres. Los peones no tardaron en salir a su encuentro para saludarlo y el auto redujo la velocidad, hasta aparcarse en las proximidades de la casa; la puerta se abrió, Efraín, abandonó el vehículo y avanzó rápidamente hacia la entrada sin decir una palabra.

Margarita, estaba en el salón principal, donde había decidido ver una película en la televisión, y estaba tan distraída que perdió la noción del tiempo; las manecillas del reloj avanzaban rumbo a las cuatro de la tarde. En eso ingresó el hacendado y llegó hasta donde su hija se encontraba; echando un vistazo a la pantalla, evaluando con la mirada el programa que veía, tomándola por sorpresa.

—Hola mija—saludó.

—Hola papá, bienvenido—dijo ella—¿Cómo estuvo el viaje?

—Bien, hija, lo mismo de siempre—respondió Efraín, como si las palabras le salieran con esfuerzo.

Entonces la observó con detenimiento sin decir nada; como si la tanteara con esa mirada profunda e inquisidora, que tenía el hacendado.

El nerviosismo hizo pensar a la muchacha que quizá su padre, se había enterado de su conversación con Mateo, tal vez, delatada por algún peón queriendo ganar los favores del patrón o

por la negra Mercedes, y sus manos empezaron a transpirar; en cualquier momento llegaría el reclamo.

Pero en realidad nada de eso pasaba, esta vez Margarita, se equivocaba; por el contrario Cajales, se adelanto un par de pasos e inclinándose le dio un beso en la frente.

La muchacha se sintió sorprendida, pero a la vez agradada ante el gesto de aceptación de su padre; sintió un profundo alivio y enseguida levantó la cabeza para mirarlo fijamente. Pero el gesto en el semblante de Efraín, denotaba un inusual dejo de tristeza, era su padre y lo conocía; se notaba pálido, cansado, afligido, como si algo le agobiara.

Cajales, permaneció un instante mas junto a ella y luego se marchó sin decir nada; avanzando con pasos aletargados, mientras la muchacha sin comprender que le ocurría, tomó el control remoto apagando el televisor y se preparó para ir hasta el despacho de su padre; hacia donde seguramente, este había ido.

En efecto la suposición fue acertada y al subir las escaleras, para luego adentrarse en el pasillo; lo encontró sentado en su escritorio, con el auricular puesto en la oreja. Al instante empezó a hablar e hizo un gesto para que su hija abandonara el despacho.

—Papá ¿tienes un minuto?, quiero decirte algo—interrumpió ella, con la firme decisión de revelar su secreto.

—Ahora no, Margarita, estoy ocupado.

—Pero papá es solo un instante.

Su padre la observó de nuevo y descargando el teléfono, arqueó las cejas y con semblante impaciente y gesto excitado bramó:

— ¡No! ¡Margarita, no ves que estoy ocupado!

—¡Ahora sal de aquí y cierra la puerta!—dijo enseguida con tono frio.

La joven lo observó con cara de pocos amigos, y frustrada apuró su salida; de nuevo emergía la inflexión autoritaria de un habitual Cajales. La esperanza de un cambio había durado pocos minutos; sintió que el calor le subía a la cabeza. Era razonable nada cambiaria, con haberse ido tres días, nada se arreglaría; pensó mientras descendía hacia la planta baja con el corazón marchito, consternada y atónita.

Se cruzó en el último escalón con doña Pura, quien se dirigía a buscarlo.

—¿Ya llegó verdad?—indagó la señora.

Margarita, quedó boquiabierta, ¿qué clase de hombre era su padre? después de tres días de ausencia se olvidaba por completo de su esposa; una hermosa y fiel mujer que lo esperaba cada día, aun cuando muchas veces no llegara, ¿Por qué seguir atrapadas en aquel laberinto rebosante de soledad?

Empezaba a sentir que odiaba a su padre, mientras observaba la dolorosa pregunta en los ojos de su progenitora; ni siquiera pudo hablar, solo se abrazó a ella y continuó enseguida su camino.

Sin más ceremonial ascendió los escalones doña Pura, contando los pasos y guiándose con las muescas del mármol; ideando un camino diferente en su mente, mientras se aproximaba al pasillo que se erigía como un túnel cóncavo y sombrío; con los sentimientos hundidos en la penumbra. No podía evitar sentirse así, entender que la casualidad la había puesto en semejante escenario, convirtiéndola en el habitante de una necrópolis. Un fantasma que deambulaba por los rincones de la inmensa mansión, ignorada por todos, y seguramente, un día, olvidada para siempre; eran esas las

tristes páginas de su existencia. Un universo de reproches que terminó en la puerta del estudio.

—Hola Efraín, ¿cómo le fue en su viaje?

—Me fue bien Pura—expresó cortante Cajales, sin levantar la mirada; mientras revisaba unos documentos.

Efraín, seguía ahí inmutable; en el fondo de aquel salón, sentado tras su escritorio, vistiendo un traje del mismo tono azul que redundaba obsesivamente; inmóvil en su sillón, con el viento oteando en la ventana y espirales de humo que escapaban de un tabaco en el cenicero, hacia las alturas. No cruzó más palabras, como si continuara solo; pero tampoco ella tenía nada para decirle, de modo que giró y con sigilo se dispuso a abandonar el despacho.

—Que tenga buen día Efraín—dijo con la voz entrecortada, dirigiéndose a un perfecto desconocido.

—¡Un momento Pura!— demandó el hacendado, alzando la mirada— búsqueme a Rubén Darío y dígale que me reúna a la peonada en el establo principal.

Su mirada velada a contraluz, denotaba la poca estima que sentía por aquella mujer, a quien trataba como una criada más.

La señora asentó con la cabeza y se marchó. Mientras Cajales, se limitaba de nuevo a sus asuntos.

Cumplida la orden, el patrón se reunió con el grupo de jornaleros que lo contemplaban a prudente distancia; era su costumbre cada tanto, sobre todo cuando se ausentaba, el pedir un informe a cada trabajador sobre lo acontecido en la hacienda durante su ausencia.

Mateo, se escabulló hacia un discreto rincón, donde apenas si era notorio; el mono permanecía al fondo recostado contra un poste

de madera y el caporal contemplaba al grupo desde la puerta de acceso. Todos aguardando que el patrón abriera la boca.

Aquél era uno de esos días en los que la mayoría de jornaleros, aun sin haber incurrido en falta alguna; se sentían abrumados por un sentimiento de contravención, procedente quizá de las estrictas normas que establecía Cajales. No obstante, a pesar de sus particulares ansiedades, algunos de ellos, al igual que la propia Margarita, creyeron advertir en la fisonomía del hacendado, una expresión de preocupación y congoja.

Inicialmente, en la reunión se trató de lo que usualmente se hablaba; de aprender y comprometerse en el manejo de los procesos productivos, de mantener aseadas las instalaciones; obedecer al caporal como encargado de la vigilancia y control de las políticas, establecidas al interior de la hacienda. Igualmente, cada tanto surgía alguna solicitud por parte de la peonada, siempre en la más firme intención de fortalecer cada vez más esa heredad. En términos generales Efraín, se dirigió a ellos en tono recio, más no disgustado; dio indicaciones, pidió informes, y concluyó anunciando: que el día siguiente recibiría la visita de unos empresarios y políticos de la capital coligados con sus actividades; se trataba de gente poderosa e influyente, por tanto, se establecían algunos parámetros especiales de seguridad, hospedaje y asistencia para estas ellos.

Después de una hora y treinta minutos; se había acordado todos los detalles, en el fluctuar de cada particularidad casi idealista, que contradecía el talante del muro emocional que protegía Efraín. Evidentemente, un signo de distinción traían consigo los invitados, dado este súbito apego hacia las atenciones que debía prodigárseles.

Asentada la disposición, luego de la precipitación de recomendaciones y la invitación a no escatimar esfuerzos, traspasando la frontera de las obligaciones; concluyó la reunión, y como un torbellino se dispusieron los peones, para que todo saliera bien, los visitantes se sintieran complacidos y apropiadamente atendidos en esas tierras llaneras. De pronto, una extraña prisa se apoderó de la hacienda; unos y otros corrían en diferentes direcciones, arrastrando sillas, mesas, copas y manteles; en una cascada de ansiosa actividad.

Nada podía faltar, el lugar debía resplandecer— como lo que era: la mejor tierra de la región.

Finalmente, con los primeros rayos de la mañana, asomaron los visitantes; el aire y los rayos del sol parecían más balsámicos ese día. Un paisaje ilusorio y sereno venido de una fabula, se abrió ante ellos; seguramente, resultó también excepcional e incompresible, para alguien venido del caos de la urbe; no solo por el esmerado recibimiento de Cajales, su esposa y sus súbditos, sino también porque, incluso, las tonalidades anémicas de la ciudad se opacaban ante el brillo vigoroso de esa llanura. El camino de acceso, estuvo adornado para ellos con empinadas antorchas de bambú; y en la explanada, aguardaban las mesas adornadas con aromáticos pebeteros y bateas con frutos típicos de la región: mango, naranja, piña, banano, papaya y patilla.

Un recibimiento digno de una comitiva presidencial, aun cuando poco o nada, se sabía sobre las personalidades que anclaban esa mañana en los terrenos de don Efraín; excepto por lo que el mismo había revelado a todos. Sobra decir que con eso era más que suficiente.

Lo que si resultaba evidente, era el aspecto extravagante de algunos de los convidados; evidentemente fachosos en su vestir y

sus modales. Gafas oscuras, gruesas cadenas de oro, negros sombreros; y armas como linternas colgadas al cinto, portadas por escoltas y conductores, en la fila de enormes camionetas que se adentraban en el corazón del feudo Cajales; y a la cual el patrón y sus hombres se habían unido como guías. Era un inusual desfile que se desplegaba ante la mirada sorprendida de todos, una verdadera distracción, que con el poderoso rugir de los motores devorando camino, transitaba soberbia, el bello paisaje. El olor a hierba se confundía con el de la gasolina; durante el recorrido alguno de los coches hacia una parada obligando a detenerse a los otros, entonces alguien sacaba la cabeza por una ventanilla, tomando un sorbo de whisky y gritando ¡Está muy buena, la finquita Efraín!

Los hombres de los carruajes, iban también acompañados, por mujeres ataviadas con trajes ajustados, y voluptuosos senos, queriendo liberarse del corpiño; algunas de cabellos rojizos, otras tinturadas de rubio, y la mayoría de ellas con grandes gafas ahumadas.

Eran estos los importantes invitados de Efraín Cajales, entre los que se contaban políticos y empresarios; más de una decena de hombres, que seguidos por su sequito, totalizaban una treintena de visitantes.

Finalmente, descendieron en el lugar de la comitiva desde sus automóviles, que nada tenían que envidiar a los del patrón. Podía verse emblemas que iban desde los costosos, Mercedes, hasta extravagantes camionetas Ford y Toyota. Una vez sofocados los motores procedieron a tomar asiento, sin escatimar en halagos hacia Cajales, quien tácitamente, se mostraba complacido.

—Tiene una excelente propiedad Efraín—afirmó un hombre alto y corpulento de tez trigueña, mientras se allegaba a él y estrechaba su mano.

—Si Miguel, ahí la tiene a la orden para usted y los suyos— respondió el patrón.

El hacendado dispuso para los invitados, un verdadero festín con la mejor carde de mamona; y las mesas se atiborraron de comida y bebida. El grupo de agasajados se encontraba reunido y contemplando con regocijo aquello que su ojos pocas veces apreciaban; la majestuosidad de la conmovedora naturaleza. Y no tardaron en escabullirse para reconocer la extensa propiedad, los animales, el lago, los cultivos; corrales, mangas, caballerizas; la vivienda principal, el caney. Y alguno que otro prefería darse al banquete, antes de entregarse a la curiosidad. Cajales, entretanto, acompañaba a los más fisgones, blasonándose de sus logros y enumerando las particularidades, de las actividades realizadas en esa heredad; así los conducía por cada rincón evidenciando en su semblante una expresión de regocijo y triunfo. Sin embargo, quien le conociera bien, podría afirmar que en el fondo de aquel rostro complacido; se disimulaba un dejo de inquietud difícil de hallar, pero existía, tal vez, el indeliberado recelo de perder aquel imperio construido con tanto esfuerzo; la intranquilizadora sensación de ver como otros le arrebataban lo que era suyo, o percibir que su arrojo, era insuficiente para sostener el enorme peso, que requería ser un hombre tan poderoso. Algo coexistía en el fondo del alma de Cajales, un asunto inquietante que rondaba sus pensamientos y que solo él conocía; aunque diera volteretas, riera, y guiara a sus invitados con una inusual complacencia, dejándose conducir por otros.

Durante un buen rato, transitaron los recovecos de la hacienda Cajales, hasta que el patrón observándolos exclamó:

—Bueno... bueno...vamos a celebrar por el honor de tenerlos hoy aquí. Además el resto del grupo nos espera.

Y seguido les señaló el camino hacia su rimbombante reunión privada.

Todos asintieron y se dieron prisa en apurar el paso. Así, pues, con la respuesta favorable, en breve estuvieron de regreso al sitio donde las criadas y jornaleros, portando dulceras, bandejas y canapés; se daban a la labor de atender con esmero a los festejados. Ataviando la mesa con cachicamo asado, carapacho, chorizos; rellenas, empantalonao, mamona, masato; plátano, ponche, rellenas de cerdo, aji de leche; guarapón, majule, vinete. Y gran cantidad de botellas de whisky.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

La cara del patrón se iluminó al llegar y notar que todos festejaban, envueltos en el jolgorio; de inmediato tomó asiento, apoyando la cabeza contra el espaldar y entreabriendo los ojos, recorrió con la mirada el pasatiempo que les proveía.

—Epaa…, Efraín ¿Dónde andaban?—inquirió uno de ellos.

—Les estaba enseñando la hacienda—respondió el hacendado con una sonrisa.

—Bien, bien… ahora tómese un trago—dijo a continuación este y levantando el vaso invitó a los otros a brindar.

—¡Venga, un trago por Efraín, y por el buen futuro de la alianza que nos reúne hoy!

Cajales, simplemente, observaba; con el brazo izquierdo descansado sobre la mesa, la camisa arremangada y el cuello

desabotonado, que dejaba ver el grueso y blanco cuello, surcado por una gran vena. Y cuando el otro culminó su discurso, celebró elevando su copa.

Luego bajó la mirada y se sirvió el mismo un trozo de mamona, invitando a los demás a disfrutar del banquete.

—Gracias Efraín, eres un gran anfitrión; vamos a seguir viviendo.

—Cuando quieran, esta también es su casa—espetó el con efusividad.

Poco después se escuchó el sonido prolongado de arpas y cuatros allegándose, lo que provocó el silenció de todos. ¡Había arribado el grupo musical! el cantante pasó por la mesa de Cajales, y lo saludó con efusividad.

—Bueno señores, esta es una de las sorpresas que le tenía preparadas; ahora si van a saber lo que es buena música— formuló el patrón mientras encendía un habano.

El arpa, la bandola, el cuatro, las maracas y hasta el bajo eléctrico se incorporaron a la fiesta con el saludo amistoso de Simón Montoya; un cantante de la región, bastante popular los llanos orientales.

Nadie quedó indiferente ante los ritmos que, seguramente, algunos de ellos desconocían; y el cantar relancino de Montoya, contagió a todos. Un par de pasajes para entrar en calor, seguido por golpes y merengues; rematado en unos buenos joropos, seis numerados, seis por derecho; gaban y carnaval, que aceleraron los vasos y copas. Desde las mesas escapaba el olor a cigarro y a perfume, mientras el cantante daba muestras de destreza en su escenario improvisado; y los capitalinos empezaban a tararear letras que por primera vez habían escuchado, lo cual sobrevenía bastante cómico. Mientras la luz del sol de a poco se opacaba, para dar paso al fuego de las antorchas que iluminaban las mesas y a las

figuras musicales. Desde sus asientos todos aplaudían entusiastas. El cantor se hidrató un momento con un poco de agua y el espacio fue aprovechado para cruzar algunas palabras, hablar de negocios, consultas y consejos. Hasta el más indiferente tenía ahora otro semblante. Muchos se habían sacado sus abrigos sofocados por el calor llanero; y en el grupo sobresalían las exuberantes mujeres que servían de compañía, sobretodo una rubia de hombros desnudos y escote pronunciado, sentada en una mesa contigua; a la cual Cajales, miraba con insistencia.

En ese momento se acercó doña Pura, quien había estado ausente hasta entonces.

Cajales, se sobrepuso e incorporándose, la presentó amablemente todos.

—¡Esta es Pura, mi mujer, la señora de la hacienda!—indicó con propiedad.

—¡Como está señora, muy buena tarde!

La mujer asentó con un movimiento de la cabeza.

—Venga siéntese aquí mija—invitó Cajales, empezando a notársele en la entonación lo embarbascao.

Doña pura, lo miró con duda, y consultó enseguida:

—¿Dónde vamos a acomodarlos a ellos?

Cajales, la miró en una breve pausa y luego dirigiéndose al grupo de acompañantes, con una risotada prorrumpió:

—Pregunta mi señora, ¿que donde los acomodamos para dormir? ¿ustedes vinieron a dormir?

—¡Nooooo!—se escuchó un alarido unísono, acompañado de risas.

La mujer sintió emerger en su ser, una oleada de contrariedad ¿hasta qué hora duraría el escándalo? ¿Acaso a Efraín, no le importaba el ejemplo que les daba a Margarita y Valentina? Y así se lo hizo saber, murmurándole al oído su molestia.

Sin embargo, en lugar de considerar el punto de vista de su esposa; por el contrario Cajales, tomó esta observación como un gesto prohibitivo, tan solo una muestra de la obcecación de la señora.

—Pura, ¡no me joda! Expresó entre dientes.

Evidentemente, a Efraín, no le importaba lo que ella pensara; menos cuando tenía tragos encima, y descargando su sombrero sobre la mesa invitó a sus huéspedes a proseguir la fiesta y le ordenó a la patrona, que se sentara a su lado para atender al grupo de convidados.

Su mirada fría se cruzó con la de Cajales, como si estuviera frente a un forastero. Su grácil rostro se iluminó con la luz de las teas; era una mujer bella, con una gracia que a su esposo le costaba reconocer, pero que evidentemente otros notaban. Poseía también una esbelta figura, resaltada en un vestido azul entallado, que descolgaba hasta la pantorrilla y dejaba ver sus delicadas formas.

A pesar de su reticencia, discurrió en la decisión más inteligente; y fue esta sentarse al lado de su marido con rostro parco, con la excitación de sentimientos encontrados, fluyéndole en la cabeza; acompañándola de un susurro, cuya inflexión aullaba infelicidad, soledad; tristeza y desilusión. Mientras Cajales, no le sacaba la mirada de encima a la voluptuosa rubia, que habiéndose incorporado de su silla; se paseaba por el jardín caminando erguida, con un andar firme y acompasado. Pero cuyas maneras hablaban de una belleza superficial, de sentimientos avivados por la carne; de falsedad y libertinaje.

Con todo, doña Pura, permaneció sentada al lado de Efraín, previendo una larga noche que apenas despuntaba a esa hora; una como muchas o quizá peor. Otra que la embriagaría de tristeza y frustración, rubricando su existencia insoportable.

No participó en absoluto de la conversación, no entendía nada de los que se hablaba en esa mesa; donde se entremezclaba política, dinero, negocios, al interior de cuyos vocablos podía entreverse asuntos umbríos; como la noche misma, donde las luciérnagas revoloteando cerca del fuego, imitaban una minúscula constelación de estrellas. Muy poco tenia para opinar, y si alguien le preguntaba, simplemente, asentía con la cabeza; dejando revolotear sus pensamientos, añorando que la aurora llegara y con ella emergiera el cansancio de los ebrios.

En contra de voluntad, permaneció ahí, en la mesa contrapuesta a la del cantante y su músicos, y rayana a la de la rubia, donde habían seis o siete personas, los visitantes se sentían en casa, entretenidos con la representación de diversión llanera, demostrando familiaridad, también los de la orquestas de vez en cuando se acercaban a la mesa de Cajales, cuando este los llamaba por su nombre de pila.

Sin embargo, le intrigaba e impacientaba a la patrona, la tácita frialdad de su esposo, su mirada distante; pero a la vez, la seguridad y tranquilidad de hablar sobre todos esos asuntos delante de ella, sin reserva ninguna. Como si la quisiera dotar de una coraza similar a la suya, empoderarla con aquellos asuntos que no eran de su incumbencia; compartir una parte de su infierno. Tal vez, se sentía solo y sabia que nadie lo seguiría hacia esas insondables profundidades, si, seguramente era eso; y aquella alma dura y fría también sentía miedo, ¿Cuántos secretos cargaba consigo?

Ni siquiera la besaba o acariciaba su cuerpo, empero, la obligaba a observarlo, escucharlo; a conocer apartes de su vida, que ella misma había preferido dejar de lado ¿Qué buscaba con todo eso? O simplemente, esperaba que le temiera aún más.

—Bueno, patrón se terminó la pausa—farfulló Simón Montoya, levantándose de su silla—ahora sí que siga el parrando, pero lo que viene es pá que bailen.

Entonces, la música inició a sonar de nuevo, despabilando a los presentes de sus reflexiones. El grupo entonó los primeros compases de un joropo. Y de pronto los asistentes procuraron un espacio libre, intentando, graciosamente, acertar los movimientos de la pegadiza música ¡a bailar carajo! Se escuchó un grito, y el jolgorio tomó vida.

En ese instante vino Margarita, hacia su madre, tomándole por el brazo.

—Vamos, mamá ¿qué hace aquí?, mi papá esta borracho y usted no tiene porque lidiarle la pea.

Pero la intromisión de la muchacha, provocó que un mozalbete que iba con el grupo, y el cual estaba sentado; notara su presencia y sus contorneadas formas y con ligereza exclamara, un enunciado que se pudo escuchar ávidamente en medio del animado festejo:

—¡Uyyyy, que mujercita, carajo. Yo no sabía que por aquí se daban estos bombones! Tal y como el médico me la recomendó.

Y diciendo esto soltó una risotada compinchera, con los amigos que lo secundaban.

Margarita, permaneció inmóvil, fría y alejada, por un instante junto a su madre; todavía sosteniéndola por el brazo. Y mirando de soslayo con gesto de pocos amigos, borró la sonrisa que todavía brillaba en el rostro del muchacho. Lo cual causó más risotadas y aplausos, por parte de los que le acompañaban en la tertulia; quienes se burlaban de su chasco.

Y todo pudo a ver quedado en un incidente aislado, si Cajales, no hubiera escuchado el comentario y advertido en esto; la preponderante intención de irrespetar a su flor del llano, con

irrebatible desconsideración. Miró hacia la mesa vecina y vio como el afeitado mozuelo se levantaba y extendía su mano. De modo que los buenos modales que había demostrado hasta entonces, se fueron a pique; su inherente naturaleza violenta le dominó la razón y como "como picao de culebra"[91] se abalanzó contra el joven con la mirada iluminada de fuego.

—¡Espere un momento! ¿Qué le pasa?—exclamó el muchacho sorprendido.

Los demás se dieron prisa en intervenir al advertir la disputa; un par de botellas cayeron al suelo, salpicando su contenido. Los vasos rodaron, una silla terminó patas arriba y la confusión se apoderó de la ceremonia.

—Venga aquí malnacido— vociferaba Cajales, con el rostro encendido de rabia —cree que puede venir a mi casa a irrespetar a mi hija.

—¡Espere un momento Efraín!—dijo uno de los hombres con voz tozuda—esto son cosas de borrachera; el muchacho no sabía que era su hija y además lo que dijo, lo dijo sin mala intención.

Y a continuación, convidó a los dos a zanjar el forcejeo.

—¡Venga aquí muchacho!—dijo dándole una suave bofetada en el rostro—nosotros somos huéspedes de Efraín, y de su familia; y debemos mostrar respeto ¡que esto le enseñe a mantener cerrada su bocota! Ahora pídale disculpas al compadre.

Todos callaron, contemplando mudos y absortos la escena; entretanto la música cesó su arrebatado torbellino, en un lapsus durante el cual doña Pura, asió a su niña por los hombros, y aprovechando el galimatías partió rumbo a la casa.

---

[91] De mal genio, molesto.

Enseguida, el muchacho se acercó para ofrecer sus excusas. Cajales, permanecía con rostro frio e inmutable, pero su violento éxtasis había menguado. Entonces en un tono de amistosa obligación el desconcertado huésped, se le acercó, y extendió su mano, mirándolo fijamente a los ojos. Y señalando casi con obligación su error, pidió perdón por la desacertada opinión, expuesta hacia la hija del patrón, y también por las estupideces dichas.

—No, don Efraín, eso no estuvo bien; le juro que no se vuelve a repetir—finalizó a regañadientes.

Hasta que finalmente, el hacendado aceptó las disculpas y le estrechó la mano.

Así el joven regresó a una de las mesas, la cual estaba ubicaba más distante de la del patrón, y se sentó junto a sus amigos; mirándolo de reojo durante toda la noche y acariciando el mango de su arma niquelada, ajustada en el cinto. Sonriendo de las reticencias de aquel viejo y de lo fácil que le habría resultado resolverlo de un solo tiro.

Aunque el hacendado se percató que su esposa e hija, habían abandonado la reunión sin despedirse de él, para dirigirse a la casa; esto no obró ningún miramiento. Y a pesar del pequeño altercado, el resto de la tertulia se mostró campante y satisfecho; sin mayor preocupación de la que le generaba, que sus invitados fueran bien atendidos por las criadas.

—¡Carajo, en el llano sí que saben divertirse, compadre! —expresaba uno de ellos a Cajales, y este asentía, invitando a un trago seguido de otro y otro.

De pronto, un murciélago volando a baja altura captó la atención del invitado, a pesar de la juma que cargaba encima; pero aquel estruendo de alas cortando el aire, como una sacudida

crepitante, solo pareció ser advertido por él. Los demás, estaban demasiado ebrios para atenderse en tal distracción; luego el mamífero volador, atravesó de nuevo en dirección contraria en medio de la multitud; para adentrarse en la penumbra. En eso el beodo, echó un vistazo entre la oquedad de exigua luz que iluminaba el crepúsculo, para atisbar con curiosidad la fuga del animalito; y apenas miró se levantó de un salto. El mentón se le desencajó y quedó con la boca completamente abierta, al ver reflejado en la oscuridad, acechando al grupo; un enorme toro negro, de ojos rojos como fuego, que descollaban bajo el reflejo de la luna. El semblante se le descompuso, los ojos le saltaron de las orbitas y el ánimo se le encogió enseguida.

—¿Qué es eso?—inquirió con voz trémula.

—¿Qué cosa?—indagó Cajales.

—Eso…eso que se ve ahí, en medio de los matorrales—señaló con el dedo, acometido por una contracción estomacal; sus manos temblaban y el corazón se le quería salir del pecho.

Efraín, lo observó con mirada penetrante, y sonrió alcanzándole otra copa.

—¡Ahí no hay nada, ya déjese de bromas compadre!—afirmó.

Pero en los oídos del espantado hombre, inició a sonar el enérgico crujir de pezuñas dispuestas a embestir; y entre el lindante ramaje la figura endemoniada declinaba esfumarse. De inmediato el sujeto desembaló su arma dispuesto a defenderse.

—¿Qué le pasa, Martin? ¿Qué es lo que va a hacer?—demandó preocupado otro que estaba junto a ellos; y el belén llamó la atención de los demás.

—¡Hombre cálmese, guarde el arma!—exigieron los otros.

El hombre observó con mirada estremecida, la opacidad hostil donde se resguardaba la bestia, retrocediendo un par de pasos; extendiendo de nuevo su mano y señalando hacia la maraña, como si el mismísimo demonio estuviera en frente suyo.

—Ahí, miren…en la oscuridad, vean ahí está esa cosa—

El resto del grupo bastante asombrados, dio una ojeada esperando acertar en las tinieblas, la desconocida figura emergida del infierno, que acosaba a su compañero; atisbando cada rincón en la dirección que este les señalaba, incluso la música se detuvo.

Por unos minutos intentaron hallar en la muda oscuridad, la representación maligna que los espiaba; reconociendo los pastizales, las aristas de los matorrales, los jardines. Y uno a uno advirtieron que solo se trataba de una confusión a causa de la bebida, que desvanecía la razón de su amigo; poco a poco el silbido del desconcierto fue desapareciendo, y la realidad se hizo camino en su razonar:

Allí no había nada, excepto, el espejismo de sombras trucado por la noche oscura con las primeras luces del alba; no existía razón para tal sobresalto. Así se lo hicieron saber al alterado huésped.

Incluso el más valiente de ellos, se dirigió a hurtadillas hasta el lugar descrito, y estando ahí, hurgó entre los árboles y la breña; para comprobar que ninguna criatura fantástica, provenida de un mar de fuego emergería. Todos respiraron aliviados, y con sosiego en su alma se avocaron en el festejo.

Cajales, dejó escapar una gran risotada, mirando al todavía asustado contertulio y evocó su cara de pavor; sus dientes apretados y su inusitada reacción. El otro simplemente, se sentó desconcertado, sin dar cabida al engaño de sus sentidos, con la

imagen todavía latente en su mente de la maligna criatura; como un ilusorio nimbo dándole vueltas en la cabeza. Embaló de nuevo su arma, se estiró cuan largo como era sobre la silla y bebió un vaso de whisky de un solo trago. Y al instante retornado desde los precipicios del subconsciente, al advertir que la sonrisa le regresaba; se unió de nuevo a la juerga con la cabeza levantada, aunque al igual que todos burlándose de su lapsus.

—¿Será que el trago llanero, me está volviendo loco compadre?

—Es posible Martin—asentó Cajales, sonriendo—No cualquiera se resiste a la magia del llano.

—¿Qué quiere decir hombre?

—Nada hombre, que si usted quiere divertirse, y ver fantasmas; cuando guste es bienvenido a estas tierras—rió Efraín, con tranquilidad.

—Sí, si claro y de paso tú te ríes un rato a costillas mías. Pero te aseguro que sea lo que sea, vi algo en ese monte—observó animado.

El camino hacia la aurora prosiguió entre bromas y risas de hombres arrastrados hacia una llanura que desconocían; repleta de mitos y enigmas. Ante la mirada curiosa de criadas y peones, algunos de los cuales, si entendían lo ocurrido, y sabían que una sombra maligna e indómita custodiaba ese latifundio.

CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO

Con varias botellas de whisky encima, les sorprendió el amanecer; la mayoría de ellos había bebido demasiado y quedaron ahí mismo dormidos sobre las mesas. Con el albor no tardaron en escucharse los sonidos habituales de la faena. Cajales, se despertó al escucharlos, eufonías que en su adormecimiento le sobrevinieron extrañas; chochando contra sus oídos, medio ahogados como un lejano eco. Al abrir los ojos encontró frente a él una botella vacía, y los recuerdos olvidados hasta ese momento iniciaron a emerger; observó hacia un costado y la rubia estaba justo allí, a su lado, con la mano apoyada en su pierna

—¿Qué carajos pasó aquí?—preguntó para sus adentros.

¡Era hombre muerto! a pesar del estoicismo que siempre había demostrado, estaba seguro que esta vez doña Pura, no pasaría por alto aquel incidente; se incorporó de inmediato y recorrió la propiedad con la mirada. Los peones llevaban a cabo sus tareas, ignorando por completo la presencia de los azorados visitantes. Efraín, sentía que le temblaban las piernas, aún necesitaba dormir; se sentía realmente desorientado y a su lado, como un desperdicio de bultos maltrechos, descansaban sus invitados. En su cabeza tintinaban los campanazos de alerta, que anunciaban el lio en que se encontraba; no valdría apelación alguna, esta vez se había excedido, y debía reconocerlo; además le preocupaba la presencia de varias armas sobre las mesas.

No solo se había privado de cualquier decoro, sino puesto también en riesgo a su familia.

Y no distinguía entre sus recuerdos, quimeras o hechos verdaderos; la mañana arribaba enfriando el disturbio, pero la escasa información que almacenaba su mente, lo citaba de cara ante un espinoso conflicto; demasiadas preguntas, para tan pocas respuestas. El cielo se iluminaba a la misma velocidad que la

existencia de Cajales, se imbuía de nubarrones; de oscuras cenizas que disimulaban los hechos, entre botellas de licor rotas.

A decir verdad, solo recordaba haberse quedado dormido. Antes y después de eso, todo era nuboso; hasta sentir el ardor del sol acariciándole el rostro. La sensación le resultaba inusitada, jamás se había embriagado de semejante manera; el fuego de las antorchas estaba apagado y ninguno de los sirvientes, al parecer, se había ocupado en despertarlo. Empezaba a sentirse excitado y enfurecido; los restos de comida habían rodado por el suelo, y los perros se daban un festín con ellos.

Podía ser peor, mucho peor, de lo que imaginaba.

Pero sus reflexiones no tardaron en ser contestadas, con el arribo de Rubén Darío, el caporal de la hacienda.

—Don Efraín ¿Cómo amanece? ¿Cómo se siente?

—¿Qué putas te pasa Rubén?—vociferó con furia Cajales—¿Por qué vienes con esa sonrisa?

Acabo de despertárteme y me encuentro tirado en pleno jardín, con todos mis invitados alrededor, tendidos como si fueran perros, y tú me preguntas que como amanecí ¿Qué mierda fue lo que pasó anoche?

—Don Efraín, le puedo explicar eso—afirmó el empleado—usted y los demás se quedaron dormidos, no hace más de quince minutos. El personal y yo, nos encargamos de trasladar a los cuartos de huéspedes, a otros que estaban exhaustos y decidieron ir a descansar; pero quienes están aquí específicamente pidieron que los dejáramos.

—¿Queee? —dijo Cajales con semblante atónito, y la noción del tiempo completamente perdida.

—Sí, don Efraín—continuó el caporal—yo le insistí varias veces; pero usted fue enfático en que permanecería con sus amigos, esto que le digo fue hace solo un momento.

—¿Qué hora es?

—Faltan quince minutos para las seis, patrón.

—¡Mierda! ¡mierda es lo que tienes en la cabeza!—gritó el hacendado enfurecido.

—¡Ya vete de aquí!, y ordena que recojan este desorden.

—Sí señor, de inmediato—asentó el súbdito.

Cajales, tenía un aspecto terrible, al igual que sus acompañantes; pero de a poco, como un vendaje desenrollándose, las palabras de Rubén Darío, fueron mutando en imágenes en su cabeza y descubriendo su propia imprudencia.

—¡Debería matarte idiota!—exclamó haciendo una mueca.

—No te preocupes, Efraín, no pasa nada—dijo luego para sus adentros.

En ese instante, Cesar, uno de los invitados quien estaba al otro extremo de Efraín, estirado entre dos sillas, como si de una camilla se tratara; abrió los ojos advirtiéndose bastante confundido, y mientras se apisonaba las sienes con los pulgares observó:

—¡Vaya Efraín! te despertaste rápido—

—Pues la verdad, apenas estoy en poniendo en orden las ideas—expresó este secamente.

— ¡Vaya, que resaca! ¿verdad?—continuó diciendo—todo ocurrió muy deprisa! ¿Y tú estás bien?

—Supongo que sí—anotó Cajales.

Sentándose de nuevo en la silla, junto a la rubia; temiendo que apareciera Pura, como un torbellino de furia, pidiendo explicaciones.

—Bueno—dijo luego de una pausa el interlocutor—era de esperar con la cantidad de trago que tomamos. Y se quedó como esperando algún comentario del hacendado.

Quien no atinó nada coherente para decir, por lo cual guardó silencio.

El que se prolongó con el arribo de las criadas, que de inmediato se dispusieron al orden.

—¿Y la patrona?— Indagó discretamente Efraín, a una de ellas.

—Aún no se despierta, patrón—

—Ya veo.

Su pregunta disimulada le permitió un respiro de alivio, y atenuar la lóbrega luz del encogimiento que sentía; mientras observaba como las domésticas se esmeraban en no hacer ruido, al ordenar el galimatías generado por él y sus amigos.

Una vez concluidas estas tareas y habiéndose marchado las criadas; un repentino chubasco de voces, emergió entre el gentío que iniciaba a despertar. Todos intrigados e indagando la mayoría de ellos, como había concluido aquella algarabía.

El primero en comentar fue Cesar, quien alargó precipitadamente su opinión:

—Yo solo recuerdo que tenía mucho sueño y me quedé en silencio, mientras ustedes se reían de la aparición de ojos rojos y aliento como brasas de fuego. Pero estaba tan ebrio que apenas si lograba sostener la cabeza; entonces acomodé un par de sillas y me estiré en ellas. Luego abrí los ojos y vi a Efraín, contemplándonos

a tonos con cara de pasmo, miré alrededor y ustedes seguían dormidos.

—Bueno la verdad que esta, si ha sido una borrachera diferente—hizo una pausa y mirando el rostro ajado de todos; soltó una risotada—yo no sé que nos diste Efraín, pero creo que tengo la pea viva, y más sed que si estuviera en el infierno.

— ¿Sabes qué? yo tampoco tengo idea—indicó Martin, con una sonrisa— no recuerdo ni la mitad de lo que pasó.

Sé que me dormí inmediatamente después que Miguel. Brenda y Luisa, seguían con nosotros, y la mona también inició a adormilarse; eso fue después de que los músicos se despidieran, y Efraín, les pagara. Creo que debían ser como las cuatro de mañana. Al despertarme los vi a ustedes y puedo jurar, que no sabía ni donde me encontraba.

Cuando formularon la misma pregunta a Miguel, y las jóvenes que los acompañaban, la respuesta de todos fue muy similar.

A continuación reventó una sonora carcajada, que se prolongó en el viento. Singularmente, nadie recordaba por completo lo sucedido.

—Lo que pasa es que bebimos demasiado, ese fue el problema; así de sencillo— declaró Miguel—pero no te preocupes Efraín, que no estamos enfadados contigo, por habernos dado más alcohol, del que habíamos tomado en la vida.

—Descuida, la próxima tomamos vino de consagrar.

—Cuenta con ello—rio Martin, y las mujeres que los acompañaban; quienes con el maquillaje desparramado por la cara y el vestir deslucido, habían perdido la mitad de su gracia.

A excepción del rostro de la rubia, que parecía no haber sufrido mayor alteración. Cajales, giró para verla aún durmiendo ¿Por qué estaba a su lado? se preguntó acudiendo a sus nubosos

recuerdos; mientras percibía con cierto deleite, como poco a poco la tira de su vestido se había ido descolgando, hasta dejar notar casi imperceptiblemente, el sutil matiz de una aureola rosada, que brillaba con la luz del ciclo matutino. En su rostro circunspecto e inexpresivo se fue ampliando una sonrisa picara, entretanto, continuaba observándola fijamente sin despertarla.

Era un bello misterio, pues entre los fragmentos que albergaba su mente, solo acertaba el recuerdo de una pieza de baile, y rostros felices; mas no podría afirmar que la calidez de aquel cuerpo, hubiera rosado contra el suyo. Era un tesoro que a pesar de su poder, permanecería como un profundo misterio.

Observó por un instante más, la delicada fisonomía de la durmiente; su hombro desnudo, invitando a sus senos, su bermeja cabellera, y su pierna derecha extendida, dejando notar la media de seda; esa imagen lo seducía, permitiéndole el placer de imaginar que aquella juventud atractiva, se deslizaba hacia sus brazos fugazmente.

Entonces levantó la mirada y dejó de divagar. En la mesa todavía estaba su sombrero; lo tomó, se lo calzó para resguardarse del radiante abrazo del sol, y siguió buscando entre sus pensamientos la claridad perdida.

Los embarbascaos cofrades, no tardaron en ser atendidos por el personal de servicio; quienes arribaron a sus mesas, con el resto de sus compañeros de fanfarria y una inmerecida carantoña, de sancocho de gallina para el guayabo; acompañado por un arsenal de bebidas entre las cuales traían café cerrero, guarapo, chicha; limonada y cerveza bien fría. Además de patilla, naranja, y banano.

—Buenos días —farfulló, Cajales, al notar al resto del grupo, mientras recibía un cenicero de manos de una criada y encendía un humeante puro.

Los demás lo miraron y respondieron al saludo, sin enfocar su mirada a contraluz del astro rey.

—El caporal te llamó varias veces al amanecer— reveló uno de ellos—pero ustedes de tercos, prefirieron quedarse aquí afuera.

Cajales se limitó a asentir en silencio lo que ya sabía. Y dejó caer sus pies sobre una silla vacía, despertando con el efecto del ruido a la rubia.

—Buenos días —murmuró el patrón, aplastando de inmediato el tabaco a medio fumar, contra el cenicero.

—Hola, Efraín —saludó amablemente ella posando sus ojos sobre él, intentado seguramente, como los demás; atinar lo que ocurría, y como había terminado ahí, durmiendo sobre una silla junto al patrón.

Cajales, le prodigó una floreciente mirada y la invitó a servirse, de igual modo que a los otros; estos saludaron a su vez a la recién agregada, agradecieron al hacendado y se apuraron en hidratarse y comer.

Entretanto, al interior del hogar, también se alistaba el tentempié; una buena pericada, café, cachapas y jugo de naranja, servidos en reluciente vajilla y dispuestos sobre un pulcro mantel, extendido sobre la alargada mesa. Pero resultaba fácil percibir la atmosfera de tensión, que se suspendía en el ambiente, a causa del albur generado por las ligerezas de Efraín. Margarita, despertó y luego de enjugar su rostro y asegurarse la bata levantadora, salió del cuarto camino a la planta baja; donde encontró a doña Pura, tomándose un café tinto, en la sala y escuchando como era habitual las noticias en la radio.

—¡Buenos días mamá!—saludó la joven.

—¡Buenos días mi niña! ¿Cómo amaneciste?—respondió la mujer con el evidente peso de su sacrificio, reflejado en la mirada.

—¿Dormiste, bien? Con todo ese bullicio—indagó a continuación.

—No te preocupes por mí mamá—pidió ella—pero ¿y como estas tú?

La mujer la miró sin saber qué decir; con sus ojos velados de tristeza.

Margarita, simplemente, asintió respetando su silencio; luego se acercó y la abrazó diciendo:

—Todo va a estar bien, ya verás—

—Voy al comedor ¿vienes?—preguntó seguido.

—Ve tú hija, ya te alcanzo.

Afuera las disertaciones, se retomaban al ritmo de bocados que buscaban el consuelo del maltratado cuerpo, y el alivio de la fuerte resaca; lo cual parecía imposible bajo el inclemente sol llanero. Empero, Cajales, aún no se atrevía a poner un pie dentro de la casa y menos con todos sus acompañantes; de modo que se disimulaba en el regocijo del paisaje, como un efecto consolador.

Mas las razones de sus sentimientos trascendían la simple vergüenza de su actuar, realmente en los pensamientos de Efraín Cajales, habitaba una preocupación ajena a lo ocurrido la noche anterior; y era esa la tácita razón de la visita de sus cofrades. Un asunto que calculaba irremediable, a causa de sus actividades. Y que al hurgar en sus reflexiones, le embargaba de angustia. Cualquier esfuerzo por ahuyentar su nerviosismo, era una simple excusa, que no evitaba que se cerniera un mundo de iconografías, que señalaban en dirección suya ¡Cajales, estaba en un gran embrollo!

Estos razonamientos le invadían de miedo, de un terrible malestar, que parecía ceder por momentos hacia un súbito sentimiento de seguridad; en el cual sentía que todo estaba solucionado, haciéndose fuerte de nuevo, ahuyentando el temor que lo acosaba.

Tenía que creerlo, para eso su gente estaba ahí, a su lado; sentados a la mesa con visible tranquilidad, como si estuviera a salvo y no por el contrario próximo a su hora.

Pero con todo el aliento que se infundía, no podía evitar que la mirada se le cayera en un gesto de abatimiento.

—¿Vas a decirme que estas pensando Cajales? —inquirió Miguel.

—Nada, solo me siento cansado.

—Compadre, usted sabe que esto es solo un resbalón; ya le dije que nosotros lo solucionamos. Tampoco es un asunto de vida o muerte—expresó el sujeto con serenidad en la voz.

—¿Realmente crees eso? —dudó Efraín.

—¿Qué pasa con el positivismo hombre? Lo hemos arreglado antes, lo podemos hacer ahora—Aseguró este casi entre susurros, bajo la atenta mirada de los compañeros de mesa.

—Efraín ¿tienes alguna información oculta aquí en la hacienda?—interrumpió Cesar.

—Tengo en la caja fuerte algunas copias, de los pagos en el último año.

—¿Algo más?

—Un listado con gente del gobierno.

—¡Tienes que deshacerte de eso!—intervino Martin—no nos conviene que esa información se conozca, seria echarnos la soga al cuello.

—Te equivocas, Martin—afirmó Cajales—ese es nuestro seguro; podemos apretar aquí y allá, y obtener algún resultado. De cualquier modo, las guardaré en otro sitio.

—Ellos lo saben—observó Miguel, al parecer no son estúpidos; claro que no más astutos que nosotros. Esconde bien la información, como tú dices, tal vez, la podamos necesitar.

—No quiero que este lío empeore, manéjenlo con la discreción debida ¿entienden? —Estableció el hacendado.

Miguel, lo observó con detenimiento, bebió un vaso de limonada, y se ventiló con la mano. En sus ojos se notaba un brillo sombrío; la enfermedad del corrupto. Diecisiete años perteneciendo al gobierno le habían curtido el alma, era fácil reconocerlo.

—Cesar... —murmuró Miguel—pero se detuvo al instante.

Este giró para mirarlo, con el cabello desordenado y la mirada perdida, ¿sí?

—Tenemos que irnos—indicó descargando la mano sobre el hombro de este.

—¡Ya oyeron! Alisten los vehículos—ordenó Cesar, a los hombres de seguridad.

Cajales, se incorporó, y acercándose a Miguel, le murmuró al oído.

—Mañana, uno de mis hombres te entregará el paquete con lo acordado. Y por el bien de todos, espero que esto no sea una trampa.

Este lo miró en silencio por un rato. Y sin decir nada se puso de pie.

—¡Bueno, señores vámonos! agradezcan a Efraín, la cortesía.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEGUNDO

El azar de esos excepcionales acontecimientos, había facilitado a los jóvenes amantes, un espacio inesperado ante la distracción del padre y las angustias de la madre; del cual sin duda procuraron sacar el mayor provecho.

Habían aprendido el arte de estar a salvo, encontrándose a hurtadillas en medio de los cultivos, de los arboles, tras el caney; y en cada rincón donde un vistazo avizor no lograra delatarlos. Así su mundo de fantasías se fortalecía, cultivando aquel amor prohibido, y en cada meditación persistía un anhelo de fuga. Las horas se deslizaban como un ensueño, y sus pensamientos solo lograban girar en torno del otro. Sus encuentros breves, fugaces; cruzar el lago, obsequiar una mirada, y una caricia, era todo lo que poseían. Las emociones y las palabras del joven llanero, se obsequiaban para su hermosa amada; sus labios, su caminar, cada contorno de sus formas era el regodeo, donde habitaban sus sentimientos. Y entonces empezaba a desearla con las ansias apuradas de la carne, sin saber cómo decirlo; sin acertar la invitación de aquel deleite. La tersura de una piel que cautivaba sus instintos como una llamarada; la sutil fascinación erótica, despertando en una concepción ingenua, suave; agradable, íntima.

Durante ese breve encuentro era posible acertarlo todo, en la disposición de unirse a la naturaleza, de fundirse en uno solo con el llano; sin las molestas recriminaciones de quienes no entienden de amor, en su incapacidad de razonar que Dios, nos hizo tal y como somos, como sentimos y percibimos el mundo. Bajo el

follaje de un gualanday violeta, o las ramas de un limonero, donde cada tanto se posaba un arrendajo; el amor se vestía de fiesta, dejando que la voz del corazón hablara.

Mas el inevitable desenlace de sus encuentros furtivos, se hacía iterativo en su colofón; y a paso apurado la bella llanera, resignaba las caricias de su amado.

—Debo irme. Ya se marcharon los amigos de papá y en cualquier momento empezará a buscarme.

Estas palabras sellaban el brusco despertar de un sueño, pero Mateo, entendía que en tal designio que uniera sus vidas por siempre, no podían dar pasos en falso.

—Tranquila, Margarita, vaya. Ya tendremos el resto de la vida pa´nosostros.

Estas preclaras líneas venidas de la boca de su amado, conmovieron a la muchacha; quien leyó en ellas la signatura de un amor honesto y comprensivo. Suavemente descolgó la mano de la suya, apreció fijamente sus marrones ojos; y advirtió que los pies no le respondían para dar rienda al camino que los alejaba. Ambos hallaron en ese justo instante, la contestación a cualquier incógnita; como si un poder divino los santiguara, las palabras sobraron en aquel mágico y revelador intervalo de tiempo. Estarían juntos por siempre.

Luego se miraron, se besaron con especial cariño y advirtieron que en poco, aquellas despedidas serian asunto del pasado.

Él contempló sus pasos alejándose a campo traviesa, como si contara cada uno de ellos; cada fracción de movimiento cortando el viento. Observarla era un placer que no requería mínimo esfuerzo; ella se alejó, giró para mirarlo de nuevo, miró su reloj; corrió, se

detuvo una vez más. La vida estaba repleta de sentido, la pradera la hacía sentir extrañamente libre, su semblante irradiaba alegría; y en la distancia él reía de su avanzar descarriado. Seguía siendo una niña, su niña; la misma que una mañana conociera en el colegio y le pusiera en apuros.

Entretanto, en otro punto de la hacienda, a unas cuantas leguas de distancia; Efraín Cajales, se paseaba indeciso ante la puerta de su casa, seguramente, habría valorado escapar con sus colegas rumbo a la capital y no enfrentarse al juicio, que aguardaba tras esas puertas. Pero también le abrumaba la idea de asuntos más encomiables, que una simple pelea casera. La dulce realidad del llano, por primera vez en largo tiempo, parecía vinagrarse para él; las aguas mansas en las que su fortuna había navegado, ahora lucían demasiado turbias, fuera de su control.

Se adelantó unos pasos hasta el fin del pasillo, adyacente al alto balcón, en dirección de la puerta. Se detuvo, apreció el contorno de esta, y estiró el dedo índice, percatándose que el bisel estaba ennegrecido por el polvo.

—Hay que limpiar esto—murmuró.

Sobre el pasillo velaban un par de butacas de jardín, en una de las cuales pensó sentarse; la madera empezaba a palidecer a causa de la intemperie. En medio de ellas había una mesita, sobre la cual descansaba un florero solitario con una rosa roja, medio marchita.

Se aproximó a la butaca que estaba a su derecha, luego giró dando una mirada a la propiedad que se extendía entre verdes pastizales; y a los jornaleros como hormigas cumpliendo su faena bajo el sol. Los arboles, los cultivos, el ganado; el brillo del lago, golpeado por la luminiscencia del astro rey, las garzas que bajaban

sin ser convidadas; un par de alcaravanes. Y su repaso finalmente, se posó sobre un habitante natural de la hacienda: el enorme toro negro; su mirada se cruzó con la del animal, disimulado entre el anonimato de las ramas de los arbustos, auscultándolo con sus insondables ojos negros; hablándole en un lenguaje de palabras que no existían. Cajales, supo que los años se le habían venido encima, y que siempre llega un tiempo en que los acuerdos se acaban. Sintió que se le enfriaban las entrañas, que ante él se descorría el velo de una sentencia, que había desdeñado por décadas. Atrapado en las tinieblas sintió una profunda nostalgia, la posibilidad de perder todos sus logros, le avasallaba el alma.

No pudo más que arquear las cejas y girar para retomar sus banales disertaciones ¡Carajo… que le importaba el disgusto de Pura, o el juicio de su hija, de su sobrina y de todos! Sus preocupaciones eran mayores.

Entonces avanzó impetuosamente, hacia la puerta; con pasos firmes y largos. Introdujo la llave y abrió. El aliento se le henchía de melancolía; seguido cerró la puerta tras de sí y dejó escapar un prolongado suspiro.

El mediodía se había enclavado en la hacienda y el ceremonial del almuerzo iniciaba; las noticias en la radio revoloteaban hasta estrellarse con las paredes. A pesar de la hora, algunas luces estaban encendidas; miró a su alrededor y sintió que lo único que faltaba en aquel lugar, eran unos cuantos barrotes de hierro, para mutar en la ergástula que cobijara su tormento. Lo menos que necesitaba escuchar era algún reproche, y expeditamente avanzó hacia el comedor como acometiendo la presteza de un desafío. Múltiples ideas jugueteaban con sus pensamientos, risas que se burlaban de su suplicio; antes de ingresar al salón donde la mesa ya estaba dispuesta, se santiguó

ante la imagen de la virgen, que parecía sonreírle dispuesta en su pedestal de madera, apostado sobre el muro.

Con cada paso su ánimo desfallecía, mientras la silueta de su esposa y su sobrina, iniciaban a trazarse; sentía que por los poros del cuerpo escapaba vapor caliente. Pero ya se había aventurado en esa dirección, reversar no tenía sentido; las mujeres se habían percatado de su presencia y su único aliado en aquella casa, Agustín, se encontraba en la capital, atendiendo asuntos que resultaban prioritarios. Siguió con la mirada el camino que se hacía angosto, con la única promesa de la bruma que le aguardaba; al adentrarse en el salón se encontró con la espalda de doña Pura, sentada en su silla, y ante la mirada fisgona de Valentina. Finalmente, se detuvo frente a la mesa de madera caoba labrada, cubierta por un mantel bordado en fino hilo macramé. La claridad que se filtraba por la ventana, era como una exhalación ardiente que lastimaba los ojos; sabía que desprendía olor a tabaco y alcohol, y solo aguardaba la aspereza del recibimiento de su mujer. Debía parecer un cadáver embalsamado y puesto ahí como un macabro adorno; los ojos de la joven delante suyo se le clavaron encima.

—Buenos días, Pura—anunció a su llegada Cajales, mientras se arremangaba la camisa—

Desde el banco de madera donde se hallaba la señora, emanaba la animadversión hacia su persona; y sin respuesta a su saludo, se sentó al lado de esta, mirándola por un instante; aguardando que dijera alguna palabra. Luego al descubrir la ausencia de Margarita, indagó por ella.

Pero justo en ese momento, se oyó el sonido seco de un golpetear en la puerta; y al instante apareció Margarita, con

manifiesto semblante agitado; una vez llegó se sobrepuso y saludó a todos.

—¿Podría decirme señorita, usted donde estaba? inquirió Cajales.

—La muchacha hizo una pausa, y luego contestó serenamente.

—Estaba dando una vuelta por la hacienda.

La apuesta segura, habría sido un tremendo regaño, aun tratándose de algo insignificante; pero extrañamente al viejo cascarrabias, no se le ocurrió nada. Tenía la cabeza tan metida en sus asuntos, que resultaba un perfecto desconocido.

—¡Siéntese a comer!—ordenó enseguida Efraín, con un leve tono de obcecación.

Quizá estaba más cerca de explotar que nunca antes en su vida, tan solo aguardando la menor queja, para descargar toda su frustración sobre las mujeres sentadas a su lado; tal vez, ellas lo conocían tan bien que ninguna se atrevía a hacer el menor comentario. Sin embargo, algo mas estaba ocurriendo en ese rectángulo de madera, y doña Pura, lanzaba miradas tan afiliadas que cortarían la carne; pero estas no solo iban dirigidas a Efraín, ¿qué extraño ardid se tejía en aquel espacio? Pues cada vez que la señora ponía sus ojos en la sobrina, esta de inmediato agachaba la mirada con nerviosismo.

Cajales, con paliación observaba la escena, pero se hacía palmario en aquel enunciado de gestos que algo ocurría; se enredaba, desenredaba y entremezclaba un asunto, que de a poco había restado importancia a su propia fechoría de la noche anterior —

La señora de la casa se resistía en su frialdad hacia el hacendado, empero, de su boca no emergía reclamo alguno. Por el contrario, parecía que su rostro se contenía con fijeza en el accionar de su sobrina; Cajales, empezó a preguntarse qué seria, mientras echaba un vistazo a las manos trémulas de Valentina. Se sentía intrigado e irritado ante aquel molesto silencio envuelto en misterio.

Finalmente, el secreto sobrepasó su imperturbabilidad y la actitud renuente de su esposa.

— ¿Pasa algo Pura? — examinó.

Esperando ávidamente una respuesta que aclarara la intriga que despuntaba en el ambiente.

Por un instante aquella sensación de frialdad, preocupó a la propia Margarita, temiendo por sus reservados secretos. Pero la respuesta de doña Pura, no tardaría en madurarse; y desencadenar en la mirada de la joven Valentina, un torrente de angustia, que bombeaba desde su corazón aligerado hacia el resto de su cuerpo. La cuerda del enigma se hizo sutilmente delgada hasta romperse y mirándola con dureza, la señora dijo:

—¿Le vas a contar a tu tío, o tendré que hacerlo yo?

Los dados se habían lanzado sobre la mesa y la peligrosa apuesta estaba enunciada; de seguro no podría encaminarse sobre otros asuntos menos incómodos, ante la mirada intimidante de doña Pura, el gesto inmutable de su tío y el semblante circunspecto de su prima. Todas las emociones se le sobrecogieron en una, viviendo su infiernillo particular; cayendo de la cuerda floja hacia un suelo sin lona protectora. Una guerra consigo misma, que la hizo brotar en llanto; sin acertar palabras que consiguieran subsanar su pecado.

—Bien en ese caso…—sentenció la señora—como no eres capaz de asumir las consecuencias de tus propios pasos…

La mujer hizo una última pausa, apoyando una resolución auto expiatoria de la joven. Quien con la cabeza apoyada contra su brazo, apenas si conseguía elevar la mirada; derrotada ante la evidencia que la empujaba a terrenos ignotos y resbaladizos.

—¿Qué es lo que pasa Pura? Dime de una vez—exigió Cajales, examinando su rostro. Esta vez la mirada hiriente no fue para él. Doña Pura, era una mujer de modales excelsos, sus maneras eran refinadas; su ascendencia así lo había establecido. Y a pesar de los excesos en su conducta, aquella mujer, todavía conservaba la compostura al dirigirse a él.

Incluso, habló antes a su hija, para pedirle excusas por todo lo desabrido y grotesco que revelaría a continuación; pero como familia le pidió que estuviera presente.

A pesar del incontenible llanto, Valentina, estaba preparada para el ecuánime castigo que derivara su inadecuada conducta; ¡nada estaba bien! Pero tampoco intentaría ampararse de aquella música lúgubre, que la conducía por un panteón de lamentos.

El silencio terminó con un balbuceo de doña Pura, ante el inmóvil Cajales, que ansioso por conocer tales descargos; sonaba sus dedos contra la mesa.

Al segundo siguiente, luego de una breve pausa; inició la ejecución de lo señalado. Sería la tía quien revelara el motivo de tal alharaca.

Entonces Doña Pura, apoyando la mano en el tablón de madera, inicio su delineación de los hechos; observando antes que un alto porcentaje de culpa recaía sobre Cajales. Y que también él, era garante de la integridad de su joven sobrina.

Recordó así doña Pura, que siendo las dos de la mañana, hora en que el hacendado inundaba su cuerpo de alcohol y tabaco; había salido a dar una vuelta abrumada por el bullicio, el desconsuelo y la falta de sueño.

Mientras el jefe del hogar reía, y se solazaba con sus colegas; en su soledad había optado recorrer sola por la llanura. Dar un vistazo al descanso de los animales, detenerse un momento y cruzar alguna palabra con algunos de los peones; para luego avanzar en dirección de las caballerizas, sin saber la sorpresa que aguardaba en una de ellas.

—No habría dado crédito a tal incidente, si sus propios ojos no lo hubieran visto—

Luego de una pausa y un sorbo de agua, prosiguió su descripción la señora.

Cuando concluía su caminar y se disponía a regresar al cobijo de su techo, un gemir que escapaba de uno de los establos llamó su atención; calculando que podría tratarse de un intruso, o quizá, un depredador; armándose de valor, siguió la pista del sonido que se filtraba en el aire, hasta adentrarse en la majada. Donde examinó atentamente el origen de aquel murmullo, con la impaciencia de ser atacada por sorpresa y en un estado de completa indefensión. Mientras sus trémulos pasos se adentraban en la opacidad, múltiples ideas le cruzaban por la cabeza; pero entonces aun en la penumbra que albergaba el lugar, la tenue luminiscencia de la luna; le había permitido acertar algo que le sobrecogió más, que cualquier otro estupor que el azar le deparara. Al principio esforzándose para dar crédito a lo que revelaban sus ojos, algo que parecía emergido del peor de los ensueños; tal gimoteo no provenía del quejido de algún alazán asustado, sino que se trataba de la resonancia de vocablos placenteros, venidos de los labios de

Valentina; quien desnuda se daba al placer con un desconocido. Y a quien emergiendo de entre las sombras, había identificado claramente, como uno de los escoltas traídos por los amigos de Cajales.

Así, concluyó la abrasadora confesión de la patrona, ante el rostro atónito de sus oyentes.

Semejante revelación enojó a rabiar al gran hacendado, estremeciendo cada fibra sensible de su ser, como un otoño de emociones que desarraigaba su razón; las palabras de doña Pura, expresaban manifiestamente, la contradicción de sus actos. Su gran culpa en el actuar de la díscola jovencita, revelando su propio solaz, como el origen impulsor de tales actos. Un descuido imperdonable, y una venganza que no podría cobrarse; una mancilla mas para su malogrado poder. Empezó a ponerse como loco, de golpe saltó de su silla y atravesó toda la extensión del salón de extremo a extremo; la franqueza de aquel testimonio disipó su ebriedad, y sintió que la carne de su pecho, se abría como mantequilla trozada por un tajo férvido, desde donde su corazón se abatía derrotado; no existía calmante para tal dolor, porque ni siquiera sus manos podrían lavarse con la sangre de aquel infeliz; solo le quedaba beber aquel trago amargo, con toda la melancolía que traía consigo.

Envuelto en una fosca penumbra, sintió como un viento caliente le viajaba por el rostro; y la escena de las contrariadas mujeres sentadas en espera de una respuesta, aguardando con mirada atribulada su sentencia; representaba una iconografía lúgubre de su diezmado poderío. Le acogió el más profundo silencio, y en el umbral de sus labios las palabras se estancaron ¿Qué diría? ¿Qué podía decir? Jamás se había visto obligado a

cruzar tal transito, donde su voluntad de nada le valía; se sintió oprimido, quebrado, perdido; pasmado, embargado de frustración.

Perdía su ventaja sumido en una paradoja sin salida, en la crepuscular sentencia que el destino le planteaba; mientras el mundo parecía caérsele encima. En una infinita lista de amonestaciones a punto de estallar en su garganta, intuyó oscuramente, cobrarse la cuenta en secreto; arrancar la vida del abusivo, como si fuera posible mantener el velo de tal crimen. No obstante, sabía que era una quimera, donde se entreveía, la fantástica realidad emergiendo ante sus ojos ¡Estaba jodido! Y pronto su propia familia lo sabría. Por más que le atormentara la desfachatez de su sobrina, se encontraba dando vueltas en círculos, dentro de un laberinto sin salida. Se acertaba como un pez herido, luchando por vivir en medio de un estanque de pirañas ¡Que desventurado albur conducía ahora sus pasos!

Y en un breve arranque; una tentativa por recuperar su autoridad. En un irresoluto revoloteo golpeó con firmeza el tablón de madera, zarandeando el menaje que reposaba sobre este y bramó:

¡Valentinaa…!

Todos, incluso una criada que acababa de agregarse en el recinto, quedaron en silencio; en un perenne mutismo, que solo fue interrumpido por el revolotear de un perico bronceado, descendiendo sobre el ventanal. Un sentimiento de pánico subyugó a la muchacha; las manos se le enfriaron, una gota de sudor le corría por la frente y el estomago se le retorció de miedo. Algo muy malo estaba por allegarse, lo presentía. Evidentemente, su tío estaba muy molesto e indignado y todo su temor, seria refundido en el estallido que vendría a continuación, eso conjeturaba.

—¡Quisiera entender el por qué de tu conducta…!-se atragantó en un berrido el hacendado.

—¿Valentina?—expresó finalmente— ¿Puedes decirme si algo te ha faltado en esta casa, bajo este techo?

La muchacha tragó saliva y lo miró fijamente, ¿Cuál podía ser su respuesta? Se había metido en el establo con aquel hombre, simplemente, porque le había gustado; esa era la verdad. Pero tal confesión resultaba infundada en ese momento, y la vergüenza le subía los colores a la cara.

—¿Acaso has visto semejante conducta, en las mujeres de esta casa? ¿Por qué Valentina?—dijo casi sufriendo, en espera de una respuesta que no brotaba.

Por un instante, las mujeres notaron una inusual paciencia en el tono de Efraín, percibiendo en su voz un crujido de dolor. Valentina, se arrepintió enseguida, sintió un profundo tormento por su conducta; la desesperación de la traición que la condenaba. Y fue más severa su sentencia que la del propio Cajales, apurándose en llanto y en excusas.

—¡Tío, tía, Margarita…—Perdónenme, yo les juro que no vuelvo a hacerlo; soy una tonta, ustedes no se merecen esto!

Efraín, la examinó con mirada profunda, y semblante serio.

¿Cómo pudiste hacer algo tan estúpido? ¿Acaso no ves, todo lo que ocasionas con tu conducta?—prosiguió—¡esto no volverá a repetirse o te devuelves con tu mamá! Si lo que quieres es hacer tu voluntad, tendrás que hacerla en otro lado, pero no en esta casa—.

—No tío, le aseguró que es la última vez, yo le prometo….—

Tal vez, por primera vez en su comportamiento irresponsable e infantil, Valentina, experimentó hasta el límite de la

consciencia, como lastimaba a su familia; atormentándola con su proceder, inventando cada día una nueva forma de apenarlos. ¡Era mentira! se trataba simplemente, de un nuevo error; que tan pronto como comenzó pareció darse por solucionado. Y la real preocupación de Cajales, era el estatus quo de sus propios enredos legales.

¡Basta ya de esta farsa! Gritó Margarita, en un arranque de rabia ante el desenlace de los hechos; dejando a todos boquiabiertos y con mirada atónita, mientras se levantaba de su asiento.

Interpretando en aquel juicio, el duro vacio que separaba las formalidades de la relación de sus padres con Valentina, sobretodo de Cajales y la dureza con la cual cuestionaba cada uno de sus pasos; avanzó con furia por el pasillo en dirección a las escaleras, para coronar su cuarto y encerrarse en el.

—¡Margarita, vuelva a la mesa!—ordenó Efraín, sabiendo que eso no pasaría.

Al cabo de unos segundos la jovencita estaba tendida en su cama, sintiendo un profundo vacio en el alma; sin entender las razones inesperadas que fundaban la firmeza de su padre respecto de ella y la nobleza en relación con los asuntos de su prima ¿acaso la quería más a ella? Irremediablemente esta idea le cruzó la cabeza.

¿Por qué aquel concepto desorganizado de los adultos? En el cual lo poco era mucho y lo mucho venía a ser irrelevante ¿Qué justicia había en eso?

CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO

Aquellas contradicciones le hacían sentir tan lejana de su padre, como nunca había estado, sintiéndose vacía y miserable; en su corazón los sentimientos se le ahogaban, y dudada de su propio valer en esa enorme hacienda. Un conflicto de estima que le provocaba un desdeñoso animo hacia la vida. Entonces consideraba que era su propia culpa, por el débil carácter que tenia; y en su aislamiento le parecía que seguramente, debía manifestar las símiles conductas vergonzosas de su prima, para no seguir penosamente pisoteada.

Enseguida, apareció en el cuarto Valentina, con rostro apesadumbrado.

Margarita, la observó con afligidos ojos marrón, enmarcados en un circunspecto semblante; un tanto incomoda por la visita.

La joven inició a hablar enseguida, queriendo ahuyentar la neurastenia de su prima y desandar sobre lo sucedido.

—No se ponga así Maggie… ¿Usted está enojada conmigo?

—No lo sé—contestó secamente la muchacha—no quiero hablar de eso.

—Vamos, déjeme explicarle lo que pasó.

Margarita, suspiró y miró la hora en su reloj, luego levantó la cabeza y dijo:

—Vale…¿sabes qué? tranquila, el problema no eres tú.

—Pues no me parece—desacordó esta—yo sé que estuvo mal lo que hice, y no quiero verte así. Yo te quiero mucho.

—Mira, lo que pasa es que…no es lo que pasó contigo—dijo con voz triste—es papá. Tú misma has visto como me trata. ¡De todos modos que importa! Concluyó en tono imperativo.

—¡Claro que importa!, se trata de tu felicidad— afirmó la joven con tono afectuoso.

—¿Por qué lo dices?—indagó mirando con sus ojos penetrantes, conjeturando un contenido insustancial en esas palabras.

—Mira probablemente, mi tío no sea la persona más fácil de llevar, y a veces vivir con él, se convierte en una lucha de voluntades. Pero algo si te puedo asegurar: es que te quiere más que a nadie y solo busca protegerte.

Margarita, frunció el seño con gesto de incredulidad.

—¿Por qué crees que mamá me envió con él?—inquirió acercándose a ella y tomando su mano—

—No lo sé—

—Simplemente, porque ya no hablábamos, porque nunca teníamos un minuto para nosotras; empecé a sentirme tan sola que busqué en la calle el afecto que me faltaba. Pero tu mamá está aquí todos los días, y tu papá gran parte del tiempo; no te alejes de ellos. Los hogares perfectos no existen, pero tú tienes la oportunidad de crear algo bueno— afirmó Valentina, dejando escapar un suspiro, ante la mirada curiosa de la muchacha.

—Pero eres alguien que se nota feliz todo el tiempo—señaló Margarita.

—¿Lo crees? no es más que una máscara para poder vivir.

—No parece justo, deberías hablar con papá y decirle lo que sientes y que el hable con mi tía.

La joven se encogió de hombros, y sonrió.

—Linda, la vida no siempre es justa.

—Bueno, pero tú misma acabas de decir que la felicidad importa, y que cada uno la puede construir.

—Claro que sí, pero yo me siento feliz al lado de ustedes, que ahora son mi familia—admitió tajantemente.

Le impresionó conocer la sinceridad de los sentimientos de Valentina, estaba sentada frente a ella, tan distraída atendiendo sus reflexiones, que no advirtió en qué momento su malestar inició a sosegarse; emergiendo en ella una nueva esperanza, ante la mano que le tendía una joven que tenía prácticamente su misma edad, pero eones de vivencias mas allá de las suyas. Enseguida hablaron de otros asuntos notándose entre ellas una gran camaradería.

El paso de los días acrecentó esta cercanía, las muchachas se hicieron casi inseparables. Dos bellezas florecidas que adornaban la hacienda e iluminaban en secreto la mirada de muchos, entre ellos los ojos enamorados del joven Mateo, por su bella llanerita. Y en sus faenas, este, transitaba amansando bestias y advirtiendo cualquier segundo en que pudiera hallarla, en cualquier rincón del latifundio; aunque difícilmente lograban despojarle algunos minutos al tiempo. Se encontraban en un pasillo, en la pradera, el caney, los naranjales y limoneros; se observaban de lejos o rozaban sus manos al menor tropiezo. El vínculo que les unía se hacía más intenso, y a la vez más peligroso. Ya era tarde. Comprobaron que no podían estar separados y que la magia de la llanura cobijaba sus amoríos, increíblemente, Cajales, no se había dado cuenta; estaba tan inmerso en sus impaciencias que podrían haberse amado en frente suyo, sin que este lo notara. Pero como siempre, es cuestión de que el ambivalente destino decida lo más inesperado. Nadie en la hacienda a excepción de Valentina, y el mono, conocía el secreto de aquellos amoríos; a pesar de la evidente inquietud de las miradas. Y sus dos celestinos temían por ellos, entretanto Mateo,

componía durante las noches en su soropo, versos de amor para su amada, que le emergían del alma.

En las faenas y el trabajo de llano, sus manos se hacían diestras; sujetando con habilidad las riendas de los salvajes cimarrones, hasta lograr ensillarlos, y ponerles la barbada. Era un muchacho bragao[92]**,** cuyo brío empezaba a despertar la confianza del caporal, la admiración de los caballiceros y el interés las mozuelas hijas de los peones y jornaleros, con sus marcados rasgos llaneros. El joven Mateo, era el más hábil de todos en aquellas lides, siempre activo; su postura era natural y segura al comunicarse con la bestia y tiraba de su habilidad y filosofía para formar un vinculo con este; una relación basada en la confianza. La doma por supuesto, era una labor de tiempo y paciencia, en la que debía interpretar con pericia las señales dadas por el animal; su tranquilidad, su alarma, el miedo, la sensibilidad y todas las señales que un indocto del tema, pasaría por alto. Su mayor habilidad era la paciencia, hasta hacerse amigo del caballo, para luego con sus manos desnudas reducir a un animal salvaje y hacerlo manso.

Pero aquella tarde era diferente a las otras, en la madrina[93] que había llegado el día anterior a la hacienda, venia un cimarrón con ojos de bravura pocas veces vistos; su aspecto era exuberante, su crin regia y su musculación intimidante. Desde que ingresó al establo, estaba dando problemas e inquietando a los otros animales; por lo cual Cajales, dio la orden de domarlo de inmediato, aunque aquello pareciera una locura. Por supuesto, nadie evadiría una orden directa suya, y para una misión con semejante riesgo, el indicado era Mateo.

---

[92] De rasgos marcados, masculino, varonil.

[93] Lote de caballos.

Apenas si consiguieron los peones llevar aquella fiera hasta el domadero, Mateo, tras echarle un vistazo somero y luego de santiguarse se adentró en el encierro, ante la mirada atenta de sus compañeros y también del patrón, que iba acompañado por su esposa, su primo, Valentina, y Margarita.

Antes de iniciar dio una ojeada a sus espectadores y se sintió complacido de acertar los ojos expectantes de su amada, todo saldría bien, ya lo había hecho antes—pensó.

—Que le vaya bien, que Dios, lo proteja—murmuró la bella llanera.

Pero lo cierto era que ningún ensalme,[94] habría servido para salvaguardarlo de aquella bestia, que corcoveando aparentaba un indócil trueno de energía. El vaquero se acercó a este susurrándole para tranquilizarlo.

—Tranquilo… chicoo…chicoo…chicoo—no pasa nada.

Margarita, lo siguió con la mirada plena de sentimientos de angustia, asombrada de la actitud serena y valiente que demostraba.

El muchacho se sacó el sombrero, lo sostuvo en la mano y lentamente, ingresó en la zona de seguridad del caballo que corcoveaba inquieto; su anatomía, su complexión y su carácter eran disímiles de otros animales que había entrenado. Por eso no sabía cuál sería la mejor forma de tratarlo, no tenía un as bajo la manga en caso de que el cuadrúpedo de más de cuatrocientos kilos, se tornara demasiado brioso; solo podía confiar en su instinto e interpretar las señales que revelaba la postura del equino: su cabeza, orejas, ojos, cola; el estado de ánimo que revelaba cada movimiento sutil o salvaje. Pensamientos e intenciones que solo aquel conocía, negándose a ser domado con evidente impaciencia, entre bufidos, patadas, saltos y cabezazos; caballo y jinete se leían

[94] Rezo, oración.

los pensamientos uno al otro. Aquel era un equino que no aceptaría imposiciones, declinaba aceptar un líder, era demasiado libre; pero de a poco pareció nacer la sinergia entre ellos. De pronto, Mateo, retrocedió un par de pasos, mientras los espectadores atendían curiosos aquel ritual; finalmente, las erguidas orejas del cimarrón declinaron, señal que el joven llanero interpretó como el momento adecuado, para montarlo; poniéndole antes el bocado entre los dientes y calzándole luego la brida de cuero, ante lo cual el equino pareció acceder dócilmente. A continuación vinieron los aparejos y la silla, y de inmediato echó la pierna por encima del lomo del enorme animal; en la convicción de formar un magnifico centauro. Empero, no había terminado de subirse el pobre llanero, cuando el caballo como loco, fiero e indócil empezó a dar violentos saltos; y liberado de la soga de conducción echó a correr contra los postes del corral.

—¡Qué pasa Camarita!—gritó angustiado el mono a su amigo, que apenas si lograba sostenerse.

Y Margarita, viendo aquel caos no necesitó más razones para desprenderse del brazo de su madre y correr indiscretamente hacia la zona de doma. Con la falseta enredada en la mano, Mateo, se esforzaba en recobrar el dominio; pero inesperadamente, cuando logró soltarse voló por los aires, impactando al instante contra el suelo, y sobre el descargó todo su peso el crispado equino; en una oleada de desvarío incontrolable. En una oscilación nerviosa sintió el domador escapársele el aire ¡sus costillas debían estar rotas! Y un hormigueo de dolor le penetró cada fibra del cuerpo; sintió que las entrañas se le despedazaban. Y el sol cegándole los ojos, se sentía como una marea de fuego; el ramalazo le henchía los sentidos y sintió desfallecer por un momento, mientras sus parpados se cerraban.

—¡Carajo…se panquió[95] el muchacho!—gritó un jornalero, mientras varios de ellos corrieron en su auxilio, aterrorizados por la idea de ser agredidos por el indomable equino, que todavía pataleaba y enterraba los cascos en el suelo de forma intimidante.

Tendido sobre el suelo abrió de nuevo de los ojos el joven llanero; todo a su alrededor era un tremendo galimatías, Incomprensible, caótico. Giró la cabeza y su mirada se encontró con la imagen de los arboles a lo lejos, y al segundo con el rostro aterrado del mono y otros compañeros ¿qué desbarro había cometido con aquella bestia?

—¡Mateo…Mateo…! compai, hábleme ¿se encuentra bien?

—Sí, mono, ayúdeme a parar— pidió asistencia.

Cuando se sostuvo sobre los brazos de este y otro peón, un nuevo cosquilleo doloroso le recorrió el tórax y el abdomen; su mirar estaba desorientado, todo le parecía ajeno.

—¡Salgan rápido!—ordenó el caporal, mientras el cimarrón iniciaba a agotarse y corcoveando un poco, descargaba su frustración en cabezazos contra los postes de madera del encierro.

¿Qué le pasó Mateo, se encuentra bien?—preguntó una dulce voz que pareció valerle de analgésico, levantó la mirada y se encontró frente al rostro de su amada.

—Sí, Margarita, estoy bien, fue solo un golpe.

Se sintió estremecido por el encanto de esa amorosa devoción. Ella lo miró entrañablemente, en un mezclarse de emociones, premiando su esfuerzo con una tímida sonrisa; pero es ese instante, Mateo, distinguió detrás de las cabezas que lo socorrían, la mirada de Cajales, quien extendió la mano y afianzó a

[95] Se murió.

su hija por el brazo, y sin detenerse la desencajó del tumulto; sin pronunciar palabra. El joven la siguió con la mirada, entonces apoyó su peso sobre el hombro del mono y se enderezó por completo, dejando escapar un alarido de dolor.
En ese momento apareció su sombrero de regreso completamente empolvado. Permaneció estático por un momento, dando tiempo que el malestar amainara; entonces inesperadamente, pidió que abrieran los postigos de nuevo. Sus compañeros intentaron, en señal de total desacuerdo, evitar tal locura; pero resultó inútil. El muchacho no habría conseguido dormir ese día si no lo intentaba de nuevo. Se sacó la tierra de encima y se dirigió en dirección al caballo, con todo se había incorporado y al parecer intentaría guesiar[96] a la bestia estando abajo.

—¿Como está el muchacho? —retumbó entonces la voz de Cajales, detrás del tumulto de asistentes.

—Bien patrón, contestó Rubén Darío, mire no mas, va intentarlo de nuevo.

—Ese muchacho es valiente, Margarita—dijo su padre mirándola fijamente—pero usted es mi hija, y no quiero que vuelva a acercarse a ninguno de los peones ¿queda entendido?

—Pero papá…

—¡Pero nada carajo, nada de peros!

Reconoció en la voz de Efraín, una fría sentencia. Lo observó con mirada inquisitiva y ahogó un suspiro en su garganta, luego inclinó la cabeza murmurando.

—¿Qué dices?—inquirió el hacendado.

---

[96] Colear a pie.

—¿De qué?—alzó ella el rostro exhibiendo una mueca de rabia, sin sacarle los ojos de encima.

—Mira, niña, a mi no me vengas con tus rabietas, que tengo asuntos más importantes de que ocuparme.

—¿Cómo cuales? emborracharte con tus amigos, que todos parecen mafiosos?

En ese momento sintió que una bofetada impactando contra su rostro, le cortaba el aliento.

—¿Efraín, que pasa con la niña?— intervino de inmediato la madre.

—No te metas, Pura, esta muchachita va a aprender a respetarme, así me toque arrancarle a golpes las alas que ha cogido últimamente.

—¡Pero qué fue lo que pasó! esa no es la manera—exigió la señora.

Margarita, temblaba conmocionada y se sobaba la mejilla, mientras los que estaban cerca y habían presenciado la agresión, simplemente, guardaban silencio.

—Es la última vez que me contestas de esa manera ¿entendido?

La joven asintió, con aliento trémulo y a punto de brotar en llanto. Reflejando en sus ojos un gran resentimiento.

Cajales, giró como si nada, para observar el nuevo intento de Mateo.

—¡Margarita, vámonos!—ordenó doña Pura—aquí no estamos haciendo nada.

Efraín, hizo un amago por detenerlas, pero de inmediato le lanzó una mirada a la negra Mercedes, quien también estaba con ellos, para que las acompañara.

El joven llanero estaba de espaldas y no se enteró que su bella llanerita se alejaba; ni tampoco supo lo ocurrido. Ella lo siguió con la vista mientras avanzaba hacia la casa, entre sentimientos contradictorios; y con la reafirmada convicción de abandonar la hacienda. Se sentía desesperada, presa de una necesidad imperiosa de liberarse; sin cruzar palabras con su madre, apenas se adentró en la vivienda, escapó hacia su cuarto. Lo único que ansiaba era estar sola.

Entretanto, Mateo, sentía el pecho encendido, no solo por el dolor físico sino por la rabia de su orgullo herido; empero, no veía al cimarrón como su enemigo. Quizá sus instintos habían fallado, tal vez el animal le había dado un mensaje, que el mismo no había comprendido. Pero ahora, el caballo, parecía estar dispuesto, sosegado; su mirada salvaje mutaba hacia un bienhechor atisbo. Esta vez no quería enfrentarlo, simplemente, observaba al jinete con ojos sorprendidos; acaso como si le asombrara el ímpetu de aquel muchacho que ansiaba domarlo. La voz que le hablaba no era desconocida, y replicaba con suaves bufidos sus retintines; de vez en cuando agachaba la cabeza y adelantaba suavemente una de sus patas. Al llegar al equino, Mateo, lo tomó con sus manos y ajustó la brida, recordó los golpes de hace solo un instante, pero no sintió rencor alguno; estaba bien que aquel brioso animal le demostrara, que aun siendo el mejor jinete, el más hábil y ligero, todavía quedaban aspectos de la doma por aprender. Pero cuando intentaba montarlo por segunda ocasión, un acalorado y enfurecido fuego se le deslizó por el estomago medio, como si le destazara las entrañas y una

sensación de escalofrió le trepó hasta la cabeza. Sintió que las piernas se le deslizaban sin aliento, y desde su posición, le era imposible llegar al lomo del caballo; un dolor punzante le infligió de inmediato, precisamente cuando creía todo controlado. Había vivido de milagro, y sin duda, era una necedad intentar trepar ese animal de nuevo; sus sentidos lo revelaron cuando cayó de rodillas al suelo, convergiendo todos sus dolores. De inmediato, elevó la mano en señal de aviso, mientras el dolor se hundía en lo profundo del cuerpo, resultando un verdadero tormento. Pronto todos percibieron la gravedad del caso, fue socorrido y de inmediato traslado en una de las camionetas del patrón, hacia la clínica del pueblo.

El viaje le resultó un torbellino de pensamientos, sin orden alguno; deliraba y perdía el sentido, pero su suprema voluntad lo hacía despertar de nuevo; el corazón le latía y por primera vez los ojos se le enjugaban de llanto, recordando a su amada madre Rocío; contemplando las iconografías de los años junto a ella, para pasar luego, a las imágenes del arrayan donde cantaba coplas a su llanerita. Luego, despuntaba la imagen del lago, el cielo azul, las garzas, los alcaravanes y las frases de amor de su llanerita, capaces de expresarlo todo. Lo que había sido su mundo cruzaba ante sus ojos, como si el corazón se le abriera dejando escapar libres sus sentimientos.

CAPÍTULO VIGÉSIMOCUARTO

Pero descuiden, Mateo, no murió ese día. Despertó a la mañana siguiente en una habitación blanca, frente a una ventana

cubierta con una cortina de puntos de poliéster, por la cual se filtraba una intensa luminiscencia. Se la pasó veinte días internado, recuperándose de sus graves heridas. Inmerso en una profunda tristeza, preocupado y solo. Haciéndose responsable por todo lo ocurrido, atribuyendo la tribulación a su propio descuido ¡Cuan necio había sido!

Sin embargo, no todo eran malas noticias; a pesar de las cuatro costillas rotas, un pulmón perforado y algunos traumas menores en tórax y abdomen. Pues dada su juventud y vitalidad, había un buen pronóstico de recuperarse. Y estando en aquella camilla de hospital, entendería que Dios, sabe como hace sus cosas.

Cuando la cortina de la habitación se entreabría, lograba ver la cúpula de la iglesia, coronada por una alargada cruz, y se distraía en esta imagen que le infundía el alma de esperanza y expectativa; confiando ser interrumpido por la visita de su bella llanerita. Quería convencerse que así seria, aunque de fondo sabia lo etéreo de estas aspiraciones. Pero al cerrarse el cortinaje, las paredes blancas del cuarto se hacían frías, hostiles; sumiéndolo en la soledad, encubriendo el brillo del sol, soslayando su positivismo.

Eventualmente, ingresaba alguna enfermera o el propio medico y le recordaban la fortuna de no haber muerto; explicándole que el fuerte impacto asestado por el animal, podría haber destrozado algún órgano vital. El muchacho simplemente, les prestaba atención con los ojos bien abiertos y sonreía con gesto de agradecimiento su asistencia.

Esos días en cama le descontrolaron el sueño, a veces despertaba a la madrugada hundido entre las frías sabanas, con la sensación de querer escapar de aquel lugar; nadie más, a excepción del personal médico y la vieja Carmela, que cada que iba lo sermoneaba, había cruzado hasta entonces la puerta, para ir a

visitarlo. Alzaba la mirada, y contemplaba en silencio el techo y las paredes, con un nudo en la garganta que le provocaba ganas de llorar. Y en esas noches de insomnio pensaba en su llanerita, imaginando que caminaban libres por un bosque florido; mientras los brazos y las piernas se le adormecían por la incómoda postura y cada tanto, un leve tosido le provocaba una penetrante dolencia. Pero la mayor aflicción era la que nevaba su corazón, sabiéndose solo, con la ventana como única compañía; y en su mente emergían múltiples pensamientos a causa de tal revés. Empero, no se lamentaba, y seguía considerando que el asunto era un castigo a su imprudencia y que tal vez, Dios, siendo sabio, intentase explicarle algo que hasta entonces no entendía.

Sin embargo, a los ocho días de estar internado, y cuando menos lo esperaba, apareció en horas de la tarde una visita. Se encontraba sentado dando cucharadas sobre una sopa de verdura, cuando fue distraído por unos pasos que se aproximaban a la puerta; al girar el picaporte dedujo que se trataría del médico que lo atendía. Pero como un milagro que florecía, asomó bajo el marco la silueta de Dumar, el padrote; su antiguo compañero de la mina. Mateo, le echó un ojo sin dar crédito a lo que veía, el visitante pronto se acercó y le rodeo el cuello en un afectuoso abrazo.

—Camarita, que me le pasó, ¿se durmió en la paja[97]? Vea como quedó.

—Ayyy, padrote, no me haga reír que me duele. Pero qué gusto tenerlo por acá y ¿ese milagro?

El amigo se sentó en una silla al pie del lecho, y conversaron largo rato; recordando viejas épocas, borracheras y amoríos.

---

[97] Se distrajo, se despistó.

—¿Y cómo le está yendo en la capital, camarita?—indagó el muchacho.

—Bien, Mateo, es todo muy diferente. No es tan bonito como el llano, pero no nos digamos mentiras, acá escasean las oportunidades.

—Me enteré que está trabajando con el viejo Cajales—continuó enseguida.

—Si compai, ya llevo algunos meses, y no puedo quejarme; al menos tengo un buen trabajo.

—Oiga, camarita ¿y qué pasó al fin con la hija del hacendado?

—Padrote, yo con esa niña estoy más comprometido que los toros de mayo[98].

—¿Como así? ¿Y el viejo ya lo sabe?, ¿les dio la bendición?

—No camarita, eso sí…por ahora…nos toca tenerlo `guardao´ como rabo 'e morrocoy[99].

Su amigo no le quitaba el ojo de encima, escuchando aquellas disertaciones, y cada tanto le alcanzaba el vaso de agua para la calmarle la sed. Así pasaron los minutos hasta culminar la hora de la visita y se afligieron en el momento de la despedida. Pero intuyendo que ningún favor se hacía Mateo, al quedarse en esas tierras y persistir en los obstáculos de un amor prohibido; Dumar, antes de irse le hizo una propuesta.

—Camine pa´ la capital conmigo, Mateo; allá hay muchas mujeres y de pronto se interesa en alguna. Además, se puede conseguir un buen trabajo.

[98] Compromiso serio y firme.

[99] Bien escondido, oculto.

Pero bastaba mirar en los ojos del muchacho, para apreciar sus firmes intenciones; no había rodeo en su sentencia y si salía algún día del llano, seria con la mano de Margarita, tomada de la suya.

Y con este retrato vívido en su mente, se despidió de su buen amigo, estrechándole la mano y prodigándole luego un abrazo.

Todo parecía estar saliendo bien, pero llegada la noche tuvo una pequeña recaída, a causa de una infección acompañada de fiebre y escalofríos; despertó al alba y al abrir los ojos se encontró con el rostro de una enfermera refrescándole la frente, asistida de un paño húmedo. Por un instante la observó desorientado, pero ella le explicó pacientemente lo ocurrido; asegurándole con una sonrisa que no era grave y estaría recuperado pronto. Al instante le tomó la presión, e inyectó un medicamento para calmar el dolor, dentro de la bolsa de suero; y apaciblemente dejó la habitación. Al poco tiempo, Mateo, volvió la cabeza hacia un costado y se quedó dormido de nuevo.

Y su ensueño representaba extrañas imágenes, que se entremezclaban entre el placer y el miedo; viéndose a sí mismo, primero, tomado de la mano de su amada y luego corriendo entre las murallas de los morichales; bajo un cielo gris oscuro, envuelto en sudor hasta alcanzar una cueva.

Despertó sobresaltado con sensación de dolor y ahogo, reparando con la mirada la habitación, y un claro de luz que se filtraba por el bisel de la puerta, contrastando con la luminosidad un poco más tenue de su cuarto. De pronto, como venido del cielo, lo distrajo la inesperada llegada del mono. Que como un pájaro sisiri lo mirada a la distancia, con la puerta medio abierta. Y con una broma se adentró en el salón clínico.

—¡Ya puede soltar el caballo, Mateooo!

—Carajo, compai no me haga reír— dijo llevándose la mano al pecho, con un gesto de dolor.

—La próxima me avisa para amadrinarlo[100]—dijo sonriendo y estrechándole la mano—¿Cómo se siente?

—No…camarita, ese bendito cimarrón me puso a parir morocho—

—Sí, caray… mire como lo dejó—observó el visitante—pero ¿sabe una cosa? el bendito animal quedó domado.

—¿Queee…? No invente camarita, si ese animal apenas lo deje gavelear, mire como me dejo—expresó con incredulidad el muchacho.

—En serio compai, ¡agárreme ese trompo en la uña![101], ese caballo ahora está todo galapaguero[102].

—O sea que el mañoseo era conmigo, mono, y apenas me dejo lleno de chichos quedó tranquilo.

—Pero y bueno, ¿en la hacienda como están todos?— inquirió Mateo, con la sonrisa pintarrajeada en el rostro, anhelando noticias de su amada.

—Pues, joven. Buenas horas las que pasa usted aquí, porque eso en la hacienda está como maluco.

—¿Cómo así mono y eso por qué?

—Yo creo que el patrón y la patrona andan como agarraos.

—¿En serio? —Preguntó Mateo.

---

[100] Acompañar en otro caballo, a quien está domando

[101] En sentido figurado, como le parece.

[102] Caballo muy manso.

—En serio—asentó el mono guiñando el ojo.

—Pero… espere un momento, antes que se me olvide—indicó el convidado—¿Que creyó? ¿Que vine a visitarlo porque me hacía mucha falta?—y extrayendo un sobre de su bolsillo continuó—vea, que aquí le manda la patroncita.

Mateo, se sorprendió y río con evidente satisfacción, admirado de que su llanerita lo recordara y se tomara esas molestias; sintiendo el corazón acelerarse, sacó del sobre el perfumado contenido que este guardaba, y descargó su mirada plena de ilusión sobre el papel, iniciando a leerlo, pero se detuvo al instante.

—Ahora más ratico lo leo. ¿Pero y que más tiene pa´ contarme?

—¡Está bien, joven!—asentó el mono y respondiendo a su pregunta observó:

—Los compañeros todo lo mismo, le mandan muchos saludos y le desean que se recupere pronto.

El llanero lo observaba mientras las palabras iban viajando hasta a sus oídos, la charla parecía atenuar sus dolores y apenas era consciente del ramalazo, que le ocasionaba el roce de los músculos con las maltrechas costillas.

En ese instante ingresó una enfermera.

—¿Como está mi paciente?

—Bien señorita, ahí mejorando—respondió—y señalando al mono lo presentó con la asistente.

—Este es el mono, un compañero del trabajo.

—Hola ¿cómo le va?—saludó la bella señorita.

El mono miró exánime semejante belleza, y lanzó uno de sus habituales galanteos.

—Con esta atención, voy a ver si la próxima semana me enfermo camarita.

La joven sonrió, mientras daba un par de golpecitos suaves sobre la bolsa de dextrosa y preguntaba amablemente, si el muchacho sentía demasiado dolor, para así aplicar algunos calmantes.

—Estoy bien, señorita, gracias por sus cuidados—masculló Mateo.

La enfermera dejó el cuarto avanzando lentamente, y mientras salía; la mirada del mono se clavó en su modelado cuerpo, hasta que cruzó la puerta.

—¡Mejor cuidado no podría estar joven!

—Si—dijo el llanero, apenas con un hilo de voz, que evidenciaba que solo tenía ojos para una mujer.

El mono se portó muy bien durante la visita, relatando cada detalle que con curiosidad escudriñaba Mateo; podría haber conversado el resto de la tarde, pero el jornalero debía regresar a sus labores. Sabía que pronto le darían de alta, pero sentirse sujeto a esa cama y al encierro lo acongojaba.

—Mono me le da saludos a todos, sobre todo a mi Margarita.

—Descuide joven, yo le digo.

—Prométamelo.

—Sí, camarita, no se afane—afirmó—ella misma me pidió, que le diera todo detalle sobre cómo estaba usted.

Mientras hablaban, ingresó el médico a revisar al paciente, y el mono apuró su partida, mirando a su amigo. Y apretando su

mano, se despidió luego del galeno, para entonces abandonar el cuarto.

Después que el doctor verificó que todo estuviera en orden, y una vez quedó solo, Mateo, se dio a la tarea de leer la misiva, aun cuando se sentía agotado; ya que los besos que aquellas amorosas líneas prodigaban, parecían viajar por el aire hasta sus labios, vivificándolo; obstinándolo en sus sentimientos, vigorizándolos; reafirmando su pacto de amor. Entonces, Mateo, escuchó su propia voz recitando versos:

De germen vivo provengo, y en el llano
mi nombre digo. Soy hijo del piedemonte,
que ha sido siempre mi nido; como llanero
curtido por el sol y los corriós, no tengo miedo
de nadie sea guayupe, padrote o entelerido.

CAPÍTULO VIGÉSIMOQUINTO

En cambio, en la hacienda Cajales, la brumosa realidad iniciaría a pervertirlo todo. Después del almuerzo, Margarita, fue hasta su habitación; como todos esos dilatados días, sintiéndose desolada, sin tener noticias de su amado. Contando los minutos, en la ansiosa espera del arribo del mono, y acariciando contra su pecho el pequeño dije del pájaro azul, que Mateo, siendo niños, le había regalado.

Un ruido en la puerta la hizo sobresaltar, mientras avistaba por la rendija de la ventana los últimos rayos de luz que el

atardecer dejaba escapar. De pronto, con un semblante que denotaba el más extremo abatimiento, apareció en su cuarto doña Pura; quien se sentó a su lado, prodigándole un abrazo que la conjurara de tal languidez. Su mirada reflejaba la derrota, el fin de un cuento de hadas, la calidez de la vida perdiéndose en la penumbra.

La mujer y su hija se sentaron juntas al borde de la cama, y sus pequeñas manos se unieron en un lazo entrañable; la madre lloraba, mientras la joven prestaba atención a sus gestos, aguardando que ella misma diera luz a la razón de tal sufrimiento. El ambiente flameaba de angustia y la mirada sin brillo de doña Pura, evidenciaba un acaso preocupante; que Margarita, no entendía ni conseguía desentrañar mientras ensayaba consolarla.

—Mamá ¿que tiene? ¿Qué le pasa? dígame algo—invitó la joven.

Si doña Pura, hubiese podido definir todos los sentimientos que la agobiaban en uno, tal vez sería frustración; el doloroso enojo por su inocencia. La contradicción de sus sentimientos por un hombre, junto al que seguía sin saber por qué; la causa de sus angustias, de sus quebrantos de salud, tenía un nombre: Efraín Cajales, por quien su amor había mutado en miedo.

Sí; desconfianza, miedo, incertidumbre, tristeza; un dolor que le consumía el alma, y que solo el amor de su hija, a veces distante, conseguía paliar. Lo que experimentaba era una sensación casi infantil, de resguardarse en los brazos de aquella; mientras batallaba con su propia conciencia sin saber qué hacer. Por eso de sus labios no emergían palabras, que describieran la actitud reprobable y corrompida de quien era padre y esposo.

Subió la mirada gradualmente, tan velada que ni siquiera las lagrimas le daban brillo; la cabeza y el alma se le atiborraban de angustiosos sentimientos, acompañados por el estremecimiento que le recorría las entrañas; subiendo por la garganta hasta convertirse en amargas arcadas, en agobios de bilis. Experimentaba una dolorosa vergüenza al desafiarse ante su hija, con semejantes revelaciones; como si fuera su culpa. Pero más injusto consideraba, era ocultarle una verdad que por su propio peso caería, desplomando aquel imperio a su alrededor.

Así, abatida por esa cargante y repulsiva emoción, que se entremezclaba con sus sentimientos de culpa; llevó su mano hasta un legajo de papeles de traía consigo. Eran unas copias en blanco y negro, con emblemas distintivos y fácilmente reconocibles, de un par organismos judiciales del estado. Al extenderlos hacia Margarita, sintió que obraba de abogado del diablo, y en un desesperado impulso se sujetó al brazo de la muchacha y rompió en llanto.

—¡Este es tu padre…por Dios, que ha hecho!

—Pero…mamá ¿Qué es esto?—indagó la muchacha sorprendida, mientras tomaba los documentos y abrazaba a su progenitora, otorgándole consuelo.

Con cierta indiferencia y asombro, procedió la muchacha, a leer las líneas que brotaban de los manuscritos; y no había concluido la primero hoja, cuando sintió que un viento gélido le recorría el cuerpo. Su mirada floreció de angustia, y sus manos temblorosas descargaron el asunto a un lado de la cama.

—Mamá…no puede ser cierto— farfulló sobrecogida.

Ahí estaban frente a ellas, unas líneas que revelaban el verdadero carácter de Efraín Cajales; era como haber vivido todo

ese tiempo con el demonio sin darse cuenta. Por un instante, Margarita, permaneció con el corazón roído y la mirada perdida, queriendo anular tal pesadilla que aparecía ante sus ojos.

En aquel legajo de papeles, se describía en detalle una investigación de varios meses contra el hacendado; por concierto para delinquir y traficar estupefacientes, alianza con grupos al margen de la ley. Y más estremecedor aun para su familia, por homicidio. Y era esta una gigantesca carga emocional que se abatía contra las dos mujeres, disparándoles una verdad inesperada en el rostro.

Detrás del temperamental hombre que había sido señor y juez en esas tierras; se encubría una fisonomía tan oscura, que las arrastraba a su paso. Y Doña Pura, habiendo ganado la atención y comprensión de su hija; inició el relato de las pesquisas que la habían conducido a tan margo y terrible hallazgo.

Aseguró no estar enterada de las actividades de su esposo, que con ingente hermetismo protegía sus asuntos. En días pasados la señora había tenido una recaída en su salud, con malestares y arcadas que la hacían levantarse en la noche; y unos de esos crepúsculos en que su propio cuerpo se ensañaba en hacerle daño, al despertar, había notado la ausencia de Cajales; lo cual le causó extrañeza a esa hora. Empero, asumió que el insomnio lo habría empujado hacia su estudio. De modo que con el ánimo de no importunar a las criadas, ella misma había decido salir y preparase una infusión de limonaria.

—Aún no tenia certeza, pero por simple intuición avancé en la tentativa de verificar si Efraín, en efecto se hallaba en su despacho; entreabrí con sutileza la puerta y lo acerté sentado en su silla, sosteniendo el teléfono, con evidente semblante

descompuesto y al parecer, mantenía una intensa discusión con quien estaba del otro lado de la línea.

—De cualquier modo, en ese instante no había dado mayor trascendencia al asunto; y decidí seguir mi camino hacia la cocina. Sin embargo, una palabra de esa conversación quedaría dando vueltas en mi cabeza. Luego de preparar la bebida regresé al cuarto, sin conseguir recuperar el sueño, y a los pocos minutos arribó él, recostándose al extremo de la cama.

Margarita, escuchaba atenta, con un amargo desasosiego a cuestas; en esos instantes pensaba que lo mejor habría sido huir hace tiempo de aquellas tierras; ser libre. Entonces las palabras de la señora aleteaban dentro de su cabeza y le hacía daño saber lo que a continuación vendría, despertándola del falso ensueño que había sido su vida.

Días después, una mañana estando en el comedor, tan solo en compañía de la negra Mercedes; sabiendo que Margarita, llegaría más tarde, decidió buscar a Efraín, en el estudio; ignorando que no lo encontraría. Luego de subir la escalera, abrir la puerta, y avanzar un paso hacia el interior; la conversación de Cajales, sobrevino inmediatamente a sus pensamientos. No le pareció correcto adentrarse en los terrenos privados de su esposo, pero sencillamente, la curiosidad le había ganado la partida; no obstante, en el fondo buscaba una reconciliación a sus dudas, despejar cualquier indicio de sospecha que emergiera en su ánimo; interceder ante sus dudas, y recobrar la imagen lejana que conservaba de él. Con la conciencia intranquila hurgó aquí y allá, en pro de la nueva alianza que anhelaba; pero lo único que halló fueron documentos, pagos, apuntes. Una agenda telefónica, y dentro de un cajón lo más infausto que sus ojos hubieran visto; citaciones, y los documentos que ahora tenían consigo. Salió del

salón conservándolos consigo, con el fin de confrontarlo; fortalecida en la convicción que esta vez merecía una explicación por su maligna conducta. Estos hechos venían de hace tan solo un par de días, coincidiendo con el tiempo que Cajales, se había ausentado por asuntos de negocios. Y ese atardecer la angustia condujo sus pasos hasta su hija.

Pero apenas concluyó esta referencia, el clic del interruptor de la luz sobre las escaleras, las distrajo; doña Pura, se esforzaba por contener el llanto de sus ojos, y Margarita conmovida, intentaba dilucidar si todo aquello, no era más que una pesadilla. Que quizá, mañana despertaría dándose cuenta que todo era resultado de sus sueños. Pero en el fondo sabia cuan real era y sentía un profundo miedo por lo que viniera.

El crepitar de la puerta, seguido por el sonido del picaporte girando, anuló sus pensamientos; articulándolos en un sobresalto. Con inquietud, ambas miraron como lentamente la tranquera se deslizaba, agitada por el impulso de una mano; y la luminosidad delineaba sus siluetas en el muro.

Finalmente, la puerta se abrió de golpe y apareció frente a ellas Efraín Cajales, observándolas con mirada aguda y entreviendo en la cama los documentos; sorprendidas y mudas las mujeres vieron como el hacendado se aproximaba, y a medida que lo hacia la excitación en su semblante era evidente; su rostro era áspero y su mirar indignado.

Con sorna, la jovencita intentó ocultar el legajo bajo unos cojines; el temor la invadía, sabiendo que junto a ella estaba la razón de la visita de su padre.

—¡Margarita, entrégame eso!—ordenó Efraín.

—¿Qué cosa papá?

Pero Cajales, estaba tan irritado que esa insulsa pregunta, le hizo estallar en cólera; y con violencia, el mismo, extrajo los documentos sin que ella pudiera hacer nada. Después de eso, todo se transformó en un caos; el enardecido ánimo del patrón convirtió a su esposa en el enemigo. Todos sus instintos salvajes afloraron fuera de sí; con la mirada desorbitada, entre gritos y reproches la tomó por el brazo. Margarita, quiso intervenir y evitar la terrible reyerta, pero de poco sirvió su quijotada, terminando tendida en la cama de un solo empujón.

Con palabras insultantes arrastró el hacendado a su esposa fuera del cuarto, dejando a la hija con la frustración de no poder amparar a la madre; pues cuando reaccionó y quiso hacerlo, se encontró con la puerta cerrada con seguro.

Y en la penumbra de su encierro, solo conseguía escuchar la ira de Cajales, descargándose sobre el cuerpo de su progenitora; de vez en cuando golpeaba y sacudía la puerta en un inútil arresto por liberarse.

Entretanto, afuera, las amenazas y los golpes asentados por el hacendado, lo convertían en el peor de los canallas; exaltado se olvidaba de cualquier orden lógico. Y tan solo se detenía por un segundo para continuar la golpiza; al interior del cuarto Margarita, plena de arrebato se maltrataba las manos contra el tablón de madera y su pecho encendido, se llenaba de odio hacia su padre. Entonces resonaba en su cabeza, que no era su semilla la que le había dado la vida y sus gritos así lo expresaban.

—¡Desgraciado…No le pegue a mi mamá, usted no tiene derecho!

Y en medio de los bastonazos y las agresiones, estas palabras de su niña causaron un tremendo impacto en el ímpetu de Cajales,

que extrañamente, cayó al piso vencido. Todo eso lo superaba, estaba destruido; y también ahora arruinaba a su propia familia. Con el ánimo aniquilado se sentó en las gradas, luego echó un vistazo a su lastimada mujer y de inmediato bajo en dirección al primer piso.

Doña Pura, sangraba por la nariz, mientras aquel infame se alejaba; pero sus heridas físicas no superaban el dolor del alma. El ultraje físico era exiguo comparado con el daño emocional que sentía. Era la primera vez que su esposo tocaba fondo de esa manera, aventurándose a descargar su violento enojo con esa cruel sevicia. Insultándola con las más hirientes palabras; las saladas lágrimas le corrían hasta la comisura de los labios y del otro lado de la puerta el llanto de su niña la estremecía todavía más.

Solo por ella tenía sentido vivir, y no importaba cuanto sangrara tenía que protegerla.

—Mamitaaa…¿cómo está?—sollozaba la jovencita, con los labios pegados al frio tablón.

—Bien, mi corazón… no vaya a salir todavía. Espere que las cosas se calmen un poquito, yo voy a estar en mi cuarto—pidió la mujer abandonada en suelo, necesitando mas consuelo que nunca; pero entendiendo ávidamente, que la integridad de su hija estaba por encima suyo.

—Mamá, déjeme ver que le hizo—insistió Margarita, con el corazón agitado y los ojos llenos de lagrimas.

—No es nada, hija, yo estoy bien. En Serio—dijo por ultimo y se alejó en silencio, muda, confinada; arrastrando los pasos de su miseria.

Luego enderezó su rostro pálido y melancólico y se encerró en su habitación; ahora veía cuan ciega había sido al permanecer al

lado de ese hombre, cuyas manos no se impedían de un maltrato semejante. Sentía un profundo miedo por el destino que le esperaba, mientras miraba en el espejo su bello rostro malogrado. La ingenuidad del amor, su timidez y resignación le condenaban.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEXTO

Mateo, regresó a la hacienda todavía recuperándose de sus heridas; sin sospechar la locura que se ceñía sobre esa heredad.

Ese mismo día tropezó con la patrona, tomada del brazo de su hija; mientras avanzaba en dirección a las caballerizas, acompañado por el mono, con la curiosidad de corroborar lo que este le había revelado; sobre la aparente transformación anímica del caballo cimarrón que lo había herido.

Cuando se vieron los dos jóvenes amantes, fueron dominados por un fuego estremecedor, inherente a la naturaleza del amor removiéndoles las entrañas; la fibra de sus sentimientos detonó como una cascada recorriendo cada milímetro de sus cuerpos. Y sin miramientos, la hermosa llanera se arrojó sobre él espontáneamente, expresando en su gesto la luminosa alegría que generaba su regreso. Se entrelazaron en un estremecedor abrazo que los hizo olvidar de todo; sus cuerpos se vencieron en la sencillez de sus emociones. Concluido el entrañable saludo, Mateo, giró y vio a doña Pura, inmóvil junto a ellos siguiendo con la vista la escena.

Al verla se evidenció el maltrato y la aflicción en su rostro, los dos peones la contemplaron quedando asombrados y estáticos, sin acertar la causa de tal demencia; aunque rumores de lo sucedido

habían llegado a oídos del mono, empero, para Mateo, era una completa novedad.

Doña Pura, deslizó nuevamente su brazo por encima de la cintura de su hija, con los ojos llenos de infelicidad, muda y absorta. El muchacho sintió una profunda tristeza, al ver el estado en que se encontraba la señora; no hablaban mucho, pero reconocía en ella un alma noble. El no entendía de esas cosas, sin embargo, bastaba con dar una ojeada a los moretones, para razonar que aquello no era un accidente, entonces con aliento solidario, indagó:

—¡Bendito Dios! ¿A usted que le pasó patroncita?

La mujer descubrió de inmediato, en el muchacho, un cortés confidente de sus penas y meditó la opción de revelarle lo sucedido; el zafio comportamiento del hacendado, toda la violencia; un secreto sagrado que necesitaba quitarse de encima. A su hija le había engañado, asegurando que se trataba de un accidente, al tropezar y caer por las gradas, y aun cuando la muchacha no lo creyera, respetaba su silencio.

El desconcierto inundaba las miradas en un silencio revelador, la señora no encontraba las palabras adecuadas que expresaran tan injusto castigo; ni como apilarlas para hacerlas entender de manera simple al muchacho. Pero su corazón abierto, estaba dispuesto a correr el velo del fatídico asunto. No importaban sus creencias, prejuicios, o el desfile de conceptos que había cargado a lo largo de su vida; simplemente, necesitaba hablar con alguien y el indicado era Mateo, ese humilde peón parado frente a ella.

Entonces objetó la presencia del mono y de su hija, para que le permitieran conferenciar a solas con el joven llanero; a lo cual estos asintieron de inmediato, alejándose rumbo a los establos.

Invadida por una profunda tristeza, llena de resentimiento hacia quien mutaba en su enemigo; decidió relatar al muchacho lo acaecido. Detalles más, detalles menos; el día que sus pasos llenos de miedo le habían conducido al estudio, fecha que a la postre sería un fatal cadalso, y como, entre una veintena de documentos había tropezado con la causa de la ira de Cajales. Le reveló que mientras hablaba con su hija sin sospecha del peligro que reinaba, y un tanto cohibida de develarle el aterrador descubrimiento; habían escuchado el girar del picaporte y la figura del padre emergiendo en la habitación. De ahí en más, sus recuerdos eran una difusa mezcla de gritos atufados en el olor de la colonia de Efraín. Al instante, estaba en su habitación frente al espejo, sintiéndose dolorida; con una fuerte jaqueca, el corazón agitado, y una intensa opresión en el pecho; arrastrándose por un camino de miedo que poco a poco le había revelado lo ocurrido, las marcas en su rostro refrendando el castigo propinado por su esposo. Quien desde hace dos días, fecha del incidente, se había ausentado; tal vez por remordimiento o simplemente, en el afán de explorar una salida, al escalofriante predicamento al que lo empujaba su prohibitiva conducta.

—Mateo…¡Ojalá pudiera cambiar lo que pasó!—expresó con aliento conmovido la señora.

—Dios, permitiera regresar en el tiempo y que mi propia tolerancia no hubiera sometido a mi niña a vivir esto.

—Doña Pura, pero no es su culpa—Aseguró el llanero.

—Claro que lo es, viví tan preocupada por sostener esta mentira, que ciegamente, sometí a Margarita—aseveró la mujer, responsabilizándose duramente, y continúo:

—Mateo, yo a usted casi ni lo conozco, sin embargo, sé distinguir a las personas buenas. Y sería una ingenua si no notara el sentimiento que ha nacido entre ustedes.

Luego con fervorosa piedad, pactó una promesa que el joven no esperaba, y que lo reafirmaría en el sendero de su amor; una máxima que no provenía de un arranque de dolor, ni de la tentativa de enmendar los errores pasados; sino la virtud de quien reconoce en el amor el mas altruista de los sentimientos. La mujer no solo toleraría que estuvieran juntos, sino que además en un acto de justicia, obraría para que su amor fuera posible.

Concluida esta proposición, doña Pura, enderezó la cabeza como si una infusión de dignidad la recobrara. La sencillez y honestidad de sus palabras admiraron a Mateo; quien después de tantos tropiezos y llanto, encontraba un camino despejado para transitar con su amada. No pudo callar su agradecimiento y con el alma desnuda, bendecir la nobleza de la señora; luego la invitó a reunirse con su compai y su hija, que frente al caballo cimarrón, ahora un manso corcel, dialogaban sobre asuntos de la hacienda; peones, animales y reían del modo coloquial y divertido en que hablaba el peón.

Madre e hija se animaron al reencontrarse y se prodigaron un abrazo, luego Mateo, se acercó al caballo y este agitó la cabeza como pidiéndole disculpas; acarició suavemente su mano y bajó lentamente la mirada.

—Mire joven, el animalito le está pidiendo perdón— afirmó el mono.

—No tiene por qué compai, la culpa fue mía, el era un animal asustado y yo lo acorralé.

Sus acompañantes de dieron cuenta de la maravillosa sabiduría de Mateo, viendo como comprendía y dominaba los conceptos de la naturaleza salvaje del corcel y los manifestaba con espontaneidad; dejando de lado todas las cosas malas que este le había ocasionado.

Luego abandonaron la caballeriza, los jornaleros se dirigían un momento al caney, cuando de pronto vino una sorpresiva y resuelta propuesta de los labios del mono:

—¡Vengan con nosotros, les invitamos a un cafecito!

Doña Pura, reflexionó un momento y girando para mirar a su hija consultó:

—¿Será?

—Sí, mamá camine, que se va encerrar en esa casa—afirmó la joven con una sonrisa prendada, ante la oportunidad de seguir compartiendo con su amado.

Cuando entraron en la cabaña encontraron a un par de criadas, preparando el bastimento para los vaqueros y cantando alegres corrios. Estas se sorprendieron al ver a la patrona, pero ella las tranquilizó de inmediato asegurando que solo iba de visita. De modo que muy animadas, se adelantaron unos pasos para saludar a la señora, a Margarita, el mono y darle un abrazo de bienvenida al recién llegado Mateo.

Una de las mujeres invitó a la señora, a Margarita y a los peones a tomar asiento, mientras hervía el café. El semblante de la señora era tranquilo y con discreción, las criadas omitieron preguntas sobre sus contusiones; mientras sonreían animadas y departían con los visitantes.

Al instante estuvieron servidas las tazas con la humeante bebida, los hombres tomaron su café cerrero y ellas un tinto

guayoyo[103]. Y continuaron hablando unos minutos más, que se hacían cortos en la grata compañía. Dibujando una singular sonrisa en el rostro de doña Pura.

El mono no resistía la tentación de relatar sus historias y mitos llaneros, mientras los demás lo observaban con rostro circunspecto; deambulando entre los parajes misteriosos, que este describía con tono grave, semejante a un relator de cuentos de espanto.

—¿De dónde saca tanto cuento mono?—preguntó curiosa la señora.

—No son cuentos patroncita…el llano tiene muchos misterios que la gente ignora—sonrió el peón con una sonrisa amplia, que confería autenticidad a la respuesta.

Al escuchar este aserto volvieron a la mente de Mateo, las palabras dichas por aquel hace varios días: "cuando el gallo canta tres veces a las doce de la noche; alguien morirá". Sin comprender todavía por qué razón no las arrancaba de su evocación ¿acaso los mitos que con convicción atesoraba el mono? Tenían algún fundamento.

Y sintiendo una corona de espinas que le apisonaba los pensamientos, ensayó redimirse de aquel conjuro sintáctico restando valor al argumento:

—Vamos, compai, no todo lo que se dice o se escucha puede ser cierto.

—Pues camarita, si yo le contara—indicó el mono observándolo con mirada penetrante y un dejo de misterio en su alocución.

---

[103] Tinto claro y dulce.

—Una noche, hace años cuando yo trabajaba en un hato, y tenía más o menos la edad suya; el patrón y la patrona tuvieron una fuerte discusión y ella lo maldijo, deseando que la muerte lo visitara. Esa misma tarde mientras almorzaban, habiéndose reconciliado de la pelea; la señora llevó la cuchara a su boca, e inmediatamente después de tomar el bocado, tosió para escupir un grueso terrón de sal[104]. Le resultó por demás extraño, puesto que ella misma cocinaba y grandes precauciones tomaba al hacerlo. Dejaron de lado la anécdota de ese mediodía y esa noche mientras dormían, el patrón murió de un infarto.

—¡Dios, mío! —Exclamó doña Pura—¿Y eso de la sal? ¿es un mito llanero?

—Mito, realidad o coincidencia patrona, yo les cuento lo que supe. Y así sé muchas otras cosas que nadie se explicaría.

—¡Qué raro! Y qué triste—apuntó Margarita.

—No lo sé, señorita—dijo el jornalero—de cualquier modo son cosas de mi Dios, y él sabe más que nosotros.

—Eso es cierto—asentó ella sonriendo.

Mientras hablaba, Mateo, la miraba prestando atención a sus palabras. Sin darse cuenta que el embeleso lo envolvía y que doña Pura, al notarlo, sonreía para sus adentros.

Voces y risas que llenaron por unos minutos más el caney; una bondadosa distracción para la afligida patrona, quien apreció la gentileza de esas humildes personas, y por primera vez, se sintió sencilla, plena y liviana; sin la carga de ser la esposa de Efraín Cajales. Y en su trino el mono, trovador y aventurero, hablaba de

---

[104] En los llanos se cree, que cuando a alguien le sale un terrón de sal en la comida, queda viudo.

asuntos serios en tono coloquial, y Mateo, con más confianza, también bromeaba.

La tarde trascurrió con un brillo especial, como un oasis en medio de un inflamado desierto; los ojos claros de doña Pura, se liberaban por un instante de su calina y su semblante contrastaba con el triste aspecto de hace unos minutos. No obstante llegó, el momento de despedirse; los jornaleros debían avocarse a sus actividades, pero sin duda, el momento de esparcimiento había servido como un lenitivo para todos.

Al despedirse rieron y agradecieron mutuamente la compañía, y Mateo, atesoró la imagen de su amada en el corazón, mientras las veía alejarse con ánimo renovado; una rareza que solo era posible en ausencia del hacendado. Tomadas del brazo partieron madre e hija, bajo el amparo de la soleada mañana.

Al anochecer, Mateo, regresó a su soropo, luego del esfuerzo de ese día, expuesto al sol y con algunas suaves labores que Rubén Darío, le encomendara. Sin embargo, no estaba completamente recuperado y esta voluntad por demostrar que no era una persona de andar veraneando, le despertó el dolor en las costillas como un tazón pegado, a punto de romperse. Buscó a tientas en una cajonera, los medicamentos recetados para sobrellevar el dolor; y en la melancolía de la noche se persignó ante la imagen de su buen Dios, se despidió de su amada madre Rocío, y besó el recuerdo de Margarita; para luego dormirse en su chinchorro con una sonrisa alegrándole el alma.

El amanecer siguiente lo recibió con inusitadas noticias, las tragedias parecían no menguar en la hacienda Cajales; y en el preludio de la mañana, la fatalidad se desmantelaba sobre esas tierras, accediendo la intrusión clandestina de un ladino asaltante; que había irrumpido en la heredad con evidentes y sombrías

intenciones, cuando la luz del sol aún no bañaba la llanura; y los grillos en su chirriar anunciaban el ocaso de su reino noctívago. El ambiente en el latifundio era de completo descontrol y estupefacción, experimentados intensamente, por la violación de la seguridad. Las estancias, los campos y la casa principal estaban repletos de ojos curiosos, y agentes de policía; y en el aire revoloteaba el signo de la desgracia. Apenas si consiguió el llanero, que le permitieran el ingreso, y habiendo dado escaso dos pasos fue retenido por los uniformados para una obligada requisa.

Cuando se le permitió el paso, se adentró por los pastizales; cruzando el jardín para encontrarse con algunos de sus compañeros, entre ellos el caporal a quien preguntó por lo acontecido.

—Al amanecer, ingresaron un par de hombres armados; al parecer querían atentar contra el patrón. La policía está investigando.

—¿Y los agarraron?

—A uno de ellos la escolta logró darle de baja, el otro escapó y lo andan buscando.

El amenazador escenario sorprendió a Mateo, sintiéndose contrariado e intensamente turbado; observando con estupefacción a Rubén Darío, a la vez que todo aquel paisaje deslucía. Eclipsando la magia que lo cubría. ¿Qué era lo que pasaba en aquella tierra? ¿Qué sombra oscura se estaba apoderando de esos dominios?

Y mientras miraba con desconcierto el alboroto, los ademanes de los policías, los reclamos de los escoltas; el camino de acceso, las gallinas, las garzas, los corrales a lo lejos; el pasto verde, los arboles, el cielo; como si nada de eso encajara lo uno en lo otro. Fue sorprendido por el advenimiento de una sombra que se

alargó frente a él, una enorme silueta con enraizados cuernos; sobrecogido giró para observar el inesperado espectro, calculando que se tratara del toro negro, misterioso vigía de la hacienda. Pero como por arte de magia, cuando giró sobre sí mismo, no encontró nada más que el vacio frente a él; la silueta había desaparecido dejando el sabor del desconcierto en su boca y su corazón palpitante.

Retomó su posición inicial y se convocó en la conversación que tenían otros; nadie se explicaba como los dos sujetos habían esquivado la seguridad y traspasado la alta reja que custodiaba la propiedad, como si de fantasmas se tratara; y además, corriendo por entre los campos en busca de guarida. Cruzando el largo camino, los jardines, pasando frente a las cámaras de seguridad, sin ser detectados; hasta emplazarse en un montículo, frente a la manga del ganado, para instalar su campamento terrorista. Escondiéndose sin ser avistados durante tantos minutos.

Justamente ahí radicaban las sospechas de Cajales, quien había llegado a la hacienda rayana la madrugada, y en su cabeza se constituía una sospecha que recaía sobre todos y cada uno de los trabajadores. Para el hacendado estaba claro, simplemente, no era posible que los intrusos se hubieran adentrado en sus terrenos, sin la complicidad de alguien. Y una larga sombra de sospechas emergía vertiginosa en sus pensamientos.

Sudoroso se detuvo frente a la biblioteca. En sus reflexiones solo rondaba una idea: lo habían traicionado, y si su presagio era cierto, le resultaría demasiado espinoso desenmascarar al culpable.

—Mierdaaa…Mierdaaa…—gritó, desahogando su furia contra el estante de libros; no soportaría una sola afrenta más, aunque tuviera que acabar con medio llano. —Si lo querían ver

muerto, tendrían que esforzarse un poco—reflexionaba, mientras tomaba la tabaquera y sacaba un puro, encendiéndolo distraído.

—Ni siquiera eso sabían hacer bien sus enemigos, y ese error lo pagarían muy caro—sentenció en su mente.

Pero, ¿Quién querría enfrentarse a un hombre como ese? Resultaba un juego demasiado peligroso para un humilde obrero, algo así como enfrentar al diablo con un tenedor de plástico. Empero, era su designio encontrar al culpable y para ello citó una reunión inmediata con todos los empleados; mientras los agentes del gobierno, se encargaban del levantamiento del cadáver, de aquel sicario.

Era imposible demandar una pizca más de temor, de angustia y desconcierto por parte de los asustados súbditos; ¿En qué final horroroso derivaría el asunto?, ilícitamente cualquiera podría ser señalado por el dedo acusador y hasta ahí llegaría todo; los que llevaban años a su lado parecían ser los más serenos, pero quienes llevaban poco tiempo en la hacienda como Mateo, de repente empezaron a bautizarse como chivos expiatorios. Sin razón alguna gruesas gotas de sudor vertían por la frente de algunos de ellos, tan solo con observar la mirada inundada de ira del patrón, ¿cometería algún atropello? ¿Qué pretendía? ¿Juzgarlos a todos por estar asustados?

Cajales, simplemente, lanzaba su sentencia, sin prestar oídos a las teorías que se elevaban en el jardín donde estaban reunidos; ninguno estaba libre de sospecha. El tormento cobijaba a todos por igual; las fantasías y conjeturas del hacendado mutaron en verdades incontestables:

Entre ellos estaba el cómplice de los asesinos y ante la suerte que le esperaba siendo descubierto; resultaba mejor disponer por propia voluntad de su vida.

Llamaradas de fuego escapaban de los ojos de Cajales, la visión del delito los condenaba; por el momento cada uno de ellos era culpable, y su odio le devoraba la razón y cualquier atisbo de lógica. Relámpagos y truenos secundaron el veredicto. El crimen estaba establecido, y el intento de homicidio traería consigo una cruel venganza.

Entretanto, el cuerpo del asaltante era levantado de su tálamo mortuorio y llevado a la comisaría, para las correspondientes pruebas; casi arrastrado por los policías entre una afluencia de miradas curiosas, como un enjambre de abejas, esperando símil destino, estando libre de culpa. Pobres diablos asustados, haciendo votos para no ser designados criminales; elevando la cabeza para que Cajales, pudiera distinguir hace cuantos años los conocía, mendigos de una piedad que no acertarían.

Calzándose nuevamente su sombrero, con la obstinación y la furia a cuestas, descolorándole el rostro; Efraín, escupió sobre ellos un final recordatorio.

—¡Cuando agarre al culpable lo descuartizo y se lo echó a los cerdos!

Todos enmudecieron. De repente la audacia del hacendado, arraigaba una sospecha en sus miradas; tímidamente, sonreían unos a otros, cada quien en la convicción de ser inocente; y por tanto, arrastrando una cadena de sospechas sobre su semejante. Maligno embeleco de Efraín, para que cayera el malhechor, si es que lo había, porque incluso en su propia cabeza rondaba la duda.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEPTIMO

Los días siguientes la seguridad fue reforzada, contando también con el apoyo de la policía. Efraín Cajales, a pesar de su andar altivo y orgulloso, se sabía atado de manos; con un enemigo invisible cercando sus pasos. Pero el cual advertía podía venir de cualquier flanco; sus enemigos parecían haberse multiplicado y su audacia parecía resultar insuficiente. El cráneo se le embotaba y caminaba de un lado para otro enmudecido y rodeado por una veintena de escoltas.

Con todo, el ímpetu de su carácter no se doblegaba, y constantemente se le escuchaba injuriar a sus hombres, a las criadas; los jornaleros, a las personas con las que se comunicaba por teléfono. A todos se dirigía con evidente desprecio.

La vida resultaba cada vez más tensa para doña Pura y su hija, una condena de la que solo podrían escapar si Efraín, estaba muerto; o si por su propia voluntad escapaban de su lado. Esta idea tomaba fuerza entre ellas. Después de tantos años a su lado, la esposa veía con todo detalle la muralla que la sitiaba; el alto precio que había pagado por un amor ajeno; y la oscuridad abarcando cada rincón, solo permitía difundir una exánime luz de esperanza. Por el lustrado pasamanos de la escalera avanzaban sus flemáticos pasos, recorriendo a ciegas, los escalones que llevaban al cuarto convertido en mazmorra; su juventud estaba tan lejana, y la alegría le era tan esquiva que incomprensiblemente, se doblegaba ante el sufrimiento como forma de vida. Entre penurias avanzaban las horas; y los reconcomios que embargaban su corazón, mutaban en

dolencias físicas, que iniciaban con una fuerte opresión en el vientre, que franqueaba la espalda y en forma de ahogo, subía hasta la garganta; inflamándola hasta impedir el paso de los alimentos. En esos momentos la invadía una sensación de angustia, en un continuo fluctuar de quebrantos, sobrellevados en el estigma de ser la esposa de Efraín Cajales. Quien a pesar de sus bretes, procuraba efugios a su vertiginosa caída con una bizarría sobrevaluada, y en un banal desafío a sus cazadores, se emplazaba en las calles del pueblo amparado por sus escoltas; y flanqueado por su joven amante, como si fuera un hombre soltero. El bar la palma, restaurantes y eventos; eran habituales para ellos. Punzante contradicción entre un condenado a muerte y uno que decide morir por voluntad propia; vulgar fruición de quienes creen estar por encima del bien y el mal.

Al mismo tiempo, en la hacienda Cajales, razonaban madre e hija, en medio de sus débiles rasgos de carácter; que los síntomas de su despreciable padecimiento, serian aliviados en el aislamiento de la oración. Y emergía la iglesia como adecuada ruta de escape y desahogo supremo para aclarar las ideas.

Se arrastraban penosamente por la vida, soslayando un encuentro con el hacendado; subyugando el riesgo de provocar su rabia, en una apropiada emoción cargada de miedo. Con la molesta y viciada alucinación de estar cometiendo un delito; el demonio por supuesto, se exorcizaba en la casa de Dios, empero, al regresar a casa brotaba de nuevo el olor a azufre, y el oscuro espíritu reinaba de nuevo.

Cuando Margarita, se encontraba con su amado, y tenían ocasión de cruzar algunas palabras, y distinguir los enigmas que el destino planteaba; la solución no suponía para el muchacho ningún misterio, acometer esa angustiosa paradoja tenía una salida simple

y conocida por ambos: escapar hacia la ciudad, acompañados por doña Pura; y en la distancia ser simples espectadores de los desatinos de Cajales. En cambio para la joven llanera no parecía resultar tan viable esta postura, y lo miraba vacilante, llena de dudas; no resultaba tan fácil alejarse. La capital no era un pequeño pueblo, ni tenía semejanza con el campo; tampoco poseían dinero, o alguien que pudiera ayudarles, y a pesar de sus nobles sentimientos, los peros eran numerosos. En el fondo Mateo, la entendía; no era la única que dudaba de un proyecto tan riesgoso, el mismo, había escuchado tantas cosas de la capital, que no era precisamente: "un viaje al paraíso"

Sin embargo, ¿de qué les servía continuar ahí? De cualquier modo, donde estuvieran, él la defendería. Era un hombre, sabía trabajar; y como cualquier adulto ganarse el sustento. Era así de simple.

¿Y si realmente escaparan? ¿Qué pasaría?—se preguntaba Margarita, y ¿Qué? si doña Pura, decidía no acompañarlos ¿Cómo podía abandonar a su propia madre, sin saber que iba sucederle?

Entonces todo se entremezclaba; la certeza se volvía duda, la duda viajaba hacia una nueva reflexión, y era un círculo vicioso en el que no encontraban salida. La bella llanera no encontraba más efugio que el llanto, el mutismo y un frio intenso que le recorría el cuerpo; estaba tan asustada que solo anhelaba tumbarse en su cama y que el tiempo por sí solo, lo solucionara todo. Pero sabía que no podía hacerlo, que se enfrentaba a una decisión forzosa y que el hombre frente a ella aguardaba su respuesta, aunque no estuviera preparada, o las emociones se le inflaran de soledad y remordimiento. Mientras Mateo, se esforzaba en acertar las palabras adecuadas, para tan espinosos interrogantes.

En la mañana cuando las nubes dieron paso a la claridad de sol, despertó Margarita, acosada por el mismo frio que se hacía permanente en sus manos; con mirada impasible se dirigió hasta el baño, enjuagó su rostro en el lavabo; luego se dirigió a la cómoda, de donde extrajo su levantadora, y mirándose en el espejo reflexionó si acaso, ¿no estaría dando vueltas sobre una decisión tomada? Se sentía cansada, vivir con una sensación diaria de angustia la superaba; al instante empezó a peinar sus largos cabellos, asiendo con fuerza el mango del peine. Apenas terminó de acicalarse, apareció en el cuarto doña Pura, agitada como si el último halito de vida se le escapara.

—¿Qué tiene mamá? ¿Se siente bien?

—Si mamita, siento el pecho un poco cerrado; pero no es de eso de lo que vengo a hablarle.

Apenas se sentó en el filo de la cama, la señora se esforzó por evocar un sueño, del cual no lograba recordar todo detalle.

—Mija yo se que usted no cree en esas cosas, pero tengo un mal presentimiento—dijo

—Mamá no me preocupe—

—No es por preocuparla, pero han pasado tantas cosas, que no quiero que usted ni Mateo, corran peligro.

Sorprendida y comprendiendo la intranquilidad de su madre; la muchacha la observó con mirada atenta, mientras apoyaba la mano en el tocador.

Entonces la mujer aún con mueca de pasmo, abrió la puerta del misterio que las convocaba esa mañana.

—Mire mi niña, esto puede ser solo un sueño, o una premonición, qué sé yo—afirmó—pero usted debería decirle a ese

muchacho que se vaya un tiempo, sabe Dios, lo que Efraín, le haría si se entera de sus amoríos.

Estas palabras despertaron la preocupación de Margarita, y un oscuro arcano parecía develarse.

—Anoche, mientras dormía—dijo la señora—tuve un sueño en el que veía a Mateo, avanzando a orillas de la corriente platinada del rio, por un bosque de altos morichales; al principio su semblante era tranquilo y sosegado, pero al segundo, emergían enredaderas que impedían su avance, y de pronto un relinchar de caballos. Al instante lo veía correr angustiado, exhausto y perseguido.

La muchacha sintió de inmediato un profundo estremecimiento anímico ¿Qué podía significar ese sueño? Y aun cuando quiso restarle importancia; la sensación de agobio, la acompañó a lo largo del día. Mientras recorría la casa sintiéndose un forastero, ajena a sus muros, a sus lujos; al aroma antes fresco y ahora gravoso que expelía desde su suelo.

Cada día parecía peor que el anterior, era sábado de fiesta en el pueblo, pero las celebraciones ya no formaban parte de la vida de las mujeres Cajales. Se trataba de una festividad tradicional del vivir llanero, al aire libre, con múltiples expresiones artísticas y exponentes del folclor venidos de diferentes lugares; que con la fuerza sonora del arpa, guitarra, tiple; cuatro y capachos, deleitaban entre pregones y narrativa a todos los asistentes. Muestras de zapateo y escobillao, que expresaban la forma de vivir del llanero. Era una fiesta bailada a la que se convocaban miles de asistentes, entre ellos no faltaría, claro, el hacendado Cajales. Cuatro días de jolgorio, concursos de canto, baile, improvisación, destreza con los instrumentos; y diversas muestras folclóricas, culturales, artesanales y gastronómicas. También disfraces, deportes, reinado;

todo dentro de un surrealista y seductor escenario del cual doña Pura, su hija y el propio Mateo, ya no hacían parte. Ahora eran simplemente, espectadores distantes, perplejos; con la cabeza llena de reflexiones y miedos.

Si era un día de fiesta, pero para ellos todo carecía de sentido. Se trataba de una tarde más dilatada y monótona que las otras; con la sensación repelente que cargaban a cuestas. Y la falsa e hipócrita actitud de Cajales, disfrutando del evento, resultaba cuando menos un alivio, al no tenerlo en la hacienda.

¡A que vida los había sometido!

Pero esa tarde se presentaría un suceso inesperado, el descuido de Cajales, respecto de la hacienda, daba mucho tiempo a reflexiones e ideas; siempre nacidas de firmes y nobles intenciones. Promesas que reconocían la belleza de piadosos propósitos; pronto lo irremediable ocurriría, y en el nombre del bien y del mal, las impertinencias se disimularían de altruistas designios; invocando la tragedia, consagrando el destino en una perenne y siniestra carcajada.

Si haber conocido el pecado original, los jóvenes amantes se obligaban hacia este, en la bondad de sus sentimientos; en el selecto privilegio de explorar lo agraciado y enaltecido de una pasión profunda y pura; la virtud entregada en nombre de los sentimientos. Y fue así como apareció Valentina, la alcahueta portadora de buenas nuevas: su tío estaba tan embarbascao, gozando de la fiesta; que difícilmente, llegaría ese día a casa. Ergo, era la oportunidad esperada por los jóvenes amantes para fructificar su amor.

Y en su corazón temeroso, surgió de inmediato la pregunta ¿era esta una señal del buen destino? ¿Acaso podían dudarlo? ¿De

qué otra forma podía ser? ¡Ingenuos que jamás atinarían la burla trágica cernida sobre ellos!

Sus fantasías sobrevenían tercamente; triunfaba el ahora, el momento propicio, estaban frente a la ventana de una oportunidad única, apoyados por la certificación de la prima Valentina. Las emociones reverdecían como toques de campaña en sus corazones, el silencio finalmente, se rompió; primero fue un murmullo, luego un potente aserto:

¡Lo harían, claro que lo harían!

Escaparían por un momento de sus sueños de angustia y vivirían la realidad de sus afectos. El bosque, el rio, las cigarras, los grillos; los castillos de hormigas en el suelo, la sombra de los morichales. Todo parecía perfecto, una idea maravillosa; un instante sin miedo. Felicidad y liberación que se abrían ante sus ojos.

Margarita, sintió que había llegado el momento; antes en otras ocasiones lo había evitado, pero esta vez se sentía segura. Ahí estaba el hombre que desde pequeña formaba parte de sus sueños, él era el indicado. Le pidió que la esperara un momento y corrió al interior de la casa, no quería mentirle a su madre; pero al pasar por el cuarto de esta la halló dormida. Tendría que postergar su confesión, aunque lo dudó por un momento, pero al minuto siguiente estaba en su habitación; extrayendo de su cofrecito de joyas, el dije del pájaro azul que ocultaba con recelo. Quería tenerlo consigo ese día, era un momento demasiado especial en su vida, ya no sería más una niña. Al poco tiempo estuvo de regreso, donde Mateo y Valentina, hablaban; se aproximó a toda prisa y como si el tiempo fuera premura, abrazó a su pariente en un cálido gesto. Eran Dios, y ella quitando el enorme peso de sus hombros, haciéndole ver todo más fácil.

—¡Gracias, prima, muchas gracias por entenderme!

Diciendo estas palabras tomó por el brazo a su amado y se alejaron a toda prisa, rumbo a las caballerizas, en busca de la yegua blanca de nombre Pureza; la misma que su padre le había obsequiado para su cumpleaños número doce.

Una vez ajustados bocado, brida y barbada, liberaron al animal; Mateo, trepó de inmediato en la bestia, y extendió su mano para asistir a su doncella. Luego se inclinó levemente y ajustando las riendas dejaron el establo, para cruzar hacia una salida secreta; que evitaba trasponer el sendero principal de acceso a la hacienda. Al hacerlo pasaron de nuevo junto a valentina.

—¡Prima, si mi mamá pregunta por mí, dígale que yo estoy bien, que no tardo!...y que la quiero mucho.

—Tranquila, Maggie…vaya y disfrute su juventud— decretó Valentina.

Terminado el parloteo. Partieron los jóvenes a toda prisa, guardando no ser sorprendidos por los peones; y la fortuna hasta entonces pareció estar de su parte. Suavemente, descargó ella su cabeza sobre la espalda del llanero, y fue un momento vívido y espiritual.

Sentados en su expreso equino, con precipitación se dieron a la fuga, en medio de un torbellino de febriles emociones; sorprendidos del afortunado acaso que los guiaba. Mateo y Margarita, se sumían en pensamientos y el silencio de sus labios, daba paso al retumbar en sus corazones; de a poco la prisa se hizo innecesaria, y salvada la hacienda pudieron menguar el paso para disfrutar del paisaje; montículos, prados, alcornocos, gualandayes, cenizos y demás maravillas del llano, que evocaban sus días de niñez, cuando la inocencia guiaba sus pasos.

Ansiosos por vivificarse en nombre del amor, se refrendaba la confortante idea de estar a salvo, más allá de todo juicio, de cualquier asechanza; pero esos pensamientos eran agua cristalina, sobre un pantano. Superando obstáculos naturales se adentraron en el camino de moriche que anunciaba la ruta del rio. Atrás quedaba la pastura y los bosquecillos señalando la ruta del agua; era un sueño del que no querían despertarse. Se detuvieron por un momento ante la majestuosidad que florecía frente a ellos, como si el propio jardín de edén emergiera; ella lo abrazó cruzándole los brazos por la cintura y esperó a que él decretara el descenso del lomo de la yegua. El rostro del muchacho estaba iluminado, así iniciaba el camino hacia un vergel que conocía desde sus primeros años de vida; giró para mirar a su bella llanerita, todo en aquel rostro lo bendecía, sus ojos centelleando, sus rojos labios; su piel ataviada por un vestido floreado, y la cadenita que sostenía el dije que una vez le obsequiara.

—Aquí podemos dejar a pureza—indicó con una sonrisa tímida, y al instante liberó de su peso el lomo del animal; para luego tomar entre sus brazos a quien agitaba su alma y ayudarla a bajar. Sintió en ese momento una descarga eléctrica que le recorría el cuerpo, sus sueños de felicidad iniciaban a concretarse. Sentía próximo el inicio de una nueva vida, la certificación del amor, y la renovación de su pacto; el rostro de ella lucia diferente, rodeado de un aura especial. Ya no tenían miedo.

—Bueno, Margarita, ¿qué piensa del sitio?

—No está mal para empezar—sonrió ella—pero espero que la próxima vez tengamos una casa.

—Por supuesto…ehhh…la próxima vez, claro— balbuceó achicado el llanero.

—Es broma, amor—podría quedarme contigo en este sitio para siempre.

—Sí, mi niña, pero también es eso lo que quiero; tener una casa, vivir con usted, y envejecer juntos. Y que cada gota de sudor, me recuerde que conocerla fue lo mejor que me pasó en la vida.

—Te amo, Mateo.

—Y usted es mi vida, Margarita.

¡Qué hermoso parecía lo que vivían!, hace menos de una hora, todo era tristeza y desconcierto; pero mientras se adentraban en los terrenos del rio, eso parecía muy lejano. ¿Era real o se trataba de un sueño? aquel placer de mirarse a los ojos, rebosantes de sentimientos, de confianza y certeza.

Transcurridos un par de minutos, llegaron a una explanada en medio de los arboles, y ahí se detuvieron; luego se sentaron sobre la fresca tierra envuelta por una capa de semillas, que se extendía como un manto protector que la cubría. Y saborearon la magia que se agrandaba ante ellos; el agua cristalina del río, el sonido melódico que producía a su paso, los arboles floridos; el cielo azul, las garzas en el cielo, los dorados turpiales; un búho, una iguana que curiosa los miraba, y las mariposas multicolor que sobrevolaban la rivera.

Los muchachos se sentían confortados con la felicidad añeja, que creían perdida; hablaban, se hacían preguntas, recordaban los otrora tiempos infantiles, y se reían en un premioso cortejo al que el nerviosismo cargaba de torpeza; sin embargo, era maravilloso. La lucidez de sus emociones fulgurando bajo el sol, era como relámpagos de vida que se encendían con cada roce de sus dedos; les invadía un primigenio deseo que asaltaba su pecho, como un delicado mecanismo explosivo a punto de detonar.

En un momento en que las palabras escasearon, Mateo, fijó sus ojos en Margarita, entreabriendo los labios, aproximándolos lentamente hacia los de ella; y se fundieron en un beso acompañado por sensaciones novedosas. Algo ignoto que brotaba en sus febriles cuerpos.

La miró avivado. Todo en sus formas le seducía, la cercanía de la intimidad intensificaba los sentidos y el aroma que expelía su piel la hacía irresistible; la tomó por el cuello y suavemente, deslizó su cabeza hacia el tendido marrón que obraba de lecho. Y se regodeó con su bello rostro, tan particular, tan único, tan cercano. Lentamente descubrió su hombro, y siguió la ruta hasta su seno; una oda de perfección y suavidad. En el cuerpo de la muchacha todo era un destello de sentimientos contradictorios ¡qué extraño es el amor, que te despoja de ti mismo, cortándote el aliento, dejándote indefenso; perdido en brazos de otro! el dulce roce de los labios prosiguió con el fulgor agitado de las miradas; los dos pechos estaban liberados, besados, acariciados; dando paso a la suavidad del cálido vientre, adornado por un ombligo perfecto. Piernas y brazos se estremecían con movimientos casi involuntarios, Mateo, contempló su rostro de nuevo, podría quedarse así por siempre; tan solo acariciándola, suspendido en su belleza, su timidez, sus gemidos.

No existía hipocresía en esas caricias ¿Cómo podían acercarse de ese modo las personas sin amarse? ¿Cómo tanta intimidad, podría fingirse?

Los brazos fuertes de Mateo, rodeaban la cintura de su doncella, para deslizarse al instante por las nalgas y los muslos; el vestido floreado, la camisa, el guayuco y las alpargatas formaban ahora parte del paisaje; dejando desnuda y dispuesta la carne, vencida ante un estremecedor placer, que duraría algunos minutos.

Gimiendo la muchacha clavó suavemente sus uñas en la piel del llanero, sin sospecha que el goce y el placer primero se entrega con una dosis de dolor.

—Ven, hazlo—susurró la bella llanera en un tono muy abajo, casi imperceptible. Invadida por el miedo, sin embargo, con la necesidad de sentir que se fundían en uno.

Cada centímetro de su cuerpo se estremeció, cuando estuvo dentro de ella. Contempló los ojos del llanero, mientras los gemidos se le escapaban de la garganta para liberarse en el viento; intentando tolerar un dolor que no comprendía y que era resultado inédito de la maduración de su intimidad.

Mateo, rodeaba sus senos con los dedos palpitantes. Al igual que ella, el muchacho no lograba descifrar esa maravillosa alucinación, que proveía un dolor placentero; su deseo se licuaba en un abrazo, se aferraban sus cuerpos sedientos, y sus resoplidos eran como los de los condenados a punto de expirar. Los cuerpos se estremecían, se acaloraban como si la vida se estuviera escapando entre caricias y besos.

Margarita, distrajo por un segundo las caricias para murmurar:

—Mateo, ¿me quieres?

—La amo mi princesa, la amo con todo mi corazón—aseveró con palabras agitadas.

—Amor, es importante que vayas un poco más despacio—replicó ella suavemente—me está doliendo.

—¿Quieres que me detenga?

—No, no lo hagas—sonrió ella—solo deja que nos perdamos el uno en el otro.

De pronto, un estremecimiento, una fuerte sacudida golpeó sus cuerpos; en una satisfacción indescriptible sintieron que sus almas volaban por el aire; y al instante cayeron vencidos, serenos. El goce y placer se transformaron en cansancio y sueño, los dolores se habían ido, y Mateo, yació junto a ella. Así por un rato, hasta que un sentimiento de angustia religada con temor los invadió de nuevo y rápidamente se vistieron. Habían descubierto la sibilina emoción carnal que ha edificado y destruido imperios a lo largo de la historia humana; la sabiduría de un Dios, piadoso que dota de placer a sus caprichosos hijos, para mostrarles cuan próxima esta la vida de la muerte. Y bajo la luz de este nuevo saber, se sentaron en silencio uno junto al otro.

CAPÍTULO VIGÉSIMOCTAVO

Sin sospecha de los acontecimientos que se desarrollaban en la hacienda y que señalaban en dirección suya, aislados de cualquier civilización, a la postre un simple salvajismo; atesoraron el secreto de la creación, de la vida, la síntesis del amor; la armonía de los opuestos. Con su espíritu contemplando la sentencia de lo simple: la luz y la oscuridad, hermanas opuestas y gemelas; y en su interior el amor maduraba, se vivificaba, y ardía como una flama eterna. ¿Cuánto más duraría el ensueño? Si regresaban, lo perderían todo, pero en su corazón lo sabían; la hacienda esperaba por ellos, liquidando el hechizo. Mientras el rio, los arboles, la tierra, las semillas, las aves; seguirían allí aguardando su regreso. Había sido un momento tan hermoso, tan diáfano, transparente, sagrado y estremecedor; que era difícil dejarlo atrás. Así que

dilataron el tiempo dejando el viento jugueteara con sus cabellos, y la suave brisa los arrullara.

Podían haber dormitado allí otro día, haber reflexionado sobre la vida en otro momento, haberse cobijado del frio o abrazarse en el calor de otro instante; apoyar la cabeza sobre las piernas y repetir un te amo conocido en otro tiempo. Sentir esa plenitud y cansancio en un escenario diferente, y simplemente, tomar el camino de regreso; pero no lo hicieron, no huyeron; volvieron sus ojos y se besaron de nuevo. Dieron el mutismo por terminado, las palabras volvieron y dilataron los minutos; sin entrever que sobre su mundo colmado de preclaras intenciones, había sido lanzada una flecha encendida con fuego.

El equívoco signaba la tragedia, una tormenta de odio aproximándose; la destrucción de un cosmos de milagros, el paso hacia una liberación inesperada. Y es que mientras los amantes se liquidaban un uno, en medio de natura; a leguas de distancia, Cajales, completamente ebrio, transformado en otro ser humano; regresaba a la hacienda percatándose de la ausencia de su hija.

El peor de los escenarios aguardaba. Ahí estaba Efraín Cajales, en su casa cuando nadie lo esperaba; embarbascao, sin el menor grado de conciencia, buscando, tal vez refugio, descansar un rato o quizá darse una ducha; pero al indagar sobre el paradero de su hija, las respuestas desatinadas de las criadas lo empujaron hacia su esposa. A las carreras subió superó los escalones, y llegó hasta el cuarto donde esta descansaba, e inmediatamente empujó la puerta. Al verlo la señora evocó la golpiza de días pasados, presintiendo lo peor, sin saber por qué; su semblante reflejaba severidad, enojo y desde el umbral de la puerta, inquirió:

—¡Donde está Margarita!

La mujer no tenía la menor idea de lo que le hablaba y con el corazón palpitante respondió:

—No lo sé, debe estar en su cuarto o por ahí dando una vuelta.

Veinte minutos después, cada rincón de la hacienda había sido revisado, cada trabajador consultado; y la fatal fortuna de la ausencia de Mateo, señalaba en una posible dirección:

¿Hallarían a Margarita, con él?

Doña Pura, encontró al instante una coincidencia entre el sueño de hace unos días y el alboroto que se había generado; en su corazón de madre temió lo peor. Angustiada, fue hasta donde el hacendado preparaba a sus hombres, para disponerse a la búsqueda de su hija; al llegar indagó para donde iba.

—¡Para ninguna parte! —contestó evasivamente, sin mirarla.

La respuesta no le sentó bien a la mujer quien preguntó de nuevo, pero su esposo estaba demasiado ebrio, incitado y furioso, y todas las sospechas acumuladas en su alma estallaron en violencia.

—¡No me joda! —bramó.

Tomándola con tanta fuerza por el brazo, que sintió que se le desgarraban los músculos, como si un cuchillo la atravesara. Persuadido que frente a él estaba en buena medida, la causante de tal zozobra.

Doña Pura, lo observó estremecida, pero con todo, insistió en quedarse; incluso le suplicó que le dejara acompañarlos.

—¡Pura, usted es que es boba!—gritó el hacendado—usted solo me sirve de estorbo, entienda la gravedad de esto.

Luego guiado por un aliento desconocido, con la mirada prendida en fuego afirmó:

—¡Carajo, por su culpa no sabemos dónde está la niña, si está secuestrada! ¡Si está viva!

—¡No diga eso Efraín!—suplicó entre sollozos la mujer.

Deme permiso, concluyó la conversación el patrón; empujándola hacia un lado, en medio de la batahola que se había armado. Camionetas y caballos se cruzaron en un pequeño ejército, de mercenarios dispuestos a todo.

—¿Y ahora que hacemos patrón?—inquirió uno de ellos.

—Ahora…¡nos vamos!—dijo subiendo a su vehículo, y dando la orden a su conductor para que los guiara.

—¿Hacia dónde jefe?—

—Comencemos en el pueblo, a ver si alguien los ha visto.

Sería como buscar una aguja en un pajar, pero ese día la suerte no estaba de parte de los muchachos; tan solo los acompañaba el trémulo reflejo de sus convicciones, como un par de pececillos en un estanque de tiburones.

Cajales, siguió en su cabeza el juego que la vida le planteaba, tratando de entender lo que ocurría; la verdadera razón de la ausencia de su hija. Necesitaba encontrarla, saber que estaba a salvo; poder sentirse de nuevo poderoso e intocable. Y en el rostro desequilibrado se le dibujaban todas esas pasiones. Conocía bien el llano, pero desde ya apostaba que tardarían un sinnúmero de horas en esa pesquisa; tampoco quiso avisar a la policía, no quería poner a su bella flor en riesgo, no confiaba en ellos.

A los pocos minutos se adentraron en el pueblo, en medio del barullo, de la explosión de alegría, la música estrepitosa; el bailoteo, el remolino de gente precipitándose por las calles, los

cantos; los corrios. Gente por doquier, jóvenes parecidos a Mateo y Margarita, un absoluto galimatías que los aventajaba.

Después de haber recorrido durante horas enteras por la iglesia, las casas; tocando puertas, corriendo botellas de las mesas del bar; subiendo a tarimas, anunciando sus nombres por altoparlantes. Efraín, se llenaba cada vez de mayor de inquietud; preso de agitación avanzaba como una ráfaga llevándose todo a su paso, sin obtener resultado. Todo era confuso, nadie sabía de ellos. ¿Dónde estaba Margarita? De cualquier modo seguiría buscando, hasta encontrarla; lacónico un instante, indignado al otro. No podía ser peor; enojado tomó por el cuello a uno de sus escoltas, como si este pobre infeliz tuviera una respuesta y en medio de la angustia, una idea brotó en la cabeza del agredido.

—Patrón ¿y si los buscamos en el rio?

—¿Qué?—inquirió irritado.

—Sí, patrón, muchos de los muchachos acostumbran ir a nadar al rio.

—¡Es una estupidez!—dijo liberándolo, pero al segundo recapituló—bien…bien lo haremos.

Se acomodó de nuevo en su silla, donde se abandonó a sus reflexiones de dolor; del ocaso de su poder. La persecución, la locura en que mutaba su existencia, la muerte que lo rondaba. Tomaron la ruta del rio, abandonando cualquier charla; hasta llegar con la agotada luz del atardecer, a la orilla.

Apenas se acercaron uno que iba en caballo, divisó la yegua amarrada a un poste y dio aviso de inmediato; autos y vaqueros se detuvieron al lado del animal que ansioso inició a relinchar al verlos. Cajales , con un nuevo impulso bajó del auto y cruzó con la mirada todo la espesura frente a él, que se alzaba entre un

sombreado camino de morichales; lentamente se adentraron unos a pie y otros a lomo de caballo, llamando a la señorita.

Apenas escucharon su nombre, los jóvenes amantes sintieron un vacio en el estomago ¡habían sido descubiertos! El vértigo se apoderó de ellos, y se incorporaron con las piernas temblorosas.

— Esos son caballos—murmuró espantada Margarita, a medida que el galopar se hacía cercano.

—¿Que vamos a hacer?—indagó llevando las manos a su rostro presa de exaltación.

—Efraín, quien iba sobre un caballo que el mismo manejaba, inició también a llamarla.

—¡Mateo! ¡Es mi papá!

Una pesadilla los apresaba, y cada vez se oían más próximos los pasos avecinándose; pisadas fibrosas y decididas, que los acorralaban, y empezaban a distinguirse en la distancia.

—Margarita, yo voy a salir y hablo con él.

Pero Margarita, sabia y ahora con total certeza quién era Efraín Cajales, echando de ver lo que haría; uno de ellos no regresaría o quizá los dos, si eran atrapados. Presentía en que trágica forma podía acabar el día, la solución era expedita; debían escapar, no podían simplemente enfrentarlo, era una insensatez. Volverían a la hacienda y con ayuda de Valentina, dirían que ella había dejado la hacienda sin permiso, para ir al pueblo y en el camino un abigeo la había asaltado por sorpresa, llevándose la yegua. El joven llanero no estuvo muy convencido; mas el acuerdo fue mutuo. Dejarían a hurtadillas la ruta principal del rio y se adentrarían en la espesura de los ramales; existía un camino que el joven conocía y podía ahorrarles algo de tiempo.

Durante esa hora crítica. En la hacienda poseída por el halito de la desgracia, doña Pura, presa de angustia; había logrado la confesión de la liada Valentina, quien no atinaba como sus insignes propósitos; derivaban en semejante conmoción signada por la desdicha.

Los minutos inquietos y perversos, avanzaban atizados por el perverso albur del destino; las leyendas llaneras parecían instituirse. Un padre acorralando a su hija.

La madre tenía el alma saturada de los peores presentimientos. La noticia de la desaparición de Margarita y Mateo, se esparció como pólvora entre los jornaleros; el mono quien hacia diligencias desde muy temprano en otro pueblo, apenas llegó, corrió en busca de doña Pura.

—¿Patroncita que fue lo que pasó?

La mujer lloraba prestando atención al recién llegado, luego se tiró en el piso junto a las butacas de jardín; sosteniendo en sus manos un arma que no se sabía de dónde había salido y cuyo asidero fulguraba con el reflejo del sol.

—Doña Pura, páseme ese revólver ¿Qué hace usted con eso? — exhortó el peón.

—¡Mono, vamos a buscar a mi niña…Efraín los va a matar! —imploraba la señora, con las palabras intermitentes en medio del llanto que no menguaba.

—Doña Pura, entrégueme eso—instó el mono, señalando el arma de fuego—yo voy y los busco.

Ella se aferró con vehemencia al pantalón de este, tenía el alma desgarrada; pero confiaba en él. Se sabía inútil, un simple añico desgarrado en fragmentos; en cambio, el peón era ágil, intrépido, conocedor de la llanura. Y aun exacerbada en su

tormento, accedió a entregarle el artefacto, y dando golpes sobre la tierra que humedecían sus lágrimas, suplicó:

—¡Mono, encuéntreme a mi niña, se lo ruego!

—Tranquila patroncita. Ahora procure calmarse—dijo el mono, acariciando sus cabellos.

A Los pocos segundos, el jornalero estaba saliendo del latifundio, con una meta clara; hallar a su amigo junto a la hija del patrón y lograr ampararlos del oscuro sino que los rondaba.

También el jinete sintió el corazón contrito, había conocido a ese muchacho desde niño, lo apreciaba y a la señorita la quería como si fuera un pariente; por eso la idea de que Cajales, les hiciera daño, lo destrozaba, pero ¿Por qué sendero tomaría, en una región con un tamaño semejante?

Cruzó raudo los mismos caminos que los otros, antes de él, habían recorrido; y esto simplemente, lo distanciaba de su objetivo y signaba el desenlace establecido. Las sienes le reverberaban, y la silueta de la luna iniciaba a seducir los rayos del sol, tornando el cielo rojizo; entretanto, el jinete murmuraba:

—¡Carajo! Y esta gente donde se metió dijo el mono desesperado—y continuó echándose la bendición—Es más fácil encontrarse al silbón[105] ¡virgen santa!

Estaba desesperado, la llanura se deformaba ante sus ojos, devorando cuartos y cuartos de legua, en un inútil resultado, pesimista y desventurado gritaba, en procura de una respuesta que no llegaba:

—¡Mateo…Margarita!

—¡Mateo…Margarita!

[105] Espíritu que merodea el llano, con un saco lleno de huesos.

—¡Mateo…Margarita!

La campana de la realidad resonaba, era un juego fatal del que estaba perdiendo la partida; incluso un presentimiento le hizo tomar camino para bordear el río, pero ante un afluente de ese tamaño, solo la gracia de la buena fortuna lo habría puesto en el mismo lugar que a los otros. Claro estaba que la piadosa suerte no estaba de parte de los muchachos ese día.

Tanto temor, ansia y desconcierto, solo servían para entremezclarse y hacer confusas las ideas, y el mono terminó por optar el regreso, como alma que lleva el diablo, hasta la hacienda; pensando que tal vez Cajales, ya estaría de vuelta con la niña Margarita. Sin embargo, al volver, lo recibieron los aullidos melancólicos de los perros y el llanto desgarrador de doña Pura, que entre sollozos preguntó:

—¡Los encontró, mono! ¿Dónde están? ¿Dónde vienen?

—Nada patrona. Recorrí toda la llanura, las orillas del rio y las haciendas vecinas; me regresé porque pensé que de pronto el patrón y la niña ya estarían aquí. ¡Carajo! parece que se los hubiera tragado el llano.

CAPÍTULO VIGÉSIMONOVENO

Ocultos en la fragosidad que vadeaba los lindes del rio, cautivos de temor, y temiendo un horroroso final para sus vidas; los muchachos emprendieron la huida. Tercamente, su inocencia les había hecho creer que el delito de amarse quedaría sin castigo;

pero el mal hundía sus garras sobre ellos, y su decisiva huida cambiaria de rumbo cuando una voz a lo lejos exclamó:

—¡Patrón los veo! Están entre los matorrales, tienen que ser ellos.

El ruido de los golpes secos de los cascos contra el suelo, los latidos de un par de perros de caza; las voces y pasos decididos de sus persecutores, empezaron a hacerse próximas; y entre la maraña se distinguían las primeras siluetas. Margarita, estaba asustada, pálida, con la mirada desorbitada; sus bellos dientecitos blancos ya no sonreían, el semblante se le trasformaba en una mueca de pánico.

—¡Vamos, mi niña! Tendremos que correr— exclamó el joven llanero, tomándole la mano.

Comprendieron bien, que Efraín Cajales, estaba decidido a lo que fuera, sin importar que ellos acertaran o no el sentido de tan atroz cacería; sus tormentos no eran imaginarios. El hacendado, fácilmente, le rompería el cuello y las piernas al muchacho y lo dejaría tirado en el rio, ambos sabían de lo que era capaz; bastaba mirarse a los ojos para comprenderlo. Conjeturaban el peor de los escenarios, con su mente confusa y aterrada; la bella naturaleza que hace un momento los rodeaba, se tornaba hostil. El paraíso se esfumaba llenándose de sombras alucinantes, visiones umbrías que que cruzaban sus pensamientos; Cajales, se vengaría no cabía duda, era una certeza irrefutable.

Tras ellos avanzaban Efraín, y sus hombres a corta distancia; el hacendado estaba poseído por el odio, compensaría la mancilla de su hija aunque tuviera que meterle candela al llano. Y sus ojos como lenguas de fuego se extendían cortando el rastrojal a su paso, el cielo iniciaba a teñirse de rojo a negro; la noche feroz se

avecinaba, el crimen asediaba los pasos de los jóvenes desarraigados. La única verdad era la de Cajales, un hombre arrastrado por bajas pasiones e instintos criminales, que secundado por sus esbirros, eran como un enjambre de abejas asesinas, sedientas de venganza. El brote de lo maligno estaba enunciado y entre gritos intentaban detener a los muchachos, haciendo falsas promesas de redención. Mientras los pobres e infelices fugitivos, se refugiaban tras el amparo de los morichales, medrosos y abatidos; audazmente Mateo, lograba ganarle algunos metros de terreno a la turba que se encarnecía en la persecución.

Corrían con los cuerpos bañados en sudor, y tras ellos la voz de Cajales, retumbaba en los oídos; esa voz de un padre ahora convertido en terrible verdugo, tan vertiginosa como el bosque que discurría ante sus ojos. En un giro afortunado se precipitaron los jóvenes por un minúsculo despeñadero, que resultó suficiente para que los captores los perdieran por un instante de vista; este camino los condujo hacia un sendero conocido por el muchacho; los pastizales terminaban, y con el corazón violentamente agitado, el joven llanero acertó la ruta de la minas; aquellas en las cuales hace tiempo trabajara y que eran propiedad de Efraín. Atrás quedaba el rio y la maleza; y cuesta abajo se extendían las tierras rojizas que reconocía y se señalaban como su vía de escape. Con la cabeza embotada, siguieron avanzando por el largo camino; la noche llegaba como una sutil redención a su agotamiento, el dolor en las piernas y la angustia de las almas. Y aún con el tremor de la pesadilla se enderezaron un instante y recobraron el aliento, durante un breve instante.

—¿Qué hacemos Mateo?—musitó la llanerita.

—¡Nos escondemos en la minas, no tenemos otra salida! Mañana tendremos que irnos a otro lugar—aseveró el muchacho.

Ella lo miró con sus ojos tristes, inundados de preocupación; cavilando el teatro que la vida les planteaba. Empujados a yacer entre las rocas, con hambre y dolor en el cuerpo. ¿Había sido inútil todo su esfuerzo?

Poco después estaban en una de las minas, todo era confuso, como un mal sueño; con los ojos bien abiertos se adentraron a hurtadillas para no ser descubiertos por los celadores. La oscuridad era su cómplice, aunque el respirar agitado podía delatarlos; de cualquier modo se apuraron hacia una de las grutas del rajo, llenos de sentimientos de aversión contra la desventura que los sancionaba, de modo tan injusto; y al mismo tiempo enojados consigo mismo por su incauto comportamiento. La fría dilatación de la peña guió sus pasos, la luminosidad de la luna en menguante actuaba como un exánime farolito; tanteando la roca llegaron hasta la abertura de un túnel, donde apenas si cabían. A oscuras permanecieron en completo silencio; con sus ropas polvorientas, y las manos temblorosas. Tan sofocante como el reducido espacio que los protegía, era la angustia de su corazón, el dolor de los rasponazos, el cansancio de las piernas, y el ardor en los ojos; sin embargo, todo esto, era minúsculo al compararse con lo insensato de sus actos. Por un instante se odiaron, no mutuamente, sino cada uno a sí mismo, por someter al otro a ese tormento; pero calcularon al instante que sus heridas, el dolor, incluso la raíz de su angustia, eran pruebas de Dios, para rubricar su amor verdadero. No había remedio ni queja que valiera, pasarían allí la noche para escapar al amanecer siguiente; era una bella ironía que les robó una imperceptible sonrisa, la confianza y el amor deben superar las más difíciles pruebas.

Y en medio de la oscuridad; la saciedad de los lamentos fue el precursor de una nueva esperanza, y en un vívido abrazo dejaron

de lado el cansancio y el miedo, encontrándose en una caricia; como una dulce nota que liberaba de la adversidad, la acechanza, el nerviosismo, la tristeza; entonces el áspero tamiz de la roca, se transformó en un suave tejido que abrigó sus cuerpos.

Mas este breve soplo de calma, era un fugaz aparte que antecedía el infinito sufrimiento que sobrevendría, cuando sus oídos auscultaron rumores de voces, rayanas a su guarida de piedra; proyectando una reverdecida vigilia, renovando temores; perennes sentimientos de horror diferidos como ecos en el socavón ¡no era posible! Lo que creían dejar atrás los acometía de nuevo.

Asustados buscaron sus rostros en medio de la cerrazón, lo único que resplandecía eran sus ojos desparramados de miedo; ajustándose dentro del cortinaje de roca, tanteando con sus manos un puntal del cual asirse, Margarita, inclinó el rostro sobre el pecho de su amado, y él la rodeó con uno de sus brazos, acariciándole el suave cabello.

En la estancia rocosa que obraba de montaraz retiro, las melodías ocultas del destino, dejaban escapar sus estribillos; versos íntimos que hablaban de amores fallidos:

Un vaquero que traspasa la llanura,
majestuoso entre la bruma
que se vuelve melodía.
Esas manos que acarician,
que lo esperan amorosas,
en la extensa lejanía.

En la llanura que se pierde
en morichales, atravesados por ríos
se atragantas las excusas.

Y en ese suelo donde el amor
que florece, se marchita en egoísmo,
de quienes niegan el cielo.

Esa es la vida, es un canto que domina
la tragedia que se asoma,
entre febriles caricias.
Y en la alborada, llegan las tristes
noticias, del llanero y de su amada
despidiéndose entre ausencias.

¡Margarita! ¡Cuánto la amaba! ¡Qué poderoso sentimiento había sembrado en su corazón poder amar! —pensó Mateo, apoyando suavemente su cabeza sobre la de ella.

Y entonces con un dócil rumor le pidió que le permitiera salir y enfrentar a esos hombres; el recitar de sus labios surgió melancólico, entonces, ella distanció la cabeza, tomó su rostro entre las manos y con los sentimientos que llevaba dentro lanzó un dejo al aire, casi imperceptible, pero totalmente sosegado y concluyente:

—¡Nunca!

Luego besó sus labios.

Al segundo apareció corriendo jadeante y desesperado, uno de los capataces de la mina, como si el mismo demonio lo persiguiera; viniendo del lado opuesto al encuentro de Cajales y sus hombres, algunos de ellos aun trepados en los caballos. Estaba tan pálido que incluso en la oscuridad, podía notarse su rostro completamente transformado por la consternación.

Todos giraron para atender el bullicio del recién aparecido, precipitándose a tumbos contra la multitud; quien estando a unos escasos metros de ellos gritó, haciendo un gesto con la mano:

—¡Dios mío! ¿Qué hacen aquí? ¡Salgan…salgan! ¡va a haber una explosión!

No alcanzó a concluir su advertencia, cuando el mundo se estremeció en una descarga brutal, intensa, arrebatadora; una estruendosa centella que brilló en la noche como la luz del sol anticipándose a su salida. Reflejando un fogonazo que precipitó de cabeza a los hombres, lanzándolos por los aires desde las bestias, o empujándolos con potencia; golpeando sus cráneos contra el suelo. Un sonido ensordecedor, arrollándolos como el golpe de un vehículo a toda velocidad; un monstruoso impacto que los hizo morder el polvo de la tierra, desgarrando los tímpanos, lacerando con trozos de pedrusco, como fragmentos de vidrio, la ropa y la piel. Hasta los cascos de los caballos quedaron patas arriba. Entre doloridos lamentos, la idea de estar muertos cruzó la cabeza de la mayoría. Nada tenía sentido; dolor en los huesos, en las entrañas, ardor, laceraciones, sufrimiento; era como si en un segundo, un fulgor comprimiera la realidad borrando todo a su paso.

Cuando la detonación se extinguió, Cajales, abrió los ojos; estaba sofocado, con la nariz pegada a la tierra, mirando estupefacto la aterradora escena; pasó un rato más tendido sobre el suelo, sin lograr entender nada, la cabeza le detonaba de dolor. Pero al instante pareció recuperarse y con escasas laceraciones en los brazos, se levantó tambaleante; dolorido y a punto de desplomarse de nuevo. Sentía que avanzaba sobre el aire, como si los pies no tocaran el piso con cada paso que daba.

Al instante, aparecieron algunos obreros de la mina, desesperados y angustiados, al ver lo ocurrido. Efraín, los miró con

las ideas acunándose dentro de la cabeza, ensayando acertar el enredo; cuando de pronto empezó a entender: cada tanto, cuando los túneles no proveían suficiente metal, se programa una tronadura, como esa; había descuidado tanto sus negocios olvidándolo por completo, y ahora se convertía en víctima de su negligencia; esto se hacía precisamente en la noche, como precaución para evitar a los intrusos e incidentes como ese. Ahora lo comprendía todo.

—¡Maldita sea! Dijo apretándose con fuerza las sienes.

Tratando de contener el movimiento de su cabeza que parecía oscilar de un lado a otro. Pero las ideas todavía le llegaban difusas, mientras sus hombres iniciaban también a recuperar el sentido, al parecer ninguno estaba herido de gravedad.

Poco a poco fue despertando de aquello que parecía un mal sueño, pugnando por rellenar los fragmentos vacios de sus pensamientos, entremezclados con la velocidad de los acontecimientos. Se negó a recibir ayuda, y también a que los demás la recibieran; y comenzó a avanzar a toda velocidad, entre los escombros de roca, en forma desordenada, como alienado; empujando con las botas los cascotes desperdigados por doquier. Sintiendo un golpe frio en el vientre, no por el accidente, sino por un oscuro presentimiento que lo perturbaba; con la mirada convulsiva revisaba cada rincón del yacimiento; entonces empezó a reflexionar y empezó a correr llamando a su hija.

—¡Margarita….Margarita!…mi niña ¿Dónde está?

Tropezaba con pedruscos, a veces resbalaba; pero iniciaba de nuevo, en una liberación de adrenalina que lo guiaba entre la impaciencia y las ansias, esto lo hacía secundado por los otros. Uno de los cuales creyó atisbar una luminiscencia entre las ruinas

de un túnel, rápidamente abarcaron el trecho que los distanciaba; y se activaron de inmediato para desencajar los fragmentos del pedrusco que ocultaba el secreto centelleo; labor penosa para un hombre como Cajales, colmado del pesado embalaje de la angustia. Finalmente, y con la mayor premura, alcanzaron el fondo que ocultaba bajo el polvo y los rescoldos un terrible secreto.

Efraín Cajales, asomó la cabeza tan solo para encontrarse, con el aterrador colofón de sus peores intuiciones. Sobresaltado tropezó con el fatídico cuadro que emergía ante sus ojos; corriendo el velo de la peor tragedia y el estigma del azar que como enredaderas, asía su cuerpo. Estaba ahí de pie, sobre la tierra pardusca de sus minas con el corazón y el alma partidos; con la tribulación de su sectarismo floreciendo en las ramas del árbol de la muerte; en la expectativa deshilvanada por el choque emocional, que le cortaba los sentidos, el aliento, la existencia misma.

El fatigoso camino de una persecución sin tregua, dejaba como acotación final una cortina de polvo, sobre dos cuerpos juveniles, ceñidos en un abrazo de amor.

—¡Por Dios, ayúdenme a sacarla! —resonó la súplica ahogada en la garganta del poderoso hombre vencido, que veía como cruzaba el horizonte mismo de su vida. No tenía sentido encubrir la verdad, dos cuerpos antes vivos y febriles, yacían en ese panteón final ¡todo era su culpa!

Cajales, enfrentaba su lucha personal con el demonio; todo poder, todo juicio, cada culpa; se liberaban en esos instantes fatales. Embriagado en llanto, vio como el cuerpo inerte de su bella flor del llano, ascendía hacia la superficie; reafirmándose aun en el rigor de la muerte, al cuerpo de su inocente amor, de su Mateo. Las sombras danzaban en aquella noche velada, sobre el llano rojizo

del suelo que se signaba de sangre, un arcano fatal se había concretado.

Luego, cautivo de espanto, dejó caer de golpe los parpados, con la sensación de las articulaciones quebrándosele, hasta vencerlo en el suelo. Instantes después, abrió de nuevo los ojos, para contemplar las manitas y el rostro angelical de su pequeña, asida con los deditos a las gruesas manos de su amado; con las rodillas y la cabeza curvadas, como buscando protección en el cuerpo de aquel desdichado.

El gran hacendado desplomado entre sollozos, bajó las manos para acariciar el terso rostro de su hija, apoyando luego el cuerpo inerte sobre sus piernas, sintiendo como la respiración se le cortaba; acariciando la oscura melena de la muchacha, mientras besaba sus manos. Había sido el peor de los padres, un hombre pleno de ira, el más grande los inicuos, e injustamente había ejecutado una trampa sobre su hija; obligándola a esconderse como un animalito asustado. Esa culpa lo ahogaba, pesadamente le destruía la existencia. Y aferrado al dolor, con el corazón, el cerebro y el alma desgarrados; hurgó con la mirada el abatimiento de Mateo, aquellos restos magullados por el filo de la roca, en un último gesto lastimero; y le conmovió sobremanera la visión que brotó enseguida, pues los rasgos de ese rostro no le eran desconocidos; sus ojos, cabellos, y mentón, le eran demasiado familiares. De pronto, inexorablemente, los pecados, pensamientos y vivencias de su vida pasada emergieron como una enorme ola de recuerdos; abarcando un largo trecho de sus años mozos, toda una época de sus remembranzas que le arrastraba por un viejo camino de espinosos fardos. Lejanas memorias ocultas detrás de una cortina de olvido, que ahora reaparecían latentes; épocas de las cuales había querido dejar atrás un doloroso pasado. Aquellos

sueños de juventud cuando la ilusión había henchido su alma, pero su propio carácter y las exigencias de su padre habían representado una pesada carga; dejando tan solo un largo camino, un perpetuo vacio insalvable y su corazón marchito. Esa pasión que pensaba tachada en las notas de su existencia emergía ahí mismo, en los ojos de aquel muchacho; al cual miró sorprendido y sobresaltado, puesto que además aquel semblante parecía fusionarse con rasgos propios de su aspecto físico: sus cejas gruesas, el identificable contorno de su nariz, el cuello grueso, la forma de los labios. Un cuadro insólito revelándose ante su vista sorprendida ¿un nuevo velo se esfumaba, convirtiendo en algo aún peor la tragedia? El enigma de un misterio revelado, una carta que sus manos trémulas habían leído hace veinte años, vio quebrarse el mundo como un tazón de arcilla, que impactaba contra el suelo; vio los signos del pasado que emergían, como un hechizo que abatía las estrellas; y con voz apagada tarareaba las notas de un pretérito recuerdo. Perverso destino que lo hundía en el fango, poco después vio un nombre revelarse: Rocío, su amor de juventud. Quedó inmóvil, atrapado en un tiempo remoto; extraviado en un perverso albur desconocido.

Poderoso zorro llanero, que ningún poder tenia, demasiado vanidoso para mirar a los ojos, y enfrentar el sino fatídico de la fortuna; quien mirando la delicada mano de su hija, notó que sobre esta sostenía la labrada imagen de un dije, que reconoció enseguida: un pájaro azul, tan bien tallado, y pintado por mágicos pinceles; que seguramente de aquel, reproducción no existía, y que en esa frágil mano se atezaba queriendo fundirse entre los dedos, para revelar una verdad inaguantable: era él quien, quien años antes, un día de feria; adquiriera por su propio impulso la particular alhaja, para obsequiarla a la causante de sus penas y suspiros. Y de

ser así, el joven llanero, podía ser su hijo, fruto de sus amores juveniles con Rocío.

Solo entonces había comprendido una verdad que evidente se revelaban ante sus ojos, solo al ver naufragar su existencia entre la bruma, advertía el reflejo de su error; su bella flor del campo y su propia simiente caían fatídicamente agraviados por acción de su mano, la de un infame que de un solo apretón corta el aire a un par de pajaritos inocentes, que nunca más podrán volar por la llanura. Y un coro de ángeles en las alturas canturreaban las melodías de quienes parten a otro mundo. Muchas lágrimas, rodaron sobre los cuerpos vencidos, profundamente herido, el gran hacendado elevó su mirada al cielo, en busca de quien hace mucho había desdeñado; con un grito lastimero que retumbó en cada rincón del verde llano. El cuarto menguante entre sollozos se exageró en luna llena, arrancando las tinieblas, que una posterior prueba de Adn, confirmaría: el apellido que corría por las venas de Mateo, era Cajales.

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

Para Margarita y Mateo, el tiempo ya no existía, ahora eran espíritus que nadie separaría; las diferencias y vanidades del mundo ya no los afectaban, estaban por encima del bien y del mal. Pronto serian otra leyenda llanera. Entretanto, lo único que quedaba del poder del gran hacendado, eran unas tierras descuidadas; pastizales marchitos, y animales enfermos. Su violento carácter y su ímpetu habían desaparecido; era solo una lánguida sombra que recorría las calles del pueblo y a su paso los

pobladores le miraban extrañados, sacudidos por la sangrienta bestialidad de sus actos; pero el gran Cajales, ya cargaba a cuestas su castigo. Había perdido su juventud y sus años en una infinita sucesión de tormentos y miseria, algunos lo rechazaban, otros lo tenían entre ojos, e incluso los más benevolentes lo compadecían. Mientras avanzaba por el cadalso hacia su propia muerte, con el sino de la desgracia dibujado en la frente, y sosteniendo entre sus gruesos dedos un dije, que representaba la imagen de un pájaro azul labrado con maestría, la cual acariciaba con ánimo obsesivo.

Aquel que había aprendido a resistirse a sus enemigos, a jamás dejarse caer; aplicando la justicia por su propia cuenta. El mismo que otrora decidía quien moría y quien vivía, ahora palidecía ante la inarmónica realidad; sin soles, luna ni estrellas que iluminaran para él. Un naufrago de calles solitarias, avanzando con el peso de su drama, atisbado de lejos por miradas curiosas; ansiando la muerte como el camino a la tranquilidad, aun cuando supiera que Dios, no lo esperaba. Pero en el fondo anhelando un último gesto misericordioso, que aprobara el perdón de sus hijos, y de todos a quienes había hecho daño.

De otro lado, en la antiguamente, esplendorosa hacienda Cajales, doña Pura, apenas si probaba bocado o bebía un poco de liquido; generalmente saboreaba algún trozo de fruta instada por un pequeño tropel de fieles asistentes. Era la dueña de una casa vacía, su aspecto era descuidado, la mirada triste y el semblante demacrado, con los ojos hundidos en las cuencas; verla inspiraba verdadera pena. Se sentaba en el suelo, sobre el jardín, con un peine, y una tiara; acicalando por horas sus cabellos con la mirada perdida en una pausa constante. Los labios palidecidos, la belleza de su rostro ajada, y ante el asombro de sus ayudantes, castañeaba en las remembranzas de su hija, como si estuviera en frente suyo;

le hablaba con amor encendido, despertando un mundo de quimeras que solo ella veía.

Muchas horas, semanas y días llenaba esta copa de espejismos, tostándose bajo el sol llanero; rehusándose a entrar en la casa. Reclamando caprichosamente, su descanso bajo la brisa otoñal frente a la extensa pradera.

Mientras tanto en el bar la palma, Efraín Cajales, buscaba a tientas la ebriedad como un lenitivo a su sufrimiento, bebiendo solo, quedándose sentado por horas; contemplando el suave revolotear de las aves en el cielo. Evocando como un sueño el rostro de sus hijos, entre los blancuzcos copos de algodón que formaban las nubes, y en el gris que embargaba su alma, la luz del sol era insuficiente para iluminarlo; su resplandor era opaco e irreal, monótono y poco atrayente. El mundo era demasiado grande para él, y se oprimía temeroso en un rincón del establecimiento, como sintiéndose inseguro de su existencia; entonces sus ojos se posaban de nuevo sobre la joya azul, en la cual le descansaban las lagrimas. Y al instante sus labios sedientos se daban a la ebriedad; el alcohol le inundaba la boca y por la garganta se filtraba un trago tras otro, hasta ser absorbido por la inconsciencia. Entonces la botella caía de la mesa licenciando sus últimas gotas.

Después de unos minutos despertaba de nuevo, levantando la cabeza para apreciar el paisaje que se extendía ante sus ojos, contemplándolo todo, como si no entendiera nada; y en la complicación de sus pensamientos evocaba la terrible tragedia, y una vez más el semblante se le colmaba de sufrimiento y miseria ¡jamás encontraría calma para su alma¡ tal vez, ansiaba que el milagro de un verdugo apareciendo por la espalda culminará su agonía. Pero sabía que si quería acertar la paz, esta tendría que llegar de su propia mano, y por primera vez con profunda fe, daba

vueltas a su arma descargada sobre la mesa, esperando el momento preciso.

Todos sabíamos que algún día lo haría y el eco de un disparo en medio de la hermosa e indomable llanura, terminaría para siempre esa historia.

FIN